



Marian
Izaguirre
La parte de
los ángeles

Lectulandia

Irene, su hija Candela y su nieto Nicolás, de apenas tres años, han alquilado una casa en el Cabo de Gata. Irene, brillante solista en el pasado y ahora profesora de violín, ha dejado su trabajo para ocuparse de Candela, que atraviesa el descalabro de una separación. Para Irene, el idílico rincón almeriense ha sido siempre un refugio. Algo parecido a un hogar en una vida llena de viajes. Y algunos, no siempre elegidos.

La novela transcurre entre Rotterdam, Siena, Nueva York, Londres y el Cabo de Gata, lugares en los que Irene ha compartido veinte años con su marido, un famoso director de orquesta que la abandonó por una mujer más joven. Cuidar ahora de su hija es una oportunidad para detenerse y pensar, para dejar de culparse y de culpar, abandonar el rencor que todo lo enturbia y comenzar una vida nueva. Esa que parece estar llamando a su puerta desde el otro lado de la calle.

Lectulandia

Marian Izaguirre

La parte de los ángeles

ePub r1.0

Titivillus 11.11.2018

Título original: *La parte de los ángeles*
Marian Izaguirre, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*A nuestro querido Josep,
que nos trajo la música y la ternura*

Mi gratitud a la clarinetista Ana San Juan por
su impagable contribución a esta novela.

A Luis Alberto de Castro y Chisán Andrés
Wong Calderón, *in memoriam*.

A Jesús Abad por el eterno aún.

El dueño dijo que dejaba la llave en la entrada, debajo de una piedra.

Bajó del coche y miró sorprendida el parabrisas salpicado de minúsculos insectos que se habían estrellado contra el cristal. La intensidad de la luz era la misma de siempre. El mar tenía el mismo azul. Las casas del pueblo el mismo deslumbrante blanco. De inmediato, la invadió aquel estado de bienestar que sentía cada año cuando Candela era pequeña y venían a San José a pasar unos días.

—En las fotografías parecía más grande —murmuró mirando la casa, con la llave en la mano.

Candela había cogido en brazos al niño aún dormido y contemplaba en silencio el pequeño invernadero de cristal que ocupaba una parte de la azotea.

—Es bonito, pero en verano debe de ser un horno —dijo Irene mientras franqueaba la entrada a su hija y a su nieto.

Olía bien. Eso le gustó. La casa estaba imaculadamente limpia. Un salón amplio donde estaban integrados la cocina y el comedor, solo diferenciados por el color de la pared, un baño grande con dos lavabos y los dormitorios; uno, el de Irene, con una cama de matrimonio, y el otro, el que ocuparían Candela y el niño, con dos camas de un generoso metro veinte.

—Nicolás, cariño, vamos a dormir.

Irene arrancó suavemente al niño de brazos de su madre y dejó que Candela examinara la casa mientras ella acostaba al pequeño en la habitación en penumbra. Nicolás apenas protestó. Le habían dado una pastilla para el mareo y había dormido durante todo el viaje. Al salir del cuarto vio que Candela se había instalado en el patio que había en la parte trasera. Unos días antes, cuando alquiló la casa por teléfono, el propietario resaltó con orgullo que la propiedad disponía de un pequeño jardín autóctono con unas vistas espectaculares. Irene comprobó con satisfacción que era cierto. Se acercó. Candela permanecía de espaldas, recostada sobre una tumbona de madera. El suelo era de gravilla blanca, con anchos parterres laterales donde crecían cactus, áloes y plantas carnosas de diferentes tamaños. Al frente se veía el mar, una inacabable extensión azul turquesa que asomaba sobre las azoteas de las otras casas, todas ellas situadas en un plano inferior. Parecía próximo y lejano a un tiempo, con una presencia extrañamente contundente que convertía el paisaje en algo propio de la casa, como una mesa o una silla.

Candela volvió levemente la cabeza al oír sus pasos sobre la gravilla. Estaba llorando, cosa que no la sorprendió, pero aun así se sintió consternada por la mirada suplicante que parecía decir ayúdame, o quizá, compréndelo, tengo tanto miedo... Le rozó suavemente el pelo y se quedó a su lado, con la mano en el hombro de su hija, las dos mirando aquel mar azul y tranquilizador. Por un instante tuvo un recuerdo que la enternecía: Ricardo, su exmarido, sentado al borde de la cama de la niña, una de esas pocas noches en las que estaba en casa, le hablaba con su voz melodiosa, «no tengas miedo mi niña, yo estoy aquí, vigilaré tu sueño», lo decía con ese susurrante tono que Irene conocía tan bien y que entonces todavía conseguía engañarla, y

Candela desde su miedo infantil le hacía prometer, como si ella también desconfiara, los ojitos cerrándose de sueño, «¿vigilas?», y él asentía con el dulce acento canario de las promesas, «vigilo, mi amor, toda la noche», y la niña repetía confiada, «¿toda la noche?, ¿hasta el día?».

Ese era el pacto, una promesa entre padre e hija, «¿vigilas?», algo que no había salido bien, nadie había vigilado hasta el día, y en la oscura noche esa mujer de veinticinco años que tenía un niño de tres permanecía aterrorizada, sin entender su propio miedo y sin conseguir explicarlo.

—Estaremos bien aquí, ya lo verás.

—Sí.

—Tú, yo y Nicolás.

—Sí.

—Nadie sabe que hemos venido.

—Ya.

Era cierto. Nadie lo sabía. Pero eso no impedía que Irene percibiera el dolor en la mirada de su hija, un daño oculto, hecho de varios temores más pequeños, algo que traspasaba la realidad y le hacía sentirse terriblemente culpable.

—Deberías dormir un poco. Todavía queda mucha tarde.

Candela se levantó, se pasó la mano por la cara, arrastrando las lágrimas con un gesto que parecía decir, vale, ya está bien, se acabó, y esbozó un intento de sonrisa mientras se dirigía hacia la habitación. De pronto, había vuelto a ser la niña obediente y sensata que siempre fue, la que seguía a sus padres hasta aquel pueblo con la misma complaciente ilusión infantil con la que podía seguirles a Cleveland, Londres o Leipzig.

Irene buscó las colchonetas, las colocó sobre las dos tumbonas de madera que había en el jardín y se desplomó sobre una de ellas. Estaba realmente agotada. Parecía como si todos los problemas de su vida se hubieran concentrado en un instante. Necesitaba librarse como fuera de esa terrible sensación de agobio, era absolutamente necesario si quería seguir siéndoles útil ahora que la vida la había puesto de nuevo al frente de lo que quedaba de su mermada familia y no podía permitir que el desánimo o la culpa la paralizaran. Tenía que recuperar el aliento. Ensayó la fórmula que había usado siempre para controlar la ansiedad antes de un concierto: castañas asadas al salir del colegio, el paraguero de estilo modernista que había en casa de sus padres, los canales de Rotterdam y las bicicletas circulando suavemente a su lado y, finalmente, la arena, el mar de un intenso azul y la imagen de un ejército de pitacos recortándose contra el cielo en las calas de El Barronal.

No dio resultado. Las imágenes no actuaron como debían. Contempló el mar a lo lejos y aquel pequeño jardín de cactus y grava que iba a ser su refugio durante quién sabía cuánto tiempo. Pero esa visión tampoco la tranquilizó. Notaba cómo la culpa iba ascendiendo desde la tierra y repartiéndose misteriosamente por el torrente sanguíneo hasta alcanzar el cerebro.

Entonces se levantó, cogió el teléfono y llamó a Ricardo. Estaba segura de haber marcado el número de su móvil, de hecho lo tenía grabado en la agenda, pero al otro lado de la línea le respondió una voz de mujer que dijo algo en inglés. Intentó serenarse, pero las palabras se le atragantaron en un punto incierto entre la mente y la lengua.

—Quisiera hablar con Ricardo Betancourt —dijo por fin, atropelladamente, luchando contra el impulso de colgar y parapetarse tras un improbable anonimato.

—¿Quién le llama, por favor? —preguntó la voz al otro lado, ahora en un español de acento indefinible.

—Soy Irene Belmar.

No dijo soy su exmujer, ni siquiera aventuró un familiar soy Irene, dijo soy Irene Belmar, como si aquella verbalización repentina de su identidad le confiriera un estado de lejanía absolutamente reparador.

—Un momento.

No es ella, pensó cuando la mujer del otro lado la dejó conectada a una de esas músicas de espera. Pasaron unos segundos y luego oyó su voz.

—¿Sí? ¿Irene?

—Hola, Ricardo. No sé si puedes hablar...

—Claro, claro... Pero tengo que darte mi número personal, porque has llamado a mi oficina de Nueva York y yo ahora estoy en Londres.

—No he llamado a ninguna oficina. Te he llamado a tu móvil de siempre.

—Ya, desde luego... Pero estoy intentando cancelar ese viejo teléfono. Ahora lo atiende una de mis asistentes.

De pronto un silencio, quizá los dos pensaron o intuyeron lo mismo: que aquella conversación pospuesta durante cuatro años empezaba mal. Para Irene era difícil sortear una separación nada amistosa, ocultar el resentimiento de todos esos años y aceptar que finalmente era ella quien lo llamaba.

—Tengo que hablarte. Nuestra hija tiene problemas.

—¿Qué tipo de problemas? ¿No estará enferma?

Pensó en contestar sí, creo que tiene una enfermedad terrible.

—No es eso, tiene problemas con su marido.

—Ah, bueno, me habías asustado.

Irene sintió un golpe de furia.

—Hace una semana se presentó en mi casa con el niño —aclaró muy lentamente—. Eran las cuatro de la madrugada. Traía el labio partido y un ojo tan hinchado que apenas lo podía abrir.

—¿Qué?

—Le había dado una paliza. Y al parecer no era la primera vez.

—¿Ese...?

—Sí, ese. Y lo peor es que ella se niega a denunciarlo. Dice que eso arruinaría su carrera y que él no es así. Según Candela, es culpa de las drogas.

—¿Qué drogas?

—Mira, Ricardo, no lo sé ni me importa. Lo único que sé es que ese salvaje está destrozando la vida de mi hija y la de mi nieto. Y que yo no lo voy a permitir. Esta vez no.

—¿Por qué dices esta vez?

Pensó decirle, porque la vida de Candela empezó a torcerse cuando tú nos dejaste, cuando abandonaste a tu familia para comenzar una nueva vida junto a esa hierática esfinge japonesa que ni siquiera ha cumplido los treinta, porque yo me quedé tan destrozada que apenas podía ocuparme de mí misma y no estuve atenta a lo que le pasaba a Candela, me di cuenta demasiado tarde del modo en que su vida también se fracturó y no fui capaz de salvarla, ni impedir que se casara repentinamente con un sucio y desaliñado músico de segunda que, después de seducirla con un repertorio de politoxicomanías propio de una discoteca de playa, se la llevó a dar tumbos por todos los festivales de rock, le hizo un hijo, ese pequeño asustado y temeroso que apenas puede decir abuela, y acabó de rematar lo que tú habías empezado. No fui capaz de evitarlo entonces, pero ahora lo voy a hacer.

No dijo nada de eso. Instintivamente sabía que no debía caer en la trampa de los reproches y el resentimiento. No conducía a nada.

—Nos hemos ido de Madrid por una temporada. Pienso mantenerla alejada de ese sinvergüenza todo el tiempo que sea necesario.

Ricardo guardó silencio. Lo conocía muy bien. Todavía no le había pedido nada, de hecho Irene ni siquiera sabía qué esperaba de él, pero intuyó que en esos momentos estaba calculando cuál era el mejor modo de deshacerse del problema.

—Verás, Irene, si pudiera cogería ahora mismo un avión e iría a verla. Pero ya te habrás enterado, voy a dirigir a la Royal Philharmonic en el Albert Hall dentro de tres días, estamos apuradísimos con los ensayos, me será imposible. Y al día siguiente del concierto del Albert Hall vuelo a Turín para actuar en el Festival de Primavera. Luego regreso a Estados Unidos, donde tenemos una gira de seis conciertos seguidos. Te aseguro que no tengo un solo momento libre en mi agenda.

Irene sonrió con amargura. Seguía siendo el mismo egocéntrico vanidoso de siempre. Un pavo real con las plumas extendidas.

—Claro —admitió sin disimular la ironía—. Me hago cargo.

Entonces notó que había algo más que él quería añadir. Lo imaginó debatiéndose entre decirlo o no decirlo.

—Por cierto, hay una cosa que hace tiempo quería comentar con Candela.

Una pausa. Carraspeó inseguro. Luego continuó como si en ese breve espacio de tiempo hubiera hallado la fórmula mágica para decir lo que quería, pero aun así dio un rodeo.

—Teniendo en cuenta la situación, no creo que ahora sea el mejor momento para hacerlo, pero es algo que no puede esperar. Creo que tú sabrás valorar cuándo resulta conveniente que lo sepa.

Efectivamente, el mismo de siempre. No solo no podía contar con él, sino que además debía ayudarle a comunicar una noticia que no se atrevía a dar.

—Tú dirás.

—Siento soltarlo así, pero os vais a enterar de cualquier modo... Verás, dentro de un par de meses voy a ser padre de nuevo. Mi mujer va a tener mellizos.

Irene sintió una especie de desfallecimiento. Era como si la sangre se hubiera detenido en algún lugar ajeno a su corazón o su cerebro. Quiso colgar el teléfono pero las manos no la obedecieron y se quedó con el auricular pegado a la oreja, temiendo que alguien la observara en aquel estado de humillación absoluta.

—Vaya. —La voz le salió rota, dos tonos por debajo del suyo—. Supongo que debo felicitarte.

—Gracias, eres muy amable.

La conversación había dado un giro imprevisto. Irene todavía no sabía cómo reaccionar cuando Ricardo añadió:

—Supongo que no hace falta que te diga que estoy dispuesto a ayudar en lo que haga falta... Me refiero a si necesitas dinero.

Pensó en responder desabridamente, pero se vio a sí misma perdiendo los papeles e intentó recuperar la dignidad en la medida de lo posible. Al fin y al cabo, ¿por qué no? Si era lo único que podía dar, que lo diera.

—Imagino que nos hará falta, sí. He tenido que dejar mi trabajo en la academia.

Notó cómo Ricardo respiraba aliviado al otro lado del teléfono.

—¿Cuánto? ¿Te parece bien que te envíe seis mil euros?

—De acuerdo, está bien.

—Entonces te paso con mi asistente para que tome nota de tu número de cuenta. Ahora tengo que dejarte. Dentro de unos días llamaré para ver qué tal sigue todo.

Mellizos. Esa palabra retumbaba en su mente como si alguien hubiera subido al máximo el volumen de algún secreto altavoz y ella no pudiera percibir otra cosa que esa sorprendente palabra que le llenaba la cabeza de extrañeza y rabia. Mellizos. Todavía sentía a Ricardo como algo suyo, era el padre de su única hija, el hombre que durante toda la vida había dormido a su lado y que había desertado de un modo que, en su fuero interno, todavía tenía un caprichoso carácter provisional. El hecho es que aún había un vínculo. Todavía pensaba en él como en la persona que se ha alejado y que cualquier día puede volver.

Mientras hablaba con Ricardo había estado recorriendo el pequeño jardín una y otra vez y, al final, cuando le había dicho lo de los mellizos, Irene se había dejado caer de nuevo en la tumbona y se había quedado allí, contemplando el mar con una tenacidad que solo podía obedecer al deseo de dejar pasar el tiempo, cualquier lapso de tiempo, los minutos o las horas suficientes para recuperar la compostura. Sabía que su mente respondería. De momento se había venido abajo, es cierto, pero ahora ya no era como al principio de su separación, ahora tenía defensas.

¿Qué es lo que le dolía realmente? No eran celos, o al menos no como cuando vivía con Ricardo, entonces siempre sospechaba y temía ser engañada; era otra cosa menos pasional, algo que tenía que ver con sentirse excluida del juego. Habían pasado cuatro años. Irene había recorrido un largo camino que había ido desde la desesperación y el pánico a una cierta satisfacción íntima por haber sabido, a pesar de todo, hacerse con las riendas de su nueva vida. ¿Por qué cuando le nombraban cualquier cosa que tuviera que ver con ellos seguía sintiendo el mismo resentimiento y la misma humillación del principio? Ella estaba fuera y aquella sigilosa mujer de rostro aplastado se había quedado con la que podría haber sido su vida. Ese era el resumen de la situación.

No era fácil decir se acabó, seguid vuestro camino que yo seguiré el mío, no era fácil ignorarles porque su lejanía venía seguida de una estela de triunfos, notoriedad y letra impresa. Como un cometa. Al éxito de Ricardo, que en los últimos años se había convertido en uno de esos directores estrella que venden miles de discos y dirigen por todo el mundo a las principales orquestas, le seguía la ascendente y meteórica carrera de ella, una joven pianista japonesa casi desconocida hasta que Ricardo se encargó de introducirla con calzador en el circuito de las giras internacionales, y la estela seguía visible en el modo en el que ellos resistían y se consolidaban como pareja, sin dejar el más mínimo resquicio a la revancha, porque eso la hubiera compensado, consolado en cierto modo; pero no, a ellos todo les iba a la perfección, él recogiendo los beneficios de los últimos veinte años, y ella usurpando un espacio que Irene todavía consideraba de algún modo suyo. Era imposible ignorar tanta suerte, tanta ventura. Siempre había quien le deslizaba al oído comentarios que pretendían generar alguna clase de complicidad, pero que a la larga le causaban tanto desasosiego que acabó por pedir a todos que no le contaran nada. Y luego Candela, que de vez en cuando iba a ver a su padre y volvía fascinada por el enorme apartamento de Nueva York o la comfortable casita londinense de Bedford Street. Había tenido que asistir al paulatino alejamiento de su hija que, en medio de la confusión y de un modo totalmente inconsciente e impremeditado, había ido tomando partido por los triunfadores. No se lo reprochaba. Seguramente no era agradable para ella encontrarse con una mujer vencida y triste cuando llegaba a casa. Las mujeres vencidas no pueden socorrerte cuando tienes dieciocho años y estás tan confundida que pedirías a gritos una mano que reinstaurase el orden doméstico, porque tus padres se han separado y ya no hay más familia, se acabó lo que conocías y te daba seguridad, tu madre está deprimida, ausente y sin fuerzas, y tu padre tiene una nueva mujer que te mira con sus ojos rasgados y sin expresión, no es nadie, no ofrece nada, no puede dar nada porque no existe nada que os conecte, y por eso te vuelves hacia el único que muestra algún tipo de fortaleza, tu padre, el mismo que te prometía en la penumbra de tu habitación infantil que vigilaría tu sueño. «Hasta el día». Y crees en todo lo que te dice y en las promesas que nunca va a cumplir.

Otra vez esa sensación. La desigualdad se presentaba de improviso, con ese hedor injusto que le causaba tanta irritación. Su marido tenía una nueva mujer y en esa situación, ya de por sí estimulante, estaba además rentabilizando los esfuerzos profesionales de un pasado que les pertenecía a ambos por igual, pero que se fue cosido a la persona de Ricardo, quedándose ella solo con las puntadas deshechas y sin hilo. Y así, mientras él puede vivir el sueño de un futuro que empieza más atrás de lo que realmente empieza, porque va a ser padre de nuevo como si tuviera otra vez veinticinco años, ella, Irene, se ha quedado con un nieto asustado, una hija temporalmente incapacitada para cuidar de sí misma y un montón de problemas que no sabe cómo resolver. ¿Cómo va a decirle a Candela «tu padre no puede ocuparse de ti porque está esperando mellizos»?

Mellizos. El malestar que había sentido al oír esa palabra se estaba amplificando. Castañas asadas en las tardes de otoño, el paragüero de casa de sus padres y el mar cálido de los veranos en casa de Armand Brunel.

—Tiero agua.

Nicolás estaba en la puerta del salón, al borde de la última baldosa, mirando con prevención sus pies descalzos y el suelo de gravilla. Iba desnudo, con un calzoncillo blanco que se le había torcido. El pelo, de un rubio intenso, estaba sudado y unos mechones largos se le pegaban a las sienes con obstinación. Irene se levantó apresuradamente y lo cogió en brazos.

Ahora recuerda, no puede evitarlo. La primera vez que la vio. Su arrojó desesperado. ¿De dónde venía? ¿De qué secreto manantial se nutría aquella furia que le hizo preparar una pequeña maleta, coger el abrigo y apoyarse en el mostrador del aeropuerto con la secreta determinación de no moverse de allí hasta que pudiera conseguir un billete con destino a Viena?

En el bolsillo llevaba el programa que había sacado de internet. Lo leyó una vez más, mientras la azafata hacía un montón de maniobras explicando dónde estaban las puertas de emergencia y las máscaras de oxígeno. «Akiko Onishi y Ricardo Betancourt, un dúo de excepción, en la Konzerthaus de Viena». No podía entenderlo. ¿Qué hacía su marido tocando a dúo con una pianista japonesa totalmente desconocida? ¿Por qué en Viena, la ciudad en la que Ricardo le había prometido que algún día actuarían juntos? Y sobre todo, ¿por qué motivo Ricardo se lo había ocultado?

Iba a suceder. Iba a conocer la verdad. Llevaba meses aquejada de una terrible ansiedad, sabía en su fuero interno que aquella vez los devaneos de su marido debían de haber llegado a un puerto distinto de los anteriores, pero tenía tanto miedo que durante un tiempo fingió que no se daba cuenta de nada, esperando quizá que pasara la tormenta, que él se cansara de esta nueva aventura, fuera la que fuera, pero al final la angustia y la indecisión fueron peores que el miedo a saber la verdad.

Había reservado precipitadamente una habitación en el hotel Ambassador, estaba un poco alejado de la sala de conciertos, pero era el hotel en el que Ricardo y ella se habían alojado en otras ocasiones. Cuando se registró, preguntó al recepcionista en qué habitación se hospedaba Ricardo Betancourt, y cuando le confirmaron que efectivamente su marido se alojaba allí, sonrió amargamente y, tratando de parecer segura de sí misma, aunque el corazón le latía con tanta fuerza que estaba a punto de desvanecerse sobre el mostrador, quiso saber también el número de habitación de la señorita Akiko Onishi. Pero ella no estaba registrada en aquel hotel.

Y no obstante su furia y su osadía seguían adelante. Se vistió adecuadamente y recogió la entrada que, a última hora, le habían conseguido en recepción. Por algún extraño motivo que había hecho cambiar su percepción de las cosas, sintió una punzada de placer al comprobar que aún quedaban localidades sueltas para el concierto.

Se había arreglado con esmero. Un vestido de seda salvaje de color granate muy oscuro, unos zapatos forrados con la misma tela y un abrigo que se cerraba con un solo botón. El pelo recogido en uno de esos moños que solía improvisar con frecuencia porque sabía que le daban un aire distinguido y, en el cuello, el gran diamante negro de talla princesa que Ricardo le había comprado en París. Hacía frío, una pátina grisácea, como de lluvia, teñía la calle de tonos plomizos. Caminó hasta la esquina de Mahlerstrasse, contemplando indiferente los ostentosos edificios del Ring y, de pronto, justo en el momento en el que un tranvía pasaba por el fondo de la calle, se paró en seco, dio media vuelta y regresó al hotel. Tenía tiempo. Aún faltaba más de

una hora para que comenzara el concierto. Volvió a entrar en el vestíbulo, ensayó una inofensiva sonrisa, y preguntó si madame Betancourt todavía estaba en su habitación. El recepcionista dudó, preguntó algo en voz baja a su compañera y luego le informó que monsieur y madame Betancourt habían salido del hotel a media tarde.

De pronto la ansiedad se había aplacado. Lentamente, caminó hacia la sala de conciertos. No podía pensar en nada, si acaso, en por qué había dicho madame Betancourt. ¿Por qué francés? Ella no hablaba francés. Los recepcionistas hablan mayoritariamente inglés.

Un poco antes de llegar a Karlsplatz, en una de las calles laterales había un pequeño letrero de neón en el que se leía la palabra HOTEL. Caminó hacia allí con paso decidido. Era un hotel mucho más sencillo que el Ambassador, pequeño y confortable. Pensó que debería haberse alojado ahí, lejos de monsieur y madame Betancourt, lejos de ese escenario en el que ella quedaba en evidencia, no los dos adúlteros pillados en falta, sino ella, la supuesta víctima, ella en una ridícula posición vulnerable y desprovista. En ese pequeño hotel hubiera estado a resguardo, protegida de su propia vergüenza.

El bar estaba desierto. Pidió un whisky con soda. Cuando el camarero le preguntó qué whisky prefería, solo pudo hacer un gesto con la mano. Luego se lo bebió de un trago, pagó y siguió adelante. Hacia el escenario de la tragedia.

Había estado muchas veces en la Konzerthaus de Viena, aunque nunca había llegado a tocar allí. Ricardo y ella habían asistido, hacía tiempo, a un espectacular concierto de Karajan y luego, muchos años después, Ricardo había actuado como director invitado de la Orquesta Sinfónica. Lo recordaba en el camerino, comprobando que el frac no tuviera una sola arruga, tenso, irritable. Y luego saliendo a saludar una y otra vez, arrollador y jovial, con su eterna sonrisa de muchacho que siempre consigue lo que quiere. Y se recordaba a sí misma contagiada de emoción al ver lo que en cierto modo era también obra suya, el éxito y los aplausos interminables, el reconocimiento de tantas tardes infantiles perdidas, de una juventud que había pasado como un soplo y una madurez construida sobre los viajes, la incertidumbre y el desarraigo familiar.

Y ahora otra vez. Entró en la sala directamente, sin detenerse en el vestíbulo y sin pasar por el guardarropa. En esos momentos tan solo había media docena de personas sentadas en sus asientos. Se dejó guiar hasta su butaca, una localidad que ningún aficionado a la música hubiera adquirido de buen grado para un concierto de piano, sexta fila lateral, a la derecha del escenario, donde no había la más mínima posibilidad de ver las manos de la pianista y donde el sonido llegaría distorsionado. Pero ella no había ido allí para escuchar. Al menos no solamente. Había ido para ver, para observar, para entender. En el fondo había ido a Viena para que ellos supieran que ella sabía. Para que todo saliera a la luz y estallase como los sueños cuando se estrellan contra la luz de la mañana. Para que todo acabase por fin y poder despertar de aquella pesadilla.

Los minutos que faltaban para que comenzase el concierto se le hicieron interminables. En el programa había una breve biografía de Akiko Onishi. Y una foto. Tenía un rostro aplastado e inexpresivo, como una máscara de porcelana. Ella, joven, enigmática, con un aspecto moderno y atrevido. Había nacido en Tokio pero vivía en Nueva York, la ciudad en la que últimamente Ricardo pasaba más tiempo que en casa. Pero lo peor no era eso, lo más insultante era la elección de las obras que iban a interpretar, sobre todo en la primera parte. Eso era lo que más le dolía, lo que todavía no conseguía entender. ¿Por qué había hecho Ricardo esto? ¿Por qué Ravel, la sonata que Adam Fertig y ella habían tocado juntos en Amsterdam, más de veinte años atrás, en un concierto que hizo estremecer a todo el mundo y que desembocó en una noche pasional en la que Ricardo secretamente resentido la dejó embarazada? Y no solo Ravel, de esa noche y de ese concierto antiguo emergían también las cuatro piezas románticas de Dvořák, completando así de un modo grotesco y despiadado la usurpación de un repertorio que Irene consideraba suyo y que ahora su marido decidía interpretar con otra mujer.

Intenta aplacar el dolor que le ocupa todo el pecho. Respira agitadamente, mientras baja la cabeza y trata de leer el programa de mano. Siente tanta vergüenza que no sabe si podrá llegar a la segunda parte, cuando esa mujer toque en solitario *Cuadros de una exposición*, la suite para piano de Mussorgsky, con la que ni siquiera tendrá que esforzarse para convencer a un auditorio invisible, los que no están allí, los agentes y los gestores de las grandes salas, los directores de festivales, toda esa gente que no tardará en aceptarla puesto que ahora ya es evidente, Ricardo Betancourt es su valedor.

Y de pronto salen los dos, Akiko Onishi primero, él un segundo después. Ella lleva un sencillo vestido negro, de impecable corte, y un ancho brazalete de hilos de plata. Solo eso. El pelo, liso y de un intenso tono azabache, luce un corte dispar, con ese sofisticado aire minimalista que a Irene le recuerda el inconfundible estilo de Nueva York. Ricardo no lleva frac, sino un traje de corte también exageradamente moderno y una camisa de seda negra sin cuello. Y empiezan a tocar. Primero Ravel, la sonata para violín y piano de 1927, una obra que cede el protagonismo a los dos instrumentos por igual, individualizándolos hasta el extremo de resultar salomónica. Irene sabe por qué Ricardo la ha elegido, por qué es la primera pieza del concierto. Quiere dejar claro que ella es un ser autónomo, que cuenta con su apoyo pero tiene su propia personalidad, su propio talento.

No toca mal. Irene tiene que reconocerlo. Ocho minutos y medio del primer movimiento son suficientes para saber que tiene buena técnica, pero le falta pasión. Entra a tiempo sobre el violín, bajo él realmente, se cobija bajo la melodía que Ricardo dirige con maestría y luego, cuando llega su turno, se suelta en un alarde de precisión demasiado frío, como si fuera una buena afinadora y no una artista. A veces su precisión resulta un poco extenuante. Le saca al piano el sonido preciso, el timbre justo y la melodía es más que adecuada. Pero no consigue esa chispa de genialidad

que tienen los grandes. Hay un momento, en el segundo movimiento, en el que el piano debe sonar como una guitarra, un blues rasgado, recuerda que, en Amsterdam, Adam tocaba esta parte como si sus dedos pellizcaban las cuerdas en lugar de golpear el teclado. Akiko Onishi lo ejecuta correctamente. Incluso con cierta pericia. Pero cuando entra el violín, gimiendo como un saxo en un garito de Nueva Orleans, ella desaparece. Y Ricardo se crece como lo que es, el auténtico monarca de aquel reino invisible. Y la devora. Irene sabe que no puede evitarlo, para él esto es un juego de niños.

Está sufriendo. Los celos le crean tanto dolor que casi se siente anestesiada cuando el primer movimiento de Dvořák suena, y luego el segundo, Ricardo toca de una forma genial y ausente, se diría incluso que ignora al público, solo la mira a ella, y esa mujer se crece en su banqueta tapizada y adelanta el cuerpo buscando desesperadamente ese violín que la lleva, y la arrastra, hasta el *allegro appassionato*, por fin los dos, ellos debatiéndose en un cruce de miradas que sobrepasa el entendimiento musical; Irene sabe que están compartiendo algo más que notas, se están entregando el uno al otro. Siente que toda la sala lo sabe también, todas aquellas personas que la rodean se dan cuenta de que ella es la esposa traicionada y que su marido está perdidamente enamorado de esa pianista japonesa que puede doblegarse a él y no competir secretamente como les ha pasado desde el comienzo de los tiempos a Irene y Ricardo. Eso es lo que piensa. Que la japonesa ha sabido entender mejor su papel. Que ella se rindió demasiado tarde. Que en algún momento de sus vidas, cuando eran demasiado jóvenes, su gran error fue ser superior a Ricardo.

Aplausos. El intermedio la saca de su estupor, la distrae del daño profundo que el concierto le ha causado. ¿Qué hará ahora? ¿Se levantará y saldrá al vestíbulo a tomar una copa de champán? ¿Se integrará en uno de esos grupos que comentan las habilidades de la pianista y que susurran en un aparte, es la amante, Betancourt la está promocionando? Puede hacerlo. Todavía puede hacerlo. Siempre es mejor que quedarse en su asiento, sola en la sala, visible para quien quiera observarla. Coge su copa y pasea entre la gente escuchando los comentarios que son menos incisivos de lo que esperaba, oye alabanzas a Ricardo, anodinos comentarios sobre ella, un hombre dice en inglés «los japoneses son muy eficaces pero les falta cierto tipo de cultura», Irene se pregunta qué quiere decir, está tan furiosa que desearía encararse con aquel hombre y soltarle a la cara que no está de acuerdo con la afirmación, y eso que ella es la esposa traicionada, la única de esa sala que puede odiarla, pero están en Viena, en la Konzerthaus, la sede de una supremacía europea que todavía cabalga a lomos de un aquejado espíritu caduco de valeses y polkas, y se pregunta por qué Ricardo la ha traído aquí, qué quiere demostrar, a quién desafía. Viena no es sitio para esa mujer. Por un instante siente una extraña compasión por ella.

Alguien la agarra por el brazo. Se vuelve sobresaltada.

—¡Irene! Pero ¿qué haces aquí?

Hay algo en el tono de Fanny Zóbel que suena demasiado complejo. O al menos se lo parece. Una especie de piedad y exigencia al mismo tiempo. Seguramente irritación porque los haya descubierto.

Fanny es la asistente de su marido, una filipina tenaz que mantiene el mundo a raya para que nadie pueda traspasar la frontera que ella traza cada mañana en torno a su señor. Ricardo depende de ella en cuerpo y alma.

Ella está mirando con sus ojos rasgados y su rostro amarillento contraído en un tenso rictus.

—¿Sabe Ricardo que has venido?

Irene niega con la cabeza. Por un segundo se siente avergonzada, como si fuera culpable de algo que resulta injusto y desproporcionado.

Se miran directamente a los ojos. Cada una intenta saber lo que piensa la otra. Irene es la primera en descubrirse. Intenta mostrarse serena, pero está tan alterada que siente que va a echarse a llorar.

—¿Y tú? —dice—. ¿Desde cuándo eres cómplice de todo esto?

Fanny no responde. Ha entornado los ojos en un involuntario acto de contrición. Irene aprovecha el instante para soltarse de esa mano que la sujeta ahora ya con una intensidad desmayada. El timbre ha sonado tres veces y el vestíbulo se está quedando vacío. Sin añadir una sola palabra, se aleja hacia su butaca. Podría irse al hotel, a la calle, meterse en un bar y emborracharse hasta perder el sentido, podría ir a los camerinos con Fanny y llorar durante horas ante su marido, pero no quiere hacer nada de eso, solo quiere verla a ella, su rival, observarla mientras ninguna de las dos puede moverse de su sitio, ni hablar, ni gritar, ni perder la compostura; quiere estar allí, fríamente, mirándola.

Cuando la ve salir sola al escenario, sentarse ante el piano, acercar ligeramente el taburete, en el silencio expectante de esa enorme sala, concentrarse sin atreverse todavía a tocar, siente con ella su desamparo, su repentina orfandad. Sabe lo que es ese instante. Lo ha vivido cientos de veces ella misma, el arco todavía suspendido sobre las cuerdas del violín, sabe cómo revolotean las mariposas en el estómago, el pánico repentino de quedarse en blanco y no poder tocar una sola nota; ella sabe muy bien lo que significa salir a enfrentarse con un público que te juzgará y te condenará irremediabilmente en el primer error que cometes.

La compasión. ¿De dónde viene este oscuro sentimiento? ¿Por qué no puede odiarla abiertamente? ¿Por qué siente esa especie de lástima secreta por esa mujer que la está expulsando de su propia vida?

Y de pronto ya está sonando Mussorgsky. La *Promenade*. Una de las melodías más famosas de la historia. Irene la escucha con un interés insano y reconoce que la japonesa ejecuta correctamente los cambios continuos de compás, controla la sutil inestabilidad que tiene la obra; ahora tiene que reconocerlo, el hombre del vestíbulo tenía razón, es sumamente eficaz, pero carece de solemnidad. Esa es la cuestión. A cambio posee algo que Irene no tendrá nunca. No sabe lo que es, pero el cuerpo

palpitante de esa mujer la turba como si hubiera entre ellas algún vínculo sexual. Irene no ve sus manos, desde donde está no puede verlas, pero imagina su mano derecha sobre el teclado y la izquierda ligeramente levantada, ve el brazalete de plata oprimiendo un brazo fibroso y joven, un brazo que por las noches recorre la cintura de su marido, ve su escaso y firme pecho temblando con los acordes sostenidos, *senza allegrezza*, como Mussorgsky quería, porque su rostro no revela ninguna alegría, más bien una concentración voraz y ambiciosa, y entonces se da cuenta, eso es lo que las diferencia, ella llegará donde se proponga porque dentro de su mente hay un pequeño motor japonés que la impulsa hacia delante, y en cambio Irene es esclava de una tradición latina que ha conocido demasiados siglos de genialidad para molestarse en vencer la resistencia de algo que se parece a la pereza.

No lo es. Sabe que no es pereza. Pero secretamente se reprocha a sí misma haber dejado aparcada su brillante carrera como violinista para... ¿Para qué? La respuesta. Sabe que esta respuesta que su mente busca mientras en el escenario las variaciones de la *Promenade* de Mussorgsky recorren una exposición no visible, la respuesta, se dice, es igualmente imaginaria. Pero no importa. El resentimiento habla por ella: para que Ricardo pudiera triunfar. Eso es lo que ahora mismo cree, lo que se ha estado negando durante años. Los dos no podían. Y ella era menos ambiciosa, tenía menos deseo, quizá el mismo talento, incluso más, pero le faltaba tener agujas en la sangre, caballos galopando por las venas, le faltaba el narcisismo inquebrantable de su marido. Por eso fue ella la que lo dejó, poco a poco, renunciando ahora a una actuación, luego a un contrato estable, y al final a una carrera por la que todos se habían sacrificado tanto.

Se avergüenza de sí misma. Y ahora está ahí, con su pesada ofrenda y su resquemor, mientras la mujer que la sustituye, madame Betancourt para el recepcionista del hotel Ambassador, vive su momento de gloria.

La música. Por un instante se deja capturar por las notas que salen del piano y recuerda que Mussorgsky compuso esta obra como homenaje a su amigo Víktor Hartmann. La suite se inspira en una exposición póstuma de los cuadros de Hartmann. Irene ha visto algunos de esos cuadros una vez. Son acuarelas, bocetos infantiles de polluelos danzando, dibujos arquitectónicos de obras que nunca se construirán. Recuerda uno de esos dibujos, oscuro, enigmático, Hartmann recorriendo las catacumbas junto a dos figuras con sombrero de copa, los tres apenas iluminados por la luz de una linterna, y una frase que en esos momentos la llena de un singular desconsuelo: *Cum mortuis in lingua mortua*. Con los muertos en la lengua de los muertos. ¿Es así como se siente ella? Está aquí, en esta sala de Viena, viendo a la mujer que duerme con su marido, una más entre el público que debería aplaudir calurosamente cuando el concierto acabe, y siente que no está viva, que esto no pertenece a su vida, es como un viaje a los infiernos, un viaje mal iluminado, donde hay cosas y aspectos que no se pueden apreciar a simple vista, una humedad fría y

desolada, un murmullo como de agua subterránea que inexplicablemente sale de la caja de un piano.

Ya está. El *ostinato* final. *La gran puerta de Kiev*. Los pesados acordes de la *Promenade* llegan a su nivel máximo de tensión. Ahora vendrán los aplausos.

Ricardo ya sabe que ella está en la sala. Fanny se lo habrá contado. Ahora la cuestión es saber cómo reaccionará. ¿Vendrá a buscarla? ¿Intentará suplicar un perdón que los dos saben que no es más que un aplazamiento? ¿Fingirá que no ocurre nada?

Akiko Onishi ha salido dos veces a saludar. Los aplausos amenazan con ser demasiado tibios, así que, demostrando un conocimiento inteligente de la escena, en la tercera aparición sale acompañada de Ricardo. Como era de esperar, los aplausos crecen con una intensidad ofensiva. Ricardo saluda una y otra vez. Sonríe. Pero su rostro muestra una pequeña preocupación. Recorre la platea agradeciendo el calor del público con ligeros movimientos de cabeza. La está buscando. Entonces Irene se pone de pie y él la ve. Se miran durante unos segundos y, antes de que comience el bis, Irene sale de la sala.

Cuando atraviesa el vestíbulo oye el primer movimiento de la *Sonata para violín y piano, K. 526*, de Mozart. Irene sonríe. La elección le hace tanta gracia que está a punto de soltar una carcajada. El Mozart más vienés, más popular, el más turístico, tanto como la tarta Sacher, el Schönbrunn o las pinturas de Gustav Klimt. Ahora los aplausos serán más entusiastas. Akiko Onishi ya tiene garantizado su triunfo en Viena.

Esa noche, Irene no durmió en el Ambassador. Paseó durante un par de horas por la ciudad desierta y, cuando los zapatos amenazaron con derribarla, se encaminó inconscientemente hasta el pequeño hotel en el que había tomado una copa antes del concierto. Pidió una habitación en el último piso y durmió profundamente durante diez horas. Por la mañana consiguió que un botones fuera al Ambassador a retirar su equipaje y ya no vio a Ricardo hasta el día en que tuvieron que firmar el divorcio, siete meses después. No volvieron a hablar. No hubo una explicación, ni una disculpa, ni siquiera una sucia pelea por la casa o por la custodia de Candela. Simplemente se apartaron el uno del otro y dejaron que el camino entre los dos lo ensancharan los abogados. Eso fue todo.

El padre llega a comer antes de lo previsto. Es un día frío y lleva el abrigo de paño y la bufanda gris. Se quita los guantes, los deja junto con el sombrero en la rejilla del paragüero y avanza por el pasillo esperando encontrar a su mujer en la cocina o en el comedor. Pero no hay nadie. Es raro. El fuego de carbón está encendido y un puchero de sopa hierve lentamente con la tapadera medio abierta en uno de los lados de la cocina.

Decide esperar tranquilamente leyendo el periódico que está doblado sobre la mesita del mirador. Se quita los zapatos húmedos y se pone las zapatillas, que encuentra como siempre bajo su butaca. Al sentarse, observa el violín olvidado con descuido en uno de los sofás del salón. A su lado el estuche abierto y el atril que permanece junto al piano, cortando el paso. Es un hombre tranquilo, pero le desagradan instintivamente estas muestras de desorden, no puede entender a qué repentina confusión obedecen. Ha enseñado a su hija lo importante que es el orden; cuando era pequeña le decía medio en broma que las cosas se rebelan si no están en su sitio, sufren y se vuelven contra ti. Su mujer solía reprocharle que provocara esas fantasías en la niña, luego tiene miedo por la noche, solía decirle, pero él estaba contento con la educación que había dado a su hija, una educación normativa y estimulante, un equilibrio difícil de definir. Desde los seis años recibía clases de violín y ahora que ya tenía diecisiete era una alumna avanzada que estaba terminando el grado superior. Cuando actuaba con la orquesta del conservatorio él se sentaba en la primera fila y se sentía tan orgulloso que miraba a su mujer como esperando que ella le reconociera la perseverancia; y así era, su mujer le devolvía una sonrisa llena de consideración y agrado, sus ojos pequeños y chispeantes parecían decir, te has empeñado en hacer de ella una concertista y casi lo has conseguido, mírala, escucha cómo toca, qué jovencita tan guapa, con su dulce rostro inclinado sobre el violín y ese aire soñador, ese porte de verdadera artista. Seguramente no había unos padres más orgullosos en toda la ciudad. Y lo asombroso era que en el tema de la educación de su única hija estaban los dos en absoluto acuerdo. Él ponía las normas, dictaba las órdenes y la madre las ejecutaba con el mismo agrado que si hubieran nacido de su propia voluntad. Le emocionaba ver la dedicación con la que su mujer había pasado los últimos diez años organizando las tardes en un continuo ir y venir al conservatorio, a las clases particulares, haciendo los deberes del colegio con Irene para que el tiempo invertido en la música no perjudicara su rendimiento escolar, la alegría con la que la acompañaba cuando tenían una actuación fuera de la ciudad, con qué asombrosa inteligencia instintiva la estaba entrenando para el futuro, enseñándole a preparar una maleta con lo imprescindible, que no te falte nada pero que no tengas que cargar con un equipaje pesado para que siempre puedas llevar contigo la funda del violín, si la ropa se arruga la puedes meter debajo del colchón, y para lavarla hazlo en el lavabo del hotel, luego la metes en una toalla y la retuerces hasta que quede bien escurrida, y la cuelgas de una percha en la barra de la cortina, y si no hay ducha lleva un guante de felpa y te enjabonas el cuerpo y te aclaras dos veces, y no

uses nunca colonia, que deja restos en la ropa negra y luego tienes que actuar con ella...

Esa infancia. Ese padre y esa madre. Saber siempre hacia donde ibas, cuál era tu futuro, tener la conciencia de que estabas haciendo exactamente lo que esperaban de ti.

Sí, el padre estaba todavía sentado en su butaca, leyendo el periódico, cuando Irene y su madre entraron en casa, sofocadas, alteradas; ella vio primero el paragüero que había junto a la entrada y en él su rostro sonrosado, la larga melena rubia recogida en una coleta, en el espejo ovalado donde durante años solo veía el rostro de su madre; llegaban juntas a casa, pero ella no salía en esa imagen, era pequeña, no llegaba a la altura del espejo, y cada día observaba el azogue esperando verse, y un otoño vio su pelo, asomando como una promesa sin rostro y sin ojos, y de pronto ahora se veía completa, este día en el que la hora sagrada de la comida se ha transformado en una confusión repentina, ya era una mujer y pronto saldría de esa casa, de ese territorio infantil para emprender un largo y definitivo viaje.

—Le han dado la beca. Nos han llamado hace un rato.

La madre ha respondido antes de que el padre pudiera articular su pregunta.

No dice nada. Arroja el periódico sobre la mesita, se levanta y la abraza emocionado. En ese abrazo hay alegría y dolor, porque en el fondo es una despedida.

Y luego el viaje. Subir a un avión por primera vez. No va la madre con ella. La acompaña otra alumna del conservatorio, Ana Galván, una estudiante de clarinete que ya ha pasado el curso anterior en Rotterdam. En el conservatorio las han puesto en contacto y la madre ha querido entrevistarse con esa otra chica y le ha hecho todo tipo de preguntas sobre la vida que llevan los jóvenes en Holanda. Por primera vez, Irene se ha sentido un poco avergonzada. Todavía no está en Rotterdam, pero ya siente que la preocupación de su madre es un poco pueblerina. Ella no siente miedo, sino una emoción profunda, una especie de vértigo como si estuviera a punto de comenzar un concierto.

Durante el viaje, Ana le ha contado cosas de la ciudad, de la vida de los estudiantes, le ha hablado de unas galletas rellenas de caramelo y de un pescado crudo que se come por la calle. También le ha hablado de los *coffee-shops*, pero le ha recomendado que no entre en ninguno.

Están llegando al centro de Rotterdam. Han pasado por un parque, por un puente bajo el cual había barcazas con la ropa tendida, por una fábrica de color rojo y azul, por un alto rascacielos redondo y luego por otro parque con una pequeña iglesia de madera. Irene siente cómo se aleja del hogar, del mundo conocido y familiar, pero en ese alejamiento hay mucho de la excitante aventura de crecer; no se marcha de Madrid, de su barrio, de su casa, en cierto modo huye de la niñez. Con un violín.

Ana la ayuda a instalarse. No ha podido conseguir plaza en una residencia para estudiantes que hay cerca del conservatorio y tiene que alojarse momentáneamente en Coolsingel, la calle de los bancos, las tiendas y las oficinas, en una casa de huéspedes donde se alquilan habitaciones a los estudiantes de música. En otros sitios no los quieren porque los vecinos protestan por el ruido, le dice Ana. La pensión está en un gran edificio de los años cincuenta, de sillería gris, cuya fachada aparece salpicada con destartalados letreros de neón que han dejado de lucir hace años. En su tiempo debió de ser un edificio de elegantes viviendas burguesas, pero ahora todas las plantas, menos la tercera, que es donde está la pensión, han sido transformadas en minúsculos despachos y oficinas.

Han entrado en la habitación. Es muy pequeña, pero al menos no tiene que compartirla. La cama está pegada a la pared y cubierta con una colcha de cuadros. Apenas queda sitio para una estrecha mesa, una silla y un armario de formica con una luna frontal en la que se refleja un cartel de molinos y tulipanes clavado en la pared del fondo. Es bastante deprimente. Lo único bueno es la gran ventana, de suelo a techo, que ocupa casi todo el ancho de la habitación. Irene se acerca a esa ventana y contempla el exterior. Hay un cine iluminado al otro lado de la calle y unos cuantos árboles que están a punto de perder las últimas hojas. Esos árboles le producen un fugaz desconsuelo. Algo desnudo, desprovisto, un letargo que durará todo el invierno. Así se siente, como esas ramas cuyas hojas ondulantes son barridas por el viento. Desde la puerta, al despedirse, Ana le dice:

—Alegra esa cara, mujer. Que estés en Holanda.

Luego se queda sola. Rotterdam. La ciudad destrozada por la guerra, desatendida durante años en los que solo era un gigantesco espacio a reconstruir, la ciudad que ahora florece culturalmente, palpita aunque ella no sea consciente, porque todavía no sabe nada de ese sitio en el que sobrevive como una ninfa asustada. Y empieza la vida. Las clases del conservatorio, las dificultades del idioma; al principio se siente aislada, pero tiene su violín, practica durante horas, toda la tarde, parte de la noche; a veces, cuando se agota, y el cuello y los dedos le duelen terriblemente, sale a la calle y pasea sola entre los canales y las bicicletas que se deslizan con un suave sonido por el pavimento, algo que le gusta y que diferencia este país en el que ahora se encuentra de Madrid, del ruido que siempre ha detestado, las bocinas, los motores viejos, los camiones y los autobuses repartiendo su bronco sonido por la ciudad.

Ha cambiado eso por un lugar silencioso pero oscuro, una ciudad de cielos plomizos a la que llegan grandes barcos que Irene no se cansa de mirar. Le gusta el puerto, los muelles de mercancías y los almacenes de ladrillo, y también contemplar el agua de color amarillo verdoso cuando las gaviotas se posan levemente para emprender al instante el vuelo. Se sienta en un noray y observa con atención las maniobras de los grandes cargueros que se abren paso entre las aguas. A veces un marinero de pelo encrespado y hombros peludos se asoma a la cubierta y mira a esa muchacha pálida de larga melena rubia, como una holandesa de verdad, que está sentada en el muelle, y se pregunta qué hace ahí; quizá siente deseos de bajar del barco y ofrecerle un cigarrillo, es lo que hacen los marinos cuando llegan a una ciudad extraña, buscar una mujer con la que espantar los fantasmas de la soledad. Ella también está sola. Y navega. Cruza un río de aguas opacas tratando de adivinar qué hay en el fondo. Es como si estuviera intentando que alguien, o algo, le despejara el futuro.

Resulta duro vivir fuera de casa. Se siente perdida. Sobre todo cuando se aleja del conservatorio y regresa al barrio donde vive. Es un barrio de oficinistas y comerciantes que huyen hacia sus casas a las cinco de la tarde. Las calles se quedan vacías, apagan las luces de los escaparates, echan las persianas, la noche cae con una fuerza desoladora y hostil; a veces un gato cruza la calle y pone una fugaz estela de vida en ese escenario vacío. El gato y ella. Algunas noches, después de practicar durante horas junto a su ventana, Irene tiene que salir a comer algo, casi siempre en uno de esos puestos callejeros que venden waffles calientes, o unas tiras de pescado con patatas que se sirven en un cucurucho y ella se lleva a la pensión; a veces también compra un poco de queso gouda y un pan de centeno en el pequeño comercio de un vietnamita que hay en la esquina con Neuwstraat y se lo come pensando en sus padres, en el viejo comedor de muebles oscuros y en el olor a castañas asadas cuando en los días lluviosos de noviembre volvía del colegio.

Cada día, la ciudad donde está completa y definitivamente sola la cautiva y, al mismo tiempo, la sepulta en una especie de extraña indefensión, algo que se parece al miedo. Muchos días camina por las calles que hay detrás de la pensión, atraviesa el

canal y se acerca a la iglesia de San Lorenzo, donde siempre hay turistas deambulando como ella. A veces, alguien se acerca con un mapa en la mano y le pregunta por una dirección. En su precario inglés tiene que responder que no es holandesa y entonces la miran sorprendidos, y ella, consciente de sus cabellos rubios y su piel pálida, se excusa nuevamente.

En el conservatorio le va bastante bien, pero aún no ha conseguido hacer amigos. Las clases son individuales y una vez a la semana asiste a una clase colectiva. Aprende mucho viendo tocar a los demás. Su profesora se llama Nicoleta Studeny. Es rumana y habla un español lento y arcaico, pero al menos consiguen entenderse. Lleva siempre una libreta negra de tapas de hule en la que apunta cosas, los fallos o los progresos de sus alumnos y siempre, al comienzo de la clase, consulta su libreta para ver lo que anotó en ella el día anterior. Una libreta de tapas de hule con los cantos morados. Irene todavía no sabe lo importante que va a ser en su vida ese pequeño objeto.

Un domingo de finales de octubre, un día menos oscuro y lluvioso que los otros, el sol tibio y lejano se filtra a través de una densa malla de nubes amarillas. Se acaba de levantar pero está tan cansada que podría dejarse caer en su pequeña cama y seguir durmiendo durante horas y horas. Lleva aquí apenas dos meses y siempre está cansada. Echa en falta el sol, la luz, los cielos limpios de Madrid. A veces piensa que le faltan vitaminas, o minerales, o algo en la alimentación. Desayuna un tazón de copos de maíz con leche y luego se acerca a Delfshaven, el viejo barrio donde Ana comparte un apartamento con otras dos chicas. El día anterior la había buscado en el conservatorio. No tenía ganas de practicar, ni de seguir deambulando por esa ciudad desconocida, así que, venciendo su natural timidez, Irene le había propuesto salir juntas esa noche. Ana le dijo que no era posible. Se recuerda volviendo la cara, avergonzada y herida por su propia flaqueza.

—He quedado con unos amigos, pero ven a mi casa mañana por la mañana. Iremos a Parkhaven a montar en barco.

Ana es una chica alegre y decidida. Le gusta porque con ella todo parece fácil. Quizá, algún día, cuando encuentre el sitio que está buscando, pueda parecerse a ella. Eso es lo que siente, que le han movido la vida bajo los pies y ahora tiene que buscar un nuevo territorio para crecer. Empezar de nuevo. Es tentador, pero Holanda no está respondiendo a las generosas expectativas que en Madrid se había hecho; escribe a sus padres contándoles todo lo que reconoce como exótico y distinto: los restaurantes indios, las bicicletas en el metro, los viejos barcos de madera en los que vive la gente, las tiendas que venden semillas de marihuana y los parques donde se celebran barbacoas familiares. Pero no les habla de su melancolía ni de su aislamiento, no les dice que a veces pasa días enteros sin hablar con nadie y que muchas mañanas no

puede ni siquiera levantarse de la cama. En cambio, Ana habla de Holanda como si cada minuto en aquel país fuera una aventura sorprendente.

Va caminando hacia su casa. Delfshaven es el barrio más antiguo de Rotterdam, todo el mundo dice que es lo único que no quedó totalmente destruido por la guerra. Le resulta extraño saber que una ciudad entera desapareció bajo las bombas y que todo eso ocurría bajo la atónita mirada de unos hombres y mujeres que todavía pueden contarlo.

En la calle hay un ambiente festivo, el domingo es el mejor día para pasear. Irene se cruza con un padre y su hijo; el adulto lleva un abrigo afgano y pantalones campana, el niño va vestido con una extraña chaqueta guateada de colores y adornada con cascabeles. En la calle Voorhaven hay dos antiguos almacenes de grano que están siendo rehabilitados y un poco más abajo un edificio que tiene un gran escudo en la entrada. Se cruza con un hombre de pelo blanco y largo hasta los hombros que le sonríe. Lleva en la mano un ramo de rosas amarillas. Irene se siente como si las rosas fueran para ella. Más tarde, antes de llegar a la manzana de la vieja fábrica de cerveza donde está el edificio en el que viven Ana y sus amigas, ve pasar a una pareja de ancianos pedaleando alegremente sobre una bicicleta tándem. Está contenta. Es un día radiante para estar a finales de octubre.

Todavía esboza una ligera sonrisa cuando pulsa el timbre. Está frente a la puerta y oye risas y susurros al otro lado. Tardan tanto en abrir que toca de nuevo. Ya está. Alguien descorre el cerrojo y se ve frente a una muchacha de su misma edad que se cubre con una sábana de flores.

—Hola —dice desviando la mirada—. Vengo a buscar a Ana.

La chica se vuelve. Al fondo de la estancia, en el sofá, hay un chico acostado sobre las sábanas revueltas.

—¿Quién es Ana? —pregunta.

El chico se encoge de hombros. Son españoles.

—Pasa —dice por fin la chica ajustando la sábana alrededor de su pecho. El chico está destapado y lleva un calzoncillo blanco de algodón. Irene intenta no mirarle.

—Están todos dormidos —dice la muchacha—. Anoche tuvimos una fiesta.

Irene contempla las botellas de cerveza que hay en la mesa y las bandejas de cartón con restos de comida. En el suelo, sobre la vieja alfombra, hay un cenicero lleno de colillas.

—Voy a ducharme.

La chica se aleja por el pasillo arrastrando su sábana mientras ella se queda a solas con el muchacho, que intenta ponerse los pantalones sin incorporarse del todo.

—Siéntate donde puedas —le dice cuando por fin consigue abrocharse la cremallera—, creo que tu amiga se levantará pronto.

Tiene un acento dulce y relajado. Es delgado, muy alto, moreno y bastante guapo. Irene se siente cohibida en su presencia.

Él intenta poner un poco de orden pero le resulta difícil recoger las mantas. Irene lo mira indecisa hasta que él le pide con un gesto que le ayude a doblarlas. Están uno frente al otro. Irene dobla la manta hacia un lado y él hacia el contrario. Se ríen y lo intentan de nuevo. Ella deja que sea él quien dirija la operación y se acerca hasta tocar con sus manos extendidas los dos extremos que sujeta mientras la mira directamente a los ojos con una sonrisa intencionada. Están muy cerca el uno del otro. Él retiene la parte de la manta que ella ha doblado y la atrae contra su propio pecho. Irene se siente profundamente turbada, mientras él parece divertido por la situación.

—Tocas el violín —dice de pronto. Irene nota su aliento cercano.

¿Cómo lo sabe?

Como si quisiera responder a su gesto de sorpresa, el chico extiende la mano, le aparta hacia atrás un largo mechón de cabello rubio y le pasa suavemente el dedo por una mancha oscura que tiene en el cuello. Irene se estremece ligeramente.

—Vaya chupetón. —La chica que le abrió la puerta acaba de regresar de la ducha—. Dile a tu novio que no sea tan ansioso —dice visiblemente molesta por la situación en la que los sorprende.

—No es un chupetón —responde Irene echándose de nuevo el pelo sobre la mancha.

—Es por tocar el violín —responde el chico por ella, al tiempo que arroja la manta mal doblada sobre el sofá—. Se llama «callo del violinista».

—¿Ah, sí? Pues es asqueroso.

Él ignora deliberadamente el comentario cargado de insidia.

—Debes de practicar muchas horas —dice con su acento amable y melodioso.

—Bastantes —responde Irene.

Se ha roto el hechizo. La presencia de la otra chica lo ha estropeado todo. No le volverá a ver en mucho tiempo. Ni siquiera sabe todavía que ese chico moreno de suave acento canario se llama Ricardo.

No recuerda nada más de ese día. Seguramente Ana se despertó por fin y quizá fueron a navegar por el río Maas. O puede que se cansara de esperar y huyera como un animalillo asustado hacia la pensión. No puede saberlo. Todo lo que sucedió a partir de ese momento se pierde en una nebulosa ahogada por las emociones.

El cielo está bajo, gris, y restos de nieve sucia se arrinconan en las aceras. Sopla un viento frío, que viene de los muelles. Ha regresado a Rotterdam un domingo por la tarde, el peor día en el que se puede llegar a esta ciudad. El centro está desierto. En algunos comercios todavía se ven los adornos navideños y las luces que alumbraban las calles comerciales están apagadas y a medio retirar.

Cuando entra en el portal de la pensión siente un nudo en el pecho, una especie de congoja que la hace estallar en llanto apenas cierra tras de sí la puerta de la habitación. Quiere meterse en la cama y dormir, olvidarse de que acaba de regresar de las vacaciones en España y de que le espera un nuevo trimestre de tedio y tristeza en aquella ciudad odiosa. Pero no lo hace. Espera unos instantes, se seca furiosa las lágrimas y sale a la calle, a lo que ella cree que es enfrentarse con la realidad. Debajo de ese aspecto etéreo y desvalido, sabe que posee una fuerza y un tesón inquebrantables; la han educado así, para no desfallecer pase lo que pase.

Lleva un rato andando bajo el viento helado de enero. Ha debido de nevar durante varios días seguidos, porque los canales tienen placas de hielo en las zonas más umbrías y los barcos pequeños permanecen amarrados y cubiertos con lonas azules sobre las que se amontona la nieve a medio derretir. Intenta decirse a sí misma que está construyendo su futuro, que el esfuerzo y las renunciaciones tienen sentido, intenta reconocer la ciudad como el lugar esperanzador donde ahora vive, pero la realidad le rebota en la cara y solo ve ventanas débilmente iluminadas donde imagina otras vidas, familias prolongando perezosamente la sobremesa del domingo, apacibles salones con una pareja que lee o escucha su música favorita, mientras el viento y el frío recorren las calles adueñándose totalmente de ellas, como fieros guerreros normandos consumando un saqueo. Y ella, ¿a dónde pertenece? ¿A esos interiores de cortinas descorridas o a la desolada realidad de la calle? ¿Quién es esta muchacha rubia, de dulces ojos color miel y paso largo, que llora mientras camina? Solo alguien que está lejos de su hogar. Solo alguien que toca el violín.

Aceptar que el violín y ella son una misma cosa no le cuesta ningún esfuerzo. Desde que recuerda ha sido así. Y así será también durante muchos años.

Ha vuelto al conservatorio. Está tocando la *Partita n.º 1 en si menor* de Bach y siente una especie de placer infinito al ir venciendo una tras otra las dificultades de la interpretación. Nicoleta Studeny está en un rincón de la sala, con su larga falda de vuelo y sus trenzas anudadas en lo alto de la cabeza. Mientras toca para ella, Irene piensa en esa mujer a la que apenas conoce. Parece una campesina rumana. Pero no lo es. Ese mismo día irán juntas a tomar un café y por el camino Nicoleta le contará que es de origen checo, que su apellido no es rumano, sino eslavo, y que ella es una de las pocas mujeres que se llama así.

—Studeny es versión masculina de este apellido. Si mis padres hubieran casado en territorio eslavo yo llamaría necesariamente Studenyeva, hija de Studeny. Pero ser rumana me da privilegio de conservar mi nombre íntegro, como se llamó siempre mi padre y antes el padre de su padre.

Han entrado en un local de la Dunantstraat. Las sillas están amontonadas sobre las mesas y una mujer pelirroja friega las baldosas arrodillada en el suelo. Al inclinarse hacia adelante se le ven los muslos, blancos y secos, surcados por una red de pequeñas venas azules. Irene duda. Se detiene en la puerta, pero Nicoleta la empuja suavemente hacia el interior. Saluda con un gesto al dueño y, segura de sí misma, se dirige a una de las mesas que hay junto a la ventana, coge con determinación las dos sillas que están sobre el mármol y le hace un gesto a Irene para que se acerque.

Están sentadas en ese café sin que Irene sepa muy bien por qué han ido allí. Se distrae mirando por la ventana. Hay un puente sobre el canal. Y al otro lado la parada de metro de Coolhaven. Repite mentalmente ese nombre, Coolhaven, y luego Coolsingel, el lugar en el que está la pensión. Por un instante siente deseos de preguntarle a Nicoleta qué quieren decir exactamente esos nombres, solo ha conseguido saber que *haven* significa «puerto» y *singel*, «canal». Alguien le ha dicho que *cool* puede significar «madera». El puerto de la madera, el canal de la madera. Imagina ese tiempo antiguo en el que los hombres eran libres y circulaban por la vieja Europa, talando los árboles que luego llevarían en sucias barcazas oxidadas por los canales de Rotterdam hacia el mar.

Coolsingel. La calle donde vive. No hay ningún canal, quizá lo cegaron para abrir esa arteria vertical por la que bajan los autobuses hacia el río Maas.

A Irene le cuesta prestar atención. A veces se pierde en el discurso de Nicoleta, que intenta explicar con su lento y eficaz español lo importante que es para ella dar clases en el Conservatorio de Rotterdam, el mismo centro donde antaño también ella estudió música con el maestro Pijper, antes de la guerra, antes de que el mundo conocido se volviera del revés y ella tuviera que abandonar definitivamente Rumanía y emigrar a Holanda.

—En aquellos años, los estudiantes de música vivíamos en apartamentos junto a río Maas. Nos juntábamos todos en un mismo edificio, porque es difícil convivir con vecinos cuando hay que practicar muchas horas. Si pasabas por la orilla del río a las seis de la tarde se oían violines, pianos, clarinetes... Cada uno con su melodía. Era como torre de Babel musical.

Irene piensa en la pensión donde durante tres largos meses ha escuchado las insistentes entonaciones de una desconocida estudiante de canto cuya voz se ha convertido en un sonido familiar al otro lado de la pared.

De pronto, la conversación da un giro. El cuaderno de tapas de hule está sobre la mesa. Nicoleta lo acaricia distraídamente, deja de hablar de ella misma y empieza a interesarse por la vida de Irene en Rotterdam. Le hace muchas preguntas. Algunas demasiado personales. Y luego.

Luego le dice lo que al parecer pretendía decirle todo ese tiempo: quieren que toque como segundo violín en la Joven Orquesta del Doelen. Hay una vacante y

Nicoleta la ha propuesto a ella. Tiene que pasar una serie de pruebas, pero espera que no la defraude.

El duro invierno, el frío que penetra por el mar del Norte y recorre los canales que rodean la ciudad. Está en la estación central, donde van a tomar el tren para Utrecht. El domingo por la mañana actúa en esa ciudad con la Rotterdam Youth Orchestra. Es su primera actuación fuera de Rotterdam.

Lleva un gorro blanco, de lana escocesa, calado hasta las cejas, y una larga bufanda enrollada con varias vueltas alrededor del cuello. Aun así, el gélido viento le congela el rostro, las manos cubiertas por guantes, y se cuela a través de su pantalón vaquero intentando trepar pantorrillas arriba hacia los jóvenes y cálidos muslos. En los andenes hay poca gente. Es demasiado pronto. Ha salido de la pensión antes de la hora con miedo de perder el tren por cualquier imprevisto y ahora está sola, esperando a que lleguen sus compañeros. Está nerviosa, pero muy contenta, como si por fin vislumbrara a lo lejos la grieta que debe saltar para abandonar definitivamente el aburrido territorio de la infancia.

Y lo hará. Porque va a tocar en la sala de conciertos Vrendenburg de la ciudad de Utrecht. Ha ensayado de manera intensiva durante tres semanas con sus nuevos compañeros una obra compleja, la *Quinta* de Mahler, y tiene miedo de sus más de ochocientos compases, teme realmente no estar a la altura, sobre todo en el *adagietto*, con todas esas variaciones para cuerda que el director se empeña en ejecutar velozmente, sin que el movimiento completo sobrepase los ocho minutos de duración. Pero no será su primer concierto profesional lo único que la haga crecer, porque colgando de ese concierto estará su amistad con un joven chileno que toca la trompeta, ese mismo joven delgado como un junco, de rostro oriental y cabello rizado que se llama Chisán y que ahora camina hacia ella con su estuche negro por el andén de la estación.

Todavía están los dos solos. No ha llegado nadie más. Se saludan. Él le pregunta si es española, la ha visto antes, en los ensayos y en el conservatorio; ella también se ha fijado en él, ¿cómo no hacerlo?, mientras ensayaban en De Doelen, ese rostro de pómulos aplastados y ojos invisibles, una raya apenas, cerrados sobre su trompeta, los largos dedos en los pistones, el cabello negro y encrespado, agitanado, tan impropio de su rostro oriental.

—¿Eres chino? —le preguntó, por decir algo.

Él se colocó el estuche de la trompeta bajo el brazo y se frotó las manos muerto de frío.

—Algo así —respondió mientras se soplaba los dedos—. Soy chileno, pero mi padre es chino. Mi madre es de ascendencia española.

Le contó que se llamaba Chisán, que quiere decir guerrero, que era de Antofagasta y que lo que realmente le gustaba era tocar jazz.

Bajo el viento frío del mar del Norte el mundo se paraliza, se da la vuelta como una vieja pelota de goma maltratada por la marea. Esos dos jóvenes tan distintos, pero al mismo tiempo tan iguales, inacabados aún, con sus sueños intactos, inconcretos, con algo secreto y profundo que los acerca el uno al otro. Hablan en el

tren, sobre todo él, le cuenta cosas de Chile, imágenes que a ella se le quedan grabadas durante mucho tiempo, en el mismo compartimento secreto donde unos días antes se almacenaron las imágenes prestadas del delta del Danubio; atesora como si fuera suyo ese recuerdo de Valparaíso, desde el paseo Gervasoni, cuando en el mes de enero los árboles frondosos del verano apenas dejan pasar toda la intensidad de una luz poderosa y oblicua que viene del océano.

—Íbamos todos los años a Valparaíso —le cuenta Chisán—, en las vacaciones de verano, a casa de mi abuela. Algunos días, mis primos y yo nos escapábamos corriendo cerro abajo hasta la Caleta del Membrillo para ver la llegada de las barcas. Regresaban repletas de peces de aleta rosada y por la arena corrían unos cangrejos enormes, las jaibas, que intentábamos atrapar. Los hombres amarraban sus barcas, sucios de grasa y salitre, y descargaban el pescado; luego, las mujeres lo limpiaban allí mismo, contra el muro del paseo, mientras cientos de pelícanos se iban agolpando en el tejado de la lonja, mirando ansiosos el incesante ir y venir de cabezas, tripas, cuchillos y escamas. Hacía tanto calor en enero...

Y luego un breve silencio en el que los dos miran los campos helados desde la ventanilla del tren.

—Tienes que ir a Valparaíso —dice de pronto él— y montar en uno de los viejos ascensores rojos y amarillos que sobreviven renqueantes desde hace más de un siglo. Y ver la casa de Pablo Neruda, La Sebastiana; allí hacen unas colosales fiestas para celebrar el año nuevo; hay un ventanal azul que da la vuelta a la casa. Mi tío nos llevó una vez a ver los fuegos artificiales de media noche...

Eso dice él. Con esas mismas palabras. Hay una incómoda tristeza en todo lo que cuenta. A Irene le gusta ese muchacho chileno cuya voz tiene un eco que le recuerda sus propios pensamientos y, a veces, algunos pasajes tristes de la sinfonía de Mahler que van a interpretar.

Cuando bajan del tren en Utrecht son dos viejos amigos. Él le propone:

—Esta noche, después del concierto, voy a una sala de jazz en la que toca un amigo mío. Es saxofonista. ¿Quieres venir?

Írá. Un local oscuro y lleno de humo al que hay que bajar por unos estrechos escalones. Todavía resuenan en su mente los aplausos de la Vrendenburg; el público ovacionando particularmente al trompetista, a quien el director ha ido a saludar personalmente al final del concierto, ese joven trompetista de rostro chino que añora los mares del sur donde en ese momento es verano y que ha contagiado a todos con un electrizante solo de trompeta al comienzo de la *Trauermarsch*, de tal modo que luego el director ha recogido el desafío y ha impedido que los demás desfallezcan, los trombones, las trompas, los violines, el arpa, la percusión, todos enardecidos hasta la apoteosis del *rondó finale* y por eso, al terminar los aplausos hay sonrisas de satisfacción en todos esos rostros jóvenes que recogen cada instrumento como si guardaran en sus estuches un don. Se sienten privilegiados, pero no pueden pensar en

ello durante mucho rato porque tienen que vivir, la vida les espera en la noche fría de Utrecht.

Sí, aquel local oscuro lleno de gente. Irene espera turbada junto a una columna mientras Chisán busca a su amigo. La llama desde el fondo, una mesa lateral junto al escenario. Se integran en un grupo. Todos tienen bebidas y a ella le ponen una copa de ginebra holandesa en la mano. Es la primera vez que bebe y no sabe si le gusta, solo puede decir que despeja su timidez y la proyecta con fuerza hacia delante.

Son casi todos argentinos y chilenos. También hay una pareja de norteamericanos que están bastante borrachos.

—¿Qué compositor ha escrito mejor para trompeta?

La pregunta la ha hecho una chica argentina de larga melena negra y ojos enormes que refulgen en la oscuridad.

—Mahler tiene muchos solos magníficos —responde Chisán—. También Bruckner, pero Mahler es más complejo y sugerente.

—¿Y tenés que poseer condiciones especiales para tocar? Unos buenos pulmones, supongo.

—Hay que saber dominar el aire, eso es todo.

—¿Por qué elegiste la trompeta? No parece un instrumento muy popular.

—¿En qué sentido? Mira el jazz.

—No, me refiero a la música clásica. Por ejemplo, el violín es más común; si decís que tocás el violín ya sabemos que te dedicás a la música clásica. No hay otra.

—Sí la hay —interviene Irene—. El violín también está presente en la música popular. Es uno de los principales instrumentos del folclore en todos los países europeos.

La chica argentina se vuelve hacia ella.

—¿Vos tocás el violín?

Irene asiente tímidamente, pero la chica ya se ha vuelto de nuevo hacia Chisán ignorando su acalorado comentario.

—¿Y por qué elegiste la trompeta? ¿Hay alguna razón especial?

Chisán se rasca el cuello, distraído.

—Sí —responde pensativo—. Es, no sé cómo decirlo, triunfal, enardecida, apasionada. Es contundente y primitiva.

—¿Primitiva? —pregunta un chileno que viste completamente de negro y fuma en pipa—. Dile eso a Miles Davis o a Dizzy Gillespie.

—Quiero decir que es un instrumento con resonancias ancestrales de la caza y la guerra. No hay nada más primitivo que eso.

Luego se enzarzan en una discusión sobre músicos de jazz; algunos nombres Irene no los ha oído nunca y también van a parar a ese compartimento donde sobreviven las imágenes de Valparaíso y las frías marismas del delta del Danubio de donde es originaria Nicoleta Studeny. Está almacenando allí todo lo que desea conocer.

Chisán y ella salen juntos de ese sótano lleno de humo y música. Lleva en el cuerpo los redobles de la batería, la metálica caricia de las escobillas sobre los parches del tambor y el pulso obsesivo del contrabajo. Ahora todos esos sonidos le pertenecen. No son mentales como en la música que ella toca. Son corporales, están hechos de piel y fuertes conmociones viscerales. Toda esa música desconocida, el ruido que la acompaña, las conversaciones, los camareros desplazándose entre las mesas, cigarrillos que se encienden, esa informalidad, alguien que se ríe con una carcajada espontánea, esa sensación desconocida de libertad. Y el ritmo salvaje anidando en el centro del pecho, obligándote a mover todo el cuerpo al calor de unos sonidos que la han embriagado tanto como la ginebra que ha bebido por primera vez.

Salen a la calle. Una débil corriente de aire, un soplo salado y húmedo trepa por las aceras de Utrecht como si hubiera viajado con ellos en tren. Hablan sin parar de lo que han oído, de la gente con la que han estado, de lo que uno y otro piensan. Irene no se reconoce a sí misma. De pronto se está mostrando como nunca lo había hecho ante nadie, está entregando su alma a un desconocido. Llegan al hotel. Suben en el ascensor. Él la acompaña hasta la puerta de su habitación. Hablan en voz baja para no despertar a la chica con la que Irene comparte el cuarto y se despiden después de un rato de murmullos contenidos, deseosos los dos de seguir hablando. Irene abre la puerta con sigilo y él espera sonriendo con su rostro oriental y sus cabellos revueltos, Irene ve esa última imagen; muchos años después, cuando recuerde a Chisán, será esa única imagen la que vea, su rostro sonriente y expectante, con la luz del pasillo del hotel cayéndole a plomo, mientras ella se aleja hacia el interior de una silenciosa e inaccesible penumbra. Esa imagen. No tiene por qué, pero siente que le abandona. Seguramente él esperaba algo más y ella no tiene demasiado claro lo que desea; le gusta su compañía pero siente que debe cerrar esa puerta entre los dos, para cualquier posible intento de acercamiento. Muchos años después se sentirá culpable de haber actuado así.

Óxido y salitre. Rotterdam los recibe con otra mañana de domingo furiosamente gris, una mañana hecha de cristales de hielo. No nieva, pero lo hará muy pronto. El aire huele a una humedad mal contenida, a gasóleo de barco, a la misma desolación de siempre. Pero a Irene le parece otra ciudad. Esa misma tarde va a ir a ver una habitación en el piso que Chisán comparte con unos amigos. Está en Middellandstraat, cerca de un mercado de frutas y verduras, un barrio habitado principalmente por chinos y orientales. No le pilla cerca del conservatorio pero tampoco lejos; podría bajar caminando por la orilla del canal hasta el puente de Coolhaven y, a cambio, tendría una hermosa habitación forrada de corcho donde poder tocar, una ventana que da a las populosas calles de comercios minúsculos que abren todo el día y, cruzando Kruisplein, apenas a unos minutos del apartamento, De Doelen, la sede de la orquesta con la que a partir de ahora tiene que ensayar.

Esa noche duerme todavía en la pensión de Coolsingel, pero ya ha hecho las maletas y las tiene dispuestas bajo la mesa, junto al violín. Apenas duerme, pero es feliz. En sus breves y fugaces sueños aparece un muchacho moreno que no se parece en nada a Chisán.

Coge el autobús cerca de Beurs y camina con sus dos maletas por la concurrida acera de Middellandstraat hasta la esquina de la calle Anna Paulowna. Hay una pequeña tienda de comestibles con letreros de papel amarillo donde figuran las ofertas del día, y un bazar de artículos de regalo en cuyo escaparate un cisne de porcelana simula nadar entre flores. El portal es amplio, austero, con poca luz. No hay ascensor.

Está ante la puerta de la casa donde va a vivir. Sus compañeros son Chisán, ese muchacho de ojos rasgados y pómulos aplastados que de pronto se ha convertido en su amigo, una joven salvadoreña a la que todos llaman la Tierna y dos hermanos uruguayos que estudian tango con Néstor Atuel. Será su hogar en Rotterdam.

Le abre una chica. Es algo mayor que ella, morena, con el pelo negro como el ala de un cuervo, cejas gruesas y una sombra de vello oscuro sobre el labio superior. Se desplaza con una desconcertante lentitud. Parece una perezosa pantera.

—Chisán me dijo que ibas a venir.

Lleva en la mano un suéter.

—Mira —dice mostrando una raya en el jersey—. Le quedó la marca del tendedero.

Irene no sabe muy bien qué decir.

—No tenemos plancha y no se la podré quitar. Quedará la raya justo aquí —señala con el dedo la distancia entre sus dos pechos— y todo el mundo se fijará, sobre todo los hombres.

Hay algo inocente y turbio en sus palabras, en sus gestos dilatados; no será un suéter sin planchar lo que miren los hombres, piensa Irene, sino esa implícita forma de provocación. La ha llevado a través de un estrecho pasillo hasta su habitación, un lugar no mucho más amplio que el cuarto que acaba de abandonar en la pensión de Coolsingel pero infinitamente más comfortable. Lo primero que ve, y le agrada, es un pequeño armario pintado de rojo con margaritas en los bordes y un tulipán de latón a modo de tirador. Enfrente hay una cama cubierta por una colcha de algodón indio, y un espejo marroquí colgado de la pared de corcho. La ventana da a la calle lateral. Las ramas desnudas y grises del invierno se agitan levemente tras los cristales, apenas cubiertos por dos pañuelos de gasa que hacen las veces de cortinas.

—Antes vivía aquí una chica australiana, pero tuvo que regresar a su país de repente. Su padre murió.

Irene abre el armario y ve que hay ropa.

—Dejó aquí parte de sus cosas. Puedes quedártelas, si quieres. A mí no me van.

Junto al armario hay una mesa baja de madera repujada y una gran pipa de agua de metal dorado y cristal verde. La Tierna se encoge de hombros. Irene cree entender que hay algo en esa habitación que ella no aprueba.

—Hoy vendrán todos a comer. Estoy preparando pupusas con loroco y frijoles. Es una comida típica de mi país, ayer nomás me llegaron la harina de maíz y el loroco desde El Salvador.

Va con ella a la cocina a ayudarla. Hablan de esa comida extraña, del modo en que se prepara. Le enseña a aplastar las masas de maíz con las manos.

—Voltéalas con la mera mano, como si aplaudieras.

Muestra cómo se hace. Sus largas manos morenas aplastan las bolas de masa de un lado y del otro, pausadamente, con cierta desidia, jugando con ellas. Luego las van depositando sobre una vieja encimera de mármol espolvoreada de harina.

—Y ahora el relleno.

Un bol de madera con una pasta roja.

—Frijoles refritos —dice la Tierna—. Bien colochos, los tuve toda la noche en el refrigerador.

En la mesa hay un bote de loroco Goya abierto, con una cuchara dentro.

—Y el queso. Tiene que ser achiclado, no vale el que es seco.

Dispone con cuidado una cucharada de frijoles y un poco de queso cheddar desmenuzado en una de las filas de tortas redondas que hay sobre la encimera. Luego rellena la siguiente fila con una pasta hecha de loroco muy picado, casi exprimido, y un queso fresco de fuerte olor.

—Ahora hay que cubrirlas. Vaya haciendo bolas de masa y aplastándolas, mija, que yo las cerraré.

Entre las dos cubren las pupusas con su segunda capa, las cierran y aplastan de nuevo antes de ponerlas a asar en lo que la Tierna llama un comalito.

Irene asiste divertida a todo el entretenido proceso y mientras se cocinan las pupusas en su plancha de metal llegan los dos hermanos uruguayos y unos minutos más tarde aparece Chisán en la cocina.

Ya están todos. Beben cerveza holandesa en vasos pequeños. Los chicos hablan todos a la vez, huele a comida casera, se reparten las tareas, uno pone el mantel, otro lleva los platos, la Tierna saca de la nevera el encurtido de repollo y remolacha con chile picante; hay exclamaciones de regocijo, bromas y una camaradería tan envolvente que Irene casi siente vértigo. La soledad de Coolsingel queda muy lejos.

—¿Por qué te llaman Tierna?

Ahora están sentados a la mesa. Irene ocupa un lugar entre Armando, uno de los hermanos uruguayos, y Chisán. Siente una desconocida y cómoda despreocupación.

—Ah, bueno, es cosa de mi país. Soy la más chica de mi casa, ¿cómo dicen ustedes...?

—La benjamina —ataja Chisán.

—Eso es. La tierna, la más pequeña de los hermanos.

—Vos no lo sabés —explica Hugo desde el otro lado de la mesa—, pero realmente le dicen Tierna porque es una muchachita pequeña. Echa mucho en falta su casita y los brazos de mamá.

Irene se vuelve hacia ella y le sonrío abiertamente, demostrando sin palabras que está dispuesta a ponerse de su parte.

—¿Y por qué viniste a Holanda? ¿También estudias música?

—No, quería cursar escultura en la Escuela de Artes de San Salvador, pero mi papá se empeñó en que saliera al extranjero y me hizo matricular en ingeniería.

—¿Y no te gusta?

—Bueno, realmente no sabe si le gusta —interrumpe Hugo—. Lleva dos años sin acudir a ninguna clase.

La Tierna hace como que se enfada. Destila la misma inocencia confusa que cuando describió la marca que le había quedado a su suéter rojo. Chisán le murmura al oído:

—Ella será feliz cuando encuentre un marido... Y su padre también.

Bromean. Ríen. Comen y beben. Hablan de los estudios de música, de los profesores del conservatorio. La mesa está salpicada de migas y pequeños restos de masa, los platos vacíos, los vasos sin una gota que apurar. Por un instante, Irene tiene la impresión de haber encontrado una familia nueva. El espejo del paragüero de su casa de Madrid se está haciendo añicos.

Su nuevo hogar. Es un espacio de libertad, una especie de puerta por la que se accede a otro estado, a otra edad. Las cartas que ahora escribe a sus padres relatan la misma actitud entusiasta de hace unos meses, solo que ahora todo es verdad. O casi todo. No les dice que a veces se quedan hasta el amanecer bebiendo ginebra y fumando, que los chicos uruguayos tienen dos novias holandesas con las que se encierran por las tardes en su habitación y que los gemidos resuenan por toda la casa a pesar del corcho y de la supuesta insonorización. Tampoco les dice que Chisán y ella fueron un sábado a un *coffee-shop* a comprar marihuana, que esa noche fumó por primera vez y luego se puso a tocar el violín en presencia de todos, que tocó el *Tzigane* de Ravel, una obra que conocía muy bien, pero la interpretó como nunca antes lo había hecho, olvidando la precisión y dejándose arrastrar por algo que ella misma no controlaba y que le hacía pensar constantemente en la música de jazz.

Y pasan los días. Son días que parecen años. Todo crece a su alrededor. Con ella, a través de ella, junto a ella. Todo crece y ella también. Sobre todo. Y una mañana lluviosa de principios de febrero, cuando llega temprano al conservatorio, Nicoleta le dice:

—Tengo algo para ti. Es una buena oportunidad, pero quiero saber si estás dispuesta a trabajar duro.

La mira detenidamente, como queriendo observar su primera reacción. Tiene una taza de café humeante en la mano. La deja sobre el banco, con cuidado de que no se derrame. Luego abre su libreta negra de tapas de hule, apoya el bolígrafo sobre una de las páginas y continúa:

—La Fundación Van den Eynde convoca en Rotterdam el concurso de violín más importante de Holanda. Vienen jóvenes estudiantes de Amsterdam, La Haya y Utrecht. Las pruebas se celebrarán durante la segunda quincena de mayo, pero hay que inscribirse mañana.

Irene no sabe qué decir, es todo demasiado apremiante. Pero dirá que sí. Se ha acostumbrado a aceptar los retos que salen de ese pequeño cuaderno negro.

Esa misma mañana estudian el repertorio. Nicoleta se sienta a su lado junto al banco de madera barnizada en el que Irene ha dejado el gran bolso de tela jaspeada y la funda del violín que aún tiene los cierres echados. Se quita la bufanda que lleva colgando del cuello. Es febrero. Hace ese tiempo frío y húmedo tan típico de Rotterdam, pero en el conservatorio siempre mantienen la temperatura a veinte grados. La clase no tiene ventanas al exterior, por lo que ninguna de las dos puede ver que la lluvia está cayendo con inusitada fuerza sobre el viejo edificio de ladrillo y golpea con violencia el tejado de pizarra. Ellas hablan de música ajenas a todo ese fragor invernal. Hay tres pruebas. En la primera deberá tocar un *Capricho* de Paganini, el número 4, y la *Partita número 3 en mi mayor* de Bach. Ambas son obligatorias. La *Partita* la ha tocado varias veces, no le llevará apenas tiempo de estudio. Y con Paganini nunca ha tenido problemas, lo ha estudiado en España, aunque recuerda que el *Capricho número 4* es uno de los que encierra mayor dificultad.

En la segunda prueba eliminatoria, esta vez con acompañamiento de piano, deberá elegir entre Ravel, Ralph Vaughan Williams, Massenet y César Franck. Es una elección difícil, le gusta el *Tzigane* de Ravel, es una de sus obras favoritas, de hecho recuerda haberla tocado recientemente, una noche en la que no era del todo ella misma, pero también siente predilección por la breve y lírica *Meditación de Thais* de Massenet. Y por otra parte, le gustaría poder afrontar el desafío de esa gran obra maestra que es la *Sonata en la* de César Franck o abordar la apacible contemporaneidad de Williams y su famoso poema orquestal *The Lark Ascending*. No sabe por cuál decidirse. Nicoleta, con escueto sentido práctico, intenta ayudarla:

—Son obras de diferente duración. Según condiciones del concurso, la obra completa, o fragmento completo, no debe superar los doce minutos. Eso dificulta mucho la elección, porque significa seleccionar un movimiento de una obra, además de la obra misma. Yo creo que debes renunciar a Franck y a Massenet, uno por demasiado largo y otro por demasiado corto y que debes elegir entre el *Tzigane* de Ravel, una obra que cualquier jurado respetará porque ofrece grandes dificultades y trampas para un violinista, y *The Lark Ascending*, de Vaughan Williams. En el caso de Williams, la versión para violín y piano me gusta menos que la orquestal, se pierde toda la magia de flautas y clarinetes y, sobre todo, el ascenso del violín sobre la orquesta que es tan espectacular.

Hace una pausa y la mira detenidamente.

—Entonces solo te queda Ravel.

Y le hace un guiño de complicidad. Irene sonrío.

—Bueno —añade Nicoleta—. Por pura casualidad es una obra que conocemos bastante bien, ¿no es eso?

Las dos sonrían ahora. Irene se siente protegida y arropada.

—Y luego viene la tercera prueba. Este es el gran desafío del concurso. Tienes que tocar con orquesta, y esta vez como solista. Hay que elegir entre uno de estos conciertos, son todos fantásticos, los mejores, pero hay que elegir uno: el *Concierto en re mayor* de Brahms, el *Concierto en mi menor* de Mendelssohn, el difícilísimo *Concierto en re mayor* de Tchaikovsky y el *Concierto en la menor* de Dvořák.

Nicoleta golpea inconscientemente con su bolígrafo la página de la libreta en la que están anotadas las condiciones del concurso. El chal de cachemira que lleva sobre los hombros se le cae. Parece nerviosa.

—No te voy a dejar opinar —dice súbitamente seria—. Hemos escogido ya una obra que te favorece, una obra que has tocado en muchas ocasiones, una obra que te resultará fácil porque ya tienes superada una parte del camino. Ahora voy a elegir por ti el concierto que debes interpretar. Aunque sea el más complicado.

—¿Tchaikovsky? —protesta Irene aterrorizada.

Sabe, porque lo ha estudiado, que cuando Tchaikovsky terminó de componer ese concierto los violinistas de la época rechazaron la partitura de forma tan unánime que se vio obligado a retrasar el estreno y, durante un tiempo, se consideró un concierto imposible de interpretar.

—Exacto. Tchaikovsky. Una sólida construcción formal de tres movimientos perfectamente estructurados en forma sonata, lied y rondó. Es una de mis favoritas, didáctica hasta sus máximas consecuencias, exquisita y compleja. Una obra que, además, tiene un gran valor añadido: no está hecha para cobardes. Solo los mejores se atreven con ella. Si eliges esta obra le estás diciendo al jurado: creo en mí misma, soy la mejor, tienen que elegirme porque lucharé por la música hasta el límite de mis fuerzas.

—Pero...

—Nada de peros. Lo vas a hacer.

—No sé si podré.

—Podrás, te lo aseguro.

Está asustada por esa férrea firmeza que Nicoleta exhibe a veces, esa determinación a la que es imposible oponerse.

—Tú déjame a mí. Tú solo toca el violín. Yo me ocupo de lo demás.

Ya está. Lo ha anotado todo en su libreta de tapas de hule. La suerte está echada.

Y entonces sucede. Nicoleta saca unos papeles de su viejo bolso de piel, protegidos por una fina carpeta de color verde pastel.

—Este concurso es diferente de los otros. Tiene una parte que no es habitual.

Abre la carpeta y extrae los papeles con delicadeza. Irene ve que se trata de una partitura, pero no puede distinguir nada más porque su profesora la mantiene sujeta contra el pecho.

—A veces piden a los finalistas que interpreten de improviso una obra, la que quieran, a su elección. Valoran la capacidad de improvisación. No lo hacen siempre, pero pueden hacerlo. Y si lo hacen, tú vas a sorprenderles con esto.

Desliza la partitura hasta que las hojas pautadas quedan perfectamente extendidas en el trozo de banco que hay entre las dos.

—*Las variaciones Leiden* de Willem Pijper.

Irene no sabe qué decir. Por lo poco que Nicoleta le ha contado, sabe que Pijper fue el director del Conservatorio de Rotterdam durante los años treinta, hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial, y que era un músico controvertido y polémico que se dedicó tanto a la composición como al ensayo y la crítica.

—No conozco esa obra.

—Nadie la conoce —responde Nicoleta con cierto misterio—. La partitura original, que nunca se estrenó, desapareció durante los bombardeos de Rotterdam. Esta copia que ves aquí está escrita y dedicada de propia mano por Willem Pijper.

Irene cree percibir algo más que orgullo en esa confesión.

—Son unas variaciones que escribió en la ciudad de Leiden sobre una cantata de Anton Webern.

—¿Música atonal? —pregunta extrañada Irene.

Nicoleta Studeny afirma primero y luego niega rápidamente con un gesto repentino.

—No pongamos etiquetas. Tócalo primero y luego me dices si te gusta. Eso de música atonal no me dice nada, nunca me sonó real. En esta partitura yo creo ver un claro homenaje a Bach. De hecho, todos los compositores de la Segunda Escuela de Viena sentían una clara admiración por Bach, Alban Berg, Anton Webern... El propio Schönberg calificó a Bach como el primer compositor dodecafonista de la historia.

Irene intenta comprender: de un cajón de la cómoda de Nicoleta Studeny ha salido una misteriosa partitura que el holandés Willem Pijper escribió sobre su contemporáneo Webern, y que, por encima de todos esos alardes de modernidad, a quien realmente recuerda es a Bach. Un largo camino para llegar al principio del repertorio.

—Este concurso comienza con Bach y termina con Bach —dice como si pensara en voz alta.

Nicoleta levanta la vista de su libreta, la mira por encima de sus gafas ovaladas y asiente:

—Es cierto. Las cosas muchas veces vuelven al lugar de donde salieron.

Luego apura su café y cierra satisfecha el cuaderno de tapas de hule.

Ya está. De pronto la vida ha cambiado con la misma velocidad con la que se pasa de un compás a otro. Todavía tiene que actuar con la Orquesta Escuela del Doelen en un par de ocasiones, y además debe preparar cuidadosamente el repertorio del concurso. Va de un lado a otro, ajetreada y alegre, porque ahora está de verdad instalada en la vida de la ciudad. Rotterdam. Ese lugar solitario y húmedo en el que ha vivido hasta entonces va desapareciendo de su alma mientras se despide lentamente el invierno. Ya no está sola. Ahora pertenece a un grupo. La Tierna, Chisán, Hugo, Armando y todos los que van y vienen de esa casa donde vive y en la que es habitual quedarse charlando hasta altas horas de la madrugada, y donde ella, la tímida muchachita española de antaño, ríe, habla, opina, discute. Es como si hubiera abierto una gruesa cremallera que mantenía su complejo interior a resguardo de los demás y de pronto estuviera mostrando sus formas más ocultas. Y eso la libera. La vuelve menos pesada; incluso Nicoleta le ha dicho que está tocando mejor.

Una tarde vuelve a encontrarse con Ana a la salida del conservatorio. Ha quedado con Chisán para ir juntos al Doelen. Ana la mira con curiosidad.

—Estás muy cambiada —le dice contemplando su cabello suelto y su abrigo afgano de piel bordada—. El otro día te fui a ver a la pensión y me dijeron que ya no vives allí.

—Vivo con unos amigos cerca de Kruisplein. Estoy tocando en la Orquesta Escuela de la Filarmónica.

—¡Qué suerte! ¿Cómo lo has conseguido?

Se encoge de hombros con aire distraído, mientras agita la mano para que Chisán la vea.

—El otro día me preguntaron por ti —dice Ana.

Apenas la ha oído. Chisán sube las escaleras de dos en dos. Su largo y rizado cabello negro se agita como el oleaje del mar al amanecer.

—El chico canario —insiste Ana—. Me preguntó qué había sido de la muchacha rubia que tenía una mancha en el cuello.

Irene recuerda inmediatamente la escena, pero Chisán ha llegado a la escalinata donde ellas se encuentran. Por el abrigo entreabierto se ve su camisa de flores y una gran cadena de la que cuelga el símbolo de la paz, que Irene ha hecho recortar a un joyero de una moneda turca. Los presenta. Y nota que busca ser premeditadamente ambigua cuando pronuncia con una sonrisa enigmática: «Te presento a mi amigo».

¿Qué siente en ese instante? ¿Cómo se arranca los últimos restos de aquel Madrid de la niñez donde quedaron sus padres y su ordenada infancia?

Se aleja mentalmente durante unos segundos. Cuando vuelve a la realidad Chisán está invitando a Ana a una fiesta que se celebrará en casa de unos amigos mexicanos el sábado próximo.

—Vamos a festejar el equinoccio de primavera. A la manera mexicana. Como se celebra en el Yucatán, cuando Quetzalcóatl desciende por la pirámide de Chichén Itzá.

—¿Qué es eso del equinoccio? —pregunta Ana.

—Es cuando el día dura lo mismo que la noche —responde Chisán—. Haremos una fiesta que comenzará a la caída de la tarde, en el jardín de unos amigos que viven en el barrio de los ferroviarios. Lo llenan todo de velas y unas chicas francesas van a hacer un *majun*.

Ana pone cara de no saber qué es un *majun*.

—Un pastel de hachís con chocolate y frutos secos. Está bueno. Y coloca más que si lo fumas.

Irene los contempla como desde fuera, valorando el modo en que Ana va sintiéndose cada vez más fascinada por lo que Chisán representa.

Hay un placer insidioso en ese breve encuentro. Por primera vez siente que todo lo que le está pasando es verdad, que no es otra fantasía más escrita para tranquilizar a sus padres. Ana es un fulgurante reflejo en el que se ve a sí misma como es ahora; ya no la envidia, pues sabe perfectamente que ella también ha llegado a ese territorio libre que se llama Holanda.

Cuando se despiden y Chisán y ella se alejan hacia el metro de Coolhaven, siente una repentina oleada de entusiasmo. Tanto es así que de pronto se abraza a él, cogiéndole por la cintura, y deja que la atraiga hacia sí con un gesto que tiene algo de satisfactoria posesión. Irene se cobija en el hueco de su hombro y se siente feliz. Y al mismo tiempo tiene la sensación de estar metiéndose ella sola en una ratonera. Él todavía no le ha dicho que está enamorado, pero ella ya lo sabe. Evita instintivamente las situaciones en las que pudiera producirse esa confesión porque no siente lo mismo; le quiere, le aprecia, es su mejor amigo, pero sabe que no está enamorada y que nunca lo estará. Es una extraña certeza, aunque en esos momentos siente que necesita pegarse a él hasta formar juntos un solo cuerpo.

Ensayá. Estudia y ensaya sin descanso. Apenas le queda un minuto libre durante el día. Ensayá a solas con su violín, Bach y Paganini, ensaya con el acompañamiento de un piano, el concierto de Tchaikovsky y la rapsodia de Ravel. Ensayá. La marca del cuello adquiere un desagradable aspecto, se infecta y luego se endurece, para volver a infectarse días más tarde. La Tierna le pone una pomada que compra en una tienda china de Josephstraat. A veces está tan cansada que no puede dormirse. Entonces va a la habitación de Chisán y fuman juntos un poco de hachís que él guarda en una cajita metálica de Café Crème. Se duermen abrazados en la estrecha cama, ella agotada, él resignado a que sea siempre así, eso nada más, la mejilla caliente contra el hueco de su pecho y el olor a azahar que desprende su cabello. Ni siquiera tiene la coartada del hachís. Una contención absoluta que les duele por igual a los dos. A él porque le priva de lo que anhela; a ella porque la hace sentirse enojosamente culpable. Un segundo antes de dormirse ella evocará la primera noche, cuando se despedía de él en el hotel de Utrecht, y le abrumará el gesto expectante con el que Chisán la contempla en silencio mientras ella huye hacia el interior de esa penumbra en la que nunca le permite entrar.

Una noche es distinto. Él le dice:

—Cuando era pequeño aprendí unos versos en el colegio. Eran de García Lorca.

Luego recita como para sí mismo:

—*Córdoba. Lejana y sola.*

Están tumbados en la cama, a oscuras, mirando las sombras que la luz de las farolas proyecta en el techo. Han fumado mucho. Irene escucha conmovida la voz inesperadamente honda de Chisán y de pronto ella también recita, divertida al recordar:

—*Jaca negra, luna grande y aceitunas en mi alforja.*

Para ella solo es juego. Hasta que vuelve a escuchar la voz de él, quebrada, oscura, confundida de pronto con la noche:

—*Aunque sepa los caminos yo nunca llegaré a Córdoba.*

Y luego en un susurro:

—*Córdoba. Lejana y sola.*

Siente que ese viejo verso significa algo más que lo que dice. Algo que la hace estremecer y la llena de una inexplicable culpabilidad.

Durante un buen rato permanecen callados, mudos, apretados el uno contra el otro. De pronto, Irene murmura:

—Un día iremos. Juntos. Te llevaré a Córdoba, te lo prometo.

No sabe entonces que la vida nunca le permitirá cumplir esa promesa.

La primavera la sorprende en aquel estado insomne de máxima excitación. En aquel estado de cansancio latente. Cuando todo acabe, se derrumbará.

Los domingos duerme hasta el mediodía. Da igual que los chinos celebren el año nuevo o que los marroquíes festejen el final del Ramadán. Da igual que el tímido sol de abril se cuele por las rendijas de la ventana y que los árboles estallen en brotes de mil formas diferentes, da igual que el polen recorra la ciudad volando sobre vilanos transparentes y que los tulipanes llenen de improviso parques y jardines. Ella duerme como si acabara de morir.

A veces, en esos domingos de primavera, coge la bicicleta de Hugo y se va pedaleando por los canales hasta Kranlingse Bos, un parque con un bonito lago que hay saliendo de la ciudad. Se lleva un bocadillo y se tumba sobre el césped a ver pasar las nubes, solo eso, nubes en el silencio engañoso donde no hay el más mínimo eco de Rotterdam. Pero tarde o temprano oye la música, Paganini, Tchaikovsky, Ravel, Bach, Willem Pijper... Y sabe que debe volver.

Llega el día del concurso. La primera sesión coincide con una de las actuaciones que la Orquesta Escuela tiene previstas en Rotterdam. Hay tan solo un par de horas de diferencia entre una y otra. A las cinco en punto está sentada con su violín en el salón de actos de la Fundación Van den Eynde, mientras van llamando a los concursantes por orden alfabético. Su audición es la tercera, después de un muchacho pelirrojo y una chica de caderas escurridas que tiene un percance con la barbada en mitad de la *Partita* de Bach. La llaman al escenario. Nicoleta está en la sala. Un instante antes de subir le pone una mano en el hombro y la detiene frente a ella.

—Recuérdalo —le dice con voz firme—. Tú vas a ganar este concurso.

Irene no piensa. Sube y toca. Bach. Toda la pieza le queda ligeramente estridente. Lleva un pañuelo blanco de algodón sobre la barbada del violín. Cuando aprieta la mandíbula sobre el instrumento siente el roce del caucho por debajo de la tela; la barbilla se ajusta perfectamente sobre la oquedad protectora de la barbada, que apenas ha conseguido mitigar el pésimo aspecto de la mancha del cuello. «Es asqueroso», recuerda que le dijo aquella chica que se tapaba con una sábana en casa de Ana Galván. La mancha ha empeorado durante los largos ensayos de los últimos meses y ahora nota ese dolor como si fuera parte de la música misma. Ajena a sí misma, su mente recita: Bach duele, Bach duele...

De pronto, el dolor se atenúa. Está interpretando el *Capricho número 4* de Paganini. Siente que una oscura bandada de pájaros cruza volando el escenario. Es su música. La que sale de sus manos, del arco de su violín, de las cuerdas pulsadas, de la yema de sus dedos. Cuando termina sabe que lo ha hecho bien, pero solo piensa en salir corriendo para llegar a tiempo al concierto del Doelen. No mira a nadie, ni espera a las felicitaciones, solo mete el violín en su funda y sale apresuradamente hacia su próxima actuación.

Pasan varios días, a veces se olvida de que el concurso sigue su marcha, no va a ver las otras audiciones ni le importa saber quiénes son sus contrincantes, apenas

confía en pasar la primera prueba; por eso cuando la citan para dos semanas más tarde y le preguntan si llevará su propio pianista, se sorprende.

—Tocarás con Adam Fertig —le plantea Nicoleta—. Es un buen pianista y conoce perfectamente la obra de Ravel.

Nicoleta cumple su promesa. Ella se ocupa de todo. Irene solo tiene que tocar el violín.

Ahora debe ensayar sin descanso. El *Tzigane*. Adam resulta ser un magnífico pianista que se adapta a ella como si su propia alma estuviera cosida en el arco del violín. Es un músico profesional que toca a dúo con una violinista alsaciana y lleva en su repertorio varias obras de Ravel y Debussy.

—Adoro la música francesa. Ya sé, ya sé... Alemania, el Imperio austrohúngaro, Bach, Mozart, Haydn y todo lo demás... Pero ya ves, a mí me gustan Satie, Debussy y Chabrier.

Adam es alemán, pequeño, moreno y homosexual. Hace gala de un excelente sentido del humor y, con más frecuencia de la que él mismo desearía, resulta extremadamente sentimental. Es fácil tocar con él. Sabe mantenerse en segundo plano y, siguiendo las indicaciones de Nicoleta, dejar todo el protagonismo al violín.

—No hay problema, querida... Ravel compuso esta obra para que se luciera el violín. Si quiero tener el protagonismo puedo tocar la *Pavana para una infanta difunta* o la reducción para piano del propio *Bolero*, que siempre queda divino.

Irene le está muy agradecida. Ensayan todos los días durante una o dos horas y luego sigue practicando en su habitación, frente al espejo hexagonal que dejó allí la chica australiana o frente a la ventana desde la que ve el populoso trasiego de Middellandstraat. Rostros ovalados como el de Chisán, trajes de seda bordada, chilabas con enormes capuchas, y por encima de esas confusas imágenes, las rápidas figuraciones de fusas, las carreras de tresillos y los trinos en los que salta de una nota a otra como la vista va de una mujer que cruza rápidamente la calle a un muchacho que sortea a un perro con su bicicleta; por un instante todos están situados a un semitono de distancia, el viento agita las mudas ramas de los árboles con la misma destreza de esos armónicos que se hacen audibles al poner la cuerda en vibración parcial. Aquí está. Tchaikovsky y toda su complejidad. Y luego lo repite en el conservatorio, ante la exigente mirada de Nicoleta, un primer movimiento en el que debe actuar con dobles y triples cuerdas marca ese ritmo entrecortado, acelera en las fusas; a veces, Nicoleta no dice nada, solo coge su propio violín y toca una frase para que Irene entienda cómo debe hacerlo; cierra los ojos, le dice, sigue al piano, vigila el tempo, y entonces ella, en el refugio insonorizado del aula cinco, aborda el pedal de dominante con la misma insistencia con la que aquel chino empujaba ayer su carromato hacia Josephstraat, y luego acomete el estribillo del rondó como uno de esos escolares ruidosos que tuercen la esquina de la calle Anna Pawlovna; el piano es la orquesta, insiste Nicoleta, y entonces Irene imagina que tiene una orquesta detrás, que le hablan los clarinetes y las flautas, que los violines la siguen; escucha la coda y

vuela, susurra Nicoleta, igual que esos pájaros que cruzan de una calle a otra por encima de los tejados, al otro lado de tu ventana. Tchaikovsky. Rotterdam, la fría, desolada y sorprendente Rotterdam. Hay una conexión invisible entre la ciudad y la música. Los canales de reflejos oscuros y a veces Ravel. Los parques verdes y las iglesias de madera. Adam y Chisán. Las flores. Nicoleta Studeny y su prodigiosa libreta de tapas de hule donde está todo anotado.

Cuando se quiere dar cuenta tiene que volver al salón de conciertos de la Fundación Van den Eynde.

Nicoleta le ha pedido que lleve el viejo vestido negro que se trajo de Madrid y que todavía usa cuando toca con la orquesta, pero Irene se ha comprado un pantalón de terciopelo marrón y una blusa de seda beige con un ancho lazo anudado a la cadera. A Nicoleta no le gusta el cambio de vestuario.

—Los brazos tienen que estar desnudos para tocar el violín. Esa manga, aunque sea ancha, va a causarte problemas. No olvides que a una violinista hay que verle siempre los brazos y a veces los hombros, nunca las piernas.

Adam, sin embargo, se ha deshecho en alabanzas en cuanto la ha visto.

—Estás fantástica, *darling*. Esa blusa es terriblemente elegante. Y el pantalón me encanta, te encuentro supermoderna. Además —dice elevando la voz y dirigiéndose a Nicoleta—, ¿acaso no tocan los hombres con manga larga? ¿Has oído alguna vez que a Oistrakh o a Perlman les cause problemas la manga de su esmoquin? Eso es una tontería, querida, no hagas ni caso.

Se acercan por el lateral a la primera fila, donde al parecer van a sentarse a escuchar a los otros concursantes, hasta que le llegue el turno a Irene. En el escenario hay un piano Steinway y un atril.

—Qué pena que no tengamos un piano luthéal —dice Adam—. Ravel compuso esta obra pensando en ese tipo de piano.

Y de pronto lo ve, sentado en la butaca del pasillo, solo que ahora va vestido. Él también la ha reconocido. Se acerca a donde Irene está sentada.

—Hola —saluda bajando la voz—. Te vi tocar el otro día. Me gustó mucho cómo interpretaste a Bach, pero saliste corriendo y no pude decírtelo.

De nuevo su suave voz con acento canario. Modulada e intensa.

—Gracias.

Irene ve que él lleva un arco en la mano.

—¿También vas a concursar? —le pregunta nerviosa.

—Sí.

—No te vi en las otras pruebas.

Él se encoge de hombros y sonrío. Está de pie, junto al escenario. Son trece los concursantes. Las audiciones durarán todo el día.

—Yo voy a tocar *The Lark, Ascending*, ¿y tú?

—Ravel.

—Ah... Una obra dura. Y después, ¿qué concierto interpretarás?

—No sé... Seguramente no pasaré esta prueba.

—Yo he elegido Brahms.

El primer concursante sale al escenario con su pianista. Él tiene que regresar a su sitio.

Hay una nube flotando alrededor de Irene. Se siente como si tuviera fiebre. Aturdida. Desorientada. Oye algo que le parece la *Sonata* de César Franck. Y luego, cuando todavía las notas se deslizan sin una clara paternidad sobre su cabeza, la llaman a ella. Irene Belmar. La joven española.

Adam ajusta el taburete. Pone el pie sobre el pedal. Se miran. Adam le sonríe y ella aprieta la almohadilla sobre el hombro cubierto, la fina tela de seda tiembla, pulsa las cuerdas y descarga una larga nota sobre ese violín de limpios reflejos rojizos que late al mismo tiempo que su corazón. Pierde la conciencia hasta que se ve a sí misma ejecutando las rápidas escalas con un virtuosismo eficaz y preciso, apasionado, mientras Adam la sigue atento y mudo desde su taburete. De pronto es consciente de que todos la están observando, pero no se desconcentra, al revés, ahora toca con dos cuerdas a la vez y su larga melena rubia recogida bajo la nuca se agita, el pasador se desprende, toca como una gitana, con una extraña libertad que la hace creer que hay dos violines sobre el escenario. Se siente segura, consciente de que su nueva imagen es una buena puesta en escena. Interpreta los complicados trinos que preceden a la entrada del piano levantando la vista, pendiente, sobre todo, de darle la entrada a Adam, que arranca entonces su piano Steinway en el momento justo, las notas del piano se meten entre las notas del violín como el agua en los orificios de una esponja, y luego se escurren, entran y salen, hasta que por fin los dos, el piano y el violín, se encuentran y bailan juntos una hermosa danza húngara que sacude el teatro con un repentino eco de libertad.

Irene tiene la seguridad de estar haciéndolo bien. Sus dedos son ágiles, pero sus pensamientos también. Sabe que Adam le está entregando la actuación en bandeja, y ahora es ella la que suelta el arco, pellizca las cuerdas con la yema de los dedos y el *pizzicato* suena como si el pequeño violín tuviera teclas en lugar de cuerdas. Eso hace. Imita el sonido del piano con su violín. La partitura está a punto de finalizar. Cierra los ojos para acometer la fuga final. Nueve minutos cincuenta y cuatro. Corcheas, fusas y semifusas. Un rápido encuentro entre su técnica y algo inexplicable situado muy dentro del pecho, allí donde se entablan las tormentas, la cueva oscura en la que se gestan todas sus emociones. Está desprotegida. En carne viva. Su corazón sangrante asoma por debajo del violín.

El chico canario está de pie en la segunda fila y aplaude con entusiasmo. Parece sincero. Ha gritado «bravo» un par de veces.

Y luego, cuando se sienta, Nicoleta le coge una mano y ella está a punto de llorar. Echa en falta a Chisán, que está actuando en un club de jazz de Amsterdam y pasará allí un par de semanas. Evoca el hueco de su hombro, ese lugar donde se recuesta a veces para buscar consuelo o simplemente para descansar...

Apenas un instante. Dilatado, lleno de veloces impresiones, pero un instante. Una mujer se aproxima al micrófono y pronuncia ese nombre que hasta ahora mismo le era desconocido, Ricardo Betancourt, y entonces él sube al escenario con su violín. Irene ve que no usa barbada ni almohadilla, toca con el violín desnudo. Se comporta de una manera simple, elemental, quizá con un punto de descuido. Pero luego empieza a tocar Ralph Vaughan Williams, *La alondra que asciende*, y se transforma en un meticuloso artífice, el violín entra con una serie de intervalos ascendentes, repetidos; Irene vuelve a ver por un instante aquellos pájaros primaverales que cruzaban en bandada los tejados de Middellandstraat y cree que hay uno en concreto, una pequeña alondra, esa que revolotea sobre los arpegios ágiles, después alargados, simples notas que de pronto tienen alas y juegan con el piano, con los árboles y con el viento. Él hace eso con su violín. Los saca a todos del salón de actos, de la ciudad portuaria y gris, los eleva por los cielos y los conduce al campo donde vuela la alondra, a ese valle que es nuestra taza de oro.

Y de pronto, ese golpe de efecto. Cambia de posición, se aleja del piano, se acerca al público, mueve con destreza el violín desnudo sobre su cuello moreno, llena él solo el escenario, es música y presencia, una actuación espectacular.

También ella aplaude. También ella se pone en pie. También grita bravo.

Y él baja corriendo las escaleras con el arco en una mano, el violín en la otra, lo mete con descuido en la funda, la coge del brazo y dice:

—Venga, vamos a tomar algo. Antes de que empiece el siguiente.

Nicoleta hace un gesto negativo, pero Irene ya está saliendo con él por el pasillo; vuelve la cabeza aturdida, sin poder reaccionar, se disculpa con la mirada pero ve en los ojos de Nicoleta algo que se parece mucho a la decepción. No puede hacer nada. Ricardo Betancourt ha entrado en su vida.

De pronto ha vuelto a estar sola en el mundo, ella sola frente a ese depredador voraz que es el amor. Y Chisán no está en Rotterdam para protegerla. Cuando regresa, es demasiado tarde.

—Tienes una voz muy cálida —le dice Ricardo en la penumbra de aquel café de Dijkzigt—. Tocas el violín pero tu voz es como la de un oboe, clara y expresiva en los agudos y un poco áspera cuando descienes a los graves. O quizá como un corno inglés...

El café está casi desierto. Irene se sonroja y no sabe qué decir. Ricardo la mira con esos enormes ojos negros que desprenden un extraño fulgor.

—Ya sé —continúa él—. Realmente tu voz suena como el oboe *d'amore*, suave y sostenida, evocadora... Debes de ser una persona llena de matices, de sorpresas. Veo el misterio en tus ojos.

Ella es como el viento. Como un corno inglés, como un oboe *d'amore*, ella está hecha de granadillo, palo rosa y ébano. Ella es...

Esa frase fue la llave que abrió definitivamente la puerta de su corazón, lo que venció cualquier posible resistencia. Hay que admitir que estaba ligeramente entreabierta, pero Ricardo Betancourt era como uno de esos huracanes tropicales que comienzan suavemente, un insistente soplo cálido que llega del mar y se va haciendo más y más poderoso, hasta que su fuerza arrolladora arranca de raíz los árboles que encuentra a su paso y levanta los tejados de las casas, sembrándolo todo de escombros y destrucción.

A veces, durante el paso de esos ciclones, queda un saldo de muertos entre el fango. El primer cadáver de Ricardo Betancourt fue Chisán.

Han pasado también la segunda prueba eliminatoria. Tanto Ricardo como ella. Y un muchacho noruego que se llama Jan Olsen. Ha llegado el día en el que los tres deben tocar sus respectivos conciertos con la Filarmónica de Rotterdam. En riguroso orden alfabético: Belmar, Betancourt, Olsen. Tchaikovsky, Brahms y Dvořák, empezando por Irene y terminando con el noruego. Una secuencia que va de más a menos, en palabras de Nicoleta Studeny, y que no le favorece en absoluto. Tanto si los otros dos concursantes son mejores como si son peores, la perjudica tener que tocar en primer lugar.

—Cometerás fallo, por pequeño que sea, y el jurado estará fresco y atento, sin contaminar. En estas circunstancias tiene más oportunidad de camuflar errores el segundo concursante, ese Betancourt, porque miembros de jurado habrán bajado un poco su guardia y todavía no estarán tan cansados como en la siguiente actuación, la de ese chico Olsen. Tu compatriota, el español, va a tener suerte, su posición es la más ventajosa.

Irene tiene un sentimiento de ambivalencia. En cierto modo se alegra por él, con esa generosidad tan propia de los que todavía tienen todas las oportunidades por delante y se pueden permitir malgastarlas. No lo ha visto desde aquel día en el café de Dunantstraat. Sabe, porque él se lo dijo, que vive en La Haya y que vino a Holanda

para estudiar violín, pero luego se matriculó también en dirección de orquesta. Y que no sabe por cuál de las dos facetas decidirse. Pero en su fuero interno, ella quiere ganar, con todas sus fuerzas, sobre todo ganar ante él. Hay un componente de vanidad en ese deseo, una necesidad imperiosa de aumentar su autoestima. Que la vea saludar mientras el público aplaude hasta romperse las manos y la orquesta en abanico agita los arcos a su espalda. Desea que él la admire.

Además, todos sus amigos van a ir a verla: Nicoleta, por supuesto, y Ana Galván, que todavía parece asombrada por el cambio que ha dado Irene desde aquel día en el que la acompañó a la pensión de Coolsingel. El polluelo asustado ha resultado ser, como en los cuentos de hadas, un majestuoso cisne. Y sus compañeros de piso, Hugo y Armando, incondicionales y orgullosos de que haya quedado finalista, y la Tierna, harta de las larguísimas horas de estudio y de eso que ella llama el «aullido quejoso del violín», pero al mismo tiempo maternal y cuidadora, siempre preparando extraños ungüentos para curarle la mancha del cuello y cocinando sabrosos ceviches de pescado con los que pretende colaborar al rendimiento artístico de Irene, «el pescado tiene mucho fósforo», dice con su voz lenta y perezosa, «yo creo que debe de ser bueno para los artistas». También Adam, que esta vez no la acompañará al piano, pero que no se perdería por nada del mundo verla tocar como solista con una de las orquestas más importantes de Holanda, algo que ni él mismo se permite soñar, y por último Chisán, que ha terminado sus actuaciones en Amsterdam y llegará en el primer tren de la mañana.

Irene se despierta con un nudo en el estómago. Recuerda con desazón el ensayo del día anterior con el *tutti* de la orquesta y no se siente preparada, sabe que su interpretación tiene varias lagunas insalvables y varios puntos donde tropieza una y otra vez. No coge la suficiente velocidad con las dobles y triples cuerdas y hay momentos en los que teme no acoplarse bien con el resto de la orquesta. Cuando va caminando hacia De Doelen siente una especie de pánico, algo que no había sentido nunca. Intenta tener presentes las palabras de Nicoleta, «tú vas a ganar este concurso», pero inexplicablemente esa idea la pone más nerviosa todavía.

Mientras va caminando con el violín por Kruisplein, recuerda que el día anterior fue con Nicoleta a Coolsingel para probarse un traje nuevo. Irene pensaba llevar de nuevo sus anchos pantalones de terciopelo y la blusa de seda, pero Nicoleta estaba dispuesta a impedirlo.

—No se te ocurra actuar en pantalones —le advirtió en cuanto supo que era una de las finalistas—. Ahora la puesta en escena es muy importante. Una solista tiene que impresionar por su aspecto. Te recomiendo un traje largo, de un color alegre, con algo de vuelo, los hombros desnudos si puede ser, y el pelo recogido. Ese es el canon. Si quieres iré contigo a comprarlo.

Y fueron juntas a un centro comercial que estaba muy cerca de la pensión donde Irene había vivido al llegar a la ciudad.

—Es ropa de segunda mano, a veces la traen desde Amsterdam y La Haya, pero todos los vestidos han pasado por el tinte. Creo que encontraremos fácilmente algo de tu talla.

Compraron una falda larga, de tafetán, y un corpiño ajustado con dos finos tirantes dorados que cruzaban la espalda y, como Nicoleta había previsto de antemano, dejaban ver los hombros desnudos de Irene y el suave y pálido descenso de su hermoso escote. Pensó en Ricardo mientras se lo probaba.

Vuelve a pensar en él y en ese vestido que la propia Nicoleta se encargará de llevar a la sala de conciertos. Se ha recogido el pelo en un sencillo moño. También piensa, quizás por primera vez, en sus posibilidades reales, y analiza las características de sus oponentes mientras camina hacia la sala de conciertos con su violín. Las horquillas le molestan, se afloja el pelo con un pequeño tirón lateral mientras piensa en el concurso. No hay ningún rumor, ningún claro favorito. El noruego es el más discreto de los tres; la verdad es que no ha demostrado grandes cualidades escénicas, es demasiado frío, pero a Irene le gustó mucho su interpretación de César Franck. Es uno de esos músicos solventes y sostenidos, alguien que puede ganar por su uniformidad interpretativa. Ricardo, sin embargo, es apasionado e irregular, a veces ha demostrado ser genial y a veces demasiado descuidado. Y ella. ¿Quién es? ¿Qué papel tiene en este trío de promesas que pelean por un espacio para crecer? Ella es la que ha escogido a Tchaikovsky. Ella es la que lo va a hacer. La que se atreve. La que se arriesga. «Tú vas a ganar este concurso».

Ricardo está en la sala cuando ella llega. Está hablando con uno de los percusionistas, un hindú que lleva levita negra y un turbante de seda blanca cubriéndole la cabeza. Supone que hablan en inglés, pero le choca la desenvoltura de Ricardo, aún de lejos es evidente la soltura con la que se maneja en un idioma que a Irene le crea tantas dificultades. Pero lo ve tan seguro y despreocupado en esos momentos que por un instante Irene piensa que ya ha finalizado el concurso y que todos lo saben menos ella: Ricardo Betancourt ha ganado. Eso siente. Que lleva una luminosa burbuja de éxito cubriéndole por completo como si fuera su aura.

Y le gusta que él le preste atención, le hace creer que es secretamente correspondida. Apenas la ve, deja al percusionista con la palabra en la boca y atraviesa el pasillo lateral precipitándose a su encuentro.

—¿Te has enterado? El noruego se ha luxado la muñeca y no podrá tocar. Quedamos solo tú y yo.

Solo ellos dos. «Tú vas a ganar este concurso». El peso que estas palabras le causan se acrecienta hasta dejarla sin voz.

Echa un vistazo a la sala. Ha llegado demasiado pronto. Aun así Hugo y Armando ya llevan un buen rato esperando. Sus abrigos de piel vuelta, idénticos, están hechos un ovillo sobre las butacas, como extraños animales dormidos. Cuando la ven, los dos a la vez agitan la mano desde el pasillo central.

—Por cierto, no tengo dónde dormir. ¿Puedo quedarme en tu casa?

El corazón le da un vuelco. No sabe cómo, pero le dice que sí unos instantes antes de que Hugo y Armando se precipiten sobre ella y la abracen con entusiasmo. Irene hace las presentaciones de rigor.

—Ricardo Betancourt es el otro finalista —les explica cuando dejan de estrujarla—. También es español.

—Bueno —pregunta con socarronería Armando—, ¿decís entonces que este es el caballero al que debemos hacer desaparecer para que vos ganés el concurso?

Todavía ríe nerviosa cuando Nicoleta sale de una de las puertas laterales de la sala y le hace una seña para que se acerque.

—¿Ya sabes que el concursante noruego no podrá participar?

Irene asiente con un gesto.

—Bien. Eso cambia todo el programa —le informa Nicoleta acto seguido—. Ahora eres tú la que lleva ventaja. Han concentrado las dos actuaciones en el mismo día y la orquesta estará cansada cuando tenga que interpretar a Brahms. Eso no será nada bueno para el solista.

Ana Galván acaba de entrar en la sala y detrás de ella llegan Chisán y la Tierna. Él la abraza con ternura e Irene se deja caer sobre el hueco del hombro que la calma. Siente el contacto cálido de su breve pecho, el roce de su pelo rizado sobre la mejilla, el calor infinito de sus brazos envolviéndola. Durante unos minutos permanecen abrazados, delante de todos, hasta que ella ve de soslayo la mirada de Ricardo, un destello hiriente, como de celos. Se aparta de Chisán con brusquedad y se suman al grupo, que ya es demasiado numeroso. Irene habla brevemente con todos, pero está nerviosa, apenas presta atención a lo que le dicen. En un momento dado, Chisán le coge discretamente la mano y le acaricia la palma húmeda con el pulgar. Ella se vuelve hacia él, agradecida. Los ojos de Chisán, oblicuos y negros, desprenden confianza y ternura. Siente ganas de apretarle con fuerza la mano, pero se contiene. Tendría que haberse refugiado en los camerinos, piensa mientras observa a Adam que, con paciencia infinita, conversa con la Tierna y soporta sus insistentes preguntas sobre las obras que van a escuchar. La Tierna coquetea con tanto descaro que, por un instante, a Irene le dan ganas de echarse a reír.

—El de Tchaikovsky es un concierto exquisito —le está explicando Adam sin ningún tipo de incomodidad—. Totalmente apasionado y romántico, lleno de ese lírico dramatismo tan propio de Tchaikovsky. ¿Conoces su biografía? Ah... Es apasionante. Vivió toda su vida torturado por su homosexualidad, intentando erradicar lo que él llamaba «su vicio», llegó incluso a casarse con una mujer cuyo contacto físico le repugnaba...

La Tierna entorna sus enormes ojos negros.

—Imagínate —prosigue Adam, haciendo cada vez más y más ostensible su amaneramiento, esa especie de provocación con la que le gusta jugar—, tener que besarla... y tocarla... Si todos hiciéramos eso, qué desperdicio y qué infelicidad.

La Tierna pone los ojos como platos y vuelve discretamente la vista hacia Irene. Parece escandalizada.

—Y luego está Brahms —concluye Adam—, que a mí me gusta, particularmente este concierto, aunque siempre se ha dicho, Brahms no compone conciertos; igual pasa con sus obras para piano, cuando escribe un concierto para instrumento solista se lía a meter oboes, clarinetes y contrabajos, y al final parece que estemos tocando una sinfonía con toda la orquesta en danza. Y eso sin menoscabo de las dificultades técnicas y de la interpretación del solista —ahora es Adam quien mira a Ricardo como si estuviera deseando acorralarlo detrás de una puerta—, que seguro que hace una interpretación magnífica de Brahms, pero yo ya tengo mi favorita. Para mí no hay color. Solo por la sabia elección de la obra, yo votaría de antemano por mademoiselle Belmar, aquí presente.

Nicoleta se da cuenta de que Irene está a punto de estallar. La toma del brazo y la lleva entre bastidores, donde hay otro tipo de caos que la afecta en menor medida, con los músicos sacando instrumentos de sus fundas y apurando los últimos cigarrillos antes de salir a escena. Saluda al director y cruza unas formalidades rutinarias con él mientras sus ojos pasean nerviosos por ese estrado repleto de instrumentos y atriles en el que cada uno va ocupando su lugar. El director la toma cariñosamente del hombro y se acercan a la salida lateral del escenario, mientras habla con mucha calma de lo bien que han ido los ensayos y de la soberbia interpretación que sin duda hará. Es como esos médicos que te hablan de cosas intrascendentes para distraerte antes de una operación. Unos minutos después, cuando todos los músicos están colocados, la empuja con suavidad para que haga su entrada y casi de inmediato sale él también. Le estrecha la mano, se inclina sonriente, e inmediatamente toma la batuta y la música empieza a sonar. Tchaikovsky por fin. Abren los primeros violines, el conjunto de la cuerda después, flautas, clarinetes y oboes, y luego entra ella, la solista, comienza a andar por un angosto e incierto camino, su interpretación tiene notas e imágenes, la-si bemol, y de pronto ve un lugar conocido, Middellandstraat, la casa donde él va a dormir, y más allá la apariencia gris de una ciudad que huele a carbón y salitre. Siente cómo se esfuman todas sus tensiones. Ya no piensa en la presión que debe hacer con las yemas de los dedos sobre las cuerdas de su violín, en la horizontalidad del arco ni en la posición de sus hombros. Ahora el violín y ella son una sola cosa, y solo existe la música, esa música que siente como su propio pulso, algo que está dentro de su torrente sanguíneo y circula por su interior como un líquido caliente. No piensa en las equivocaciones, ni en los tropiezos; el miedo se ha desvanecido como si esos suaves aires zíngaros que a veces tanto le recuerdan a Ravel tuvieran el extraño poder de exorcizar cualquier temor; de hecho siente que se acopla a la orquesta de un modo profundo, no es que ella siga a la orquesta, es que la orquesta la arroja, la envuelve. Antes de que pueda darse cuenta, el sobrecogedor esfuerzo del primer movimiento ha finalizado.

En la *Canzonetta* todo es más suave, el diálogo con flautas y clarinetes, con la trompa, le permiten tomar aire. Toca con una sorprendente tranquilidad. Desde su posición en el estrado, los ve a todos, los ojos asombrados de Ana, en la primera fila, el cabello negro y revuelto de Chisán, una cabeza que traza pequeños círculos al compás de la música, Nicoleta muy seria, con su inseparable libreta de tapas de hule sobre el regazo, y Ricardo, «no tengo dónde dormir, ¿puedo quedarme en tu casa?», y mientras aborda el tema principal piensa, «¿es que la organización no facilita alojamiento a los concursantes?», o simplemente «¿por qué no se queda en casa de Ana si son amigos?». Y de pronto ya está en el *finale*, los violonchelos, la última carrera del violín solista, y otra vez el semitono la-si bemol, estribillo, rondó, coda, un dulce lamento descendente, el aullido quejoso del violín que dice la Tierna, la Filarmónica de Rotterdam y ella se despiden, vuelta a los temas principales y toda la orquesta arriba, todo el sonido, las cuerdas, el viento, los metales, también la percusión, todos envolviéndola desde atrás, como un amante obsequioso que se niega a despedirse cuando el alba despunta. Así termina su actuación. Perdidamente enamorada.

Está satisfecha, Nicoleta le ha hecho media docena de observaciones sin importancia, pero al final ha tenido que reconocer que el resultado ha sido más que aceptable, dada la complejidad de la obra de Tchaikovsky. Adam ha sido mucho más generoso.

—Sublime, pequeña. Era difícil, pero has demostrado una gran movilidad interpretativa. Esa vertiginosa carrera de tresillos del primer movimiento me ha encantado.

Salen a comer. Todos menos Ana Galván y Ricardo, que inexplicablemente se van por su cuenta. Adam los lleva a una pizzería italiana y la sientan en el centro de la larga mesa como una novia en su banquete nupcial. Se siente extraña, como si estuviera usurpando el papel de otro.

Y luego Chisán y ella dan un breve paseo por Westersingel hasta la esquina del Club Vibes. Los árboles más altos de Wijkpark asoman por encima de las casas y se reflejan en las aguas oscuras del canal, temblorosos y lejanos, un poco fantasmales. Ella piensa todo el tiempo en Ricardo Betancourt.

Un par de horas más tarde, tiene lugar la actuación de Ricardo. La misma orquesta, el mismo director, pero todo tan distinto... Brahms. Viento madera. Cuerdas frotadas y rápidamente un *crescendo*; Adam tenía razón, no parece un concierto para solista sino más bien una sinfonía. Ricardo permanece de pie, en un discreto segundo plano, mientras el oboe lleva la melodía principal, hasta que, de pronto, todos esos instrumentos que habían montado su fiesta sobre el escenario callan con lo que parece un silencio reverencial y el violín entra desde abajo, ¿es un solo o simplemente lo parece?, y va creciendo hasta que la polifonía del solista te hace pensar, ¿hay más cuerdas en el escenario?, y miras y lo ves a él solo, ¿cómo lo hace?, ¿cómo pulsa las cuerdas para conseguir ese sonido tan dulce, tan poco

metálico?, ¿de qué están hechos sus dedos?, ¿cómo mide la presión del arco sobre las cuerdas, o quizá es la velocidad del arco lo que produce ese increíble sonido ornamental lleno de armónicos? Irene se da cuenta de que Ricardo coge el arco a la manera rusa mientras que ella lo coge a la francesa, pero no es solo la velocidad, es la forma en la que las notas se separan y se unen, el modo en que se diferencian unas de otras hasta su descomposición imperceptible; es la naturalidad que acompaña a esa técnica prodigiosa la que obliga a pensar que, más que horas de estudio, Ricardo Betancourt tiene un don especial.

La desaparición del tercer concursante ha cambiado todo el esquema del programa. El jurado deliberará hoy mismo. Esperan en el vestíbulo, casi todo el mundo fuma sin parar, hasta que Nicoleta viene rápidamente a su encuentro.

—Estáis empatados. Han dicho que tú has dado gran dulzura expresiva al concierto de Tchaikovsky, pero el chico español ha hecho una interpretación muy apasionada y original. Vas a tener que tocar las *Variaciones* de Pijper.

Irene tiene la impresión de que aquel duelo entre Ricardo y ella no acabará nunca. Y así será. En el fondo, toda su vida seguirán compitiendo.

Cuando la llaman de nuevo, no le dicen que hay un empate técnico, simplemente le preguntan si podría tocar una pieza fuera de programa. Como en un concierto profesional.

Se dirige al público. Sabe que tiene que explicar, que conmover, y que su baza es la sorpresa.

—Voy a tocar *Las variaciones Leiden* de Willem Pijper.

Ve el gesto de extrañeza en algunos miembros del jurado. Continúa:

—Esta es una obra que nunca llegó a estrenarse. Pijper la compuso durante una larga estancia en la ciudad de Leiden y consiste en una serie de variaciones sobre un tema de su amigo Antón Webern. La partitura original desapareció durante los bombardeos de Rotterdam, pero mi profesora, Nicoleta Studeny, que fue alumna del maestro Pijper, ha conservado esta copia durante casi treinta años.

Hay algo especial en los sonidos de esa partitura, una especie de deconstrucción. La artificiosidad virtuosística de Ravel desaparece, el dramatismo romántico de Tchaikovsky se esfuma, Paganini es un puro ejercicio técnico y entonces Irene siente de nuevo, esta vez sobre el escenario, que solo Bach permanece, el principio y el fin; estas variaciones sobre una obra de Antón Webern, no son meramente expresionistas, van más allá, más lejos, estas señoritas de Aviñón de la música son como cuadros abstractos, ojos uno encima de otro, manos que salen del vientre, o de la espalda, como alas de ángeles, y con esa conciencia ejecuta los armónicos, trémolos, *pizzicatos* y sordinas que en su conciencia producen destellos sonoros y que, en el fondo, desbaratan todo lo normativo y devuelven la mente a una oscura iglesia de Leipzig.

—¡Fantástico! —exclama Adam en cuanto ella sale del escenario. Todos han ido a la antesala para felicitarla—, ¡fantástico, realmente fantástico! La modernidad

musical más sublime. Puro siglo xx. Me encanta esta obra, Nicoleta. ¡Cómo has podido tenerla guardada tanto tiempo!...

Hugo está también entusiasmado por el descubrimiento. Como Adam, es un incondicional de la música contemporánea. Armando tiene sus reservas respecto a la Segunda Escuela de Viena y lo hace notar asegurando que es un concepto musical que, si bien tuvo su momento, ahora está totalmente superado.

—¿Superado por quién? —pregunta intempestivamente Ricardo Betancourt. Parece un poco desafiante—. ¿Qué otra cosa hay después de Berg, Schönberg y Webern?

—Gershwin y Bernstein, por ejemplo —responde Hugo molesto, saliendo en ayuda de su hermano.

—Eso es música de películas —replica Ricardo con arrogancia—. Un subgénero.

—Copland, Stravinski y John Cage —añade tímidamente Armando.

—¿Cage? —repite despectivo Ricardo—. ¿Meter clavos dentro del piano? ¿Eso es una innovación?

—Bueno, tenemos el jazz y el tango americanos.

—Y eso es música básicamente popular, nada que ver con lo que estamos hablando.

—Yo toco la trompeta —interviene Chisán, que hasta entonces había permanecido en silencio, y lo hace con una calma que tiene algo de amenazante, como si estuviera a punto de saltar— en la Joven Orquesta de Rotterdam. Creo que soy un buen profesor de orquesta.

Ricardo se vuelve hacia él visiblemente irritado por la interrupción.

—¿Y? —pregunta con arrogancia.

—También actúo con un grupo de jazz. Hemos ganado el primer premio del Festival de Copenhague de este año. Te aseguro que sería completamente incapaz de decidir qué música es mejor o más importante, la de Mahler o la de Dizzy Gillespie. Pero claro, quizá tú hayas podido analizar en profundidad con un método infalible y secreto toda la música de la humanidad, y por eso tienes una opinión tan clara y contundente.

Parece terriblemente irritado. Sus ojos negros desprenden llamaradas. Irene nunca lo había visto reaccionar así.

Ricardo cambia el registro. De pronto sonrío con una mezcla de suficiencia y admiración.

—Vaya, así que eres uno de esos *Third Stream*.

La Tierna intenta traducir literalmente en voz alta.

—¿El Tercer Arroyo? —pregunta sin entender nada.

—La Tercera Corriente —responde Ricardo súbitamente serio—. Una tendencia dentro del jazz que surgió en los años cincuenta y que agrupa a los discípulos de Dave Brubeck. Intentan conjugar el jazz con lo que podíamos denominar «música seria» europea.

Ahora es Chisán quien le observa con cierta prevención no exenta de reconocimiento. Y todos los demás, incluida Irene, también.

—Eso de la Tercera Corriente es una estupidez como otra cualquiera —responde ahora Chisán con tono también grave, pero ya sin acritud—. El jazz es fabuloso por sí mismo. No necesita dignificarse apoyándose en ningún otro género.

—Mira, en eso estoy de acuerdo. Yo no creo en las intromisiones.

—¿Intromisiones? —protesta Hugo—. ¡Por favor!... Pero si la música del futuro es una música de fusiones.

—Exacto. Una fusión. Mezclas. Cócteles. Eso te demuestra que hace años que nadie compone nada verdaderamente original.

Es un poco arrogante en sus observaciones. Los demás lo notan. Ella lo nota. Pero cuando se tienen dieciocho años, la contundencia en las opiniones es a nuestros oídos una virtud más que un defecto. Irene lo siente así. Que él posee una personalidad definida y que sabe lo que quiere. Lo admira por eso, no lo puede evitar.

Ahora están discutiendo acaloradamente en el pasillo interior del Doelen. Irene asiste desde una esquina de la conversación, como si no fuera del todo con ella, Y de hecho es así, no se siente implicada con ninguna de las dos posturas. Ni siquiera se da cuenta de que el jurado ha vuelto a salir. Llaman a Ricardo.

Al irse precipitadamente, Hugo, Armando y Adam quedan en un incómodo silencio y se dirigen cada uno a su butaca. Y entonces él, Ricardo Betancourt, vuelve a golpearlos a todos con esa capacidad inaudita para improvisar. Sale al escenario y dice:

—Había decidido tocar el segundo movimiento de la *Fantasía escocesa* de Max Bruch. Pero como mi querida compatriota nos ha sorprendido a todos con ese tesoro inédito, he decidido cambiar esta parte improvisada de mi actuación. Y ya que los dos finalistas somos españoles, quisiera tocar esta vez algo de un español: Robert Gerhard, un músico catalán, discípulo de Granados y Schönberg, y gran amigo de Alban Berg y Antón Webern Gerhard también padeció las consecuencias de una guerra, de hecho vivió exiliado en Cambridge después de la Guerra Civil española. La obra se titula *El baile de las luciérnagas*.

Una breve pausa. Se comporta con soltura, como un experimentado actor sobre el escenario. Ha levantado el violín, como si fuera a comenzar, pero inmediatamente baja el arco de nuevo.

—Robert Gerhard era amigo personal de mi familia —añade lánguidamente—, y la escribió como regalo para mis padres al nacer yo. Es una sencilla canción de cuna, pero tiene para mí un inmenso valor sentimental.

Hace una nueva pausa. Quizá está valorando la impresión que sus palabras han causado en el jurado. Aunque la verdad es que parece más interesado en observar el rostro de los amigos de Irene, sobre todo el de Adam.

—También es rigurosamente inédita.

Ya está. La doble vuelta de tuerca. Un murmullo recorre las primeras filas del patio de butacas. Imperceptible como el vuelo de una luciérnaga en antiguas noches sin luna.

—Este tío tiene un increíble entusiasmo por los animales —murmura maliciosamente Adam—. Primero una alondra, ahora luciérnagas... Solo le falta tocar *La trucha*...

La Tierna suelta una breve risita, casi al mismo tiempo que Nicoleta emite un molesto siseo para imponer silencio a todos.

La sencilla canción de cuna resulta ser una verdadera delicia musical, quizá un poco elemental desde el punto de vista virtuoso, pero Ricardo consigue darle una transparencia y una emoción que acaba por enternecerlos a todos. Algunos miembros del jurado sonríen beatíficamente, como bebés arrullados por la voz de su madre. Nicoleta parece preocupada.

—Ha conseguido desbaratar el efecto sorpresa de tu actuación —murmura mientras aplaude con cierta frialdad a Ricardo—. Espero que el jurado sepa diferenciar las dificultades técnicas de una y otra obra.

El concurso ha terminado. Ricardo ha bajado del estrado y está ahora saludando al jurado. Una mujer de cabello pajizo y encrespado como una bola de estopa le está interrogando sobre la pieza que acaba de tocar. Irene oye algo sobre el violín.

—Un Vuillaume de 1864.

La mujer lo admira tomándolo entre sus pálidas manos y girándolo por todas partes.

—Magnífico, Paganini tenía un Vuillaume. Y Sarasate también.

—Este es una herencia. Me lo dejó mi abuelo.

—¿Era músico?

—Violinista. Tocaba en la Orquesta Sinfónica de...

No puede seguir escuchando. Chisán se la lleva cogida de la mano hacia la entrada de los camerinos. Irene tiene prendidas en la retina las imágenes de la actuación de Ricardo, su físico, la tez mate con incipientes ojeras que le dan un aire romántico, el pelo largo y cobrizo, que se agita cuando toca, las manos de dedos ágiles, la boca gruesa y acostumbrada a sonreír... «no tengo dónde dormir, ¿puedo quedarme en tu casa?»...

—Y ahora, vos le ves, ahí está presumiendo con su puñetero violín antiguo.

Hugo y Armando parecen haberla tomado con él.

—Es un engreído. Y lo peor, no le llega a Irene ni a la suela del zapato.

La Tierna, sin embargo, ha caído rendida a sus encantos.

—Ah... No digan eso, pero si es tan bello... Y toca tan lindo...

—¿Y de verdad os parece un violín antiguo? Yo creo que se lo inventa.

—Lo que a mí me resulta increíble es que los dos finalistas sean españoles, ¿no os parece? No hay tantos españoles en Holanda.

—Aquí no, pero en Amsterdam hay bastantes. Muchos trabajan de camareros.

—¿Y por qué tiene ese acento tan raro? Parece caribeño.

—Es de las islas Canarias. Están en África, en la ruta con América.

—Ah...

—Míralo, ahí viene.

Sonríe. Como si lo hubiera oído todo y no le importara lo más mínimo. Sonríe como lo hacen los que saben que ganarán siempre, sea como sea, los que heredan violines, los que tienen abuelos y padres cuyos amigos son músicos famosos, como sonríen aquellos para los que un gran compositor escribe una canción de cuna. Sonríe como el cazador de voluntades que será en el futuro.

—¡Hey!... Estás aquí. Te echaba de menos.

Irene se sonroja visiblemente.

—¿Alguien sabe cuánto tardarán en decir el ganador? —pregunta Ana Galván.

Ricardo se acerca peligrosamente a Irene. Ella cede al instinto repentino de apartarse.

—Yo ya tengo mi veredicto —dice él.

Irene lo mira. Cree que se está burlando de ella, que juguetea como el gato con un ratón que ya ha atrapado entre las garras.

—Has ganado tú, lo sé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres la mejor. Y estabas guapísima sobre el escenario.

Irene se sonroja de nuevo. Esta vez todos se dan cuenta. Y los miran.

—Ahora bien —añade Ricardo irguiéndose sobre su propia estatura—, yo puedo no ser tan bueno, pero tengo dotes escénicas, ya lo has visto.

—¡Ciertísimo! —interviene la Tierna, que hace verdaderos esfuerzos por irrumpir en la conversación de los dos—. A mí me llegó al alma esa melodía tan hermosa.

Y luego bajando la voz, aparentemente avergonzada:

—La verdad... Yo no sé de música... Eso que tocó Irene debe de ser muy importante, pero a mí me suena como chirridos sin orden ni concierto.

—Es música atonal —dice él—. No se basa en las mismas armonías de la música que seguramente tú conoces.

—¡Qué interesante! —La salvadoreña lo coge del brazo y le aparta de Irene—. ¿Y podrías explicarme eso un poquito más?

Ha usado el mismo tono cadencioso de aquel día en el que le enseñaba a Irene su marca en el jersey. Una inocencia falsa. Una provocativa exhibición de sus armas y sus intenciones.

—Mírala —murmura Armando en un tono que a Irene se le antoja un poco condescendiente—, ahí va nuestra Tierna, soltando aparejos para ver si esta vez pesca algo.

A Irene le escuece una parte de su joven corazón. Todavía no es propiamente dolor, solo el daño primero de la incipiente herida.

—De acuerdo. Yo me encargo —oye decir a Ana. Ve que Chisán y ella han estado hablando aparte.

—Sobre todo que no se entere.

Quiere preguntar quién no debe enterarse y de qué. Pero no le da tiempo. Nicoleta viene a buscarla.

—Van a comunicar el fallo. Los finalistas debéis quedaros junto a la puerta del escenario.

Ve pasar a una azafata vestida con uniforme rojo y un pañuelo anudado al cuello. Lleva un ramo de flores. El corazón le da un vuelco. Luego piensa que puede ser el regalo de consolación para el segundo puesto.

Alguien abre la puerta de par en par. En el estrado hay un hombre abriendo un sobre junto al micrófono.

No reconoce su nombre. ¡Airene Bélmarr! Tiene que pensarlo dos veces, pero ya la están empujando, una marea de manos que la aparta del rostro de Chisán, cuyos ojos no consigue ver, de Hugo, de Armando, de Ana, de sus gritos de júbilo, de los «bravos», y avanza sola por el pasillo que hay entre las posiciones de los primeros y segundos violines, entre los asientos vacíos y los atriles desnudos, avanza hacia los aplausos y hacia el hombre del micrófono.

Le han dado un cheque. Y las flores. Firmará un contrato de cuatro actuaciones como solista invitada de la Filarmónica de Rotterdam. Va a ir a Dusseldorf, Copenhague, Roma y Japón. En lo único que puede pensar en esos momentos es en sus padres.

Una larga tarde. No puede ver a nadie, no puede hablar con sus amigos, ni con Nicoleta, gentes extrañas le dan la enhorabuena, hombres de pelo cano ofrecen consejos que no ha pedido, le hacen entrevistas para periódicos y emisoras de radio, el presidente de Fundación Van den Eynde se fotografía junto a ella y luego se la llevan a cenar a un comedor privado de la sede de la Fundación. Ricardo también acude a esta cena, cada uno en un extremo de la ancha mesa ovalada, rodeados ambos por gentes extrañas, sus ojos encendidos y cómplices más allá de la lujosa cristalería y de los platos de fina porcelana; de vez en cuando su voz entre las conversaciones, su dulce acento que se prolonga más allá del idioma extranjero en el que habla y que la devuelve a un sueño consagrado. Sus padres, una y otra vez piensa en sus padres.

Ha sido una cena extraña, tensa y al mismo tiempo reparadora, siente algo parecido a haber estado aguantando la respiración. El aire contenido ha ido saliendo poco a poco de sus pulmones. La montan en el coche del presidente y finalmente los llevan, a Ricardo y a ella, agotados y felices, a la casa de Middellandstraat.

¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo ha conseguido zafarse de toda esa gente que pretendía llevárselo en la residencia de la Fundación? ¿Cómo ha logrado cumplir el pacto de venir a dormir a su casa? Ella no habría podido sustraerse a las órdenes, ahora mismo es incapaz de hacer otra cosa que dejarse llevar de un sitio a otro, pero sin embargo él es terriblemente hábil, sonrío y consigue siempre lo que quiere, por

difícil que sea. La calle está desierta. No encuentra las llaves. Llama al timbre con la esperanza de que la Tierna o Chisán les abran desde arriba. Al otro lado del portero automático se oyen voces y risas. Y luego el chirrido estridente de la gran puerta metálica. Entran los dos en el oscuro portal y, antes de que pueda extender la mano hacia el interruptor de la luz, nota cómo Ricardo la coge por un costado, la gira hacia él apretando su cintura y la besa de un modo urgente, como si temiera que esa oportunidad fuera a desaparecer de improviso. Irene no puede pensar. Los labios gruesos de Ricardo se aplastan contra los suyos y una lengua ancha y húmeda penetra en su boca por primera vez. No siente placer, solo sorpresa y una beligerante tensión que le impide respirar. La mano de Ricardo recorre lentamente su espalda cuando las luces se encienden y todos bajan alborotando, Armando, Ana Galván, Hugo, la Tierna... Desde lo alto de la escalera alguien ha tirado confeti y el portal ahora lleno de luz queda cubierto de pequeños círculos de colores. En el último piso se oye la música.

La mesa de pino está cubierta de comida. Han colgado farolillos chinos del techo y una gran pancarta hecha con una sábana blanca en la que, entre corcheas torpemente dibujadas, se lee en grandes letras mayúsculas: CONGRATULATIONS «AIRENE». Irene no puede parar de reír.

—Ingrid ha hecho *bitterballen* —explica Armando mostrando las croquetas holandesas de carne.

—Y la Tierna sus conocidas pupusas —añade Hugo a su espalda—, no faltaba más.

Hay botellas de ginebra y refrescos de naranja y cola, grandes cantidades de cerveza, incluso algunas bebidas inusuales como ron jamaicano, vodka y brandy.

—Todos han traído algo para la fiesta.

Chisán se ha vestido con una estrecha casaca bordada que compraron juntos en la pequeña tienda india de Josephstraat; parece recién salido de un álbum de los Beatles. Se acerca a Irene y prácticamente la arrebatada de los brazos de Adam Fertig, que se la está comiendo a preguntas sobre los contratos que ha firmado. Gira con ella alrededor de la sala. La música está demasiado alta.

—¿Cómo está mi pequeña triunfadora? —murmura suavemente a su oído.

—Confusa —reconoce Irene mientras bailan estrechamente abrazados. Todavía siente en su boca el sabor de una saliva extraña.

Él está ahí, parado cerca de la mesa. La Tierna le acapara con su insistente conversación. Irene no puede apartar la vista de Ricardo.

—¿Qué hace ese aquí? —pregunta molesto Chisán.

—Va a quedarse a dormir. Supongo que no importa, ¿verdad?

Chisán se encoje de hombros.

—Esta no es su fiesta. Ni la de su portentoso Vuillaume del siglo XIX. Es tu noche. Y todos nosotros vamos a procurar que seas la estrella de la velada.

¿De dónde sale esa rivalidad generalizada? ¿Solo de la competición por ganar un concurso de violín? ¿O hay algo más que ella no consiguió ver entonces y que llevaron a cuestras durante toda su vida en común? Ricardo y ella pasaron la vida destrozándose mutuamente, como si uno de los dos tuviera que morder el polvo y el otro se viera obligado a ponerle un pie encima. Entonces todavía no sabía lo dura que puede ser la vida de los perdedores. Porque a ella le tocó perder. Más allá de esa noche, más allá de su triunfo en el concurso Van den Eynde, todo lo demás fue una cadena de derrotas y concesiones. Y solo supo defenderse, protegerse, resistirse, intentando derribar a Ricardo en un combate desigual que estaba perdido de antemano.

Quizá todo venía de ese instante que está viviendo ahora. La han besado por primera vez, él va a dormir en su casa, no es una fantasía, ni un sueño inconfesable. Ha ocurrido de verdad. Por fin ha ocurrido. Siente que ahora empezará su historia, ella y él en esta casa donde hay una fiesta, amigos que ríen, como Chisán, que ahora la ha dejado bailando con un colombiano que resulta terriblemente empalagoso y que la aparta una y otra vez de lo que desea. El círculo va a cerrarse. Desde aquel día en que lo conoció en casa de Ana hasta ese instante en el portal de Middellandstraat, ve cómo comienza a dibujarse la tenue circunferencia de las expectativas cumplidas.

Bailan, beben, fuman hachís marroquí, los cuerpos terminan por relajarse y las mentes se aflojan, es un mundo sin prevención y sin censuras. La fiesta. Alguien vomita en un baño. A veces Ricardo e Irene se encuentran en el pasillo o en la cocina, los dos saben que algo quedó interrumpido y que es ahora cuando puede continuar, pero siempre hay alguien que se interpone, siempre hay una mano extraña que se la lleva a otra parte. La arropan, la quieren, la obsequian. Todos están pendientes de ella. Y llega el momento de concluir ese gran alboroto. Algunos invitados se van agotados y pálidos, titubeantes. En la casa se quedan los más íntimos, tambaleándose entre restos de comida, botellas vacías y ceniceros repletos. Irene piensa que por fin podrá tener un instante para estar a solas con él.

En el pasillo, Armando le está diciendo con voz pastosa:

—¿Sabés lo que le dijeron a un amigo mío que se presentó a un concurso en Buenos Aires? —Ricardo lo escucha con evidente cansancio—. Un miembro del jurado le preguntó quién le había enseñado a tocar el piano. Él respondió que una profesora de Rosario. Luego, el mismo jurado, ¿viste?, le preguntó si tenía abogado. Mi amigo se quedó parado, sin comprender. Respondió que no. Y entonces el tipo le dijo: «pues búscate rápidamente uno y demándala».

Ricardo se apoya contra la pared y la mira como pidiendo socorro. Pero no es ella la que lo rescata y se lo lleva con una disculpa. La Tierna ha irrumpido de nuevo entre los dos, en su pacto silencioso.

—Venga, venga, vamos a ver dónde instalamos al huésped.

Y de pronto Irene se encuentra sola frente a Armando.

—Pues búscate uno y demándala —repite entre carcajadas Armando, buscando con la vista alguien que celebre la gracia.

Y luego oye la voz de Chisán en el comedor.

—Puedes dormir en mi habitación. Yo dormiré con Irene.

Quiere que la tierra se la trague. Ahora él pensará que entre Chisán y ella hay algo más que una amistad inocente que ha conseguido mantener pese a todo. Tiene ganas de gritar: «no es cierto, no lo pienses, solo dejo que me abraza y me cobijo en el hueco de su hombro porque es mi mejor amigo, solo eso, yo no le pertenezco». Pero es demasiado tarde. No puede decir que esperaba dormir sola, que ha soñado durante toda la velada con verlo aparecer en su habitación, que desea volver a sentir esos labios poderosos sobre los suyos y que ansía sus manos por debajo de las sábanas. No es capaz de hacer nada para evitar que todo se estropee de esta forma tan ridícula.

Se acuesta de mal humor. Chisán se da cuenta y la deja permanecer de espaldas a él, silenciosa y hostil, convencida de que le han hurtado con un estúpido malentendido la mejor parte de ese glorioso día. Duerme a intervalos. Le duele la cabeza, le arde el estómago. Al amanecer se despierta con ganas de vomitar. Cuando corre hacia el baño, pasa por delante de la habitación de la Tierna y los ve. Ricardo está dormido boca arriba y la Tierna se enrosca desnuda en torno a él. Las sábanas están arrugadas bajo su cuerpo moreno, como el campo de una batalla. Se queda paralizada junto a la puerta entreabierta. Las náuseas acuden una y otra vez, pero no puede apartar los ojos de esos dos cuerpos, sobre todo del cuerpo de ella, de los pechos pequeños y de las caderas doradas, de la mano posesiva que se posa sobre el pecho de Ricardo, se tambalea, necesita apoyarse en el quicio de la puerta, y entonces sabe que la otra está despierta porque, sin que haya abierto los ojos, cree ver una sonrisa de triunfo en el rostro inocente de la Tierna.

Ha olvidado qué pasó al día siguiente. No quería salir de la habitación, ni ver a nadie. Vergüenza. Eso es lo que siente. Una estruendosa vergüenza, la certeza de que sus sentimientos han sufrido un descalabro a la vista de todos.

Cuando consigue reunir las fuerzas suficientes, mete sus cosas en una maleta y huye sin decir nada a nadie, hacia el desahuciado espacio de la soledad extrema. Vuelve por unos días a la pensión de Coolsingel y luego regresa a España para pasar unos días con sus padres antes de que comience la gira.

Irene estaba sentada en el jardín, viendo el mar a lo lejos y las azoteas encaladas de la calle del Correo. Las viejas casas construidas sobre el dibujo irregular de múltiples lenguas rocosas se extendían, a lo largo de la costa, hasta el promontorio de la Guardia Civil. Desde allí no podía saberlo con certeza, pero le gustaba intentar adivinar cuál de aquellas casas era la de Armand Brunel. Era la hora de la siesta. Todo estaba en silencio. Un moscardón grande y ruidoso dio un par de vueltas al jardín, entró por la puerta que daba acceso a la casa, recorrió velozmente el centro del salón y salió por donde había entrado, alejándose con una rapidez que parecía un poco desdeñosa.

—Mamá, voy a salir.

Candela se ha asomado a la claridad. Su brazo tatuado permanece apoyado contra el quicio de la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta extrañada.

Irene detesta esos tatuajes, el modo en el que la piel dorada de su hija se vuelve oscura, sucia, vejada.

—A dar una vuelta.

—Hace mucho calor. Espera a que se despierte Nicolás y nos vamos los tres dando un paseo hasta el puerto.

Candela niega con la cabeza.

—Me agobia estar aquí.

Tiene otra vez esa actitud resentida y hostil.

—Pues más te vas a agobiar fuera. El calor en la calle será insoportable — responde Irene con toda la serenidad de la que es capaz. Hace tiempo que usa ese tono paciente, una ardua tarea que ejercita con la ayuda de un recuerdo borroso, el de sus propios padres y la paciencia con la que aceptaron las decisiones de su única hija.

Candela se encoge de hombros. No es un gesto desdeñoso, sino de indolencia. Se da la vuelta y desaparece. Luego Irene oye cerrarse la puerta de la calle.

Llevan aquí algo más de una semana. Apenas ha tenido tiempo de organizar las cosas para que su socia se haga cargo de todas las cuestiones de la escuela de música que regentan a medias mientras ella está ausente. Sabe que es un trastorno, han tenido que contratar a un profesor de violín que la sustituya con el grupo avanzado y aun así es consciente de los problemas que su repentina ausencia está causando. Isabel es, más que una socia, una buena amiga, pero solo llevan tres años con el centro abierto, hay créditos a los que hacer frente, problemas con Hacienda, con la Seguridad Social, con los bancos... Isabel le ha recomendado que pida una baja médica, alega una depresión, le ha dicho, nos pagarán una parte de tu salario. Pero Irene ha preferido renunciar a su sueldo mientras tenga que ocuparse de Candela y Nicolás.

A veces siente que le abandonan las fuerzas, se dejaría caer gustosa en esa pasividad hiriente del que ya no puede más. Pero siempre hay algo que se lo impide. Los ojos enormes de su nieto, que parecen registrarlo todo y ante los que tiene que hurtar su propia desesperación; la actitud de Candela, egoísta y cerrada en sí misma,

comprensible en cierto modo, pero tan desesperante que a veces la sacudiría con furia para que reaccionara de una vez.

Ricardo no ha vuelto a llamar. Recibieron la transferencia con los seis mil euros que había prometido y nada más. Candela no pregunta por él y ella no quiere sacar el tema, porque aún no ha encontrado el momento para decirle tu padre espera mellizos, unos niños de ojos oblicuos que ocuparán tu lugar y que serán más jóvenes que su propio nieto.

De todos modos están bien aquí, los días pasan lentamente, sin sobresaltos, y aunque hace un calor excesivo para esta época del año, casi lo agradece; en cierto modo resulta reparador para los tres, porque paraliza las tensiones acumuladas en la última época y los obliga a abandonarse a una indolencia propia de las vacaciones.

A veces Irene sale a pasear sola a primera hora de la mañana, mientras Candela y el niño aún duermen. Muchas cosas han cambiado en el pueblo: han construido un hotel en la playa, vulgar e inadecuado, y un montón de urbanizaciones de casitas blancas que cubren las colinas como si fueran sábanas, pero aun así, a pesar de esa profanación masiva, todavía encuentra restos del paisaje anterior, vestigios inmóviles que le ayudan a recordar los años en los que Ricardo y ella solían venir a San José. Hay algo profundamente evocador en este lugar. No es solo la quietud de las playas y del campo árido, de los acantilados suaves y las torres vigía, ni siquiera la imperturbable belleza de las extensiones sembradas de pitas y chumberas; lo que realmente le sorprende es cruzarse por la calle con la francesa que tenía un taller de cerámica, con su larga melena canosa y su vestimenta *hippy*, treinta años más vieja pero perfectamente reconocible, o pasar por delante del bar del emigrante y ver allí la cabeza pelirroja del hijo del dueño atendiendo la barra. Entonces piensa en lo portentoso que resulta rescatar de la memoria todos estos pequeños detalles insignificantes, cosas y personas en las que nunca había pensado conscientemente, ni siquiera entonces, y eso le produce la sensación reconfortante de tener una cerradura secreta, un orificio mágico por el que volver a contemplar el pasado.

Al principio, durante esos paseos silenciosos, tenía la fijación de acercarse con sigilo a la que fuera la casa de Armand Brunel en la calle del Correo. Pasaba ante el pequeño muro encalado que estaba cubierto de carnosas uñas de león y entraba en el callejón que da al mar. Desde allí contemplaba la terraza suspendida sobre las calitas de arena, ese espacio invulnerable en el que antaño transcurrían las largas noches de verano.

Ricardo y ella empezaron a ir a San José a finales de los años setenta. Todavía el pueblo no se había convertido en el hervidero de edificaciones que ahora rodeaban el puerto, la rambla, revestían los cerros y se extendían sin piedad hacia Calabardina. Entonces solo había unos pocos chalets de buena factura en el costado lateral de la playa, construidos con aplomo en las pequeñas estribaciones rocosas suspendidas sobre el mar. Una de esas casas privilegiadas era la del escritor Arman Brunel. Era una muy hermosa, amplia, construida con un diseño a medio camino entre el

racionalismo de la Bauhaus y sorprendentes detalles andaluces que suavizaban las formas. Tenía la entrada principal por la calle del Correo, tras un pequeño muro de apenas un metro, redondeado y abierto en su parte superior para dar cabida a las anchas jardineras en las que había siempre unas hermosísimas uñas de león de color fucsia, que rodeaban el patio delantero, siempre vacío, y a veces cubierto por una pequeña película de arena que el viento desplazaba sin descanso. Más allá, el gran portón de madera repujada que Armand había comprado en un almacén de material de derribo de las afueras de Córdoba, que servía de acceso a la vivienda como antes sirviera de frontera entre el interior del palacio barroco, del que según Armand provenía, y las miradas de cuantos pasaban por la calle. En un nivel inferior había una sinuosa rampa limitada por muros más altos cubiertos de buganvillas que terminaba en la entrada al garaje, una puerta abatible de un intenso azul añil. Desde la calle solo se podían ver las uñas de león, el patio vacío, el callejón y el portón barroco. Todo eso pertenecía a una casa aparentemente de una sola planta, recta y sencilla, con escasas ventanas, una casa oculta que luego, cuando entrabas, descendía en dos plantas llenas de ventanales que te daban la impresión de estar colgados sobre el mar. En el sótano, a pie de playa, se guardaba la barca en la que Armand solía navegar. En esa pequeña embarcación, Irene había recorrido más de una vez el litoral del cabo de Gata, desde las Salinas hasta la cala de San Pedro, parándose a nadar en las tranquilas aguas del Playazo, donde a Armand le gustaba recalar. Pero lo que recordaba con auténtica añoranza era el inmenso salón decorado con elementos rescatados aquí y allá, compras que Armand hacía en sus constantes excursiones por la comarca, y la enorme terraza suspendida literalmente sobre la cala de arena que había entre las rocas. Cuando estabas allí, no podías ver la costa, solo el agua de un intenso azul cambiante y el horizonte, a veces surcado por pequeñas embarcaciones de pesca que venían de la Isleta del Moro y que, en las noches sin luna, sembraban el mar de pequeñas luces que se iban desplazando lentamente hasta esconderse detrás de la punta de Loma Pelada.

Para Irene, en medio de la confusión que le había tocado vivir en los últimos tiempos, resultaba fascinante poder recobrar algunos de esos nombres, porque tenía la impresión de estar escuchando la voz de Armand pronunciándolos y eso le permitía recordar instantes que había olvidado por completo y que regresaban con el poder fulgurante de lo que creíamos desaparecido para siempre. No podía evitarlo. Muchas mañanas, mientras el pueblo permanecía en un extraño silencio, se acercaba hasta la casa de Armand y se demoraba contemplando cada detalle con una curiosidad que, a ojos extraños, podía parecer insana. Un día, cuando estaba en el callejón lateral contemplando ensimismada la ancha terraza, un hombre salió con un montón de periódicos y un café, se sentó a la mesa que había bajo el porche y la expulsó. No es que dijera nada, de hecho seguramente ni siquiera reparó en ella, pero esa presencia extraña la devolvió a la realidad. Armand había muerto hace muchos años. La casa estaba habitada por otras personas. Las voces, las risas y las caras que ella todavía

creía contemplar en una pantalla invisible se habían evaporado. San José era en cierto modo el mismo lugar, pero ya no quedaba nada de aquellos lejanos días en los que alguien le había murmurado al oído durante una cena en esa misma terraza: «Si fueras invisible, me volvería ciego».

Fue Ricardo quien lo dijo. Junto a esa misma mesa en la que ahora un hombre desconocido, con el pelo gris y unas gafas de cerca, leía atentamente los periódicos del día. Recuerda esa noche; es más, recuerda todo lo que sucedió desde el instante en que lo vio profundamente dormido sobre las sábanas de la Tierna hasta aquel día de septiembre en que se casó con él en Francia.

Eran los años setenta. Ricardo e Irene se acababan de casar en una pequeña capilla francesa de la Cerdaña, en un pueblo fortificado que se llamaba Mont Louis. Por aquella época formaban parte de un cuarteto de cámara y venían de actuar en los festivales de verano del sur de Francia. Irene recordaba esa época como la más feliz de su vida. Por ella habrían seguido siempre así, con pequeñas actuaciones de pueblo en pueblo y mucho tiempo libre. Pero ella no fue la que diseñó la vida que iban a vivir. Eso era cosa de Ricardo.

Habían actuado en el Festival de Música Clásica de Toulouse y luego hicieron una pequeña escapada a Mont Louis, donde un cura aficionado a la música de Fauré los casó una luminosa mañana de septiembre, sin familia, sin parientes, solo con dos testigos ocasionales que firmaron en el libro de la sacristía. La iglesia estaba en lo alto del pueblo, en una pequeña colina desde la que se veían los campos de la Cerdaña y las torres lejanas de los otros campanarios. Ella conserva una foto de ese día. Es una foto de escasa calidad, un poco oscura, un poco borrosa, pero Irene la tiene todavía colocada en un marco de plata antigua sobre el velador de su dormitorio, el mismo dormitorio del que huyó su marido y en el que ella siguió cobijando su sueño y su resquemor. En la foto aparecen ellos, ingenuos y felices, Irene lleva un vestido largo y blanco, de algodón indio, y un grueso collar nepalí de corales y turquesas. Ricardo viste un traje también blanco de pantalón y casaca, un traje de ceremonia comprado en Londres, en una pequeña tienda pakistaní. Están cogidos de la mano, él mira al frente, su piel parece más oscura, Irene se vuelve hacia él, no llega a colocarse de perfil pero lo mira con una sonrisa radiante, el sol le da de lleno y también ella parece más blanca, más rubia de lo que en realidad es. Irene recuerda que en esa misma colina, cerca de la iglesia, había un centro de entrenamiento de comandos y que, justo ese día, los militares se descolgaban por una tirolina haciendo curiosas acrobacias mientras ellos posaban para la grieta voraz del futuro.

Después de la boda, cogieron el coche y bajaron por toda la costa mediterránea hacia Almería. Habían decidido aceptar la invitación de Armand Brunel, un tipo curioso que habían conocido en Toulouse y que vivía en un pequeño pueblo llamado San José, cerca de Níjar, una zona de la que ninguno de los dos había oído hablar antes pero que después de escuchar a Brunel les pareció poco menos que el paraíso.

Un largo viaje en coche. Ellos dos solos. Ya eran marido y mujer. En Peñíscola durmieron en un hostel que había junto al mar, la lengua salada de las olas llegaba hasta los cimientos y se estrellaba suavemente contra los pilares de hormigón cubiertos de algas y moluscos. Esa noche Irene pensó en sus padres, en cómo decirles que se había casado de ese modo furtivo y repentino. Los imaginó defraudados y dolidos, su única hija se casa y ellos ni siquiera pueden asistir a la boda. Pero Ricardo, que no se llevaba muy bien con su familia, la había convencido y a cambio de ceder estaban abrazados en la terraza de su habitación, después de retozar como dos cachorros hambrientos; él la abrazaba desde atrás y ella sentía la desnudez de su

cuerpo moreno y viril, la fortaleza de sus brazos y el aliento cálido del amor en la nuca. La luna se reflejaba sobre el agua y a lo lejos se veían las luces amarillentas de Benicarló. Y luego el viaje entre naranjos y puertos pesqueros, sepultando tras kilómetros de carretera las alquerías y los castillos medio derruidos, las palmeras cuajadas de dátiles y los ferris que, sobre el horizonte, hacían el trayecto estival a las islas Baleares. En Altea pararon de nuevo. Esta vez se alojaron en la parte alta del pueblo, en una casa de grandes ventanas con rejas cuya fachada lateral estaba salpicada de macetas de barro con geranios rojos. Muy cerca, la cúpula de cerámica vidriada de una iglesia refulgía con su azul otomano. Y el sudor nuevamente entre las sábanas, y el calor de las palabras dichas en la noche, las salamanquesas recorriendo las paredes encaladas mientras ellos se deslizaban por una montaña rusa en la que a nadie se le ocurría gritar.

Así era al principio. Un torbellino de sensaciones. Todo nuevo, todo maravillosamente inédito, todo por estrenar. Un concierto que todavía nadie había tocado.

Cuando llegaron a Almería, Irene sintió un conato de desilusión. Era un paisaje demasiado árido y salvaje. A partir de Mojácar, todo se volvió feo y pobre. En Carboneras había una central térmica y una playa de piedra ocupada por grandes tuberías que desembocaban en el mar. Luego se adentraron en una red de pequeñas pistas polvorientas que llevaban a las cortijadas del interior. Los niños de cabellos enredados y los perros famélicos salían al camino al oír el ruido del motor. Se perdieron y acabaron en un cortijo abandonado rodeado de algarrobos. Cuando llegaron a San José era casi de noche, pero a Irene ya se le habían acostumbrado los ojos, quizá para siempre, a aquel paisaje despiadado y hostil. Los palmitos, las chumberas y los pitacos cubrían toda la franja costera y el mar era de un azul tan profundo que daba vértigo. Eran libres y felices. Quizá por eso, durante muchos años, cada vez que pensaba en San José sentía que ese paisaje mediterráneo, indeformable y contundente, era el único escenario posible para la libertad. Y seguramente fue por eso también por lo que muchos años después, cuando tuvo que huir con su hija y con su nieto, fue a buscar cobijo a ese lugar.

Conocía a Armand de aquel mismo verano, cuando después de un concierto Adam Fertig se lo presentó en la plaza de Toulouse. Era todo un personaje. Alto, grande, excéntrico. La noche en la que lo conoció llevaba un traje de lino arrugado, el pelo largo y blanco, y en la mano sostenía un sombrero panamá. Parecía un indiano recién llegado de las Américas. Ahora iban a alojarse en su casa, realmente Ricardo e Irene iban a pasar allí su luna de miel.

Se detuvieron en un pequeño bar que había a la entrada del pueblo. Un hombre pelirrojo atendía la barra. Cuando le preguntaron por la dirección de Armand, esbozó una sonrisa, se secó las manos con un trapo sucio y asomó la cabeza por una puerta que daba a la tienda de ultramarinos contigua.

—¡Niño! Acompáñalos a casa del francés.

El muchacho, pelirrojo también, se subió en el coche al lado de Ricardo.

—Tó tieso —dijo cabeceando como un viejo mientras Irene se sentaba detrás.

Pasaron por delante de un hostel mal iluminado y de una casita minúscula donde había unas mujeres sentadas al fresco. Un poco más adelante la calle se empinaba ligeramente. Irene vio por la ventanilla izquierda un pequeño recodo que daba al mar. Todavía no era totalmente de noche, pero la luna empezaba a asomar, enorme y rojiza, por el horizonte. Tan solo a unos quinientos metros del bar, el muchacho los hizo parar.

—Aquí es la casa. Pero el francés no está.

Y se quedó sentado en su asiento sin decir nada más.

Ricardo miró a Irene y luego a uno y otro lado de la calle, buscando un espacio donde poder aparcar.

—El coche se puede quedar aquí —dijo entonces el chico—. Nunca pasa nadie.

—¿Y sabes por casualidad dónde está el francés?

—Claro —respondió el chico.

Seguía tranquilamente sentado, sin intención de irse a ninguna parte.

—Bien, ¿pues dónde está? —repitió entre divertido e irritado Ricardo.

—¿Dónde va a estar? En el bar del puerto.

—¿Y puedes llevarnos hasta allí?

—Puedo.

Después de esperar unos segundos, Ricardo tuvo que volver a preguntar.

—¿Sigo de frente?

El muchacho le miró como si fuera tonto.

—De frente solo se va a las casas de la Guardia Civil.

—¿Entonces para atrás?

—Claro.

Ricardo valoró la cantidad de maniobras que habría que hacer para dar la vuelta y se arriesgó a preguntar:

—¿Está lejos el puerto?

El chico asintió sin dudar.

Mientras Ricardo daba la vuelta, Irene se fijó en el patio que había tras el pequeño muro y en la espléndida puerta de madera, y luego, cuando el coche se situó en dirección contraria, en una pequeña casa con dos ventanas enrejadas, cuyo patio delantero estaba sembrado de cactus. Junto a la puerta de entrada había un rústico cartel de madera en el que se leía: CERÁMICA ARTESANAL.

Volvieron a bajar por la misma calle y a pasar por delante de las mujeres que estaban sentadas junto a la puerta entreabierta, por delante del hostel cuyo letrero de neón lucía lleno de polvo en su interior, y torcieron a la derecha. En la esquina había una tienda de souvenirs con las luces apagadas y unas casas de modernos apartamentos de dos alturas cubiertas completamente por tres enormes eucaliptos.

El coche enfiló hacia la playa, rebotó varias veces en el camino sin asfaltar y, siguiendo las indicaciones del muchacho, se dirigió hacia el puerto. La luna había rebasado el límite del horizonte y lucía, redonda y amarillenta, como un globo sobre el mar. No se veía un alma. A lo lejos, los mástiles de unas cuantas embarcaciones indicaban que el puerto estaba a pocos metros. Borearon la playa con forma de pequeña bahía, una media concha encerrada entre las rocas y el puerto, y entraron en una explanada donde había un par de coches aparcados.

—Ya no se puede seguir —dijo el chico—. Está prohibido.

Ricardo aparcó el coche junto a los otros y bajaron. Olía a salitre y a mar. Un gato negro salió corriendo y se refugió detrás de unas cajas de madera. Al fondo, más allá de los barcos, se veían un par de luces mortecinas que salían de lo que parecía el bar del puerto. Irene oyó, en el silencio de la noche recién estrenada, voces masculinas que reían a carcajadas.

Armand estaba sentado en la terraza con un grupo de hombres y mujeres entre los que también se encontraba Adam Fertig. Al verlos se levantó sorprendido.

—Ah, mis jóvenes amigos músicos... ¡Qué agradable visita! Adam me dijo que ibais a venir.

El chico seguía allí cuando los invitaron a sentarse. Al verlo parado junto a la mesa, Armand se llevó la mano al bolsillo, sacó unas monedas y se las dio. El muchacho se alejó lentamente, como si todo aquello no fuera con él. La luz de la luna iluminaba sus cabellos rojizos y le hacía parecer un pequeño espectro caminando entre las sombras alargadas del puerto.

Esa noche cenaron en la terraza. Armand preparó unas verduras crudas que mojaron en salsa roquefort y unas costillas que asó en la barbacoa. Bebieron vino francés con la cena y antes, mientras Armand asaba las costillas, un vermut que se llamaba Yzaguirre y se fabricaba en Reus. El grupo estaba compuesto por Eduardo Vidal, un escritor que ayudaba a Armand con la barbacoa, y Clara, su mujer, que era matemática y preparó el vermut con hielo y limón pero sin ginebra; cerca de Ricardo se sentaron una pareja de ingleses, él con unos estrafalarios pantalones de cuadros sujetos por tirantes y ella con un turbante de seda que le confería el aspecto de una begum rubia. Ambos venían de un lugar llamado La Bolivia, una finca perdida en el corazón de Andalucía donde su único hijo estaba enterrado. Cada año hacían el doloroso peregrinaje de visitar su tumba. Y más allá, junto a la cabecera de la mesa, Adam Fertig con su nuevo novio, un italiano pálido y delgado que parecía recién salido de una película de Visconti.

Irene y Ricardo eran los más jóvenes de la mesa. Entre las otras conversaciones, Irene oía constantemente la voz de Ricardo, suave y vibrante, imponiéndose a ratos sobre el murmullo de los múltiples idiomas. Antes de que acabara la cena, se había hecho con la concurrencia, de modo que a los postres todos le prestaban total atención. Le oyó contar su propia historia, cómo se conocieron en Rotterdam y cómo los dos quedaron finalistas del concurso Van den Eynde. Omitió que había sido ella la

que había ganado, pero se explayó durante un buen rato hablando de las características de su violín heredado y de lo unido que se sentía a él. Y luego, cuando todo el mundo estaba atrapado en la conversación, dejó caer, como al descuido, que se había deshecho de ese maravilloso violín para conseguir algo mucho más importante. Irene supo de antemano que todo el mundo, sobre todo las mujeres, quedarían cautivadas al oírle explicar cómo vendió su Vuillaume del siglo XIX para viajar a Japón y convencer a Irene de que se casara con él. Hubo murmullos de asombro, todos la miraron, y tuvo que soportar durante un buen rato las preguntas y las suposiciones, las exigencias para que ella también manifestara un reconocimiento entusiasta por la romántica decisión de Ricardo. Pero ella no era capaz de hablar de sus sentimientos en público, al menos no ante ese grupo de desconocidos. Se sentía molesta. Incluso acarició la posibilidad de puntualizar algunos aspectos oscuros del relato de Ricardo, las sombras en las que había sumido aquella última noche en la casa de Middellandstraat. Adam se dio cuenta de todo, porque conocía muy bien la historia, y entonces fue cuando arremetió contra Ricardo del único modo en que se le podía derrotar: haciéndole pasar a un segundo plano. Tomó el hilo de la conversación y volvió al punto de origen, el concurso Van den Eynde, y mientras la frustración hacía mella en el ánimo de Ricardo Betancourt, contó con todo lujo de detalles cómo Irene había conseguido ganar ese concurso contra todos los pronósticos, su brillante ejecución del concierto de Tchaikovsky, aderezó el relato con las anécdotas históricas sobre las dificultades técnicas y melódicas de la partitura original y consiguió desplazar el interés de todos hacia ella.

—Esta niña es un talento. Un verdadero talento. Tendríais que oírla tocar...

Alguien, no recuerda quién, pidió que lo hiciera.

Irene se sonrojó.

La cosa se agravó aún más cuando Armand añadió:

—Los he visto tocar a los dos este verano en Toulouse. Ella de primer violín y él de segundo, y perdona que lo diga, Ricardo, pero tu joven esposa se comía el escenario. Un espectáculo, un verdadero espectáculo. Los brazos trazaban un arco perfecto sobre el violín, la cintura se cimbreaba como una contorsionista, el pecho se le venía delante, empujando la música casi visible... Y luego el culo. Porque tú no sé si lo sabes, pequeña, pero en los momentos de mayor intensidad levantabas el trasero del asiento y tocabas en el aire, sentada sobre tu propio entusiasmo.

Entonces vio de nuevo ese gesto torcido, esa sonrisa forzada, en el rostro de Ricardo. Como cuando Chisán llegó de Amsterdam y la abrazó delante de todos.

Pensó por un momento que era a causa de su timidez, porque Irene se resistía con mil disculpas a complacer a los invitados de Armand, que capitaneados por Adam insistían en que sacara el violín y tocara algo. Se negaba una y otra vez, sin poder explicar por qué no le costaba esfuerzo subirse a un escenario y, sin embargo, era incapaz de sentirse cómoda tocando en una pequeña reunión social.

—Si vas a tocar, hazlo de una vez —dijo Ricardo de mal humor—. No es necesario que te hagas tanto de rogar.

Su rostro estaba inusualmente crispado.

Se enfadó. Era la primera vez que Ricardo le hablaba en aquel tono. Empezó a pensar que se comportaba de aquel modo porque no era a él a quien habían pedido que tocara.

Armand recibió una llamada mientras ella empezaba a sentir esa congoja en el fondo del pecho, una sensación que se repetiría una y otra vez a lo largo de su vida.

—Unos amigos periodistas llegarán dentro de un rato —dijo Armand cuando colgó el teléfono—. Vienen de Melilla. Creo que las cosas se están poniendo feas allí.

Armand tuvo que salir a buscar a sus amigos a la entrada del pueblo. Cuando regresó, venían con él una periodista morena y delgada, que se llamaba Marta Salvador, y un colega algo más joven que ella, bastante tímido aparentemente, al que presentaron como corresponsal del diario *Pueblo*. Contaron no sé qué de una posible revuelta en Marruecos. Irene no podía prestar atención, pero Ricardo empezó a sentir un repentino interés por la chica morena, algo que a Irene se le antojó como una turbia venganza. El malestar fue creciendo hasta hacerse insoportable. Hacía rato que había terminado la cena y todos se habían levantado de la mesa. En la terraza, bajo la luz de la luna, Ricardo e Irene parecían evitarse a propósito. Se hicieron varios grupos: Adam Fertig y Eduardo Vidal intercambiaban anécdotas sobre sus respectivas profesiones y Clara, una mujer sumamente discreta, escuchaba atentamente a Pablo Ferrer, el periodista que venía de Melilla. En una esquina de la terraza, apartados de todos, Ricardo expandía su enorme abanico de plumas ante Marta Salvador.

Irene volvió a sentir el agujonazo de los celos. Algo le hizo recordar el quicio de la puerta, la mano de la Tierna sobre el pecho de Ricardo y las ganas de vomitar. Y luego, como si necesitara una medicina secreta para aquel intenso malestar, se sumergió en su memoria y repasó el conjunto de estrategias que Ricardo había desplegado a su alrededor hasta que consiguió que lo perdonara. El incidente con la Tierna había cortado bruscamente su relación, pero él la llamaba continuamente, a Dusseldorf, a Copenhague, a Roma, a todos los lugares donde ella actuaba con la Filarmónica de Rotterdam, hasta que por fin ejecutó su triple salto mortal, vendió su violín del siglo XIX y se presentó el último día de la gira en Japón. Eso la desarmó. Y ahora deseaba que él hiciera algo parecido. No necesitaba que cruzara medio mundo para hacerse perdonar, tan solo que le restituyera el amor y el entusiasmo que hasta hace unos momentos la embargaban.

El inglés de los pantalones de cuadros se había asomado a la barandilla y oteando el horizonte murmuró:

—África está al otro lado.

Eduardo Vidal se acercó a él y escudriñó el agua bañada por la luz plateada de la luna.

—¿Al otro lado? —repitió en voz alta, intentando saber qué tenía en la cabeza el inglés.

—Sí, al otro lado de esa masa de agua. El cabo de Tres Forcas, unos pocos kilómetros al norte de Melilla, es un paisaje idéntico al de aquí. Las mismas especies marinas, el mismo paisaje, las mismas estructuras geológicas.

—Curioso —dijo entonces el escritor—. Como si se hubiera roto la tierra en dos. El inglés se volvió hacia él.

—Eso es exactamente lo que pasó.

Irene sentía que en su vida acababa de pasar algo parecido, que los continentes se habían empezado a desplazar y un mundo de agua penetraba sigilosamente por la grieta.

Entonces lo decidió. Se acercó a Adam Fertig, que estaba preparando las bebidas en la cocina, y le dijo que le apetecía tocar el violín.

Cuando salió a la terraza de nuevo, todos se habían sentado en abanico, y ella empuñó el arco, su arma secreta, miró a Ricardo y a la joven periodista y empezó a tocar el *Tzigane* de Ravel, la obra que le daba una fuerza insólita y recogía esa furia interior con la que en determinados momentos era capaz de todo y se transformaba en una mujer nueva, salvaje, impredecible. Fue como si quisiera advertirle a Ricardo de que se anduviera con cuidado.

Cuando acabó de tocar, tras los aplausos y los comentarios, pensó que la grieta entre los dos se habría ensanchado, pero Ricardo se acercó a ella, le puso una mano en la cintura, y le susurró al oído: «Si fueras invisible, me volvería ciego».

Y todo empezó de nuevo. Para volver a repetirse una y otra vez. Irene y Ricardo habían comenzado la aventura de una nueva existencia compartida que les deparaba momentos de intenso placer y, en ocasiones, un sufrimiento tan amargo que les hacía odiarse con el mismo ímpetu con el que se amaron en las noches de aquel primer verano. Así empezó. Y así continuaría siempre.

Una mujer madura. Lleva un ancho suéter sobre la falda de tonos morados. El pelo rubio, cortado en una media melena de estilo francés, se agita suavemente con la brisa del mar. Está mirando la casa con interés. Se ha acercado al callejón lateral y se asoma discretamente a la terraza donde Mateo Munar toma el segundo café de la mañana. Este pequeño ritual diario le tonifica. Primero el desayuno, en esa misma terraza que cuelga sobre las rocas y el mar; luego a comprar los periódicos, todos, los locales, los diarios nacionales, las revistas, un pequeño vicio que le queda de su vida anterior. Toma un segundo café, y durante esa primera parte de la mañana se deja reconfortar por el sol en su ascenso, desde un punto indeterminado del mar hasta el tejado del porche donde se detiene para hacerse fuerte pero ligeramente menos perceptible. Y así, bañado por esa intensa luminosidad de primeros de abril, lee tranquilamente durante un par de horas.

Ella finge que mira el mar. Pero nadie va nunca por ese callejón que está construido solo para acceder a la puerta lateral de la casa. No se puede decir que sea una propiedad privada, es simplemente la calle, pero no tiene sentido que los turistas lleguen hasta allí. Además, para Mateo es terriblemente molesto, porque cualquiera que se interne en el callejón y llegue hasta el final de las escaleras, donde hay un pequeño pretil encalado, puede contemplar sin ningún tipo de obstáculo la gran terraza que se encuentra elevada sobre las rocas, prácticamente suspendida sobre el mar. En algún momento pensó en poner algún tipo de cerramiento lateral, pero eso le impediría ver desde el interior de la casa el fondo de la bahía, la playa y el puerto.

Intenta olvidar que ella está ahí. Está estudiando con relativo interés una de las revistas de vinos que el quiosquero trae expresamente para él. Hace siete años que se ha retirado de su trabajo como economista en una consultora de Madrid para encargarse de relanzar la vieja bodega familiar en Ossa de Montiel, un pueblo de La Mancha. Ha sido un trabajo arduo, créditos de todo tipo, inseguridad financiera, noches sin sueño y un montón de problemas que se acrecentaron el día en que su mujer le dijo que le dejaba. Veinticuatro años de matrimonio y, cuando él decidió emprender un nuevo camino, ella le dijo que no deseaba seguirle en esa empresa, que prefería quedarse en Madrid. No la culpa. Las cosas no iban bien. Con el tiempo ha llegado a la conclusión de que Lola tenía derecho a elegir el camino por el que quería que discurrieran sus últimos años y, aunque al principio la odió por dejarlo en la estacada, más tarde se dio cuenta de que eso era lo mejor para los dos. Ella se había quedado con el piso de Madrid, con los niños, dos chicos que ahora ya tenían veinte y veintidós años, y él se había ido a vivir a la bodega, quedándose en compensación con la casa de verano que a principios de los años ochenta habían comprado en San José. Tiene que viajar constantemente, prácticamente ha tenido que empezar de cero, formarse como viticultor, aprender de los enólogos que contrata esporádicamente, a veces tiene que ser su propio comercial y visitar a los dueños de los restaurantes de lujo para ofrecerles sus vinos, o regatear el precio de una viña con un correoso agricultor. Por fin cultiva doscientas hectáreas de viñedos propios y está empezando a

obtener resultados. Cuando consiga encajar todo este entramado empresarial, podrá construirse una casa como Dios manda en una parcela que ha comprado a un par de kilómetros de la bodega y retirarse a ver envejecer sus vinos.

De vez en cuando levanta los ojos y la ve. La sorprende mirando insistentemente, como si quisiera que él le pregunte qué hace allí. Desde luego no piensa hacerlo, primero porque no le interesa lo más mínimo admitir que le están observando en su propia casa, prefiere pasar por alto el asunto, y luego porque en el aspecto y la actitud de la mujer hay algo que le agrada, no es una de esas turistas ruidosas que llevan pareos y grandes bolsos de colores. Parece una persona tranquila que solo se ha detenido a curiosear un poco.

Y entonces suena el teléfono. Por fin sus gestiones están dando resultado. En la revista de vinos había un reportaje sobre marcas emergentes, nuevos vinos hechos con esmero en zonas como La Mancha, Aragón o Navarra, que tenían que despojarse con mucho esfuerzo de la fama histórica que las mantenía en un segundo nivel, muy por debajo de los caldos de la Rioja y la Ribera del Duero. Ser viticultor en Murcia, Aragón o Ciudad Real significaba tener que luchar contra la fama de vinos peleones que se había atribuido durante años a los jumillas, cariñenas o valdepeñas. Mateo había recibido en la bodega al autor del reportaje, un tipo gordo y congestionado que se dejó obsequiar sin ningún reparo con una succulenta comida en el mejor restaurante de la zona copiosamente regada con varias botellas de un tempranillo que Mateo estaba intentando colocar en el mercado. Era un vino criado con el mayor esmero, envejecido en las nuevas barricas de roble que había ido a comprar expresamente a Francia, y del que se sentía muy satisfecho. Pero aún no había conseguido que nadie se fijara en él. Ahora, por fin, lo recomendaban en aquel artículo sobre nuevos vinos. De una manera a su juicio demasiado tibia, pero lo recomendaban. El autor del reportaje se explayaba en hablar del nuevo giro que habían tomado las bodegas Munar, de su historia, que tenía un recorrido de más de cincuenta años, y del cambio que Mateo había dado a la antigua hacienda de Ossa de Montiel que antaño producía vinos sin ningún interés. Eran las palabras con las que el experto se despachaba. Mateo sintió una mezcla de orgullo por el reconocimiento de su labor y, al mismo tiempo, cierto resquemor por el trato que veladamente se le daba a la figura de su padre, a quien siempre había respetado a pesar de todo. De hecho, cuando Mateo empezó a interesarse por la bodega, su padre, que tenía una inteligencia natural muy desarrollada aunque carecía de formación, le fue cediendo terreno, alentado seguramente por la posibilidad de ver mejorada su empresa. Lola no le había secundado en la decisión de dejar Madrid y su satisfactoria posición económica y profesional; en cambio su padre lo ayudó de una manera instintiva, apartándose poco a poco, hasta que por fin, cuando él tomó la decisión, le pasó toda la responsabilidad de un negocio que le había costado una vida poner en pie. Por eso le escocían las críticas aunque estuvieran intentando elogiar su propia labor de renovación.

Estaba reflexionando sobre todo esto mientras sus ojos recorrían las páginas de la revista y se detenían en el despiece con el que terminaba el reportaje. En un recuadro gris, aparecían los vinos seleccionados. Situado en discreto quinto puesto estaba su Castillo de Oliana, una foto perfilada sobre un batiente de sombra. La etiqueta se leía perfectamente, a pesar de que el diseñador le había advertido sobre la longitud del texto, montado en una elegante Bodoni estilizada sobre fondo azul. El comentario de la cata era elogioso, aunque para Mateo resultaba un poco escaso: «Elaborado exclusivamente con la variedad cencibel (nombre del tempranillo en La Mancha), posee un fuerte aroma de fruta negra bien madura sobre ecos de grafito y minerales, una textura aterciopelada y un final contundente, amplio y redondo, de un largo posgusto».

Entonces, mientras sus ojos se deslizaban por la página, fue cuando sonó el teléfono. Antes de incorporarse para atender la llamada, se dio cuenta de que la mujer había desaparecido.

Tres días más tarde la encontró de nuevo, esa vez en el buzón de correos. Se fijó en que el pelo (que él había supuesto teñido con esas mechas rubias que llevan muchas mujeres, incluida la suya) era natural. Unos cuantos mechones plateados se entremezclaban con el cabello fino y dorado, y le daban al conjunto un elegante aspecto de dignidad bien entendida. Le gustó también su forma de vestir, ese día llevaba unos pantalones anchos, de lino blanco, y una casaca del mismo tejido abrochada con un cordón. Coincidieron junto a la casa de Correos, la que daba nombre a la calle, y él le cedió el paso para que ella depositara primero su sobre en el buzón. Ella dudó, luego inclinó levemente la cabeza, sonrió y le dio las gracias.

Durante la siguiente semana la vio en varias ocasiones más. A veces iba con un niño pequeño y se los veía muy tranquilos, familiarmente acostumbrados el uno al otro. Pensó que no podía ser su hijo, pero cualquiera sabe, ahora la gente adopta niños a cualquier edad. Una tarde, pasó junto a la terraza de una heladería y la reconoció junto a la que sin duda era la madre del niño, una chica joven, con el pelo muy corto, una rasta cayendo por el hombro y los brazos tatuados. Esa tarde ella lo saludó. Mateo respondió al saludo y eso le permitió acercarse un par de días después, cuando volvieron a coincidir mientras él había bajado a ordenar unos trastos en el embarcadero y ella apareció dando un paseo por las rocas. Primero la dejó pasar sin decir nada, ella también fingió que no le había visto, pero luego se quedó allí, con la puerta de la cochera abierta de par en par, demorándose con cualquier disculpa para ver si la veía regresar.

Había montado el motor en la vieja embarcación que le había comprado al anterior propietario junto a los muebles y la casa. Por eso al principio no la vio venir. Pero cuando volvió la cabeza para retirar la lona que cubría la parte trasera de la barca, la observó parada sobre una roca lisa, al borde del agua. La marea había subido apenas unos centímetros, los suficientes para que fuera difícil saltar desde la piedra hasta los batientes de madera que llevaban la barca al agua. La mujer se había

detenido dudosa, se había doblado los pantalones por encima del tobillo y llevaba las sandalias en la mano. Mateo dejó lo que estaba haciendo y se acercó rápidamente.

—Espere, la ayudaré.

Tendió la mano desde su lado de la rampa y ella apoyó la suya con firmeza. Esperó a que cogiera impulso y luego tiró del brazo de Irene al tiempo que le tendía la otra mano. Ella se agarró con fuerza, pero fue a poner el pie justo en el hendidido que el travesaño de madera tenía para encajar la quilla de la barca. Dio un repentino traspie y Mateo la sujetó con fuerza. Habían salvado el primer escollo.

Ninguno de los dos supo muy bien por qué, pero se echaron a reír al unísono.

—¿No dicen que en el Mediterráneo no hay mareas? —dijo ella.

Se habían quedado el uno frente al otro, en el estrecho límite de la pasarela de madera.

—Bueno, sí, eso dicen, pero en este lado de la playa siempre sube el agua unos centímetros a la caída de la tarde.

Ella miró la barca, anclada en la cochera.

—¿Sale usted a navegar en *La Boira*? —Mateo se asombró de que ella conociera el nombre de la embarcación—. Hace muchos años yo también solía salir en esta barca —dijo ella a modo de explicación.

—¿Conocía usted a Brunel?

Irene asintió.

—Armand era un buen amigo —respondió al cabo de unos segundos con un gesto de tristeza.

Mateo comprendió la situación.

—Por eso miraba usted con tanto interés la casa.

Ella sonrió un poco avergonzada.

—Pensé que no me veía. Siento haberle molestado.

—No fue ninguna molestia realmente, pero era raro verla tanto rato en el callejón.

Seguían parados en el pequeño embarcadero. Mateo pensó que debía hacer algo.

—¿Hace mucho tiempo que no venía por aquí?

—Oh, sí, hace mucho. Tanto que ni me acuerdo.

—¿Le gustaría entrar en la casa?

Irene lo miró sorprendida.

—Pero no sé... me parece un abuso.

Mateo se desplazó hacia atrás.

—En absoluto —dijo invitándola con un gesto a que caminara hacia la cochera—. Estaré encantado de enseñársela. Está todo más o menos igual.

Y así era. Reconoció las escaleras que ascendían desde el nivel de la playa, el cartel taurino que Armand tenía colgado en ese tramo, y luego el vestíbulo, decorado tan solo con un enorme arcón rectangular sobre el que ahora había colgado un gran lienzo moderno. Al entrar en el salón le sorprendió la disposición de los muebles y la cantidad de cuadros que había en las paredes. Era el mismo lugar, incluso recordó con

agrado la gran mesa sin barnizar sobre la que Armand tenía una escultura de un amigo suyo, pero los sofás y las sillas eran distintos. Toda la estancia tenía un aire menos rústico, en cierto modo más femenino.

—Mi mujer hizo unos arreglos, ya sabe —dijo Mateo. Parecía que se estuviera disculpando.

Abrió la contraventana que daba a la terraza y se hizo a un lado para que ella pudiera pasar.

Irene fue directa hacia la barandilla de piedra. El mar, tranquilo y grisáceo, bañado por la luz crepuscular, era como un espejo en el que se reflejaban las nubes, los mástiles confusos que asomaban por encima de la rada y alguna gaviota que, de cuando en cuando, cruzaba a baja altura y se posaba indiferente sobre las rocas. Sobre el agua plateada se cernían las sombras de las otras casas con sus tejados planos y alguna cúpula temblorosa. Era un privilegio estar allí.

Se volvió hacia el hombre que la contemplaba en silencio. No dijo nada, él tampoco preguntó, pero se sonrieron mutuamente, como si ambos estuvieran de acuerdo en algo íntimo y recíproco.

Los invitados fueron desapareciendo uno tras otro a lo largo de las dos semanas que Irene y Ricardo permanecieron en casa de Armand Brunel. Al día siguiente de aquella primera cena en la terraza, muy pronto, antes de que ninguno de ellos se levantara, Marta Salvador y su joven amigo salieron camino de Madrid. No podría decirse a ciencia cierta quién se alegró más de perderlos de vista, si Ricardo o Irene. Por parte de ella quedaba un cierto resquemor, algo que todavía no se había evaporado, a pesar de las atenciones y la actitud sumamente cariñosa de Ricardo durante el resto de la noche. El daño estaba hecho. Y aunque ella quisiera condenarlo bajo las mismas siete llaves con las que había cerrado el capítulo de la Tierna, los hechos no desaparecían sin más, simplemente se ocultaban para dejarlos vivir sin la presencia continua de sus primeros errores. Para Ricardo, la marcha de aquella chica morena con la que había estado tonteando sin ninguna intención clara, simplemente por sacarse de encima la irritación que le producía el cacareo constante de Adam Fertig en torno a Irene, era el mejor modo de cancelar el asunto. Pensaba que si Irene no volvía a verla, se olvidaría pronto del incidente y, al cabo de unos días, ni él mismo se acordaría ya de aquella inconsciente metedura de pata. Poseía una gran capacidad para perdonarse a sí mismo, en eso consistía su personalidad, en no perder el tiempo con remordimientos. Había aprendido a sobrevivir en medio de una familia marcada por la tragedia. Su abuelo, de quien había heredado el Vuillaume, tuvo que exiliarse a Inglaterra después de la guerra del 36, y perdió la posición y los bienes que los Betancourt habían conquistado a fuerza de generaciones. El empobrecimiento económico de la familia tuvo graves consecuencias para su padre, un ingeniero agrícola sin ninguna adscripción política que se suicidó a finales de los años

cincuenta lanzándose al mar desde un ferry que hacía el trayecto de la península. Cuando algunos años más tarde su madre se casó de nuevo, Ricardo, que tenía tan solo doce años y odiaba con absoluta claridad a su desdeñoso padrastro y la carcomida insularidad de la rama materna en la que había tenido que crecer, fue enviado a estudiar a Londres con la abuela paterna, que aún vivía. El ambiente inglés no le liberó de sus fantasmas infantiles, solo le dio la ocasión de aprender correctamente inglés, hacer la carrera de música obligado por su abuela y convertirse en un caprichoso adolescente que conseguía siempre lo que quería. No se iba a preocupar por una tontería que no tenía la más mínima trascendencia.

Pasaron la tormenta. La segunda tormenta. Rotterdam quedó atrás y sobre ella se impuso de nuevo Japón y la venta del Vuillaume. Los días se convirtieron en un torbellino de luz, polvo y sensaciones. Para Irene eran días contagiados de mansedumbre, porque se había convencido a sí misma de que era mejor diluirse en el anonimato cuando Ricardo tenía gente alrededor. Afortunadamente, cuando estaban solos ella recuperaba su terreno; en las distancias cortas Irene crecía y Ricardo se aplacaba. Además, contaba con Armand. Siempre contó con su inestimable amistad.

Armand era especial, distinto a todas las personas que Irene había conocido hasta la fecha. Tenía sus rarezas, una fuerte personalidad que se imponía sin ningún tipo de concesiones y un comportamiento bastante excéntrico, pero aun así era un anfitrión generoso y acogedor, resultaba un verdadero placer alojarse en su casa. Dejaba que cada cual hiciera lo que quisiera y siempre se las ingeniaba para que a la hora de la comida hubiera un plato en la mesa y a la hora de dormir un juego de sábanas para habilitar un sofá. Por lo que pudieron comprobar, la gente iba y venía, a veces sin avisar, y siempre era bien recibida. Tres días más tarde de la llegada de Ricardo e Irene, Adam también se marchó con su joven acompañante. Aquella vez fue Ricardo el que respiró aliviado. Tras su marcha, solo quedaba la pareja de ingleses, Eduardo Vidal y su mujer, y un ingeniero que trabajaba en las minas de Río Tinto y que se presentó de improviso un día a la hora de comer. Se llamaba Luis Uriarte y era joven, aunque la perilla, las gafas de concha y los modales sumamente educados, le hicieran parecer un poco mayor, más bien atemporal. A Irene le gustó desde el principio, le recordaba a uno de esos personajes de Dumas, un caballero romántico que fuera a batirse en duelo en cualquier momento por un asunto de honor. Ricardo simplemente lo ignoró.

El grupo quedó reducido a ocho personas que lograron entenderse bastante bien. Por las mañanas, Irene y el ingeniero se bañaban en la calita antes de desayunar, mientras los otros aún dormían. Armand casi nunca estaba en la casa cuando ella se despertaba; a veces volvía a media mañana con un pescado que había comprado en la Isleta del Moro, o regresaba de uno de sus paseos con la melena blanca enredada por el viento y sus raídos pantalones de mahón remangados hasta las rodillas. Ricardo a veces iba con él. Desaparecían los dos sin dar explicaciones a nadie, ni siquiera a Irene, y volvían de sus correrías el uno reservado y distante y el otro entusiasmado

como un niño. En el fondo, a Irene aquellas escapadas le gustaban, porque la ausencia de Ricardo le permitía sentirse un poco autónoma, sin esa constante actitud vigilante que tenía que mantener cuando estaban juntos. Se había acostumbrado a adivinar qué le complacía y qué le disgustaba, no porque quisiera ser una mujer sumisa, simplemente habían chocado ya en varias ocasiones y tenía una especie de miedo irracional a que él pudiera destrozar de pronto los cálidos sentimientos que el resto del tiempo la hacían tan feliz. Era el principio, no había obligaciones ni prisas, la música había desaparecido ocasionalmente de sus vidas y era entonces cuando podían enfrentarse a esa especie de vacío que los dejaba desprovistos, sin coartada para entenderse de igual a igual. No es que Ricardo fuera una persona de trato huraño, al revés, en ocasiones resultaba demasiado festivo y cordial, pero cualquier pequeño detalle podía torcerle el gesto y con demasiada frecuencia Irene tenía que adivinar cuál había sido el punto de fricción. Los demás no lo veían como ella, para todos Ricardo era un joven sumamente sociable, expansivo y locuaz. Realmente dilapidaba energía. Por eso se entendía bien con Armand, porque en cierto sentido eran iguales, espléndidos ejemplares que tendían a actuar como jefes de la manada. Pero Armand tenía a su favor una larga vida llena de experiencias y había adquirido la sabiduría necesaria para vivir y dejar vivir sin permitir que nadie invadiera su espacio, a pesar de tener la casa llena de extraños que iban y venían con total libertad. Nunca se sintió amenazado por el excesivo protagonismo de Ricardo y nunca permitió que se creara entre los dos ningún tipo de rivalidad. A veces rechazaba tajantemente la compañía de Ricardo, sin ningún tipo de contemplación, simplemente desaparecía durante todo el día y, cuando regresaba, se desplomaba en una de las sillas de la terraza y se quedaba mirando el mar con aire ausente. Una tarde, cuando acababa de regresar de una de sus misteriosas ausencias, Irene lo sorprendió en la terraza hablando de literatura con Eduardo Vidal.

—Las palabras no nos pertenecen, no creamos nada, solo tomamos los sonidos y los colocamos aquí y allá, junto a otros sonidos que significan algo. ¿Conseguimos transmitir una emoción? Sin duda, pero no inventamos nada. Inventa el que crea algo que antes no existía; nosotros, los escritores, solo juntamos partes de un todo, seleccionamos un pequeño recorte, lo unimos con otro y así creemos, ilusos cretinos, que hemos construido una obra maestra. Somos los puñeteros albañiles de la nada.

Eduardo acababa de publicar su primera novela y tenía todavía la ilusión de caminar hacia el parnaso. Admiraba a Armand de una manera tan contundente que resultaba casi pueril.

—Irene, ven aquí, siéntate junto a nosotros —dijo Armand al verla—. Dinos lo que piensas realmente de los escritores.

Ella se quedó pensando unos instantes.

—Me imagino que hacéis lo mismo que los músicos. Escuchar los sonidos que hay en vuestra cabeza.

—Eso es —reconoció Armand—, Irene lo ha descrito perfectamente. Escuchamos y reproducimos. Solo eso, Eduardo. No somos más que una sencilla correa de transmisión.

—Pero manejamos sentimientos. Y los sentimientos son complejos, no se pueden meter en una probeta y hacer con ellos una fórmula magistral. No puede hacerlo todo el mundo.

—Cierto —reconoció Armand—. Pero yo ya no creo en los sentimientos.

Irene no entendió muy bien qué quería decir. Eduardo tampoco.

—Desconfío de mi propia capacidad para discernir. He decidido dejar las cosas en su sitio y no hurgar más.

Parecía una rendición. Los tres lo entendieron así. Armand no volvió a escribir una sola novela y, muchos años más tarde, cuando murió en Venezuela, se publicaron sus memorias. La historia de su vida concluía en San José. Irene las leyó con una mezcla de tristeza y placer.

Pero ahora están aquí. Armand está vivo. Lleva una túnica egipcia de color azul, larga hasta los tobillos y abierta en el pecho. Parece un viejo patriarca.

Han vuelto de una excursión que Irene recordará siempre. Aquella misma mañana, cuando por fin todos se habían levantado, Armand propuso hacer una excursión a pie hasta el arrecife de Las Sirenas. No hacía tanto calor como otros días, el cielo estaba parcialmente nuboso, aunque era muy difícil que lloviera.

—Aquí solo llueve cuatro días al año —dijo Armand—. Y no es un simple dicho. Cuatro días exactos, a veces ni eso.

Entre todos prepararon unos bocadillos, fruta, agua y una bota con vino, cargaron todo en un viejo capazo de paja y salieron hacia la parte alta del pueblo, bordeando el litoral por la loma de los Genoveses. Al pasar por la última casa del pueblo, una construcción aislada y vallada con alambres de espino, un perro enfurecido les ladró desde la caseta en la que estaba atado.

Los ve a todos ellos. Caminando en fila india por el sendero que bordea el mar. Ricardo llevaba un ancho sombrero de paja igual que el de Armand, la inglesa su pamea anudada con un largo foulard alrededor del cuello y los demás, incluida Irene, gorras de marinero que habían rescatado de la casa. Alguien, no sabe muy bien quién, iba vestido completamente de blanco y Armand se había quitado la camisa y caminaba a la cabeza del grupo con el torso desnudo. Aunque estaba nublado, a veces el sol asomaba con furia, abrasando la piel. Cuando cruzaron la playa de los Genoveses y ascendieron entre los palmitos y azufaiños que cubrían la siguiente loma, vieron la Punta de la Vela Blanca, con su torre vigía en lo alto.

—Subiremos hasta allí y luego descenderemos hacia el faro —dijo Armand.

El inglés llevaba una vieja libreta negra en la que a veces dibujaba con trazos rápidos una planta, o anotaba pormenorizadamente los insectos que veía. A Irene esa

libreta le recordó todo el tiempo a Nicoleta Studeny, el año que había vivido en Rotterdam y lo rápido que sucedía todo. Se escribían regularmente, pero poco a poco se iba ensanchando la distancia entre ambas; a veces tenía la impresión de que Nicoleta era alguien muy lejano en el tiempo, una vieja compañera de la infancia o uno de esos parientes a quien sabes que no volverás a ver.

Ricardo, que iba vestido con pantalón corto y una ligera camisa de algodón estampado, se despojó de esta última al llegar a lo alto del cerro.

—Te quemarás los hombros —le advirtió Irene.

A su lado estaba Armand, desnudo y bronceado como un viejo lobo de mar.

—Yo no me he quemado en mi vida —respondió Ricardo molesto.

—¡Qué suerte! —dijo alguien en voz baja.

Irene se volvió y sorprendió al ingeniero sonriendo con ironía. Él llevaba un polo blanco y se tapaba precavidamente el cuello con un pañuelo que había colocado bajo la gorra. Irene se prometió a sí misma no volver a tener un desliz como aquel. Seguramente era cierto, la piel morena de Ricardo no era como la suya, pero eso no le iba a impedir abrasarse si seguían caminando durante dos o tres horas más, incluso bajo aquel sol intermitente. De cualquier modo, decidió que si se quemaba o no, eso no era cosa suya.

Salvaron un par de repechos más y otearon desde lo alto una pequeña cala de guijarros. Las rocas de basalto dibujaban formas curiosas junto a la orilla.

—Apetece un baño, ¿verdad? —dijo Eduardo Vidal.

—Ahora haremos un descanso. Detrás de esa loma está la cala de El Barronal. Es un sitio muy tranquilo.

Cuando bajaron atropelladamente la rampa de arena que los llevaba a la playa, todos tenían un único pensamiento en mente: sumergirse en las suaves olas que rompían en la orilla como largos suspiros.

Los ingleses fueron los primeros en alcanzar el agua. Para sorpresa de Irene se quedaron completamente desnudos y, aunque preguntaron si a alguien le molestaba, quedó perfectamente claro que no pensaban renunciar a lo que parecía una de sus costumbres. Como si fuera un efecto dominó, Ricardo, Eduardo Vidal y Clara los siguieron. El cuerpo delgado y moreno de Ricardo contrastaba con las sonrosadas formas de Clara, que se había desnudado tímidamente unos pasos por detrás y se dirigía al agua, haciendo señas a Irene para que los siguiera. Armand no se bañó, se tumbó a la sombra de una roca y se quedó dormitando apaciblemente mientras los demás gritaban y reían. Cuando Irene entró en el agua con su bikini castamente anudado al cuello, vio que Luis se había despojado del polo, los pantalones de gabardina y venía hacia ellos en calzoncillos.

—Quítate el bañador —gritó Ricardo cuando Irene se acercaba nadando—. No seas boba, es maravilloso.

Irene no quería desnudarse. Le hacía sentir tan violenta que prefería quedarse como estaba. Ricardo se acercó por debajo del agua, tanteó sus caderas y tiró de la

braga hasta que consiguió sacarla por las piernas. Irene gritó avergonzada. Luego la abrazó, colocando su pelvis desnuda sobre la suya y, con mucho cuidado, desabrochó la espalda del bikini y se lo sacó por la cabeza. Los pequeños pezones sonrosados flotaron en el agua como pájaros fuera de una jaula. Era cierto, nadar sin ropa era tan distinto que parecía increíble que un pequeño trozo de tela pudiera cambiar la realidad de esa manera. A unos cien metros los ingleses braceaban briosamente el uno junto al otro, mar adentro.

—Ven —dijo Ricardo tirando de su mano.

Se había enrollado las dos piezas del bikini en ambas muñecas. Irene temió por un momento que el agua se llevara su única vestimenta.

Nadaron juntos durante un buen rato, en paralelo a la playa, alejándose del punto donde Armand dormitaba. Cuando llegaron a la esquina opuesta de la playa, los demás eran simples puntos indefinidos sobre un mar de ondulaciones temblorosas. Ricardo hizo pie y la atrajo hacia él. Irene se colocó a horcajadas sobre sus caderas y se besaron. Notó que Ricardo intentaba penetrarla, pero el agua dificultaba los movimientos. Entonces Ricardo la llevó hacia la orilla, buscó el parapeto de una roca y allí, fuera de las miradas del grupo, hicieron el amor en un arrebato que la incomodidad de la arena húmeda y el agua que de vez en cuando les lamía por sorpresa los pies no consiguió aplacar. Irene recuerda ese instante como algo que sucedió en un sueño, sus sensaciones están fuera de la realidad, en otra dimensión.

Al principio no se dio cuenta, pensó que se le había nublado la vista.

—¿Qué es esto? —exclamó Ricardo.

Una poderosa niebla había descendido de pronto sobre la costa. Era un manto húmedo que avanzaba desde el mar, una corriente densa y prácticamente tangible que convertía el paisaje en algo inexistente. Miraron sorprendidos a su alrededor y no consiguieron ver ni la roca que tenían delante.

—Vamos con los otros —suplicó Irene.

Caminaron por la orilla como dos náufragos hasta que oyeron las voces.

—Tranquilos —gritó Armand cuando los avistó desorientados—. No os preocupéis, es la boira.

A tientas se acercaron al grupo. Todos estaban tapados con toallas, pañuelos y camisas. La sensación de frío se hacía insoportable.

—Es un fenómeno relativamente frecuente —explicó Armand—. Un banco de niebla que entra del mar y abraza la costa. Nunca traspasa unos metros más allá del litoral.

A Irene le pareció que el mundo se estaba desvaneciendo. No podía distinguir los rostros de los otros, ni siquiera el de Ricardo, que la tenía cogida de la mano.

—Mi madre murió un día de niebla —dijo entonces alguien.

Era la voz de Eduardo Vidal, pero sonó como si fuera la de un fantasma.

—Iba a cruzar una calle y la atropelló un camión.

Nadie dijo nada. Parecía que todos estaban esperando que aquella situación espectral estallara por algún lado.

—Fue en Barcelona, cuando estaba embarazada de mí. Llevaba a mi hermano cogido de la mano y no pudo ver al camión hasta que se les echó encima. Entonces quiso salvar a mi hermano, lo empujó contra la acera y el camión la alcanzó de lleno.

La niebla era cada vez más densa. Era imposible pronunciar una sola palabra. Eduardo continuó hablando con aquel tono triste y siniestro.

—Ese día nací de una mujer muerta. Su corazón dejó de latir al tiempo que yo respiraba por primera vez.

Pasaron unos instantes. La niebla se negaba a desaparecer.

—Este frío... —dijo alguien—. Parece que hubiéramos caído en una cueva.

De pronto se oyó un gemido sofocado. A través de las partículas de agua que se incrementaban y se desvanecían constantemente, Irene vislumbró a la mujer inglesa, que lloraba abrazándose las rodillas. Estaban muy cerca la una de la otra.

—Nuestro hijo murió en una cueva —explicó el inglés con su acento indefinible—. Helen todavía no ha podido superarlo.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó tímidamente Clara. Era una pregunta posiblemente inoportuna, pero en su voz, serena y amortiguada, sonó razonable.

El inglés se tomó un tiempo para responder. Luego lo hizo con tono resignado.

—Nos alojábamos en La Bolivia, la finca de unos amigos. Tenían una hija de la misma edad que Richard. Alguien les había hablado a los chicos de aquellas cuevas y les había contado que allí estaba escondido el tesoro de un rey moro. Fueron a investigar, como niños que eran, y unos tíos de la chica, unos sujetos primitivos y perturbados, los sorprendieron y les atacaron. Violaron a la niña y mataron a Richard.

Irene soltó la mano de Ricardo y pasó su brazo por los hombros de la mujer, que había dejado de gemir. Al sentir su contacto, la inglesa se refugió en su regazo y permaneció allí durante unos minutos, dejando que Irene le acariciara el pelo con ternura. Dentro de la niebla se había creado un clima especial, un aliento compartido por el que se escapaban el dolor y la pena. En aquella atmósfera húmeda, el mundo había dejado de existir.

—También mi padre murió un día de niebla.

Irene se volvió sorprendida. Era Ricardo quien acababa de hablar.

—Se tiró al agua desde un barco en el que hacía el trayecto Las Palmas-Algeciras. A causa de la niebla no le pudieron rescatar.

No dijo nada más. Irene sabía que su padre había muerto cuando él era todavía un niño, pero nunca le había contado cómo. En ese instante la niebla se empezó a disipar. Irene vio primero el rostro lloroso de la mujer inglesa, luego a su joven marido, que dibujaba distraídamente círculos en la arena, y más allá a Eduardo Vidal, a Clara, cubierta con una toalla, y a Luis de Uriarte, que se estaba limpiando las gafas con obstinación. Armand no estaba con ellos. Unos minutos más tarde, cuando la niebla desapareció del todo, lo vieron a lo lejos saliendo del agua. Los cabellos

blancos se le habían pegado a las sienes y sus muslos de hombre mayor temblaban al andar.

—En marcha —dijo al llegar al lugar donde todos permanecían todavía quietos como estatuas.

El grupo empezó a andar lentamente hacia la duna de Mónsul. Parecía que hubieran salido de un largo y tortuoso sueño. El sol era cada vez más fuerte y los barrones de la orilla permanecían enhiestos como agujas. Corría una suave brisa que a veces los inclinaba ligeramente hacia la izquierda.

—Subiremos por la montaña de arena —dijo Armand.

El inglés comentó:

—Parece una duna fósil.

—Lo es —respondió Armand—. Pero desde el otro lado se aprecia mejor.

La montaña de arena. Para Irene aquel nombre poseía un misterio que nunca consiguió descifrar y que seguramente estaba unido a la boira y a lo que había sucedido en la playa mientras la niebla borraba cualquier vestigio de realidad, dejando solo las palabras, el llanto de una mujer y el dolor antiguo que reconoció por primera vez en la voz de su marido. En ese momento sentía una gran compasión por Ricardo. Sin proponérselo claramente, a golpe de instinto, creyó que comprendía muchas cosas de su carácter, cosas que hasta ese momento le habían parecido caprichosas e inexplicables, pero que ahora veía enredadas en aquella confesión: «mi padre se tiró al agua un día de niebla».

Treparon por la montaña de arena hasta la cima. Mónsul era una bella ensenada protegida por la enorme duna anclada en uno de sus extremos. El inglés se demoró durante un buen rato anotando las características geológicas del terreno y preguntando a Armand por los nombres de todas las plantas que veía. Al dejar Mónsul, mientras caminaban bajo el sol de mediodía y rodeaban las cornisas talladas en la roca por el viento y el mar, Irene se acercó a Ricardo, que no había pronunciado una sola palabra desde que salieran de la cala de El Barronal.

—¿Estás bien?

Ricardo le respondió con una sonrisa tibia. Todavía parecía apesadumbrado. Se cogieron de la mano y caminaron por las rocas, el uno junto al otro, intentando guardar el equilibrio hasta que llegaron a un suelo arenoso cubierto casi totalmente por un lecho de algas.

—¡*Ulva lactuca*! —exclamó el inglés entusiasmado. Nadie entendió lo que quería decir hasta que se agachó a coger una de aquellas anchas hojas verdes.

—Aquí las llamamos lechugas de mar —respondió Armand—. Hay muchas en esta zona.

El inglés llenaba una tras otra las páginas de su libreta negra, satisfecho como un niño, y cuando se incorporaba a la marcha cerraba el cuaderno con una goma, dejando dentro hierbas que arrancaba aquí y allá. A Irene le resultaba un personaje entrañablemente excéntrico. Luis se acercó a ella y murmuró:

—Qué hombre tan singular. Me recuerda a un profesor de ciencias naturales que tuve en el colegio. Una vez, cuando estábamos en el recreo, se sacó un murciélago vivo del bolsillo de la chaqueta.

Irene volvió a pensar en Nicoleta Studeny y en su Rumanía natal. La música de Pijper volvió a sonar evocadora en su cabeza.

Llegaron a la playa de la Media Luna. Eran las tres y media de la tarde. El arrecife de las Sirenas parecía cada vez más lejano e inalcanzable.

—Tendremos que comer aquí —propuso Armand—. La niebla nos ha retrasado.

Comieron bajo un techado de ramas que alguien había construido en un costado de la playa. Hacia el interior se veían las manchas verdes de los palmitos y la silueta alargada de los múltiples pitacos que el verano había secado por completo.

Los ingleses se volvieron a bañar. Los demás se tumbaron a la sombra. Irene se fue adormilando apoyada en el hombro de Ricardo, mientras las voces amortiguadas iban desapareciendo de la conciencia y la montaña de arena se convertía en el único punto visible.

Cuando despertó estaba sola con Luis bajo el techado de ramas. A lo lejos vio a Eduardo Vidal y a Clara, que caminaban por el borde del agua.

—Armand y el inglés han vuelto andando por ese camino —señaló Luis—. Van a por el coche y vendrán a buscarnos más tarde.

Helen se había sentado en un recoveco de la playa, resguardándose del sol con su pabela de rafia. Irene la imaginó sufriendo en silencio por el hijo que había perdido. Fue hacia ella y se sentó a su lado. Los pechos desnudos de la mujer inglesa estaban intensamente bronceados.

—Parece que ya no vamos al arrecife de las Sirenas —comentó al sentarse—. Me han dicho que Douglas y Armand se han ido a buscar el coche.

—Sí, mientras dormías —respondió Helen—. Algunos de nosotros no podíamos dar un paso más.

—¿Tardarán en volver?

—Unas dos horas, ha dicho Armand. Todavía tenemos tiempo de darnos el último baño.

Irene se sentía cómoda en compañía de aquella mujer. Entre las dos se había creado una corriente de afecto bajo la niebla, los jóvenes dedos de Irene habían acariciado aquel cuerpo que ahora se mostraba espléndido en su madurez.

—¿Siempre os bañáis desnudos? —preguntó.

—Oh, sí —respondió la inglesa sonriendo—. Desde hace años. Es bueno para el cuerpo, para los huesos, ya sabes.

Irene no habría considerado nunca ese aspecto. Era joven, su organismo estaba a pleno rendimiento y el sol era una molestia de la que siempre se tenía que proteger.

—Nunca en mi vida había visto tanta gente desnuda —reconoció con naturalidad. La inglesa soltó una breve carcajada.

—Pues te aseguro que es la mejor medicina para una pareja. Deberías probar.

Irene contempló su bikini marrón. El salitre había dejado corros blanquecinos en ambos pechos.

—Tengo la piel muy blanca —reconoció con pesar—. Siempre me quemo.

—Ahora el sol no tiene la misma fuerza de esta mañana. Si vas a tomar el sol es mejor hacerlo a primera hora o después de las cinco de la tarde.

Irene miró el reloj. Le sorprendió comprobar lo tarde que se había hecho.

—Douglas y yo todavía hacemos el amor cada día —dijo la mujer de improviso.

Irene contempló la silueta de Luis Uriarte bajo el techado de ramas, vuelto hacia ellas, mirándola. De pronto, sintió un golpe de deseo. Se quitó el bikini y se tendió sobre la arena caliente. La inglesa sonrió. Irene permaneció durante unos minutos con los ojos cerrados.

—Tienes un cuerpo precioso. No deberías ocultarlo.

El sol sesgado de media tarde le rozó con una caricia el sexo desnudo. El deseo se iba haciendo más fuerte. Recordó que, esa misma mañana, poco antes de que la boira los alcanzara, Ricardo y ella habían hecho el amor entre las rocas.

—Voy a bañarme —oyó decir a Helen—. Douglas y Armand no tardarán en volver a por nosotros.

No se sentía capaz de abrir los ojos. Ni siquiera cuando oyó que alguien se sentaba a su lado.

—¿Te molesta que me quede aquí?

Volvió la cabeza y abrió los ojos: Luis evitaba mirarla. Llevaba los pantalones remangados hasta media pierna y el torso desnudo. Irene no contestó. ¿Realmente le molestaba? ¿No se había desnudado al descubrir su mirada? La música de Ravel volvió a sonar en su cabeza. Pensó que, a pesar de todo, preferiría que fuera Ricardo el que estuviera allí.

—Me han dicho que el otro día tocaste el violín en casa de Armand y que fue maravilloso. —Irene volvió a cerrar los ojos. No quería hablar de aquella noche—. ¿Volverás a hacerlo? Me gustaría mucho escucharte.

Se sintió obligada a responder.

—¿Te gusta la música clásica?

—A veces es la única que soporto —respondió él.

—Pues tocaré para ti. Cualquiera día de estos.

—Me voy mañana.

Irene se incorporó sobre los codos. Él miraba hacia el mar.

—Tengo que volver a Riotinto —dijo como si se estuviera disculpando. Luego añadió, con la socarronería de la que había hecho gala en varias ocasiones—. Ya sabes, soy minero.

Y se puso a silbar la copla de Antonio Molina.

Irene buscó a Ricardo con la vista. Miró a un lado y a otro de la playa pero no lo vio por ninguna parte. Eduardo y Clara también habían desaparecido.

—Lo he pasado muy bien estos días —dijo entonces Luis—. Sobre todo contigo.

Algo en aquella situación le recordó de pronto a Chisán.

—Es una pena que estés casada —añadió él.

Irene se sintió halagada, pero a pesar del sol, del deseo y de la música salvaje que sonaba en el interior de su cabeza, supo que no quería ir más allá. Sobre todo, no quería repetir la sensación de culpa que la invadió cuando volvieron de Japón y tuvo que escribirle aquella carta a Chisán diciéndole que se casaba con Ricardo.

—Sí —dijo amablemente. Luego se incorporó y se puso rápidamente el bikini—. Pero la verdad es que lo estoy.

Salió casi corriendo hacia el agua. Él no la había mirado en ningún momento, pero al alejarse sintió sus ojos clavados con insistencia en su cuerpo joven. Las palabras de la mujer inglesa seguían martilleando insistentemente en su cerebro.

Armand volvió solo en el viejo Renault y los siete pasajeros se amontonaron en los incómodos asientos unos encima de otros. Ella se sentó despreocupadamente sobre Ricardo. El camino de tierra estaba lleno de baches y, aunque Armand hacía lo posible por evitarlos, el destartado 4L botaba constantemente. Ricardo no la abrazó en ningún momento. Si no fuera porque no dijo una sola palabra sobre el asunto, ni esa tarde ni ninguna otra vez a lo largo de los días posteriores, Irene habría jurado que estaba celoso.

Se había hecho tarde. Cuando llegaron a San José, el sol se había puesto tras el Morrón de los Genoveses y por el mar quedaban unos restos especulares de nubes teñidas de grana.

Ricardo y Armand se ducharon con una manguera en el embarcadero. Ella usó uno de los baños. Tenía el pelo áspero y los hombros le escocían.

—Creo que me he quemado —le dijo a Ricardo cuando bajó con su vestido blanco, el mismo con el que se había casado en Mont Louis—. ¿Tú no?

—Ya te he dicho esta mañana que yo no me quemo nunca —respondió él agriamente.

Irene se sentía feliz. Pasó por alto la contestación y se fue a ayudar a Armand y a Clara, que estaban preparando la cena.

Esa noche. Armand se puso la túnica egipcia de algodón azul. Con aquella vestimenta tenía un aspecto imponente. Irene no puede evitarlo: cuando años más tarde piensa en él, siempre lo ve con la túnica de anchas mangas acampanadas y una suave mancha canosa asomando por el pecho bronceado. Cenaron en la terraza y luego, antes de que Luis se lo pidiera de nuevo, sacó el violín y tocó a Tchaikovsky, la *Canzonetta* de aquel concierto con el que había ganado el concurso Van den Eynde. Por su cabeza pasaron los instantes más felices de Rotterdam y en todos ellos estaba presente Chisán. Ricardo, expansivo y locuaz con todos, no le dirigió la palabra durante toda la noche, pero inexplicablemente a Irene no le importó gran cosa.

Así fue como se acostumbraron a vivir el uno junto al otro. Sin explicaciones y sin gritos, navegando en un mar de turbias corrientes subterráneas que unas veces los

empujaba cuerpo contra cuerpo y otras, las más, los retenía bajo el manto oscuro de una niebla repentina en la que casi podía escucharse lo que cada uno pensaba.

Llevaban en San José algo más de un mes cuando Irene sorprendió a Candela hablando por teléfono. Estaba feliz y un poco alterada por el encuentro con aquel hombre que ahora vivía en la casa de Armand; habían tomado una copa de vino juntos y él le había contado que era propietario de una bodega en Albacete. Cuando se despidieron, Mateo le regaló un par de botellas de un vino llamado Castillo de Oliana, para que lo probara con su hija y le diera su opinión. Irene regresó al apartamento creyendo que encontraría a Candela preparando la cena de Nicolás. Pero el niño estaba solo, jugando en el suelo del comedor. Oyó la voz de Candela en el jardín.

—No te voy a decir dónde estamos, no quiero, no insistas.

Se dirigió hacia allí lo más rápido que pudo. Candela estaba llorando, sentada también en el suelo, contra la pared. Parecía desquiciada. Irene se quedó unos segundos frente a ella y luego, con mucha calma, extendió la mano y la obligó en silencio a que le entregara el móvil. Candela permaneció indecisa un instante y luego, mientras del terminal surgía una voz insistente y suplicante, se lo dio a su madre con resignación. Irene cortó la comunicación, abrió el aparato y sacó la tarjeta.

—Mañana daremos de alta otra línea, no te preocupes.

Candela parecía terriblemente asustada.

—No le he dicho dónde estamos, te lo juro.

—Bien —respondió Irene, mientras la ayudaba a incorporarse—. Has hecho bien. Pero debes evitar hablar con él.

Acarició el rostro moreno de su hija, secándole las lágrimas con la palma de la mano.

—Mírate, cada vez que te llama te deja destrozada.

Recordó con rabia la noche en que Candela apareció en su casa con el niño en brazos, el labio partido, abierto en una herida que se prolongaba cuerpo adentro hasta más allá del corazón, aquel ojo terriblemente hinchado...

—Si no puedes hacerlo por ti, hazlo por Nicolás.

—Pero es su padre...

—No lo es —respondió tajantemente Irene—. Es el individuo que te dio una paliza. Debes dejar de pensar en él.

—No puedo, mamá, no puedo esquivar mis propios pensamientos.

Irene entendió lo que Candela quería decir. En cierto modo, y desde luego sin que tuviera la misma dimensión trágica, ella también sabía lo que era estar atrapada en una relación destructiva a la que no puedes poner fin.

—Mira —dijo levantando la bolsa que había dejado en el suelo—. Esta noche vamos a probar un vino fantástico. Daremos de cenar a Nicolás y luego tú y yo nos beberemos estas dos estupendas botellas. Voy a prepararte esa ensalada de pasta con salmón que tanto te gusta. —Candela se esforzó por sonreír—. Y después unas filloas rellenas de crema. Receta del mejor restaurante gallego de Madrid.

Nicolás se había acercado a su madre. Estaba descalzo y llevaba en la mano un coche en miniatura.

—Y a mi niño le vamos a hacer un tierno filete rebozado con plátano. ¿A que te lo comerás todo?

Nicolás afirmó entusiasmado. Irene lo cogió de la mano y se lo llevó a la cocina. Las botellas de vino chocaron dentro de la bolsa, produciendo un agradable sonido musical.

Esa noche, Candela y ella hablaron por primera vez de todo lo ocurrido. El vino de Mateo Munar les alegró una larga cena al aire libre y las ayudó a despejar los fantasmas; más aún, las impulsó a convocarlos bajo el techo estrellado para que no fueran espectros, sino restos de un pasado del que debían despojarse para seguir adelante.

Irene se sentía feliz. Tenía ganas de hacer planes.

—Nos quedaremos en San José hasta después del verano, ¿qué te parece?

Candela había bebido más de la cuenta, pero ninguna de las dos tenía ganas de irse a la cama.

—No sé...

—Podríamos llevar a Nicolás a la guardería. He visto que bajando hacia el pueblo hay una.

Candela dudaba.

—No creo que le guste. Es demasiado pequeño.

—Solo tres o cuatro horas por las mañanas. Jugará con los otros niños y se olvidará de nosotras por un rato.

La fuente de filloas permanecía casi vacía en la mesa. Candela pinchó un trozo que quedaba en una esquina, lo rebozó con el polvillo de canela y se lo llevó a la boca.

—Estoy que reviento.

Era la primera vez que la veía comer con ganas. El vino le había aflojado el gesto, habitualmente huraño, y había vuelto a sonreír.

—Me encanta este sitio —dijo Irene mirando hacia el cielo estrellado.

—Se está bien. Es tranquilo.

—¿Recuerdas cuando veníamos con tu padre?

Candela asintió.

—Me acuerdo de que había medusas en la playa. Una vez me puse a mear sobre una y retorció los tentáculos.

Irene hizo una mueca de repulsa y se rio sin poder evitarlo.

—Jo, mamá —protestó alegremente Candela—. Solo tenía cinco años.

La vio en la playa, una niña morena como un tizón, jugando a hacer castillos de arena mientras Ricardo y ella se bañaban desnudos en la suave quietud de El Barronal. Por las noches se dormía en la mesa de la terraza antes de haber acabado de cenar.

—Hoy he estado dentro de la casa. Ha sido muy emocionante.

Candela se mostró sorprendida.

—¿La de Armand? —preguntó.

—Sí. Ahora vive allí un hombre muy agradable. Me ha regalado el vino.

—¡Mamá! ¿No habrás estado ligando?

Irene protestó enérgicamente. Pero tuvo que reconocer que el encuentro de aquella tarde la había animado.

—Es importante tener a alguien con quien hablar de cosas normales. A ti también te sentaría bien. Aquí estamos muy solas.

—Es cierto —reconoció Candela.

Irene llenó de nuevo las copas. La segunda botella estaba a punto de terminarse.

—No puedo creer que nos hayamos bebido casi dos botellas de vino —exclamó con tono festivo—. Vaya par de alcohólicas.

—Te recuerdo que las has traído tú. Yo solo me he dejado llevar por el mal ejemplo de mi madre.

—Vale, de acuerdo. Pero ¿a que nos han sentado bien?

—De maravilla —reconoció Candela—. Creo que esta noche voy a dormir como un tronco.

Pensó que aquel era el mejor momento para decírselo.

—Hace unos días hablé con tu padre.

Candela frunció el ceño.

—¿Le contaste lo que ha pasado?

El tono tenía una urgente combinación de protesta, vergüenza y temor.

—Sí —confesó Irene con tranquilidad.

Candela miró hacia otro lado. De nuevo parecía enfadada y triste.

—¿Y qué ha dicho?

—Quería venir —mintió Irene—. Pero tiene un montón de problemas.

—¿Qué clase de problemas?

No le iba a gustar la respuesta. A Irene tampoco le gustaba estropear de ese modo la única noche agradable que habían tenido desde que llegaron.

—Su mujer está esperando mellizos. Creo que nacerán dentro de un mes.

El gesto de sorpresa de Candela por poco la hizo reír. Se contuvo.

—No se ha atrevido a decírtelo antes.

Candela se quedó pensativa.

—No me extraña. Me parece una locura.

Por lo menos mostraba abiertamente sus sentimientos. Irene pensó que el vino de Mateo Munar era un venturoso aliado en aquella difícil situación.

—Van a ser más pequeños que mi hijo, ¿te das cuenta?

—Claro —reconoció Irene—, pero es su vida. Ni tú ni yo podemos hacer nada por evitarlo.

—Ya, no digo eso, pero es que mi padre tiene cincuenta y dos años.

—Creo que ahora está intentando tener unos cuantos menos —respondió Irene sin cautela.

Entonces Candela estalló en una inesperada carcajada.

—¡Por Dios! —exclamó—. Qué familia de locos.

La tormenta había pasado. Irene fue a la cocina y dejó a su hija en el jardín. Creyó que unos momentos a solas le sentarían bien. Volvió al cabo de un rato con una jarra de agua y dos vasos.

—¿Tienes sed? —preguntó.

Candela había encendido un cigarrillo. Se volvió hacia ella con aire preocupado.

—¿Y tú cómo te lo has tomado?

Irene meditó la respuesta durante unos instantes.

—No muy bien —reconoció—. Me ha hecho revivir ciertas cosas.

—Ya. Supongo que a mí me sentaría fatal.

No quiso responder. Al fin y al cabo a las dos, madre e hija, les habían pisoteado la dignidad. Pero aquí estaban. En un lugar apacible, bebiendo vino bajo las estrellas y más unidas que nunca.

—Me sentó muy mal que os separarais.

—Lo sé.

—Era una actitud infantil, pero no quería que cambiara nada.

Irene escuchó aquella confesión tardía con una especie de placer que le devolvía la calma.

—Eras una niña. Tenías que reaccionar como una niña. No se te podía pedir más.

—Pero durante años me porté como una imbécil.

—Todos lo hicimos. Tú, yo, y en cierto modo él.

Candela guardó silencio durante unos instantes.

—Pero os queríais mucho —se quejó—. Siempre os veía abrazaros y besaros. Yo tenía celos cuando papá volvía de un viaje y os oía reír por la noche en vuestra habitación.

Irene alargó la mano y acarició el brazo tatuado de su hija. Ella no lo retiró.

—Me hubiera gustado poder evitarte todo lo que vino después.

—Ya. Imagino que tú tampoco estabas muy cuerda en aquel momento. Odiabas a papá.

—Sí, es cierto. A veces creo que todavía le odio.

—Yo no puedo odiar a Sergio. Por más que lo intento, no le puedo odiar.

A Irene esas palabras le nublaron los ojos. Confió en que Candela no lo viera en la oscuridad de la noche.

—Sé lo que me ha hecho, no creas que estoy tan loca como para no verlo. Lo que le hemos hecho a Nicolás. Pero algo dentro de mí está todavía unido a él.

Irene hubiera querido no decir lo que dijo. Pero no estaba en situación de medir sus palabras.

—También a mí me pasa. Eso mismo. Muchas veces sueño con tu padre, lo veo aparecer en medio de mi vida y siento que me va a convencer para que vuelva con él. Qué tonta, ¿verdad?

—Sí, qué par de tontas borrachas.

Irene soltó un largo suspiro.

—Creo que deberíamos irnos a la cama.

Pero no se movió. Candela tampoco lo hizo.

—Me alegro de que te hayan regalado estas botellas de vino. Dale las gracias a tu amigo de mi parte.

—Se las daré. Un día de estos.

Luego se quedaron en silencio, mirando el oscuro paisaje de tejados que se extendía más allá de la barandilla. El mar no se podía ver.

Creyó que se dormiría inmediatamente, pero no fue así. Esa noche Irene permaneció despierta hasta la madrugada. Primero recordó una escena que con el tiempo había olvidado y que ahora se erguía en la memoria, apuntalada por las palabras de su hija.

Ricardo y ella en Japón. Él se ha presentado en el hotel el último día de la gira. Irene se acaba de despertar cuando la llaman de recepción. Al principio no puede entender lo que el recepcionista quiere decir. Ricardo Betancourt pregunta por ella. Cree que es una de sus llamadas, esas llamadas constantes que le va haciendo un día tras otro en todos los sitios donde actúan, pero Ricardo está en el vestíbulo y el recepcionista quiere saber si le puede permitir que suba a la habitación de Irene.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta asombrada cuando abre la puerta.

Él sonríe divertido, como si acabara de cometer una pequeña trastada.

—Como no te decides a responderme por teléfono, he venido a preguntarte por última vez si te quieres casar conmigo.

Está todavía en el pasillo. Irene se apoya contra la puerta entreabierta, está en pijama, con el pelo revuelto y los dientes sin lavar. Digamos que no se encuentra en el momento más adecuado para recibir una propuesta de matrimonio.

—Pasa, que estás loco. Deja que me arregle un poco.

Ricardo la sigue hasta el dormitorio.

—¿Para qué? Me gustas así.

Ella se queda quieta. Ricardo sabe que puede abrazarla, que la luz verde está encendida.

—Tengo la última actuación esta tarde —protesta Irene cuando él la empuja suavemente hacia la cama.

—Mejor, eso quiere decir que tenemos libre toda la mañana.

La besa sin ninguna prisa, sin que las manos morenas y hábiles hayan traspasado aún el límite de los hombros y el cuello. La besa durante tanto tiempo que ella empieza a temer que la escena no pase de ahí. Pero pasa. Igual de lentamente, Ricardo le quita el pijama de franela, desabrocha uno a uno todos los botones de la camisa y cuando sus pechos blancos quedan al descubierto los roza, primero suavemente, luego los toma entre sus largas manos de músico, unas manos heredadas como su violín Vuillaume, y baja hacia el vientre liso de Irene trazando dibujos con los dedos, hasta que llega al cordón blanco del pantalón, lo afloja, mete la mano por debajo de la holgura y se interna hacia el invisible vello púbico que se eriza en un involuntario acto de reconocimiento. Luego, sin ninguna prisa, se demora en la parte exterior del sexo, como un entrenador que pone la mano al alcance del perro que quiere educar, recorre las ingles, el monte de Venus cubierto de un suave tapiz rubio, y cuando ella se estremece mete los dedos en la hendidura húmeda, que ansía despertar de un largo sueño.

Eso recuerda Irene en su cama de mujer sola la noche en la que Mateo Munar le regala dos botellas de vino, la noche en la que Candela le confiesa que los oía cuando se encerraban en la habitación después de una larga ausencia. El recuerdo de aquel

deseo imbatible le hace daño. Estaba loca por Ricardo. Y él alimentaba aquella locura con sus dotes de seductor que premia y castiga continuamente, porque eso era lo que hacía con ella, sumirla en una cadena de disputas incomprensibles para después arrebatarle el alma con la reconciliación.

De Japón fueron a Holanda, pero esa vez no a Rotterdam, sino a La Haya. Ricardo tenía que pasar la prueba final de su curso como director de orquesta. Irene asistió al concierto. Por primera vez lo vio subido en el estrado, agitando la melena cobriza frente a unos músicos que lo seguían embelesados y que luego aplaudieron su actuación con un informal y ruidoso zapateado. Era solo la orquesta del conservatorio, pero Ricardo se comportaba como si acabara de dirigir a la Royal Orchestra en el Concertgebouw.

Pasaron todo el siguiente día en la cama, en la residencia mixta en la que Ricardo vivía. Hacían el amor, se adormecían abrazados como cachorros, despertaban y volvían a amarse con aquel frenesí lento que habían descubierto en el hotel de Japón. Ni siquiera salieron para comer. A las cuatro de la tarde, mientras el bullicio de la calle se filtraba por la ventana entreabierta, se despertaron hambrientos. A Irene le apetecía algo de fruta. Ricardo bajó a la calle y subió al cabo de media hora con un paquete de enormes cerezas rojas. Comieron las cerezas en la cama, mientras aplacaban el deseo de hacer el amor otra vez. Irene tenía la sensación de haber caído en una espiral mágica de la que era imposible salir.

No volvieron a separarse ni siquiera cuando regresaron a España. A Irene le habían ofrecido un contrato como segundo violín en la Filarmónica de Rotterdam, la gira Van den Eynde había resultado un éxito y no querían perderla. ¿Cómo consiguió convencerla Ricardo para que no aceptara? Quizá ni siquiera lo hizo, quizá fue ella quien temió separarse de aquel muchacho alto y moreno que le decía al oído: «tienes una voz muy cálida, eres como un oboe d'amore»... Porque sabe que le da pánico perderle, cuando ya lo ha perdido irremediablemente conoce el pavor inconfesable que da salirse de la espiral. Cuando llamó a Nicoleta por teléfono para decirle que no había aceptado y que Ricardo y ella iban a tocar en un cuarteto de cuerda, su profesora de violín reaccionó de una manera tan brusca que la relación entre ambas se interrumpió durante varios años. Irene recordaría muchas veces aquella conversación, la libreta de tapas de hule que Nicoleta llevaba consigo se convirtió en una especie de imagen opresiva que, de cuando en cuando, la despertaba por las noches bañada en sudor.

No estaba acostumbrada a desobedecer. La habían educado para que siempre hiciera lo que los demás esperaban de ella. Por eso fue muy duro tener que regresar a Madrid, al hogar paterno, y ocultarles a sus padres la existencia de Ricardo, escaparse con mil disculpas para pasar la tarde con él, a veces parte de la noche; todavía no sabe por qué se comprometió a guardar aquel vergonzoso silencio, era tan feliz que hubiera deseado presentárselo a todo el mundo, este es el hombre al que amo, solo quiero estar con él... Pero Ricardo, que tenía el recuerdo tortuoso de su experiencia

familiar y odiaba todos esos compromisos, se opuso radicalmente a conocer a sus padres, no quiero pertenecer a ninguna familia, ni siquiera a la mía, le dijo, y ella aceptó de mala gana, pero se guardó para sí el remordimiento y la sensación de estar traicionando la confianza de los seres que más quería.

Aquello no duró mucho. Se incorporaron al cuarteto de cuerda con dos hermanos franceses que tocaban la viola y el cello. Firmaron cinco contratos para actuar aquel verano en Francia. Irene era feliz. Actuaron en Pau, en Toulouse, donde conocieron a Armand, y en el viejo casino de Carcassonne. La suave belleza de los pueblos franceses les contagiaba de una paz y una armonía difícil de explicar; Irene se sentía como si hubiera descendido en el tiempo y Ricardo y ella fueran músicos del Renacimiento que van actuando de corte en corte.

No sabía nada de Chisán. De hecho, durante aquel feliz verano apenas si pensó en él. Cuando le escribió para decirle que se casaba con Ricardo, Chisán le deseó que fuera feliz, sin preguntas ni consejos, y le dijo que regresaba temporalmente a Chile. Irene quedó en escribirle a una dirección de Antofagasta que él había anotado cuidadosamente en su carta, pero no lo hizo. Cuando le mandó la siguiente carta, muchos meses después, para contarle cómo era su vida y los planes que Ricardo y ella habían hecho, Chisán ya no contestó. Irene nunca llegó a saber si había recibido la carta.

En la noche insomne, Irene revisa todos esos detalles. ¿Qué sigiloso mecanismo se ha disparado? ¿Por qué recuerda que Chisán no respondió a su carta y que Nicoleta se sintió profundamente defraudada, hasta el punto de ser incapaz de vencer la irritación que le producía ver cómo desperdiciaba la oportunidad de entrar en la Filarmónica de Rotterdam? ¿Por qué vuelve a sentir el remordimiento de no haber invitado a sus padres a su boda, al cabo de tantos años? Todos los gestos, uno tras otro, estaban anticipando la incompatibilidad de Ricardo con todo lo que había sido importante en su vida. Ella creyó siempre que eran los acontecimientos los que la habían separado de algunas personas, incluso debe admitir que su propia ansiedad amorosa tuvo mucho que ver, pero en esta noche sin sueño en la que los vapores del vino aplacan la conciencia se acuerda de cosas a las que no había dado importancia, por ejemplo de lo que dijo Ricardo sobre la oferta de la Filarmónica.

Ella todavía no se había decidido, no quería separarse de Ricardo, pero dudaba. Estaban todavía en La Haya. Recuerda que paseaban por un parque a la caída de la tarde. Era el mes de junio. Los árboles tenían frondosas copas de un verde claro y el tibio sol de Holanda se desteñía contra el horizonte.

—Trabajar en una orquesta es una lata —dijo Ricardo. Ella creyó que la apoyaba, que quería animarla—. No te deja la más mínima libertad.

Se sentaron en el césped. Ricardo se tumbó y apoyó la cabeza sobre su regazo.

—Tú tienes demasiado talento para andar haciendo bulto entre los segundos violines. Te mereces algo mejor.

Qué agradable era oír aquello. Entonces parecía un gran elogio. Ahora sabe que las palabras de Ricardo obedecían a cuestiones tan oscuras que seguramente ni él mismo se daba cuenta.

—Además, tampoco es para tanto, la Filarmónica de Rotterdam... ¿Y qué? Ya sabes lo que dijo Brahms sobre los holandeses: «Buenas personas, pero malos músicos».

Habría podido decirle: ¿Y por qué has venido a estudiar precisamente a Holanda? Pero estaba tan enamorada que solo necesitaba una pequeña coartada para renunciar a todo y seguir con él.

—Conozco a unos hermanos franceses que están buscando violinistas para un cuarteto. Tú podrías ser el primer violín y yo el segundo, ¿qué te parece? Iríamos a Francia, creo. Todo el verano. Y luego, en octubre, me han aceptado como alumno de Stefano Giarre en la Accademia Chigiana.

—¿Dónde está eso? —pregunta Irene con prevención—. ¿En Italia?

—En Siena. Pero vas a venir conmigo, ¿verdad?

Se había incorporado y la miraba ansiosamente. Irene no dijo en ningún momento que sí, solo sonrió.

—Italia te va a encantar —concluyó Ricardo tumbándose de nuevo. Parecía satisfecho—. Podemos seguir actuando con el cuarteto durante parte del otoño. Esos franceses tienen una buena red de contactos.

Ya estaba. La decisión había sido tomada. Irene recuerda exactamente cómo sucedió y, en el fondo, no puede reprocharle nada, porque en su interior ella también deseaba que Ricardo tomara la iniciativa y decidiera lo que en aquel momento creía que era lo mejor para los dos.

Y luego esos extraños días en Madrid, ella en casa de sus padres, guardando celosamente el secreto de su amor, y Ricardo en un hostel del centro, una pensión tan decadente como la de Coolsingel, donde se encerraban durante las tardes luminosas de junio para hacer el amor mientras la calle hervía de gente y ella luchaba íntimamente con el deseo de quedarse a dormir en aquel cuarto apagado y antiguo. Al salir de la habitación, siempre corriendo porque llegaba tarde a casa, veía un viejo piano en el vestíbulo de aquella casa de huéspedes y una mano de escayola posada sobre la tapa cerrada. Cuando llegaba al que había sido su hogar, el paragüero modernista le devolvía una imagen desacostumbrada, sumamente extraña, como si la persona que entraba por la puerta fuera otra, no Irene Belmar, sino la cenicienta que huye con una zapatilla de cristal en la mano.

A media noche.

Le duele la cabeza. El insomnio y el vino son malos aliados. Se levanta de la cama y va a la cocina a tomar un vaso de leche. Hace calor, un calor plomizo y pegajoso. Luego sale al jardín con cuidado de no despertar a Candela y al niño.

Ya no se ven las estrellas. El cielo está taponado por nubes negras. Está sudando. Y entonces recuerda sus propias palabras en aquella pensión de la calle Alcalá. El olor de los tubos de escape entra por la ventana abierta. Un coche hace sonar su estridente claxon. Ricardo y ella están en la cama. Han vuelto a comprar cerezas en una frutería del barrio de Salamanca. Comer cerezas en la cama de un hotel es lo que más me gusta, dice ella. Ricardo le pasa un dedo por el espacio húmedo que hay entre sus dos jóvenes pechos.

—Estás sudando —dice.

Ella alarga la mano, coge una cereza y se la lleva a la boca sin morderla todavía.

—No sudo —responde—. Me derrito.

Era verdad. Sentía por Ricardo un amor tan intenso que todo lo demás carecía de importancia. Iba a seguirlo a Francia, a Siena, a donde él quisiera. Iba a olvidarse de sus padres, de los amigos como Chisán, de Nicoleta Studeny y de todo lo que no fuera estar con él. Y Ricardo lo sabía. Porque esa entrega totalmente incondicional era la única forma de amar que admitía.

Candela la despertó a media mañana.

—Mamá —dijo suavemente desde el umbral de la puerta de su habitación—. Son casi las once.

Irene se dio cuenta de que tenía un espantoso dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —insistió amablemente Candela.

—Más o menos —respondió Irene.

—Si quieres puedes seguir durmiendo, no pasa nada.

Suspiró y trató de levantarse. Todo le daba vueltas.

—Creo que tengo una resaca descomunal.

Se dejó caer de nuevo en la cama mientras Candela cerraba la puerta con cuidado. Al fondo se oía la voz de Nicolás mezclada con el sonido de los dibujos animados. Intentó volver a dormirse, pero le dolía tanto la cabeza que finalmente decidió levantarse, desayunar algo y tomar un comprimido de cualquier cosa, cuanto más fuerte mejor.

Estaba nublado. Desde la ventana de la cocina vio unos gruesos goterones cayendo pesadamente sobre el patio. Era la primera vez que veía llover en San José y eso le causó una extraña impresión. Ya no se oía la voz de Nicolás, ni los dibujos animados. En la mesa había una nota de Candela: «Hemos ido a ver esa guardería de la que me hablaste anoche. Traeré algo de pescado». Así que al final lo había reconsiderado. Se alegró por Nicolás. Es bueno estar con otros niños.

Llovió durante quince minutos escasos y luego el agua del suelo se evaporó como si nunca hubiera existido. En el patio quedaron unos extraños corros de polvillo amarillento que dibujaban la forma del agua embalsada. Irene desayunó un poco de pan con aceite y una taza de café con leche muy caliente. Después entró en la ducha y se lavó a conciencia el pelo. El agua tibia sobre la nuca le sentaba bien. Al salir, en el espejo del baño, vio su imagen. Una mujer de cuarenta y cinco años, no demasiado delgada pero aún esbelta, los hombros y los huesos de la clavícula marcados en línea recta, los pechos breves y un poco caídos... Apartó la vista del espejo y se secó con cuidado. El dolor de cabeza se había amortiguado, pero solo tenía ganas de derrumbarse en el sofá y cerrar los ojos. No lo hizo. Pensó que había que mostrar un poco de disciplina. Aunque estuviera sola en aquella casa que había alquilado por un par de meses y en la que ahora iban a pasar todo el verano. Candela no se había opuesto cuando se lo dijo, pero eso era ayer, cualquiera sabía lo que su hija pensaría hoy. Fue hacia el jardín y se asomó a la barandilla. El mar tenía un oscuro tono tormentoso. Las nubes seguían aferradas con saña alrededor del pueblo.

Durante un buen rato se sintió vacía y malhumorada. Tenía frío. Subió con el violín a la azotea, a esa especie de invernadero acristalado que el primer día le había parecido tan desafortunado, y se puso a tocar. Por primera vez desde que llegaron a San José echó mano de su arma secreta, la música, lo único que durante toda su vida había permanecido invariable y la única pasión que no le había causado desengaños. La música nunca la había abandonado. Ella a la música, sí, había dejado de tocar

durante largas temporadas, pero siempre volvía para encontrar el tacto cálido de su violín esperándola. Eligió el *Tzigane*, una obra que podía tocar sin partitura y sin temor a equivocarse, una música que estaba tan unida a ella que podía sentirse en cada nota. El aullido quejoso del violín, que decía la Tierna, se transforma entonces en una terapia. Piensa en Ravel, en aquella frase que dijo cuando le acusaron de artificial: «Pero ¿es que la gente no puede entender que yo sea artificial por naturaleza?». Tocar a Ravel le exigía un gran esfuerzo técnico pero dejaba su alma libre. Sobre las corcheas, fusas y semifusas, ve otra vez las calles de Rotterdam y su propia imagen juvenil, esforzándose para un concurso que todavía no sabe que va a ganar; ve a Adam junto al piano, a Nicoleta sentada entre el público, expectante, y también a un joven canario que la contempla con su arrebatadora sonrisa. «¿Vigilas? Hasta el día». De pronto, cuando acomete la fuga final, se da cuenta de que está llorando.

Ha vuelto a llover. Gruesas gotas como las de antes. Candela y el niño aún no han regresado. Guarda el violín en su funda y mira a la calle. Bajo la lluvia repentina está Mateo Munar, mirándola. Desde el invernadero de la azotea Irene lo saluda con un gesto. Entonces él, con la camisa blanca empapada, junta las manos y aplaude. El agua sale despedida de ese aplauso que no puede oír.

Ha bajado a la puerta de la calle, pensando en invitarle a pasar. Pero cuando sale a la acera lo ve calle abajo, intentando resguardarse inútilmente de la lluvia.

Y entonces suena el teléfono.

—Irene, soy Ricardo.

Su voz urgente, desconocida ya, sepulta torpemente aquella otra voz de su recuerdo. El dulce acento canario se ha desvanecido y en su lugar se eleva un rumor anglosajón que la desconcierta.

—¿Cómo va todo? —pregunta Ricardo—. ¿Candela está bien?

—Sí, todo va bien —responde escuetamente Irene. No sabe si tiene ganas de hablar con él.

—¿Puedo hablar con ella? No me coge el móvil.

—Ha salido. Pero volverá pronto. Si llamas dentro de una hora, creo que estará aquí.

Le da pereza explicar que ha tenido que quitarle el teléfono a su hija para que no hable con el padre de Nicolás. Es demasiado humillante para las dos.

—No podré volver a llamar. Estoy embarcando. Pero dile que vuelo a Europa en estos momentos y que podremos vernos en París, si quiere. No tiene más que llamar a Fanny y pedirle que le consiga un billete como otras veces. Me alojaré en el Bristol, ya sabes.

Ya sabes. ¿Era involuntario o quería que ella sintiera esa sensación de exilio que durante cuatro años la había torturado? No, él no podía imaginar cómo era su vida ahora, por ejemplo que el Ambassador, el Bristol, el Metropol y todos esos hoteles de

lujo de las grandes ciudades europeas habían dejado de existir. En San José, Candela y ella vivían en una sencilla casa con dos habitaciones.

—Se lo diré. No te preocupes.

—De acuerdo, ahora te dejo. Vamos a despegar.

Si al menos hubiera preguntado cómo estás tú, cómo está Nicolás... Pero no. Sus destinos se habían separado como si cada uno de ellos habitara una galaxia diferente.

Cuando Candela y el niño volvieron, su hija parecía de muy buen humor.

—Hemos estado en el cole, ¿verdad, Nicolás? Hay muchos juguetes.

—Y *cobumpios* —añadió Nicolás con su lengua de trapo.

—Y va a tener una profesora muy simpática que se llama Norma. Es argentina.

—¿No os habéis mojado?

—Ah, no. Hemos estado leyendo cuentos en una clase muy bonita. Y Nicolás ha hecho un puzle de Mowgli.

—Había un oso. *Gande*, muy *gande*.

Candela había comprado un pescado rojo parecido al cabracho.

—Me han dicho que se llama gallineta. Se puede hacer al horno, con aceite y limón. O también con un sofrito de ajos.

A Irene le parecía un milagro el comportamiento de su hija.

Preparó una mayonesa casera para acompañar el pescado y una ensalada de tomate y pepino. Nicolás comió con ellas. Luego, cuando acostaron al niño, Irene preparó un par de cafés y le dijo a Candela que su padre había llamado.

—Quiere que vayas a París a reunirse con él. Fanny te conseguirá un billete.

Candela no parecía demasiado entusiasmada.

—Puff... Creo que no apetece.

—Te distraerá salir de aquí unos días.

—No sé. Me da pereza.

Irene la contempló en silencio. Se había puesto una camiseta de manga larga, de modo que no se le veían los brazos tatuados. El *piercing* que llevaba en una ceja se había erguido sobre el ceño fruncido.

—No quieres enfrentarte a él, ¿verdad?

Candela le devolvió una mirada vacía.

—Lo que no quiero es tener que explicar nada. Y menos si esa mujer está con él.

—No creo que le acompañe. Recuerda que está a punto de dar a luz.

—Ya, pero aun así. Además, papá no lo entenderá.

Irene ya había valorado esa cuestión; antes de que Candela y Nicolás regresaran a casa había tratado de imaginar lo que Ricardo sentía. Lo conocía tan bien que casi podía leerle el pensamiento. Su hija, la hija de Ricardo Betancourt, el famoso director de orquesta, no podía ser una de esas pobres mujeres maltratadas que salen cada día en las noticias. Estaba segura de que no podría digerirlo. La desgracia era algo que Ricardo no podía tolerar. Ser como los demás le sacaba de quicio.

—Hará como que no pasa nada, ya verás.

Candela apartó la vista. Ya no llovía, pero el cielo seguía cubierto por aquellos nubarrones negros.

—No quiero ir. Además, el lunes Nicolás empieza el colegio.

—Eso no es problema. Sabes que estará bien conmigo.

¿Lo sabía realmente? ¿O era Irene quien tenía que demostrarlo cada día? Entre madre e hija había un penoso agujero negro cubierto también de oscuras nubes, la separación, el divorcio, el dolor excesivo que las había ido apartando a la una de la otra, el modo en el que Candela se comportó durante años y la incapacidad de Irene para poner freno a aquella rebeldía destructiva, todo ese tiempo malgastado estaba aún presente en sus vidas.

—Me gustaría que fueras —dijo Irene, sin saber muy bien por qué insistía.

Candela parecía agotada.

—No puedo —protestó—. No me pidas que lo haga.

—Es tu padre.

Candela se revolvió furiosa.

—No, mamá. Tú lo dijiste ayer cuando hablabas de Sergio. Es el hombre que te dejó por otra, que nos dejó, y que ahora está tan feliz con sus mellizos. ¿Cómo puedes defenderle?

—Porque el tiempo pasa —respondió Irene mansamente—. Y las heridas se cierran.

Le sorprendió a sí misma oír eso. Luego, como si aquella frase que iba a decir a continuación fuera algo que había estado pensando durante mucho tiempo, susurró en voz muy baja:

—Realmente no me dejó, ¿sabes?

—Ya —respondió con rabia Candela—. Lo dejaste tú cuando lo pillaste con otra.

Irene negó en silencio. Luego se levantó, recogió las dos tazas de café y con ellas en las manos, añadió:

—Creo que eso fue lo de menos. A tu padre y a mí se nos había acabado el tiempo de estar juntos. Cada pareja tiene un tiempo para ser feliz y un tiempo para ser desgraciada. Nosotros habíamos agotado los dos.

La profesora de Nicolás parecía cariñosa, vital y con un saludable sentido del humor.

—Bueno, vamos a ver qué podemos hacer con este alumno perezoso que empieza el curso tan tarde.

Había cogido de la mano a Nicolás y le sonreía con complicidad. El niño no entendió la broma, pero se dejó besar en la frente. Se le veía indeciso.

—No sabe si correr hacia su abuela o hacia sus nuevos amigos —murmuró Norma acercándose a Irene—. Así que ahora mismo, vos y yo vamos a ver a un niño que se llama Alberto y te va a dejar su camión. Es un camión de bomberos, ¿sabés?

Nicolás y Norma se adentraron en el pequeño jardín cubierto por planchas protectoras mientras Irene se quedaba junto a la verja. Desde lejos oyó que una vez en el aula, Norma cantaba una canción infantil. No está mal, pensó para sí, a mi nieto le reciben con música.

Era lunes, un lunes de abril, había llovido durante un par de días y ahora el calor se había abrazado al pueblo como una serpiente hambrienta. Candela se había ido a París ese mismo sábado. No era Irene quien la había convencido, sino una llamada de su padre que, al parecer, despejó los temores de Candela al mismo tiempo que la brisa marina despejó las nubes que los días anteriores se habían adueñado de la costa. Una simple llamada había bastado para mitigar todos sus miedos, dar la vuelta a la obstinación en la que se había hecho fuerte y convertirla de nuevo en una niña pequeña que desea con todas sus fuerzas que su papá la abrace. Irene reconocía esa sensación, no le era ajena, porque de algún modo ella también había estado esperando durante años el instante mágico en que Ricardo abría los brazos y la cobijaba en ellos. Lástima que eso solo pasara después de una disputa, un disgusto o una amenaza de ruptura.

Nicolás y ella estaban solos en San José. Los turistas hambrientos de sol habían invadido el pueblo durante la Semana Santa y luego se habían retirado a sus cuarteles de invierno con la misma celeridad con la que habían llegado. Volvía a ver las mismas caras y algunos bares que habían abierto sus puertas en vacaciones habían vuelto a cerrarlas hasta el puente de mayo. El pueblo volvía a ser un lugar tranquilo y apacible en el que todos sus habitantes se conocían.

Desde el día en el que Mateo la sorprendió tocando el violín en el invernadero de la azotea, no le había vuelto a ver. Pensó que él también habría vuelto a sus quehaceres en ese pueblo, Ossa de Montiel, un nombre misterioso que le recordaba a una montaña de Grecia. Ricardo y ella habían estado allí una vez y el guía, un profesor de historia de la Universidad de Tesalónica, les había contado cómo los titanes intentaron asaltar desde su cima el Olimpo. Se sintió repentinamente irritada por acordarse de ese viaje. Pensara lo que pensase, al final todo le recordaba a Ricardo.

Había dejado a Nicolás en la escuela infantil y no tenía ganas de volver a casa. A pesar del calor decidió dar un paseo. Pero no tenía muy claro que le apeteciera encontrarse con nadie, así que cambió su itinerario, dejó atrás las calas rocosas y la

calle del Correo y se internó por una cuesta empinada que bordeaba el pueblo por arriba. Pasó por las nuevas urbanizaciones que había en el camino de los Genoveses y, cuando dejó atrás la última casa, una superficie cúbica con una cúpula y dos chimeneas encaladas, siguió andando por el camino de tierra que circundaba el cerro más alto. Recordó la casa nada más verla. La verja de alambres de espino que cuadrículaba la parcela en cuesta, la casa con su cochera ahora desportillada y la caseta del perro. En la puerta delantera, la que daba a la calle de abajo, había un viejo Mehari blanco. Entonces vio algo que parecía una broma macabra o algo peor: atrapado en la tela metálica, atado a ella con alambres de pincho, había un muñeco desgreñado, uno de esos muñecos que se fabrican a cientos para que las niñas jueguen a ser mamás. Le habían pintado manchas de sangre en los harapos y en la cara. Quedaba a la altura de los ojos de quienes pasaban por el camino, como una siniestra amenaza. Sintió repulsa y miedo. Candela había tenido uno igual cuando era pequeña.

Se dio la vuelta y regresó al pueblo. En la terraza de la cafetería que había en la calle de la Entrada estaba Mateo Munar, tomando un café y leyendo los periódicos.

Se dio cuenta enseguida de que él se alegraba de verla. Se levantó como impulsado por un resorte e hizo ademán de ir a su encuentro. Irene no tenía claro que deseara hablar con Mateo. Pero se sentó, obligada por las circunstancias, e intentó responder a su amabilidad con una conversación de la que, premeditadamente, escamoteó cualquier vestigio de intimidad.

Hablaron primero del tiempo, de la lluvia de los últimos días, y cuando ambos hubieron manifestado varias veces la rareza de ver llover en San José, Mateo preguntó:

—¿Qué era aquello que tocabas el otro día?

—Una rapsodia de Ravel.

—¿Ravel, el del *Bolero*?

—El mismo.

Irene pensó que aquella era la típica pregunta de un profano.

—Desde la calle sonaba maravillosamente bien —dijo él—. No sabía quién vivía allí y cuando oí la música levanté los ojos y te vi. No pude hacer otra cosa que quedarme escuchando. Y eso que llovía con ganas.

Irene sonrió tímidamente. Nunca le había gustado el instante en el que presentía caer sobre ella un torrente de halagos. Pero Mateo no la abrumó, quizá porque carecía de la información suficiente para hacerlo.

—Debe de ser un instrumento difícil —dijo por todo comentario—. Yo no entiendo mucho de música, pero fue un instante mágico, con la lluvia, el cielo oscuro y aquella sensación invernal. Inesperado, sobre todo. Y muy grato.

Pidió un café para ella. En la mesa de al lado estaban sentados los dueños del bar, un matrimonio de su edad, y una de las dos hijas a las que Irene había visto crecer a lo largo de los años que había estado yendo a casa de Armand. Eran más o menos de la edad de Candela y ahora una de ellas tenía un bebé al que hacía arrumacos.

—El vino era magnífico —dijo por fin Irene.

Sabía que tenía que darle las gracias, pero lo iba demorando porque en su mente todavía recordaba la pregunta de Candela: «Mamá, ¿no habrás estado ligando?».

—Sí —reconoció él—. Es de la primera cosecha que sacamos al mercado, pero aun así salió bastante buena.

—¿Cuánto tiempo está en barrica?

Mateo la miró como si le sorprendiera agradablemente la pregunta.

—Doce meses. Luego lo redondeamos con un tiempo en botella.

—Debe de ser emocionante todo ese proceso. A mí me parece tan misterioso como la alquimia.

Mateo rio agradecido.

—Tiene algo de eso. Pero me temo que es más esfuerzo y dedicación que otra cosa.

Parecía un hombre sensato. Aunque Irene seguía en aquella actitud reservada, no pudo dejar de reconocer que le agradaba su compañía.

—¿Eres, no sé si voy a decir una tontería, concertista, violinista profesional o algo así?

—Ahora ya no. Prácticamente estoy retirada.

—Ya me parecía. Sonaba fabulosamente bien. En mi opinión, lo que tocabas no tenía demasiado que ver con ese machacón y reiterativo *Bolero* que se oye por todas partes.

Ahora era Irene la que sonreía complacida.

—Cierto, nada que ver. Ravel tiene obras magníficas, de una musicalidad exquisita; pero curiosamente fue el *Bolero*, que él mismo reconoció vacío de música, lo que lo hizo famoso en todo el mundo. De todos modos, lo más admirable de Ravel es que es un prodigioso orquestador.

Vio que él no la entendía.

—Hacía las versiones para orquesta de obras de otros compositores como Debussy, Chopin o Mussorgski. Ellos componían una partitura para piano, por ejemplo, y Ravel la ampliaba para que intervinieran todos los instrumentos de una orquesta. Con frecuencia sus orquestaciones se interpretan mucho más que la versión original. Y no es fácil mejorar la obra de un genio.

—¿Y esa rapsodia que tocabas tiene un título?

—Se llama *Tzigane*. Originalmente está compuesta para violín y piano.

—Pero el otro día nadie tocaba el piano, ¿verdad?

—No —respondió Irene—. Nadie lo tocaba.

Mateo percibió una cierta tristeza en su voz y rápidamente cambió de tema.

—Alguna vez te he visto por el pueblo con una chica joven y un niño.

—Son mi hija y mi nieto.

—Es increíble. En algún momento pensé que el niño era tu hijo.

Irene aceptó el cumplido sin llegar a creérselo. Mateo insistió.

—Normalmente no se ven abuelas tan jóvenes. Y lo digo en serio.

Parecía que era sincero.

—Bueno —se vio obligada a explicar—, yo tuve a mi hija con veinte años y ella tuvo a Nicolás con veintidós.

—Comprendo —dijo Mateo haciendo una seña al dueño del bar para que le cobrara los cafés—. Hoy tengo que marcharme a la bodega. Pero volveré el fin de semana. ¿Podría invitarte a casa para que vinieras con tu familia? A lo mejor a tu hija o a tu marido les gusta ver de nuevo la casa de Brunel.

Le pareció una forma muy hábil de preguntar si estaba casada. Pero Irene no tenía ganas de dar más explicaciones.

—Sí —dijo ambiguamente—. Creo que a Candela le podría gustar.

—Pues no se hable más. Os espero el sábado a comer.

Se levantaron y se despidieron.

—Abriremos unas botellas del noventa y ocho, nuestra mejor cosecha —dijo él abriendo la puerta del Land Rover que estaba aparcado a escasos metros.

Irene lo vio dar la vuelta con una maniobra rápida y le dijo adiós con la mano.

Durante esa semana Nicolás y ella hicieron una vida tranquila y ordenada. El niño parecía contento con su nuevo colegio. Irene lo recogía a la hora de comer y luego se sumían los dos en una larga siesta. Algún día, si hacía mucho calor, iban a bañarse a media tarde a la Calita y Nicolás jugaba en la arena cubierto de crema protectora. Era rubio y blanco, como Irene, pero tenía los ojos rasgados y oscuros de su madre. Los mismos ojos intensos de Ricardo. Irene se quedaba en la orilla, viendo a Nicolás entrar y salir del agua una y otra vez con su cubo de plástico, y cuando lo miraba caminar hacia ella, haciendo equilibrios para que el agua no se derramara, no podía evitar desplazarse en el tiempo y ver a Candela cuando tenía esa misma edad, en el mismo lugar y haciendo lo mismo. A veces, algo en la forma de caminar de Nicolás, en sus hombros y sus pequeñas caderas, le recordaba el cuerpo infantil y perdido de Candela. Un día le enseñó una foto a Nicolás. ¿Quién es esta?, le preguntó. Soy yo, respondió de inmediato el niño. Era una foto de Candela en las calas de El Barronal, con un bañador de braguita floreada y un cubo lleno de agua. Detrás se veía la espuma encrespada de las olas que rompían unos metros más allá. Irene miró aquella foto y luego a su nieto. Una niña morena y un niño rubio. ¿Dónde estaba el parecido? Seguramente Nicolás había percibido eso que permanece oculto en las personas y que a veces asoma en una fotografía como si fuera su alma. El largo cordón umbilical que unía a Nicolás con su madre todavía no se había desprendido.

El jueves aún no sabía nada de Candela. Se había ido a París el sábado y había llamado desde el aeropuerto Charles de Gaulle nada más tomar tierra. Luego ese largo silencio de días, hasta que Irene decidió intentar hablar con ella. La llamó el martes, el miércoles y el jueves. El nuevo teléfono de Candela estaba siempre apagado o fuera de cobertura.

El jueves por la tarde se decidió a llamar a Ricardo.

—Hola, Irene —respondió él alegremente—. ¿Qué tal? ¿Llegó bien Candela?

—¿Bien? Pero si no ha vuelto.

—¿Cómo que no ha vuelto? Si la dejé embarcando para Madrid el martes. Yo regresé ese mismo día a Nueva York.

Irene temió de inmediato lo que podía haber ocurrido.

—Pues no está aquí. Y no da señales de vida por más que la llamo.

Ricardo parecía ahora preocupado. Irene intentó saber algo más. Le preguntó a su exmarido qué tal la había visto.

—Mejor que nunca —dijo él—. Vino al concierto y a la fiesta de después. El lunes me acompañó a Salzburgo y el martes voló para Madrid. O al menos eso creo...

—¿Te contó algo?

—¿Sobre ese tipo? No. No hablamos de eso en ningún momento.

Exactamente como Irene había imaginado.

—¿No le preguntaste nada?

—Me pareció mejor no hacerlo —respondió Ricardo a la defensiva—. Creo que no es un tema en el que haya que hurgar.

—Eres su padre, ¿recuerdas?

—No lo he olvidado nunca. Aunque tú te empeñes en creer lo contrario.

—Sí, claro —admitió Irene sin disimular su enojo.

—Bueno, mira, creo que esta conversación no nos lleva a ninguna parte. Le diré a Fanny que compruebe si figura en la lista de pasajeros que tomaron ese vuelo. Y si hace falta, que haga un barrido por los hospitales y comisarías. ¿Te quedarás más tranquila así?

Irene estaba a punto de estallar.

—De ninguna manera —respondió—. Yo sé muy bien dónde encontrarla.

Ricardo también estaba visiblemente irritado.

—Pues entonces hazlo —dijo secamente—. Y cuando sepas algo llámame, por favor.

Irene colgó furiosa. No tenía por qué seguir soportando esa actitud engreída y autoritaria de un hombre que ya no tenía ninguna relación con ella. Por muy poderoso que fuera. Pensó en la nueva posición que ocupaba cada uno. Ella no era nadie, pero Ricardo se había convertido en un ser todavía más arrogante y egocéntrico si cabe, el poder se le había subido definitivamente a la cabeza. En el fondo resultaba casi ridículo. Pensó con ironía que Ricardo iba con batuta por la vida. Y la frase le hizo reír amargamente en su interior.

Pues sí, ella sabía lo que tenía que hacer. Buscó la tarjeta del móvil de Candela, la que había extraído del aparato cuando la sorprendió hablando con Sergio, y la colocó en su móvil. Buscó la última llamada recibida y apretó la tecla verde.

Al otro lado oyó una voz pastosa.

—Quiero hablar con Candela —dijo sin ningún preámbulo—. Soy su madre.

Pasaron unos segundos. A través del terminal le llegó el eco amortiguado de unos susurros.

—¿Mamá?

Intentó descifrar el estado de ánimo que se escondía en esa pregunta.

—¿Dónde estás? —preguntó a su vez sumamente irritada.

—En Cádiz —respondió Candela—. No te enfades, por favor.

Irene respiró hondo.

—Te he estado intentando localizar durante los tres últimos días. Tu padre quería llamar a los hospitales y a la policía.

Candela debió de salir a la calle, porque ahora se oía el ruido amortiguado de los coches.

—Necesitaba un tiempo para arreglar mis cosas. No podía hablar con nadie.

—¿Y qué es lo que has decidido?

—Todavía no lo sé. Estoy con Sergio.

—Sí, eso está suficientemente claro. He tenido que llamar a su teléfono.

—Mamá, lo siento, sé que te habrás preocupado. Y papá también. Pero necesito aclararme. Es importante para todos.

Y luego, antes de que Irene pudiera responder:

—¿Nicolás está bien?

—Está perfectamente.

—¿Le gusta el colegio?

—Sí, parece que le gusta mucho. ¿Cuándo piensas venir?

Candela calló durante unos segundos.

—No lo sé —dijo con voz cansada—. Déjame unos días, te prometo que estoy bien. Necesito saber lo que pasa conmigo, lo que siento, lo que quiero hacer con mi vida.

—Pues eso lo verías mucho más claro, créeme, si te alejaras de ese individuo durante un tiempo. No te va a hacer ningún bien seguir con él.

—Sí, mamá, ya sé lo que piensas de Sergio. Pero no puedes saber lo que siento yo.

—Si te refieres a que nunca me han pegado una paliza, es cierto, no lo sé.

Irene sintió que estaba siendo cruel con su hija, pero no podía evitarlo. Se arrepintió de lo que acababa de decir e intentó mostrarse más cercana.

—Pero si quieres que te diga la verdad, a lo mejor eso es algo que no nos hace ninguna falta conocer a ninguna mujer. Mira, cariño, no te dejes enredar de nuevo, piensa en ti, eres guapa, joven, una estupenda persona que no se merece que nadie la trate así.

—Ya —dijo Candela con escepticismo—. Pero también todos merecemos que perdonen nuestros errores alguna vez. Hasta Sergio.

—Sí, muy bien, de acuerdo. Perdónale todo lo que quieras, pero no sigas con él. Lo va a volver a hacer, Candela. Siempre vuelven a hacerlo.

—Dile a Nicolás que se ponga, ¿vale? Quiero hablar con él.

Irene fue a buscar a su nieto al jardín. Le puso el aparato en la oreja y oyó complacida cómo el niño contestaba afirmativamente a todo lo que su madre le preguntaba, incluso pronunció el nombre de un par de amiguitos de su clase. Luego lo vio besar muy serio el teléfono. Cuando quiso volver a ponerse, Candela había colgado.

El sábado aún no había recibido ninguna otra llamada de Candela. Esperó hasta media mañana y luego se acercó a casa de Mateo con la intención de cancelar la comida. Como no tenía a nadie con quien dejar al niño, llevó consigo a Nicolás.

Entró por el patio, llamó a la puerta y, mientras esperaba que Mateo les abriera, contempló aquel portón barroco; la madera tallada tenía huellas de carcoma en el cerco pero las volutas y las hojas de acanto permanecían en su quieta belleza atemporal. Nicolás permanecía pegado a su costado.

Mateo abrió ataviado con un curioso delantal de rayas.

—Hola —exclamó contento—. Qué agradable sorpresa. Y este campeón, ¿quién es?

Nicolás se escondió detrás de Irene. Mateo no insistió.

—Pasa —le dijo guiñando un ojo.

Irene entró con el niño en el vestíbulo. Olía francamente bien.

—Venid conmigo a la cocina —dijo él muy animado—. Verás lo que os estoy haciendo. Cuajadera de pargo. Espero que os guste a todos el pescado.

En la encimera de la cocina había patatas peladas y cortadas en rodajas, un gran pez en una fuente alargada, cebollas, tomates, limones y una serie de recipientes esparcidos por toda la superficie. No quedaba un centímetro libre.

—Perdona el desastre, ya sabes cómo somos los hombres cuando nos ponemos a cocinar.

No, Irene no lo sabía. Ricardo jamás entraba en la cocina.

—No sé qué hacer con el pescado, si ponerlo en trozos grandes, como se hace tradicionalmente, o cortarlo en rodajas.

Irene pensó que no le iba a gustar aplazar la comida. Durante un instante lo observó desorientado, como si se hubiera desconcentrado de lo que estaba haciendo; él no se dio cuenta, pero Irene contempló los hombros marcados con fuerza bajo la camiseta blanca y el tejano que se ceñía a la parte más ancha de los muslos. Era un hombre de aspecto atlético, no demasiado musculoso, ni siquiera demasiado alto, pero todo en él daba la impresión de una sobria consistencia.

—Tengo un problema, lo siento mucho, pero no podremos venir a comer. He querido decírtelo lo antes posible, pero veo que he llegado demasiado tarde.

Mateo se volvió de inmediato.

—Espero que no sea nada serio.

—Mi hija aún no ha vuelto de su viaje.

Él se encogió de hombros, como si no entendiera dónde estaba el inconveniente.

—Estoy sola con Nicolás —dijo Irene.

Mateo sonrió.

—¿Y cuál es el problema exactamente?

—No tengo con quién dejarlo.

Entonces él respondió con una franca carcajada.

—Pero si yo ya contaba con él. De hecho, mira.

Abrió la nevera y le mostró un pez de colores pálidos y morro cuadrado.

—He comprado este galán en el puerto. Por si no quería cuajadera.

Lo puso a la altura de Nicolás. El niño se acercó tímidamente a verlo.

—Es un pescado que solo se captura en esta zona. Ideal para los niños, porque apenas tiene espinas. Y es pescado blanco.

Nicolás miraba el pez con gesto curioso. Sus manos seguían aferradas a la falda de Irene.

—¿Has visto qué colores más bonitos? —dijo Mateo—. Puedes tocarlo, si quieres.

Nicolás avanzó tímidamente una mano y rozó apenas la cabeza del pez.

Mientras volvía a guardar el pescado en la nevera, de espaldas a ella, Mateo preguntó:

—¿Y tu marido?

Irene no supo muy bien qué responder.

—Estamos separados.

—Entiendo —dijo por todo comentario.

—Hace más de cuatro años —añadió Irene, sintiéndose un poco ridícula por aquella manera involuntaria de justificarse. Mateo no expresó ninguna sorpresa ante la confesión.

—Ya. Yo también lo estoy —dijo sencillamente.

Se quitó el delantal y lo dejó sobre una silla.

—Pues será un banquete para tres. ¿A qué hora tiene que comer el niño?

Irene todavía estaba indecisa.

—No quiero complicarte. Suele comer muy pronto, tiene que dormir la siesta... Sería mejor dejarlo para otro día.

—¿A qué hora? —repitió él demostrando con una amplia sonrisa que no pensaba rendirse.

—Sobre la una.

—Pues a la una en punto tendrá su comida en la mesa. Luego le prestaré una bonita cama o un sofá si lo prefiere y nosotros comeremos en la terraza. ¿Qué te parece?

Irene aceptó.

—Pero te ayudaré con todo esto —dijo señalando la cocina.

—Ni hablar —se opuso Mateo—. Sois mis invitados. Es más, quiero que os vayáis a dar un paseo y no volváis por lo menos hasta las doce y media. Si quieres me ayudas con la mesa. Eso no se me da muy bien.

Irene se sentía inesperadamente feliz. Todo parecía tan fácil...

Cuando volvieron a entrar en el patio eran exactamente las doce y media. Irene sujetaba una fuente de manzanas asadas que había hecho a toda prisa porque sabía que a Nicolás le gustaban mucho. Todavía estaban calientes. Llevaba la misma ropa, pero se había cambiado el peinado y se había maquillado ligeramente. Estaba

preocupada por su aspecto, no quería parecer demasiado arreglada y tampoco descuidada; realmente lo que le hubiera gustado parecer en esos momentos era mucho más joven.

Mateo había dejado la puerta abierta. Aun así, ella tocó el timbre. Desde un punto indeterminado de la casa surgió una voz potente:

—Ahora subo, no tardo.

Lo imaginó en el dormitorio principal, duchándose o acaso, como había hecho ella durante la última media hora, evaluando su imagen ante el espejo. Entró con Nicolás en la cocina. La fuente de manzanas asadas estaba todavía demasiado caliente. Le sorprendió gratamente el aspecto que ahora ofrecía, perfectamente ordenada y limpia. Sobre la mesa había un plato, cubiertos, un vaso, un cestito de pan y una jarra de algo que parecía limonada.

Mateo apareció al cabo de unos segundos. Traía el pelo mojado y se limpiaba las gafas con un kleenex.

—He tenido que ducharme —dijo a modo de disculpa. Se acercó a Nicolás—. ¿Tienes hambre?

El niño bajó la cabeza.

—Bueno, entonces a lo mejor te apetece un poco de limonada. Mira, está en la mesa.

Irene se acercó y sirvió un poco en el vaso.

—He traído unas manzanas —dijo señalando la fuente que había dejado sobre la placa—. Es lo único que he podido hacer.

Mateo levantó el papel de aluminio.

—Fantástico, manzanas asadas... Las serviremos con helado de yogur. Porque mira lo que tengo para ti, Nicolás.

Abrió un armario y sacó una bolsa transparente con media docena de cucuruchos de barquillo.

—Cuando te lo comas todo, te pondré un helado bien grande. Son auténticos helados italianos, ¿eh?

Nicolás los miró con repentina codicia. Estaba bebiendo un poco de limonada, todavía de pie, muy cerca de Irene, de quien no parecía dispuesto a separarse. Mateo insistió en que se sentaran, mientras servía dos copas de vino de una botella que estaba abierta. El corcho descansaba sobre la encimera, perfecto y seco, con un pequeñísimo círculo granate en la embocadura.

—Prueba esto —le dijo a Irene.

Ella lo probó. Era excelente.

—Con este vino acabamos de ganar una medalla de plata en Frankfurt. Lo hemos puesto en el mercado a los seis años, el tiempo justo para empezar a comercializarlo.

Puso un platito con jamón y picos de pan en la mesa, al alcance de Irene. Nicolás se había sentado muy formal delante de su plato vacío. Irene le dio un poco de jamón.

—Bueno —dijo Mateo acercándose al fogón y levantando la tapa de una gruesa cazuela de hierro fundido—. Creo que no te vas a arrepentir de haber venido. ¿Crees que Nicolás querrá comer un poco de cuajadera?

Irene se acercó y miró el guiso. La salsa estaba asombrosamente bien ligada y al pescado parecían faltarle unos minutos escasos de cocción, lo justo para aguantar un hervor sin perder el punto.

—Claro, tiene un aspecto magnífico.

—¿No prefieres que le fría el galán? Es un pescado excelente.

—No, creo que la cuajadera será suficiente. Luego le daré una manzana y un helado. ¿Has dicho que era de yogur?

—De la heladería italiana que hay camino del puerto. Un día estabas allí con tu hija.

—Sí —respondió Irene sin ocultar que ella también lo recordaba. Aún no se conocían más que de vista, pero ese fue el primer día que se saludaron—. Tienen unos helados deliciosos. Y sobre todo el de yogur.

Así fue. Así de sencillo. Nicolás probó la cuajadera de Mateo Munar y comió uno de aquellos deliciosos helados que hacían en la heladería de la Rambla. Las manzanas asadas quedaron intactas.

Y ellos dos al calor repentino de abril, en aquella terraza en la que Irene había comido tantas otras veces en el pasado. Mateo se reveló como un cocinero experimentado, algo que la impresionó y, aunque la cuajadera era plato único, Irene acabó comiendo más de la cuenta. Antes de sentarse a la mesa, Mateo le ofreció uno de sus vinos blancos para acompañar el plato de pescado, pero Irene prefirió la comida con aquel tinto excepcional.

—Es curioso —dijo Mateo al respecto—. Nuestros blancos son bastante buenos, los vendemos muy bien, sobre todo en el extranjero, pero en España el vino estrella sigue siendo el tinto.

—El blanco me sienta mal —reconoció Irene—. Me he acostumbrado a beber tinto con todo tipo de carnes y pescados. Hay una tienda especializada cerca de mi casa, suelen tener vinos no muy conocidos, pero me permito comprar a ciegas las recomendaciones de la semana. La verdad es que no entiendo mucho, pero sé lo que me gusta y lo que no.

—Vaya, te pasa lo mismo que a mí con la música. Por ejemplo, nunca pensé que Ravel me fuera a gustar.

Irene lo miró recogiendo el envite.

—Te he traído un obsequio. —Abrió el bolso y sacó un CD—. Son obras de cámara para violín y piano o para violín y violonchelo. Lo mejor de Ravel en mi opinión.

—Exceptuando las orquestaciones —añadió Mateo, demostrando a su vez que era un alumno aplicado.

Examinó la cara posterior en la que figuraban las obras.

—Vaya, aquí tenemos el *Tzigane* —exclamó complacido—. Lástima que no seas tú quien lo toque.

—El violinista es amigo mío. Muy bueno. Formamos un cuarteto de cuerda hace años. El cello es sueco, no lo conozco personalmente pero toca muy bien.

—Y tú —preguntó Mateo—, ¿cuál de estas obras has interpretado en público? ¿Todas?

Irene pensó en la *Sonata* de 1927, su preferida, la que Adam Fertig y ella habían tocado juntos en la *Kleine Zaal* de Amsterdam a principio de los años ochenta. La misma que luego Ricardo había elegido para la presentación de Akiko Onishi en Viena. La obra tenía para ella un mar de connotaciones, el éxito más brillante y el fracaso más doloroso, todo en una misma partitura, en unas notas compuestas sin el rumor del engaño, los celos y la silenciosa revancha en la que se habían convertido después.

—No, todas no —respondió intentando no pensar más en ello—. Pero siempre he llevado varias cosas de Ravel en mi repertorio.

—¿Qué le recomendarías a un profano? Tengo algunas cosas de Mozart, Bach y demás, pero creo que debería ampliar mi discoteca.

—¿Te gustan Tchaikovsky, Mahler o Schubert?

—Tchaikovsky sí. Creo que tengo una sinfonía, la *Patética*. Y claro, conozco *El lago de los cisnes* y *El cascanueces*.

—Bueno, los románticos tardíos serían el siguiente paso. Te grabaré algunos de mis discos sobre música de finales del XIX y principios del XX. Si te fías de mi criterio, claro.

—Me pongo en tus manos —dijo Mateo alzando su copa. La frase sonó como si tuviera un premeditado doble sentido.

Habían acabado de comer. La botella de aquel vino que Irene no conocía y que Mateo acababa de comercializar bajo el nombre de *Oliana Especial* los había contagiado de sus notas intensas y persistentes. Irene miró la etiqueta.

—¿Qué producción tenéis?

Él se dio cuenta de que intentaba solo ser amable. Aun así le agradó su interés.

—Doscientas mil botellas anuales.

—Eso es mucho, ¿no?

—Bueno, ten en cuenta que tenemos vinos de varios tipos: blancos, rosados, jóvenes... Y que exportamos a varios países. La producción de crianzas y reservas es mucho más restringida. Unas treinta mil, de momento.

Se levantó y fue a la cocina a por las manzanas y el helado. Irene lo ayudó a recoger los platos. Al pasar por el salón miró con ternura a Nicolás, que dormía tapado con una manta.

—Se porta bien —dijo Mateo en voz baja.

—Sí, es un niño estupendo. Un poco tímido, como habrás visto.

—¿Tu hija no está casada?

Era una pregunta que Irene no deseaba oír, a pesar de que él la había pronunciado con total naturalidad.

—Desgraciadamente, sí. Pero sería mejor para todos que no lo estuviera.

—Vaya, lo siento, no me quería entrometer.

—No, si no lo has hecho, simplemente estamos viviendo una situación un poco difícil.

—Pues hablemos de cosas más agradables. ¿Te gustaría visitar la bodega?

A Irene le sorprendió la invitación.

—Es un simple intercambio —aclaró Mateo con humor—. Tú me proporcionas música y yo vino.

Irene rio de buena gana.

—No parece mala combinación —dijo.

Y ella misma se sorprendió por lo que podían implicar aquellas palabras.

Todo fue tan agradable en aquella primera cita que cuando Nicolás despertó e Irene manifestó su intención de despedirse, Mateo se opuso a dejarlos marchar.

—Oye, Nicolás —le propuso al niño dirigiéndose al mismo tiempo a la abuela—. ¿A que te gustaría dar un paseo en barca? A lo mejor vemos delfines.

Nicolás pareció entusiasmarse con la idea. Irene no lo estaba tanto.

—No creo que sepa lo que son los delfines, ¿verdad, tesoro?

—Son peces que saltan por encima del agua —aclaró Mateo, dispuesto a encontrar un aliado que le ayudase a prolongar el encuentro—. Y podemos ir a ver si están despiertos.

A Irene le hizo gracia el argumento.

—Pero se marea en los coches —objetó sin demasiada fuerza.

—Iremos muy despacio —respondió Mateo decidido—. Ni se enterará de que vamos en barco.

Bajaron al garaje y salieron al embarcadero. La barca estaba preparada, con la popa metida en el agua y la quilla levantada sobre los travesaños de madera.

—La he sacado esta mañana —explicó Mateo.

Los ayudó a subir. Arrancó el motor y los tres se internaron entre las pequeñas olas sin espuma que intentaban devolverles suavemente a la orilla. Irene se sentó con el niño en el centro de la embarcación, de espaldas a Mateo, que iba en la popa sujetando el timón. Fueron muy despacio. El viento era húmedo, pero todavía no hacía frío. Irene pensó que Nicolás solo llevaba una fina sudadera de algodón. La barca dio la vuelta por la Punta del Castillo. Contra las rocas el agua era transparente, y se veían las praderas de posidonias agitarse bajo el agua. Mateo llevó la barca hacia el otro lado, alejándose un poco mar adentro. El promontorio de la Guardia Civil quedó detrás de ellos, desapareciendo lentamente y el mar y los negros acantilados cubiertos de matorral surgieron amenazantes. Nicolás parecía un poco asustado. Empezaba a hacer frío.

—Ponle esto —dijo Mateo sacando de debajo de su asiento un chaleco salvavidas—. Le quedará un poco grande, pero le protegerá del aire.

Irene reconoció el Morrón de los Genoveses antes de que entraran en la bahía. Mateo enfiló la barca hacia una de las esquinas de la playa, metió la quilla en la arena y saltó a la orilla. Irene y Nicolás salieron de la barca sin problema.

—¿Te gusta esta playa? —preguntó Mateo al niño. Nicolás lo miró enfurruñado.

—¿Dónde están los peces que saltan?

Mateo soltó una carcajada.

—Vaya, tiene buena memoria el chaval...

Se había quitado el chaleco salvavidas y llevaba su sudadera verde con un caballito de mar en el pecho. El pelo, fino y rubio como el de Irene, se le había enredado por el aire del mar.

Mateo le cogió de la mano. El niño no le rechazó.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a ir por la orilla de la playa y yo te avisaré cuando vea uno. ¿Te gustaría coger conchas? En esta playa hay muchas.

Mateo se dedicó durante un buen rato a entretener al niño. Cuando le enseñó las primeras caracolas, Nicolás se animó un poco.

—Ve a ver cuántas encuentras. Y si ves una estrella de mar avísame.

Mateo se acercó a Irene que se había mantenido al margen.

—Se te dan bien los niños —observó ella.

—Claro, he tenido dos hijos. Todavía puedo recordar lo que les gusta.

—¿Qué edad tienen?

—Veinte y veintidós. Viven en Madrid con su madre, pero mantenemos muy buena relación. Todos los años pasan conmigo quince días en San José, incluso se traen a sus novias. Eso me gusta, es una forma de mantener viva esta destartalada familia que nos ha tocado en suerte.

No parecía muy dolorido por su separación.

—Y con tu mujer, ¿te llevas bien?

—No nos vemos casi nunca y hablamos lo imprescindible. Creo que a ninguno de los dos nos hacía demasiada falta el otro.

—Qué suerte... Yo todavía estoy carcomida por dentro.

—¿Carcomida? —Rio Mateo—. Nunca había oído hablar de ese estado de ánimo. —Luego recobró la seriedad—. Fue una separación dolorosa, ¿verdad?

—Mucho —respondió Irene—. Pero ahora pienso que no lo fue solo por separarme de él. Lo fue porque tuve que exiliarme de mi propia vida.

—Os casasteis jóvenes.

—Yo tenía veinte años.

—O sea, que has pasado toda la vida con él. Es natural que te sientas así.

—¿Carcomida? —preguntó Irene con gesto risueño.

Mateo volvió a reír.

—Disculpa —dijo—. Pero tienes que reconocer que es una palabra demasiado gráfica. Y creo que no te hace justicia.

Se habían alejado un poco de Nicolás. El sol empezaba a descender con demasiada velocidad.

—Deberíamos volver —dijo Irene.

—Sí. Voy a ayudar a tu nieto a recoger las conchas. Tiene que llevarse su tesoro a casa, forma parte del programa de la excursión.

Durante unos minutos Nicolás y Mateo recogieron conchas de aquel tramo de playa. Mateo sacó un pañuelo de algodón y las echaron en él. Luego regresaron a la barca.

Al doblar de nuevo la Punta del Castillo el sol había desaparecido del cielo. Las casas de la calle del Correo estaban sumidas en la sombra. Todo tenía un aspecto demasiado invernal.

Esa noche, Irene tuvo que echar un edredón en la cama de Nicolás. Ella también sentía frío, pero su frío venía de dentro. A media noche el niño se despertó helado e Irene lo llevó a su cama. Allí, abrazados el uno al otro, se consolaron de una ausencia que ninguno de los dos sabía explicar.

Candela no llamó en todo el fin de semana. Tampoco lo hizo el lunes ni el martes. Irene se había propuesto no insistir, pero estaba muy preocupada por su hija. De nuevo se sentía culpable. ¿Por qué había insistido tanto para que Candela fuera a París a ver a su padre? Tenía que haberla retenido junto a ella; todo mejoraba en San José, empezaban a vivir tranquilas y de pronto las cosas se habían dado la vuelta y mostraban su cara más sucia, como esa maldita pelota de goma arrastrada por la marea que de cuando en cuando se le instala en la memoria. Tenía que haber imaginado que Candela podía reaccionar como lo había hecho, desapareciendo de improviso para caer de nuevo en los brazos de ese cafre que le estaba destrozando la vida. ¿Qué iba a pasar ahora con Nicolás? ¿Decidiría su hija volver con Sergio y llevarse al niño?

Por un instante sintió miedo de perder el refugio de aquella casa y la nueva vida en la que se habían instalado los tres. Sin querer confesárselo, también sintió cierto temor a que la figura de Mateo Munar se desvaneciera para siempre.

Había quedado en ir a la bodega el sábado. Mateo la llamó el miércoles.

—Lo tengo todo preparado. Vamos a pasar un fin de semana estupendo.

Irene cerró el rotulador con el que estaba escribiendo sobre un CD virgen. Durante los dos últimos días no había hecho otra cosa que seleccionar cuidadosamente la música que en ese instante estaba grabando para él.

Como no contestó, Mateo tuvo que insistir.

—Espero que puedas venir.

Irene dudó. Luego le contó rápidamente que su hija aún no había dado señales de vida. Se sintió avergonzada, como si toda aquella inestabilidad fuera culpa suya.

—Bueno —respondió Mateo—, pues ven con Nicolás. Aquí se lo va a pasar en grande. Puede hasta montar a caballo.

A Irene todo aquello le desagradaba de tal modo que se sentía en la obligación de ocultar sus verdaderos sentimientos: el miedo, la inseguridad, la vergüenza, su propia incapacidad para solucionar los problemas.

—No sé, quiero esperar a que Candela me llame —dijo de forma un tanto ambigua.

Mateo parecía contrariado, pero de un modo distinto al que Irene estaba acostumbrada.

—Entonces te vuelvo a llamar el viernes —dijo—. Si no puedes venir, me acercaré yo a San José.

Por un instante pensó que si le contaba la verdad, él la entendería. Pero luego colgó el teléfono con la impresión de que todo aquello iba demasiado deprisa.

Había sido una semana extraña. Por un lado, se sentía ilusionada, de hecho había pasado gran parte del tiempo seleccionando y grabando discos para Mateo. Tenía extendidos sobre la mesa una veintena de CD que se había traído consigo desde Madrid y ahora estaba copiando algunos de ellos en la grabadora del ordenador portátil. Había hecho varias listas, que empezaban siempre con el *Concierto en la menor* de Bach y unas veces terminaban con Stravinsky y otras con alguna de las canciones de Montsalvatge. Las modificaba continuamente, según oía una a una todas las piezas, y de pronto suprimía de la lista el *Concierto a la memoria de un ángel* de Alban Berg, pensando que quizá fuera demasiado arduo, y lo sustituía por las *Variaciones Enigma* de Elgar o por *El buey sobre el tejado* de Darius Milhaud. A veces se sentía un poco ridícula observándose a sí misma en aquel estado de excitación. Cuando Nicolás estaba en la guardería, desplegaba los discos y los escuchaba a todo volumen mientras se movía por la casa. De pronto dejaba lo que estaba haciendo y revolvía entre los CD buscando uno que casualmente no había traído consigo: Debussy, le faltaba Debussy, o su favorito en las lluviosas tardes de otoño, *El viaje de invierno*, de Schubert, con Fischer-Dieskau y Daniel Barenboim al piano... y Satie, ¿por qué no había cogido aquel doble CD de Satie? El miércoles por la mañana consiguió por fin tener una lista más o menos definitiva. Tres conciertos de Bach, el *Concierto para violín* de Beethoven, la *Sonata Arpeggione*, de Schubert, en una grabación de una violonchelista eslovena que Ricardo y ella habían escuchado en el Corso Palladio de Vicenza, Tchaikovsky y Berlioz, luego Bartók, Mahler, Ralph Vaughan Williams, Elgar, Stravinsky y Ravel. Por la tarde, mientras Nicolás jugaba con sus camiones en miniatura, grabó uno a uno aquellos temas. Toda su vida estaba pasando suavemente entre las notas de esa música, todo lo que había vivido con Ricardo estaba allí, deslizándose en esos pequeños depósitos destellantes que ella iba a ofrecer a otro. Como si le ofreciera su biografía.

Por la noche, cuando acostó a Nicolás, anotó cuidadosamente el compositor, la obra y los intérpretes en cada uno de ellos. Sabía lo que estaba haciendo, no era ninguna tonta, estaba usando algo muy íntimo para seducir a ese extraño que sigilosamente había entrado en su vida. Ricardo, sus pequeños mellizos, su fama y su joven esposa japonesa, el resquemor y el resentimiento, iban quedando atrás, como si en lugar de haber grabado unos simples discos hubiera hecho limpieza de su vida.

El jueves llevó a Nicolás a la guardería un poco antes de lo acostumbrado. Le explicó a Norma que quería ir a Almería a arreglar unos asuntos legales y que no creía que pudiera llegar a tiempo para la hora de la comida.

—No hay problema —dijo la profesora de Nicolás—. Puede quedarse a comer con los otros niños. No tengás ninguna prisa, pero si ves que llegás más tarde de las cinco, llamáme al celular y me lo llevo a mi casa hasta que vos regresés.

Irene grabó en su móvil el número de Norma. Luego cogió el coche y condujo durante un par de kilómetros entre los invernaderos de plástico. Al atravesar la Rambla de las Higueras, vio a lo lejos tres olivos silvestres rodeados de adelfas

blancas. El acento argentino de Norma le resonaba en la mente como un eco de tiempos pasados, la casa de Rotterdam, los dos hermanos uruguayos, la imagen desvanecida de Chisán... Y la Tierna. Su mano reposando en el pecho de Ricardo y su leve sonrisa malévolamente camuflada bajo la mentira del sueño.

Curiosamente, no sintió la rabia de antaño. Pensó en Rotterdam como un lugar donde estaba permitido equivocarse. Eran todos demasiado jóvenes. La vida no valía lo mismo, no iba en serio. Condujo durante un buen rato entre los invernaderos polvorientos, más plásticos con pintadas que no entendió, «se blanquea», y el número de un teléfono móvil torpemente trazado a brochazos en el muro de cemento, estructuras metálicas con el plástico hecho jirones hasta llegar al cruce, donde decidió tomar la autopista en lugar de la carretera de Retamar. Salir de San José le estaba despejando la mente. Se sentía liviana, como si en algún momento de aquella tensa semana hubiera conseguido sacudirse de encima un gran peso. Durante un instante intentó analizar esa sensación sin conseguirlo. Nada había cambiado. Al revés, aparentemente las cosas habían empeorado. Candela seguía sin dar señales de vida y Nicolás había quedado al cargo de su maestra, una mujer argentina a la que Irene apenas conocía, mientras ella intentaba solucionar sus problemas con los bancos, la seguridad social y hacienda. ¿Por qué se sentía entonces como si por fin las cosas estuvieran encajando en el preciso lugar que les correspondía? Puso uno de los CD que había grabado para Mateo y cuando llegó al cruce de El Viso tomó la autopista. Níjar quedaba a su espalda. Por un instante recordó la algarabía de los pájaros tras las tapias de los huertos. Y las campanas de una iglesia. En los seis altavoces del coche sonaba el primer movimiento del *Concierto para dos violines* de Bach. A la altura de El Alquíán, junto a la indicación del aeropuerto, sintió deseos de desviarse hasta una playa en la que Ricardo y ella habían estado una noche. Armand los había llevado por las pistas de tierra hasta un chiringuito playero en el que cenaron gambas rojas y calamar en aceite. Luego dieron un accidentado paseo por aquella playa cubierta de algas, aparejos y cajas de pescado; no había luna, solo las luces temblorosas de Almería a lo lejos, Irene llevaba sandalias y se clavó la punta oxidada de una caja a través de la suela. Tuvieron que ponerle la antitetánica y durante una semana apenas pudo andar. ¿Cómo estaría aquella playa? ¿Existiría aún el chiringuito? El ruido de los aviones volando a ras de tierra profanaba el silencio de la noche y el olor de las redes abandonadas sobre la arena le daba al lugar un aire salvaje e incongruente.

Al llegar a Almería aparcó el coche en la calle Granada, cerca de la iglesia de San Sebastián, y fue caminando hasta la delegación de hacienda. Su socia la había llamado porque su ausencia estaba empezando a ocasionar serios problemas en el negocio. Irene le prometió que dedicaría un par de mañanas a solucionarlos, pero en su fuero interno deseaba con todas sus fuerzas liberarse de aquella atadura. Mientras hacía cola ante el mostrador, fantaseó con la posibilidad de vender su casa de Madrid, liquidar el negocio de la academia de música y quedarse a vivir en San José. Cuando después de arreglar los temas de la seguridad social se dirigió al banco se sorprendió

haciendo cuentas. Podía hacerlo. Realmente nada se lo impedía. El piso de Madrid, situado en una de las mejores zonas de la ciudad, podía dejarle un dinero que bien invertido sería suficiente para vivir durante muchos años. Pero solo era un sueño inconcreto y absurdo. Ahora había otros asuntos de los que preocuparse. Se sentó frente al director de la sucursal bancaria y arregló las cosas disciplinadamente, tal y como su socia le había pedido. A las tres menos cuarto de la tarde había terminado las gestiones. No tenía hambre, así que fue andando hacia el coche para regresar a San José lo antes posible. Y entonces sonó el móvil. Era Candela.

Tenía una voz que asustaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó sabiendo de antemano la respuesta. Candela soltó un sollozo.

—Ahora sí, mamá. Ahora se ha acabado.

Intentó tranquilizar a su hija, averiguar dónde estaba y hacer lo posible para que volviera.

—No puedo moverme, estoy en una pensión de Granada. Tengo dos costillas rotas.

Irene trató a duras penas de reprimir las lágrimas, la furia y la impotencia que todo aquello le ocasionaba. Como pudo, consoló a su hija y le prometió ir inmediatamente a buscarla. Luego llamó a Norma.

—La madre de Nicolás ha tenido un accidente —le dijo—. Tengo que ir urgentemente a Granada y no sé qué hacer con el niño.

Norma se interesó por el estado de Candela y se ofreció para quedarse con Nicolás durante un par de días.

—Él está bien, se lo pasa en grande en el cole. Si vos tenés que ocuparos de la mamá no vendrá bien que el niño ande por medio. Yo puedo quedarme con él. No hay ningún problema, le gusta estar conmigo, me tomó confianza.

Irene estaba tan bloqueada que solo pudo objetar:

—Pero no tiene ropa...

—Viste, esto es Almería, se la lavo por la noche y se la pongo por la mañana. Vos andá tranquila, yo me ocupo, lo importante es que la mamá se reponga y vuelva a casa cuanto antes.

No supo muy bien cómo había llegado a aceptar, pero cuando pudo pensar de nuevo estaba dejando la plaza de toros a la izquierda y cogiendo la salida hacia Guadix. Hora y media más tarde, Irene entraba en el centro de Granada y se perdía en la intrincada red de callejuelas donde tenía que buscar la pensión Los Naranjos. Tardó casi tanto tiempo en encontrar la pensión como en el viaje desde Almería. Finalmente un hombre mayor la acompañó hasta un estrecho callejón sin salida que descendía hacia los altos muros de una iglesia.

Encontró a Candela en la cama, con las persianas cerradas y la luz apagada. Cuando la vista se le hizo a aquella repentina oscuridad, el corazón le dio un vuelco. Su hija tenía un ojo, el pómulos y la mitad de la boca tan hinchados que apenas la

reconoció. El brazo tatuado asomaba por encima de las sábanas, negro azulado, haciendo un siniestro juego con su cara.

—¡Cariño! —gimió Irene arrodillándose junto a la cama—. ¿Cómo has dejado que te haga esto?

Quería abrazarla, cobijar entre sus brazos a su hija, consolarla, protegerla, curarla, borrar todo aquel dolor, pero solo pudo cogerle una mano por temor a hacerle daño.

—¿Te duele?

—Un poco —reconoció Candela.

—¿Te ha visto un médico?

—Fui a urgencias y me hicieron radiografías. Hay dos costillas rotas y tengo que tener cuidado con no moverme mucho. Pero lo que más me duele es la cara.

—Pero ¿qué ha pasado, cuándo sucedió?

—Hace dos días. Sergio se volvió loco. Creo que está tomando algo que lo va a matar.

Seguía disculpándole. Pero a Irene ahora eso no le importaba, al menos no era nada de lo que necesitara hablar en esos momentos.

—¿Por qué no me has llamado antes?

Candela no respondió de inmediato.

—Me daba vergüenza que me vieras así.

—Tesoro... Me parte el alma verte, pero más me duele saber que estás en este estado y que no puedo ayudarte.

Candela esbozó un amago de sonrisa. Casi de inmediato el gesto se le quebró en una mueca dolorosa. Irene le acarició suavemente el brazo.

—¿Sabes, mamá? En urgencias hicieron una denuncia y la firmé. Lo van a detener.

Irene solo asintió en silencio. No dijo lo que pensaba, no hacía ninguna falta.

—No quiero que Nicolás pase por todo esto —dijo Candela con los ojos arrasados por las lágrimas—, no quiero que me vea así, ni contarle que su padre va a ir a la cárcel. ¡Por Dios! Estoy tan avergonzada...

—No tienes por qué estarlo, cariño, nada de lo que ha sucedido es culpa tuya.

—Pero no tenía que haberme ido con él. Tenía que haber pensado en mi hijo. Estábamos tan bien en San José...

—Y volveremos a estarlo, te lo prometo —dijo Irene retirándole el pelo de la frente—. Te repondrás y saldrás adelante. No me separaré ni un momento de ti.

Candela se aferró a su mano y cerró los ojos durante unos minutos. Irene echó un rápido vistazo a la habitación. Era un cuarto pequeño y vulgar, con muebles viejos y un penetrante olor a cerrado. Soltó lentamente la mano de Candela y se incorporó. La tapó con la colcha.

—Voy a abrir un poquito para que entre el aire. Solo un poco, no te molestará la luz, ya verás.

Candela dejó que lo hiciera.

—¿Dónde se ha quedado Nicolás?

—Con su profesora de la guardería —respondió Irene—. Es muy agradable y Nicolás la quiere mucho. Se lo va a llevar esta noche a su casa. Está todo controlado, confía en mí.

—Sí. Tú siempre has sabido hacer bien las cosas.

Irene recibió esas palabras como si alguien le hubiera escarbado directamente en el corazón. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y, aunque se pasó rápidamente la mano por la cara, Candela se dio cuenta.

—No llores, mamá. Esto va a pasar.

No podía pensar. Quería hacer algo, llamar a un médico, llevarla al hospital...

—¿Puedes comer?

—Solo líquidos —respondió Candela—. Me duele al abrir la boca.

Irene fue en busca de la dueña de la pensión y le preguntó dónde podía conseguir zumo de naranja, yogur líquido y una bolsa de pajitas para beber. La mujer se ofreció a comprarlo ella misma.

—Esa niña tendría que estar en el hospital —comentó—. Se lo dije al médico que vino ayer a verla. Pero ya sabe cómo están los hospitales, abarrotados de gente. Te mandan a casa por menos de nada. Menos mal que al menos ha venido usted, ya estaba preocupada.

Irene venció su natural discreción y preguntó a la mujer:

—¿Sabe usted cómo ocurrió?

La mujer la miró como dudando. Luego soltó todo lo que tenía que decir.

—Mire, por aquí vienen muchos músicos, de toda la vida, se pasan la voz de unos a otros, porque somos gente tolerante y no nos importa que vayan y vengan de madrugada. Los vecinos no protestan porque somos todos familia, pero lo de esa noche ya fue demasiado. Estuve a punto de llamar a la policía porque creí que la mataba. Si quiere que le diga la verdad, me alegraría saber que ese salvaje va a ir a la cárcel. Y le digo una cosa más, aunque sea meterme donde no me llaman: como creo que es usted una buena madre, le aconsejo que aparte como sea a la muchacha de ese chico, porque este no es modo de vivir la juventud.

Irene se sorprendió de su frialdad. Ya no sentía la misma incómoda sensación del principio, ni siquiera la ira de después, ahora solo pensaba en una cosa: conservar la calma para poder afrontar las consecuencias de algo que había ido demasiado lejos.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por mi hija —dijo sinceramente—. Ahora no se preocupe más, me encargaré personalmente de que no se le vuelva a acercar. Aunque tenga que pasar el resto de mis días cuidándola.

—Es joven. Saldrá adelante si cuenta con su apoyo.

No era propio de Irene dejar que una total desconocida hablara en esos términos de su desgracia o que le dieran consejos que no había pedido, pero en esos momentos sintió que era bueno sentirse apoyada.

Siena. La dulce, cálida y confortable Siena. A mediados de septiembre actuaron por última vez con el cuarteto de cuerda en el Casino de Montpellier. Luego cargaron sus cosas en aquel viejo Citroën de segunda mano que habían comprado en el sur de Francia y viajaron por carretera para instalarse en Siena. Irene no tenía ningún plan concreto, quizá matricularse en alguna *masterclass* de violín, pero Ricardo tenía un objetivo claro: convertirse en director de orquesta.

El mundo giraba lentamente. El otoño entraba en los sentidos con un penetrante olor a leña y a tierra sembrada. Todavía hacía buen tiempo. Las tiendas de ropa tenían los escaparates preparados con prendas invernales y en las fruterías empezaban a aparecer las enormes granadas y los aterciopelados *funghi porcini*. Alquilaron un apartamento en el centro, en una silenciosa calle empedrada por la que apenas pasaban coches. Enfrente había una iglesia y desde el pequeño balcón con macetas de geranios rojos Irene podía contemplar a los turistas que, de cuando en cuando, entraban para visitar los frescos de la capilla. La ciudad entera permanecía en un confortable silencio durante las largas mañanas soleadas y las noches frías. Solo por las tardes había un poco más de animación, los niños alborotaban en alguna plazuela cercana y el sonido de las voces de los viandantes penetraba en la casa que habían transformado a su gusto. Una gran cama de castaño a la que habían quitado el cabecero, demasiado formal y anticuado, y sobre la que Irene colgó una pieza de seda en tonos verdes, rojos y dorados. En una tienda de suministros para comercios, Ricardo había comprado un burro, uno de esos largos percheros de pie con ruedas, que les sirvió de improvisado armario, donde colgaban los vestidos de algodón indio y los trajes con los que ambos actuaban en los conciertos envueltos en fundas transparentes y a la vista. Irene cubrió con una fina colcha de algodón el viejo sofá de terciopelo que había en el salón y compró unos cojines amarillos y morados que dieron alegría a la estancia. Sustituyeron las viejas cortinas de brocado por fulares multicolor que tamizaban la luz como si la casa entera fuera un divertido calidoscopio, y de las anticuadas lámparas de bronce colgaron cuentas de vidrio de diferentes tamaños.

Irene era feliz. Todo el malestar de los primeros tiempos había desaparecido. Vivían en una atmósfera cálida y confortable como la casa que habían decorado. Se refugiaban el uno en el otro, como si de pronto el mundo y los comportamientos que habían llenado las primeras páginas de su invisible cuaderno de agravios se hubieran esfumado. No existía en Siena nada más que ellos dos y la música, que todavía era ese inevitable nexo en el que de pronto no competían, sino que se ayudaban. Irene lo escuchaba durante horas hablar de las clases con el maestro Stefano Giarre y con frecuencia se contagiaba de su entusiasmo. A veces iba con él a una de las clases y se quedaba durante horas, escuchando en una incómoda silla de la sala de estudio las indicaciones que Ricardo se esforzaba en repetir a los violines o a los instrumentos de viento. Le resultaba relajado aquel nuevo papel de espectadora. Era algo que no pedía el más mínimo esfuerzo. Por primera vez en su vida carecía por completo de

obligaciones, podía recorrer las calles medievales, los museos y las iglesias de Siena, curiosear como un ama de casa más en el mercadillo de los miércoles en la Piazza del Mercato o perder la mañana entera ensayando una receta de cocina. Por las tardes iba a buscar a Ricardo cuando él terminaba las clases en la Accademia. A veces se escondía en la tienda de souvenirs que había frente a la fachada renacentista del Palazzo Chigi-Saracini y fingía contemplar las tarjetas postales. Luego, cuando él salía a la calle, Irene lo observaba desde su escondrijo, lo veía desorientado bajo las ventanas góticas intentando encontrarla entre los transeúntes de la Via di Città. En esos momentos sentía un amor tan intenso que casi le hacía daño en el pecho. A veces se forzaba a sí misma para no acudir presurosa a la puerta de la Accademia y quedaba con él en otro lugar. Lo esperaba en la iglesia de San Agostino, contemplando los frescos de Signorelli, y entonces él llegaba apresurado y allí mismo se abrazaban, cobijándose el uno en el otro, bajo las piedras heladas de la capilla de los Bichi. O se citaban en el Huerto Botánico, entre las lavandas y los romeros, y luego daban un largo paseo, abandonando la ciudad por la carretera de Anciano hacia los campos arados y las suaves colinas rodeadas de cipreses.

Durante un tiempo vivieron en ese estado de dulce excitación, dedicados al descubrimiento de una pequeña ciudad rodeada de murallas que protegían su amor. Y por primera vez desde que tenía uso de razón Irene pasó un par de meses sin coger el violín. Vivía por y para Ricardo; de hecho, parecía que su propia música había quedado relegada. La experiencia de la Accademia Chigiana y la dirección de orquesta colmaban todas sus expectativas. Hasta que un domingo, a principios de noviembre, durante una visita a Florencia, entraron en una tienda especializada. Junto a los violines antiguos y los viejos pianofortes, había una viola *d'amore*. Ricardo se entusiasmó al verla.

—Mira esto —exclamó llevándola de la cintura hacia una vitrina—, mira qué maravilla.

Irene contempló la viola a través del cristal. Nunca había visto una.

—¿Ves esa cabeza en lo alto del clavijero? Es la cabeza de un cupido ciego. Por eso la llaman viola *d'amore*.

—Tiene más clavijas que la normal —observó Irene.

—Claro, porque dispone de siete cuerdas de tripa por encima del puente y de otras siete de metal por debajo del diapasón. Son cuerdas simpáticas, no se frotan, vibran por simpatía.

Irene recordó el día que hablaron por primera vez. Se recostó dulcemente en su hombro. Veía sus dos siluetas reflejadas en el cristal de la vitrina, sobre la viola que estaba expuesta como si se tratara de una pieza de museo.

—El día que tomamos aquel café me dijiste que mi voz sonaba como un oboe *d'amore*, suave y sostenida pero llena de secretas resonancias.

Ricardo miró por encima de su cabeza buscando algo o a alguien en el fondo de la tienda.

—Luego añadiste que yo debía de ser una persona que sorprende cuando se la conoce.

Ricardo hizo un gesto con la mano y un hombre se acercó a la vitrina. Era un hombre alto y elegante, de mediana edad, con el pelo engominado y peinado hacia atrás.

—Es un instrumento muy antiguo, único, una verdadera joya —dijo a modo de saludo al ver que estaban admirando la viola *d'amore*.

—¿Qué precio tiene? —preguntó Ricardo.

Irene sabía de antemano que jamás podrían comprar un instrumento como aquel, pero Ricardo se comportaba como si fuera a adquirirlo en ese mismo instante.

—Esta magnífica viola *d'amore* —recitó el vendedor como si no le hubiera oído — es muy antigua, de finales del XVII. Realmente podríamos decir que es un antecedente de las que se tocan en la actualidad. Ya sabrán ustedes que existen muchos tipos de violas antiguas, la viola *da braccio*, o viola de brazo, que es la más parecida a la actual, la viola *a spalla*, que se apoya contra el pecho, y la viola *de gamba*, o viola de pierna, que se toca como un violonchelo. La viola *d'amore* es una evolución de la viola *da braccio*.

—¿Podemos verla con más detalle? —le interrumpió Ricardo.

El hombre abrió la vitrina de mala gana y le tendió la viola a Irene.

—Vivaldi y Bach compusieron notables obras para este tipo de instrumento —dijo mientras la invitaba con un gesto galante a que la cogiera.

Irene contempló la viola con admiración, sin atreverse a tocarla.

—Observe que no tiene la característica abertura en forma de efe en la tapa, sino esta especie de llama o espada llameante.

—Es cierto —reconoció Irene volviéndose hacia Ricardo.

—Podría ser un símbolo islámico, porque este instrumento tiene su origen en la India o en Oriente Medio.

Ricardo cogió la viola ante la mirada desconfiada del vendedor.

—¿La puedo probar? —preguntó.

El hombre se pasó nervioso la mano por el pelo.

—Está perfectamente afinada —objetó.

Irene quería meterse debajo de la tierra, el vendedor estaba visiblemente irritado, pero Ricardo haciendo caso omiso, como provocándole, cogió el arco de la vitrina y probó la afinación.

—Creo que para este tipo de instrumento —dijo con arrogancia— se recomienda la afinación re, la, re', fa', la', re", ¿no es eso?

Antes de que nadie pudiera impedirselo subió el arco, ajustó un par de clavijas y tocó un fragmento de la *Sonata Arpeggione* de Schubert. La viola producía un sonido rico y aterciopelado. El vendedor pareció tranquilizarse de pronto.

Cuando Ricardo interrumpió su breve alarde y le tendió la viola al hombre, este cambió súbitamente el tono.

—Veo que son ustedes músicos.

Ricardo no respondió.

—Curioso —reconoció el italiano—. Esa sonata de Schubert fue compuesta originalmente para *arpegione*. Desgraciadamente en estos momentos no tenemos ninguno en la tienda, pero la viola *d'amore* le da un tono sumamente cálido y armonioso. Creo que podré hacerles un buen precio.

Sacó una calculadora del bolsillo de su chaqueta. Pero antes de que les diera ninguna cifra, Ricardo se alejó hacia la esquina opuesta para ver unos violines. El hombre hizo un gesto de resignación.

Irene intentó como pudo salir del atolladero.

—¿Tiene usted partituras? —preguntó tímidamente.

El hombre guardó de nuevo la viola en la vitrina y la cerró con llave.

—¿Para qué instrumento? ¿Viola?

—Para violín.

—¿Alguna época en especial?

—Finales del diecinueve o principios del veinte, a ser posible. Para violín solo o violín y piano.

Lo siguió hasta un mostrador de madera barnizada donde extendió una docena de partituras. Irene eligió después de dudar mucho las seis *Danzas rumanas* de Bartók en una transcripción para violín y piano de Zoltan Székely, y una *Serenata española*, muy breve, de Chaminade, que Adam le había recomendado ese mismo verano.

—Coge también esta —le dijo Ricardo por encima del hombro. Se había acercado al mostrador sin que ella se diera cuenta—. Es divertidísima.

Señalaba una versión reducida para piano y violín de *El buey sobre el tejado*, de Darius Milhaud.

Irene dudó, apenas conocía la obra de Milhaud. Pero Ricardo insistió.

—Es una suite que combina tangos, sambas, matchiches y hasta un fado portugués. Milhaud la compuso para el cine, pero el proyecto nunca cuajó. Luego creo que la estrenaron en forma de ballet.

El dueño de la tienda los seguía con dificultad, pero viendo que les interesaba la música europea sacó de debajo del mostrador otra partitura.

—Quizá les interese esto, es lo último que he recibido, una obra contemporánea de uno de los mejores compositores del momento: *Tres miniaturas*, para violín y piano, de Penderecki. Es la edición de 1969.

Irene revisó con interés la partitura.

—No la compres —dijo Ricardo tajantemente—. Penderecki es un plasta, no me gusta nada. Y además es un meapilas retrógrado.

El vendedor se dio cuenta de que su oferta no había tenido mucho éxito.

—Ahora bien —comentó obsequioso—, tengo que reconocer que la partitura de Milhaud es una de las más originales que tenemos ahora mismo, un prodigio de

recreación polirrítmica que, como el joven ha dicho, mezcla con auténtica maestría canciones populares y ritmos sudamericanos. Una obra muy alegre, sin duda.

Irene comprobó que algunos pasajes tenían forma de rondó y que el estribillo se repetía hasta cinco veces. La apartó junto a las otras partituras y dejó que se las involucraran convenientemente. Esa misma noche, cuando llegaron a casa, sacó el violín y probó aquella música desconocida. Efectivamente, la partitura de Milhaud era muy alegre, una especie de juego lleno de color y de ritmo. Sin saber por qué le recordó a Chisán, su voz y el color negro de su cabellera rizada.

Durante la semana siguiente, Irene se dedicó a la partitura con entusiasmo. Dejó de callejear por Siena y estudió durante horas, como en los viejos tiempos. Ahora que no tenía la urgencia de un examen, o de un concurso, la música era solo placer, puro divertimento; habría preferido tener un piano acompañándola, pero se entretenía jugando con el violín y observando las variaciones que improvisaba para dilatar o abreviar el tempo según su propio estado de ánimo. Descubrió que podía cambiar la intensidad de la obra y darle un carácter más sobrio o más humorístico con solo incluir unos rápidos *pizzicatos* o unos golpes de arco *sul ponticello* para que las cuerdas no vibraran del todo, consiguiendo con ello un divertido y penetrante sonido metálico. Era un juego, algo que antes nunca se había permitido. Tocar de aquella manera le recordaba los clubs de jazz a los que había ido con Chisán y se sentía libre como la adolescente rebelde que nunca había sido. Las partituras de Bartók y de Chaminade que había comprado en la misma tienda de Florencia quedaron guardadas en un cajón sin que nadie les prestara la más mínima atención.

Mientras ella jugaba a ser de nuevo una violinista amateur, Ricardo empezó a aficionarse a la buena mesa y cada domingo salían con el viejo Citroën a recorrer los pueblos de la Toscana, donde probaban los platos típicos y compraban aceite, embutidos y setas con los que Irene aprendía a preparar sabrosos platos de pasta. Ricardo improvisó una pequeña bodega en la estrecha y oscura despensa del apartamento, en la que atesoraba los Chianti, el Rosso di Montalcino o el vino Nobile di Montepulciano. Luego los bebían en las largas cenas caseras que terminaban, todavía con una copa en la mano, en la quieta penumbra del dormitorio. Eran felices. Los dos. No había nada más que un largo placer sostenido entre los sueños comunes y el suave otoño toscano.

A mediados de noviembre recibieron una visita inesperada. Adam Fertig los llamó desde Roma.

—Estaré aquí solo cuatro días. Pero el lunes puedo acercarme a Siena.

Llegó a primera hora de la mañana, cuando Ricardo e Irene se acababan de levantar. Irene lo encontró cansado y abatido.

—Michelle me ha dejado tirado.

Michelle era la violinista alsaciana con la que Adam había formado el dúo Sweelinck.

—He venido a Roma para entrevistarme con un italiano que podría estar interesado en sustituirla. Tengo dos actuaciones firmadas para el Concertgebouw a principios de año y no tengo violinista.

Habían salido a enseñarle la ciudad y estaban tomando un *espresso* en un café de Via Camollia. Tras el ventanal se veía pasar a las elegantes mujeres italianas cargadas con bolsas multicolores.

—¿Y qué ha pasado con el italiano? —preguntó Ricardo—. ¿Ha aceptado?

—Soy yo el que no ha querido aceptar. ¿Te puedes creer, *darling*? El tipo pretende imponerme el repertorio. Al parecer no le gustan los músicos posteriores al Romanticismo, nada de Ravel, ni Bartók, ni Dvořák. Y por supuesto, nada de Schönberg, Stravinsky o Debussy.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé, buscaré a alguien. No puede ser tan difícil, querida.

Irene guardó silencio. Sabía lo que Adam estaba pensando. No se lo propuso directamente, al menos no en ese preciso momento, pero era innegable que la mejor sustituta que Adam Fertig podía encontrar para ocupar el puesto de su violinista alsaciana era ella. Habían tocado juntos y compartían ciertos gustos estéticos, los músicos de principios del siglo xx por ejemplo, y además ambos sabían que ella estaba en deuda con Adam por haberla acompañado al piano durante el concurso Van den Eynde. Intuyó que de algún modo Ricardo se había hecho ese mismo razonamiento, porque esa tarde, cuando volvió de la Accademia, le hizo a su vez una propuesta.

—Tengo que empezar a preparar mi concierto de este trimestre. He elegido la obra: Beethoven, el *Concierto para violín y orquesta en re mayor*. ¿Qué te parece?

Irene estaba preparando unas *bruschette* para la cena. Adam había regresado a Roma visiblemente defraudado y ella se sentía terriblemente desleal, pero no podía soportar la idea de tener que alejarse de Siena y de Ricardo.

—¿Beethoven? —preguntó extrañada—. Pensé que querías dirigir un estudio sinfónico, algo de Elgar o de Britten, me dijiste.

—Bueno, pero he cambiado de idea. Tú siempre me has dicho que te gustaría tocar ese concierto, ¿verdad?

Irene sonrió y se encogió de hombros, como si aplazara el deseo para un día lejano. Ricardo se acercó, la besó en el pelo y luego le susurró al oído:

—Te he propuesto como solista.

Irene se apartó hacia atrás para ver que no mentía.

—¿A mí? —exclamó sorprendida.

Las *bruschette* empezaban a oler a quemado. Irene las sacó de la parrilla y las volcó rápidamente sobre un paño de cocina.

—Pero ¿el violinista no tiene que ser un alumno de la Accademia? —insistió mientras raspaba con un cuchillo las partes ennegrecidas.

—En teoría sí, pero creo que eso se puede arreglar. Déjalo de mi cuenta.

Se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos. Siempre que hacía eso, Irene se quedaba paralizada.

—Sabes que haría cualquier cosa —dijo él— con tal de retenerte a mi lado.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Pero si no he dicho que fuera a irme a ningún sitio.

—Lo sé. Pero te conozco muy bien. En cuanto Adam te lo pida un par de veces, claudicas y te vas a Amsterdam con él.

Le acarició el vello de la nuca con la punta de la nariz. Olía a almendras dulces. Era un olor que a Ricardo le encantaba.

Irene se había quedado rígida, pendiente solo de su aliento. Tenía un cuchillo en una mano y una *bruschette* en la otra. Cuando los dedos de Ricardo se abrieron paso a través de su blusa contuvo la respiración. Siguió con deleite las caricias en el borde del sujetador, inmóvil, mientras los largos dedos morenos entraban y salían de los bordes de encaje.

—Necesito ponerte una bola en los pies para que no te puedas ir, aunque lo desees.

Los dedos iban y venían. Detestaba esa espera, esa postergación. Cuando ya no pudo más arrojó la *bruschette* y el cuchillo sobre la encimera, cerró los ojos y se giró.

—No quiero irme, no quiero pasar una sola noche sin ti.

La voz. Su voz. Grave, un poco áspera, una voz que surge del vientre y no de la garganta. Una voz increíblemente sexual. Esa que él había descrito como el sonido de una viola *d'amore*.

Y mientras tanto él. Usando todas sus armas. ¿Cómo había conseguido que sus dedos jugaran ahora con el borde de las bragas, cuándo habían conseguido abandonar la leve presión del sujetador para bajar de pronto más allá de la cintura e introducir la mano entera, ahora sí, la palma contra el vello púbico, y un dedo complaciente deslizándose por algo que en su cabeza era tan enorme y misterioso como una gigantesca sima?

—En toda mi vida —añadió con un gemido.

Fue ahora ella la que desabrochó la hebilla del cinturón e introdujo una mano ávida por el elástico del calzoncillo. Sus dedos también sabían cómo paralizar a Ricardo. Jugaron el uno con el otro hasta que Ricardo la llevó hacia el sofá.

—Entonces Beethoven no será suficiente. Un día de estos tendré que tirar a la basura esas píldoras *antibaby*...

Querida Candela. Antes de que existieras fuiste una dulce amenaza, una cárcel del amor, una prisión del deseo.

Ensayaron durante todo el mes de diciembre, hasta el día veinte, fecha en la que estaba prevista la representación. A Irene le gustaba aquella sensación de complicidad que generaba el trabajar de nuevo juntos.

Ricardo se reveló como un director puntilloso y exigente, a veces un poco tiránico. Era difícil complacerle. Cuando ella abordaba el segundo movimiento con demasiado brío, él gritaba:

—Más dulce, más dulce, piensa que es una *romanza*. Tiene que resultar melancólico, no trágico...

Y cuando se dejaba llevar por el ímpetu dinámico del tercer movimiento, él mandaba callar a las trompas y le exigía:

—No cortes las frases, quiero que suene como un vals, no como una jodida marcha militar.

Y entonces ella rebajaba el dinamismo que la orquesta le pedía, trataba de languidecer las frases, detener el tempo...

Y él volvía a gritar:

—Demasiado lento, ¿es que no oyes los oboes?

No podía decir que le desagradara; en el fondo se sentía orgullosa. Ricardo estaba realizando su sueño y lo hacía bien. Su papel era ayudarlo a conseguirlo.

Fue una decisión personal. Nadie le obligaba a hacerlo. Ricardo la necesitaba y ella se dejó atrapar en aquella dulce telaraña que tenía por objeto mantenerlos juntos. Y cuando tuvo lugar la representación, tocó como él necesitaba y no como ella lo hubiera hecho. No se permitió más licencia que un *legatissimo* al final de la coda del primer movimiento, una forma de detener el tiempo que a Ricardo le pareció bien desde el primer momento. Cuando el director es también violinista, el papel del solista se complica notablemente, eso lo sabía Irene, porque no dirigen solo a la orquesta sino que conciben la actuación del solista con sus propios esquemas y tienden a pedir que toque la obra como ellos mismos lo habrían hecho.

Y a pesar de no ser ella misma, a pesar de haber adoptado aquella actitud sumisa y complaciente, el concierto resultó un éxito para ambos.

Esa tarde, cuando por fin se quedaron a solas y llegaron a casa, Ricardo la desnudó lentamente: el sencillo vestido que la propia Irene se había hecho con un retal de encaje holandés, las medias oscuras, los zapatos de tacón fino, todas esas prendas cayeron al suelo y él la cubrió de palabras, de urgencia, de deseo. Cuando sudorosos y apresurados se levantaron de la alfombra, Ricardo la cogió del brazo:

—Tenía razón Armand, te comes el escenario.

Estaba desnuda ante él.

—Te miraba con ese vestido de encaje y los brazos desnudos y me acordaba de sus palabras: no tocas, es como si abrazaras el violín, como si la música saliera de tu cuerpo y no del instrumento. Un par de veces has conseguido distraerme.

En esos momentos Irene pensó que había encontrado el modo de que sus personalidades, dispares en un principio, encajaran por fin. Con Ricardo resultaba más práctico ceder que oponerse a él. Cuando hacía las cosas como él quería, resultaba el hombre más encantador del mundo.

Todo fue bien hasta que recibieron la siguiente visita. Los padres de Irene decidieron pasar las Navidades con ellos. Todavía no conocían al hombre con el que se había casado su hija.

A Irene aquella visita la llenó de felicidad y, al mismo tiempo, de desasosiego. Ricardo y ella fueron a recibirlos al aeropuerto de Roma. Se sentía ilusionada y también un poco intranquila; conocía el carácter de su padre, rígido, autoritario, implacable, y temía que no se llevara bien con Ricardo. Pero cuando bajaron del avión ya no eran los padres estrictos y protectores, en el aeropuerto de Roma tenían el gesto desconcertado e inseguro de quien está fuera de su sitio.

Irene los abrazó emocionada y notó el olor a bolas de naftalina que desprendían sus abrigos. Luego presenció cómo Ricardo los saludaba con frialdad, quizá porque él también estaba tenso e inseguro, pero esa escena se convirtió en el caldo de cultivo de un sinnúmero de desavenencias que teñirían de oscuro la felicidad conquistada en Siena.

Cenaron tarde después de un largo y accidentado viaje desde Roma. El viejo Citroën se calentó varias veces y tuvieron que parar en el arcén de la *autostrada*. Los padres estaban violentos. Irene también. Ricardo se fue poniendo de peor humor a medida que avanzaban las dificultades. Y cuando aparentemente todos se habían relajado después de un buen plato de pasta y uno de aquellos vinos de la despensa, surgió el tema que los había llevado allí.

La madre estaba ayudando a Ricardo a recoger la mesa. Irene se había quedado apurando la copa de vino junto a su padre.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Mordisqueó un trozo de pan que había quedado sobre el mantel—. Quiero decir si estás pensando en abandonar tu carrera.

Irene miró a su padre, sorprendida.

—¿Abandonar? —preguntó aplastando distraídamente un trozo de corteza con el dedo—. ¿Por qué dices eso?

—Bueno, te has casado. Y al parecer no estás haciendo nada de provecho en estos momentos. Has aprendido a cocinar, y muy bien por cierto, pero eso no es lo que tu madre y yo esperábamos de ti.

Otra vez la visión del viejo paragüero modernista, el espejo ovalado y vacío, sin la imagen de una mujer adulta, tan solo ese cristal biselado que reproducía la infancia.

Ni Ricardo ni la madre habían podido oír la conversación, pero cuando volvieron de la cocina Irene había vuelto a ser la niña que se esfuerza en obedecer porque teme que se enfaden con ella.

El domingo los llevaron a conocer los pueblos de la Toscana. Ricardo preparó un itinerario por el centro de la región que empezaba en Torrita di Siena, seguía por Montepulciano, San Quirico d'Orcia y terminaba en Montalcino. Era un recorrido circular, sin demasiados kilómetros; Ricardo e Irene habían estado en esos hermosos lugares más de una vez durante sus escapadas gastronómicas, de modo que Ricardo había preparado para los padres de Irene un detallado itinerario que incluía tanto las

iglesias, conventos y catedrales más importantes como las bodegas, almazaras y tiendas de productos artesanos en las que podrían encontrar trufas, tomates secos, *porcini* y toda clase de embutidos y pasta.

Al principio todo fue bien. En Torrita visitaron la iglesia de Santa Fiora y Lucilla, de los siglos XIII y XIV, en cuyo interior había un cuadro de Donatello de una belleza espectacular.

Mientras tomaban un *espresso* en uno de los minúsculos bares cercanos a la estación, Ricardo les explicó a los padres de Irene que en Torrita se celebraba *Il Palio dei Somari* (la carrera de los burros) que tiene el mismo origen que *Il Palio di Siena*, pero en pequeño y con los hombres del pueblo cabalgando en burro en lugar de a caballo.

—En este pequeño pueblecito, aunque parezca increíble, se celebra uno de los festivales más importantes de Europa: el Festival de Blues de Torrita di Siena, en el que participan músicos de todo el mundo, incluso vienen de Nueva Orleans.

Todo era aparentemente cordial; de hecho Ricardo había hecho un esfuerzo enorme por agradar a sus suegros, pero a medida que avanzaba el día Irene iba teniendo la impresión de que algo no iba bien. Por una parte agradecía el esfuerzo de Ricardo, pero notaba que su obsequiosidad tropezaba con la indiferencia de los padres. Y no podía culparlos. Ricardo les ponía la Toscana ante los ojos sin darles tiempo a descubrir por sí mismos si aquello les gustaba o no.

En Montepulciano visitaron la Piazza Grande, rodeada de los edificios históricos más importantes de la ciudad: la catedral, del siglo XVI, el Palazzo Bucelli, barroco, con una fachada impresionante llena de urnas funerarias etruscas, la iglesia de San Agustín y el espléndido Palazzo Cervini, construido a instancias del cardenal Cervini, quien se convertiría en el papa Marcelo II.

Los padres seguían obedientemente a Ricardo, pero era evidente que todo aquel despliegue artístico los abrumaba.

—Creo que están empezando a sentir el síndrome de Sthendhal —le dijo Irene en voz baja a Ricardo—. Van a sufrir un ataque de arte agudo.

Todavía bajaron las estrechas y tortuosas calles para ver la iglesia de San Biaggio. Hacía un viento helado que la situación de la ciudad, elevada sobre una colina rodeada de cipreses, no mitigaba en absoluto. El aire serpenteaba entre los viejos edificios de ladrillo rojo, los palacios, las tiendas de antigüedades y las bodegas, para golpear el rostro de los viandantes de improviso.

—Vamos a tomar un *prosecco* —propuso Irene al finalizar la visita de San Biaggio—. Es un vino blanco espumoso que está buenísimo. Y no es nada caro —aclaró—, aquí lo toma todo el mundo de aperitivo.

Pero Ricardo los llevó a tomar el humilde *prosecco* al Caffé Poliziano, un deslumbrante establecimiento del siglo XIX con salón de té y restaurante.

—Es de estilo art déco —explicó Ricardo a la madre, que contemplaba el local visiblemente admirada—, como la mayor parte de los grandes cafés europeos.

Había algo, una especie de falta de sintonía. Ricardo se esforzaba por atender a sus suegros del mejor modo que conocía, diríase que les obsequiaba hasta el límite en el que ya no se podían sentir cómodos. No les dejaba espacio ni oportunidad para opinar, ni siquiera tiempo para digerir lo que veían. Tal era su afán por resultar un anfitrión atento. Ellos, por su parte, se dejaban llevar obedientemente, pero Irene conocía a su padre, era un hombre metódico y austero, todo aquel despliegue no podía ser de su agrado.

En San Quirico D'Orcia estalló el malestar. Se habían acercado a ver la Colegiata, un precioso edificio construido en piedra arenisca y mármol travertino. Dentro había un espectacular coro barroco, un órgano del siglo XVIII, y algunas obras pictóricas del Renacimiento, entre ellas un tríptico del siglo XV, obra de Sano di Pietro.

Ricardo lo elogió con tanto entusiasmo que acabó por arañar el patriotismo mal entendido del padre de Irene:

—Bueno, en Madrid tenemos uno de los mejores museos del mundo. Realmente no hace falta salir de España para ver las grandes obras del Renacimiento italiano. Allí hay cuadros de Fra Angelico, Rafael, Botticelli, Miguel Ángel. Solo de Tiziano hay más de cuarenta lienzos en el Museo del Prado.

Cuando entraban en el Palazzo Chigi, Ricardo parecía definitivamente abatido.

—Ten paciencia —le pidió Irene en voz baja—, no han salido nunca de España, se sienten abrumados y reaccionan mal. No es que no te lo agradezcan, es que no saben lo que están viendo.

Todavía hubo un intento de recuperar el buen ambiente, y por un momento pareció que podía dar resultado. Antes de salir para Montalcino dieron un pequeño paseo por el Horti Leonini: un parque muy grande, proyectado a la manera de jardín italiano en el siglo XVI. En el fondo del parque y detrás de una de las plazas había un bosque de estilo inglés.

—Esto sí que es bonito, mira, las cosas como son —dijo el padre queriendo resultar agradable—, se parece un poco a los jardines del Palacio Real.

Entonces Ricardo respondió con un tono agriamente irónico:

—No es de extrañar, los jardines de Sabatini los diseñó un italiano.

En Montalcino, antes de comer, visitaron la Forteza, en cuya planta baja había una elegante enoteca.

—Vamos a probar unos vinos de la zona —propuso Ricardo—. Y si os gustan compramos unas botellas para beberlas en casa.

Había una gran variedad de Brunello, la denominación de origen de la zona, y algunos sencillos Rosso de Montalcino, cuyo precio no obstante igualaba al del mejor vino español.

El padre estuvo mirando una botella de Brunello fechada en 1940, mientras la madre intentaba traducir las liras a pesetas.

—¡Cuesta casi cincuenta mil pesetas! —exclamó.

La dependienta los miraba con prevención. Era evidente que no resultaban el tipo de compradores que podían adquirir esa botella. Y entonces Ricardo reaccionó de ese modo impulsivo que Irene admiró al principio y después, con el paso de los años, consiguió sacarla de quicio en más de una ocasión. Cogió la botella y se la entregó a la dependienta.

—Lo beberemos esta Nochebuena.

Irene pensó con espanto en el dinero. Eran sus ingresos de dos meses, ¿cómo iban a pagar el alquiler o la gasolina?

La madre le tiró de la manga del abrigo.

—Hija, por Dios, no le dejes que la compre.

Pero ella sabía que no podía impedirlo, que eso sería aún peor. Solo era cuestión de apretarse un poco el cinturón.

En el coche, ya de regreso, Ricardo trató de justificar aquella compra con una charla exhaustiva sobre los vinos de la Toscana y en especial sobre el Brunello de Montalcino.

—La variedad de estos vinos es una uva que se llama *sangiovese*, que en italiano quiere decir algo así como la «sangre de Júpiter». La *sangiovese grosso* posee unos racimos muy apretados, el hollejo es grueso y suelta menos zumo, lo que significa que los vinos tienen una mayor concentración, un color más intenso y una mayor capacidad para el envejecimiento. Por eso se valoran tanto dentro como fuera de Italia.

Irene veía a sus padres a través del retrovisor. El rostro del padre expresaba un desprecio evidente. El de la madre una honda preocupación.

Al día siguiente era Nochebuena. Irene los llevó a ver *il pesepre* que habían montado en la Loggia de los Mercaderes. Caminaron por Via Banchi di Sopra y desde allí subieron hasta Porta Camollia, donde algunas de las casas cercanas a la muralla exhibían todavía los estandartes desteñidos del *Terziere*. Las tiendas de Via Camollia exhibían artículos de precios desorbitados y las calles adyacentes estaban repletas de gente que entraba y salía de los comercios con grandes bolsas. La ciudad entera parecía un lujoso mercado navideño. Algunos comerciantes habían extendido alfombras rojas sobre la acera.

En una pastelería cercana a la Piazza Il Campo compraron un *tortino di mele*, tarta de manzana con crema inglesa. Irene no dejó que su madre la pagara.

—Estos italianos viven de las apariencias —comentó el padre cuando salieron de la pastelería—. Tu madre y yo hemos pasado toda la vida privándonos de cosas que aquí se consumen sin ton ni son. Esa tarta que has comprado no vale ni la décima parte si se hace en casa.

—Bueno, Agustín, déjalo ya, ¿no ves que la chica tiene que vivir su vida? Ellos sabrán.

Irene ya suponía que habían estado hablando entre ellos. No quiso preguntar, porque sabía de antemano que el resultado de aquella visita no era favorable a

Ricardo ni a la vida que hacían en Siena.

Esa noche bebieron el maravilloso Brunello, pero nadie lo disfrutó como se merecía. Irene preparó una *ribollita* con un suave queso *pienzino* y unos *funghi porcini* con virutas de *foie*. Cada vez que alguien cogía la botella de Brunello, el gesto del padre se agriaba. Cuando sacaron el *tortino di mele* y Ricardo puso sobre la mesa una botella de Grappa, el malestar se mitigó considerablemente, pero la sangre de Júpiter había hecho estragos entre las personas que Irene más quería.

Al día siguiente, después de la comida de Navidad, Irene los llevó al aeropuerto de Roma. Ricardo puso una disculpa y no fue a despedirles.

Cuando estaban a punto de embarcar, el padre soltó una de sus frases lapidarias y ese fue el recuerdo que a Irene le dejó la Navidad:

—Me voy más tranquilo. Viendo la afición que tiene tu marido a gastar dinero creo que pronto tendrás que ponerte a trabajar. No te va a quedar más remedio.

En el viaje de vuelta a Siena, conduciendo a solas por la *autostrada*, se sentía acorralada y confusa. Solo quería escapar, irse al algún lugar donde nadie tirara de ella en direcciones opuestas.

Pero todavía no habían acabado las complicaciones. Cuando llegó a casa, encontró a Ricardo preparando la maleta.

—Voy a ir un par de días a Londres, a ver a mi abuela. Necesitamos algo de dinero.

No pudo evitar pensar que la botella de Brunello había costado algo más que aquellas cincuenta mil pesetas que pagaron en Montalcino.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Irene, dominándose para no hacerle ningún reproche.

—No, es mejor que vaya solo. Sé cómo conseguir que la vieja suelte la pasta.

A Irene no le gustó aquello, le pareció mezquino y caprichoso. Un comportamiento propio de un niño inconsciente. Pero no dijo nada. Ricardo se fue a Londres y ella llamó a Adam y se ofreció para tocar en el Concertgebouw. Cuando Ricardo regresó, los dos tenían escrita una página más en sus respectivos cuadernos de agravios.

Que vuelva a suceder lo que no sucedió. Holanda de nuevo. Se alojó en casa de Adam Fertig y volvió a los lugares en los que había vivido hacía menos de un año, aunque Rotterdam le pareció una ciudad totalmente desconocida. Había niebla constantemente y el frío húmedo e implacable se metía en los huesos como un cuchillo. Los días eran cortos y oscuros, y las noches demasiado largas sin Ricardo. Tuvo miedo de haber ido demasiado lejos, y en más de una ocasión sintió que estaba poniendo en peligro su matrimonio. Pero ya era tarde. No podía salir corriendo hacia Siena y dejar tirado a Adam.

Ni siquiera el reencuentro con los viejos amigos la consoló de aquella torpe huida. Hugo y Armando seguían en Rotterdam, pero la Tierna había regresado a El Salvador. Nadie sabía nada de Chisán. Armando le contó que le había escrito a Antofagasta y que él tampoco había recibido respuesta. Era como si la tierra se lo hubiera tragado.

Solo la música la consolaba. Adam y ella ensayaron de manera intensiva durante dos semanas. Prepararon las piezas románticas de Dvořák y la sonata para violín y piano de Ravel, un programa que años después Irene escucharía tocar al propio Ricardo en la Konzerthaus de Viena, en una tormentosa actuación que sellaría su matrimonio para siempre. A veces las cosas se repiten de una manera tan cruel que podría decirse que estaban previstas de antemano.

Hicieron un pequeño cambio en el programa. Aunque Adam había comunicado a la organización que en la segunda parte tocarían una de las sonatas de Debussy, Irene le convenció para que interpretaran *El buey sobre el tejado*. Adam se resistió en un principio, pero luego sopesó la propuesta y aceptó el cambio por motivos estrictamente prácticos. Aun así, y sin que Irene lo supiera, antes de tomar una decisión le pidió consejo a Nicoleta Studeny.

En un principio Nicoleta consideró un disparate aquel cambio de última hora y, aunque la obra de Milhaud tenía una menor envergadura que la sonata de Debussy, finalmente cambió de opinión, teniendo en cuenta el poco tiempo del que disponían para ensayar y el estancamiento profesional de Irene.

—Lleva meses sin tocar —le dijo con amargura a Adam—, seguramente Debussy es demasiado para ella. Ten en cuenta que es una chica un poco insegura, si tiene temor a no hacerlo bien se bloquea, se repliega sobre sí misma como una pequeña tortuga asustada.

Adam no tuvo más remedio que reconocer que Nicoleta tenía razón.

—A ti no te costará nada interpretar esa pequeña fanfarria de Milhaud —añadió la rumana, con desdén— y en cambio a ella le proporcionará un plus de seguridad que, seguramente, le hace mucha falta en estos momentos.

Adam no le dijo nada a Irene de esta conversación con su antigua profesora. Ella tampoco le preguntó. Al parecer ninguna de las dos había superado el desencuentro que las había distanciado unos meses antes.

Llegó el día del concierto. Iban a ofrecer dos representaciones, una el sábado por la noche y otra el domingo por la mañana. Adam y ella viajaron en tren a Amsterdam y se alojaron en un pequeño hotel cerca del Concertgebouw. Adam estaba muy nervioso; iban a tocar en uno de los mejores auditorios del mundo, el tercero en importancia junto al Symphony Hall de Boston y el Musikverein de Viena.

—Tenemos que ir a ver la sala —le dijo nada más deshacer las maletas—. Quiero comprobar si es cierto que tiene esa prodigiosa acústica que dicen.

Entraron en el majestuoso edificio neoclásico. Hacía una mañana fría y desapacible. A través de la niebla se distinguía la gran lira dorada que coronaba la cúspide y tres largos carteles que colgaban de la portada central. En uno de ellos estaban escritos sus nombres.

El interior del edificio había sido decorado también al estilo del clasicismo vienés: escaleras de mármol, arcadas pintadas en tonos suaves y lujosas alfombras. Irene pensó en su padre, el recuerdo de su viaje por la Toscana todavía le escocía secretamente y no pudo evitar imaginarse la cara que pondría si la viera.

Una azafata vestida con uniforme rojo los acompañó a la Grote Zaal, el auditorio principal que, según les explicó, tenía capacidad para dos mil personas.

—La acústica de la Grote Zaal —recitó con profesionalidad la joven holandesa— tiene un tiempo de reverberación de dos con ocho segundos sin público, y dos con dos segundos con público. Aquí se han tocado muchos conciertos históricos, Wagner, Händel, Bach, Beethoven, pero sobre todo la mejor obra sinfónica de Gustav Mahler. Es una sala ideal para el repertorio romántico tardío.

Alguien había encendido las luces para que pudieran ver el recinto en todo su esplendor. Los arcos superiores estaban iluminados desde dentro y tres grandes lámparas cuadradas incrustadas en el artesonado del techo daban luz al escenario. Las tribunas y los palcos guardaban una perfecta simetría y todo el patio de butacas y el primer piso tenían puertas laterales, arcos y columnas de hierro forjado. La azafata seguía con sus explicaciones.

—En la actualidad, se interpretan en el Concertgebouw cerca de ochocientos conciertos al año, para un público total de ochocientos cuarenta mil personas, lo que la convierte en una de las salas de concierto más visitadas del mundo.

—Algún día tocarás en la Grote Zaal —le susurró Adam al oído—, estoy seguro, *darling*.

Luego los llevaron a ver la sala de cámara.

—La Kleine Zaal —explicó la azafata con el mismo tono profesional— posee una característica forma oval, de unos veinte metros de longitud y quince de anchura, y se considera un auditorio idóneo para las representaciones de música de cámara y lieder.

Era un espacio cálido y acogedor, menos vistoso que la Grote Zaal, pero hermoso y envolvente, con un magnífico órgano presidiendo el escenario. Parecía un pequeño teatro de corte. Adam revisó el piano y lo encontró en perfecto estado. Las notas que tocó recorrieron la sala como pequeñas luciérnagas sonoras mientras las luces del

artesonado se encendían una a una y las lámparas de las puertas laterales lo hacían piso por piso.

Allí estaban. Adam y ella, como unos meses antes, cuando Irene competía por un primer puesto en el concurso Van den Eynde. Había algo profundo y sólido entre ellos, un nexo que los unía más allá de las diferencias personales. Era abstracto y difícil de explicar. Era la música.

Irene sacó el violín, Adam se acomodó junto al piano y ensayaron una vez más en la sala vacía. Luego volvieron al hotel a descansar durante un par de horas.

Cuando llegó a la habitación se sentía mal. A disgusto consigo misma. El vestido de encaje estaba extendido sobre la cama. Era sencillo, apenas entallado, con un escote recto que daba la vuelta a la espalda y se sujetaba con unos finos tirantes de raso. Por debajo del encaje negro, Irene le había cosido un forro de seda beige. Recordó el día que lo había estrenado, en el concierto de la Accademia Chigiana, y lo hermosa que Ricardo le había hecho sentirse en aquella ocasión. En cambio, ahora se encontraba terriblemente cansada y deprimida. Ni siquiera la excitación del concierto conseguía sacarla de su abatimiento.

Lo decidió mientras se contemplaba en el espejo. Quería cambiar. Algo, lo que fuera. La expresión abatida de su joven rostro, el tono apagado de las mejillas... Se recogió el pelo en lo alto de la cabeza y lo sujetó con un pasador, pero el resultado fue el mismo de siempre: una melena larga y ligeramente ondulada, sin la más mínima sofisticación. No lo pensó dos veces, salió de la habitación y preguntó a la dueña del hotel dónde había una peluquería. Un par de calles más allá encontró una en un pequeño centro comercial. No sabía lo que quería que le hicieran, solo pidió que le cambiaran el peinado rápidamente.

—Un buen corte sería lo mejor —le aconsejó la peluquera.

Era una chica muy joven, pelirroja y con la cara cubierta de pecas.

—Dispongo de una hora. Haga lo que pueda en ese tiempo.

Y se abandonó en manos de aquella desconocida. Cuando vio su rubia melena convertida en mechones sobre el suelo sintió ganas de llorar, pero en cosa de minutos aquella chica pelirroja le aplicó una abundante capa de gomina y esculpió con destreza grandes ondas sobre el pelo, que ahora parecía rescatado de una postal de los años veinte.

—Es muy original —reconoció mirándose en el espejo que la chica paseaba por su nuca.

—Y le sienta muy bien. Está realmente elegante, pero ahora debería maquillarse adecuadamente, sobre todo los ojos y los labios.

Aún faltaba casi una hora para que comenzara el concierto, pero estaba segura de que Adam empezaba a impacientarse.

—Lo haré, desde luego.

Camino del hotel se miró un par de veces en el reflejo de los escaparates. No podía decidir si el cambio le gustaba, pero cuando subía apresuradamente la escalera

del hotel vio a Adam vestido con el esmoquin y recorriendo nervioso el pasillo junto a la puerta de su habitación. El gesto que cambió su impaciencia en admiración le devolvió la confianza.

—¡Dios mío, qué cambio! ¡Es fantástico, querida!

—¿De verdad te gusta?

—Claro que me gusta, pero ahora vístete rápidamente o tendrán que administrarme un calmante para que pueda tocar.

Se maquilló y vistió en menos de un cuarto de hora. Cuando salió de la habitación con el abrigo en la mano Adam seguía en el pasillo. Le quitó suavemente el abrigo y la funda del violín, y le hizo dar un par de vueltas sobre sí misma sin decir una palabra. El encaje negro se movía sobre el forro de seda creando la curiosa sensación de que lo hacía sobre la piel desnuda.

—¿Qué? —preguntó Irene—. ¿Cómo estoy?

Adam la besó en la frente.

—Divina, *darling*. Pareces lady Edwina Mountbatten. Pero me temo que vas a tener que tocar muy bien, porque nadie podrá hacer otra cosa que mirarte.

Así era Adam. A Irene le resultaba asombrosa su capacidad para frivolar. Pero por encima de aquella máscara superficial y alegre, Irene sabía que podía contar con él, que era un apoyo sólido. Sintió que la tensión cedía y que poco a poco recuperaba el ánimo, pero aun así echaba en falta a Ricardo. Lo necesitaba mucho más de lo que había necesitado nunca a nadie, con intensidad, casi con violencia. Por un instante, un momento muy pequeño, recordó a Chisán, las frías noches en la casa de Middellandstraat cuando recostaba la cabeza sobre su hombro y se quedaban dormidos el uno junto al otro con el fantasma del deseo no correspondido flotando alrededor de sus jóvenes cuerpos. Qué diferente era esa sensación de la que había experimentado después con Ricardo. Era como si hubiera vivido de prestado hasta que lo conoció, como si no hubiera tenido patria ni destino, como si hubiera sido huérfana.

—Anima esa cara, chiquilla —le rogó Adam—. Que vas a tocar en el Concertgebouw y eso no ocurre todos los días.

En la entrada de los camerinos los esperaban Hugo, Armando y Ana. Todos celebraron con entusiasmo el nuevo aspecto de Irene.

—¿De verdad te has hecho tú el vestido? —preguntó Ana—. Pues me lo tienes que prestar cuando actúe en Italia, porque voy a ir en mayo a Florencia.

Empezaron a hacer planes para esa fecha. Como dos viejas amigas que ansían encontrarse de nuevo. Ana iba a actuar en el Maggio Fiorentino con una orquesta belga. Estaba entusiasmada porque era su primer viaje a Italia. Y entonces, surgido de la nada, apareció Ricardo. Su largo pelo cobrizo agitándose al ritmo de los apresurados pasos, el elegante abrigo inglés y la bufanda moviéndose hacia atrás desplazados por el ímpetu con el que se acercaba. Irene soltó el violín y se precipitó

en sus brazos. Toda su alma, su cuerpo, sus dedos y sus hombros soltaron el pesado lastre que habían sostenido durante las últimas semanas.

—¿Qué ha pasado con tu pelo? —le susurró al oído.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Ricardo sonreía.

—Estás preciosa. Y este vestido me vuelve loco —añadió pasando lentamente la mano por el encaje. Irene sintió el confortable calor de su tacto deslizándose sobre la blonda, resbalando con ella por el forro de seda en una doble caricia.

No podía dejar de abrazarlo. Adam se había acercado y fingía toser para que le prestaran atención.

—Creo que tienes que irte —susurró Ricardo sin mirarle. Irene tampoco lo miró. Se volvieron a besar como si Adam no existiera—. Ya, ya —dijo Ricardo separando sus labios de los de ella—. Vete ya.

Se separaron a duras penas, parecían pegados el uno al otro como dos metales imantados.

El escenario oval de la Kleine Zaal. En la primera fila están sentados Hugo y Armando, junto al pasillo lateral, y en el otro extremo, a la derecha del escenario, un lugar en el que apenas podrá distinguir la actuación del pianista, se encuentra Ricardo, tan relajado que parece desdeñoso, con un brazo extendido sobre el respaldo de la butaca contigua y el abrigo abandonado sobre las largas piernas cruzadas. Irene se fija en el brillo de sus elegantes zapatos italianos. Luego eleva nerviosa la mirada y descubre dos filas más atrás a Nicoleta Studeny, con sus trenzas recogidas alrededor de la cabeza. Instintivamente, cuando Irene levanta el arco para empezar a tocar los primeros acordes de Dvořák, busca con la mirada el cuaderno negro de tapas de hule en el regazo de Nicoleta. Siente su presencia invisible. Como un cálido reproche, como un refugio y al mismo tiempo una amenaza. Durante el resto de su vida sospechó que una mano secreta seguía anotando en esa libreta cada uno de sus fracasos.

Suena el *allegro moderato*, la *Cavatina*, la primera de las cuatro piezas románticas de Dvořák. Para Adam la partitura emerge ahora inédita, no es la misma obra que tocaron en los ensayos, al menos no lo parece, se ha transformado en algo distinto. Irene acomete una ejecución vibrante, encendida. El clima ligeramente evocador de la *Cavatina* pasa a ser más alegre en el *Capriccio*, de nuevo nostálgico en la *Romanza* y más tarde elegíaco, obsesivo, sublime en la reiteración del *larghetto*. Irene detiene el tempo, se recrea, llena la sala de armonías y colores, a veces subraya las frases con una intensidad desconocida. El cuarto movimiento dura tanto como los tres anteriores. Adam la ha contemplado embelesado desde el piano, siguiendo a ciegas los impulsos de Irene, que parece tener una batuta en las manos en lugar de un simple violín.

Y después de los encendidos aplausos llega Ravel, la *Sonata* de 1927. Desde el escenario, Irene ve que Ricardo se ha cambiado de sitio y que ahora se sienta junto a Ana en la butaca justo detrás de Nicoleta. No puede verlos bien a ninguno de los dos,

solo cuando él se inclina hacia un lado para comentarle algo al oído y ella acerca la cabeza. Suenan las primeras notas del piano. El *allegretto* que Adam comienza en solitario dura algo menos de lo que tenían previsto en un principio. Irene ha entrado a los quince segundos, paciente y sosegada, siguiendo a ese piano que pronto queda en segundo plano, detrás de ella, porque en los primeros minutos no se oye ni se ve otra cosa que el sonido de un violín y una hermosa mujer ataviada con un delicado vestido de encaje en el centro del escenario. Irene llena la sala, no hay nada más, la música y ella, solo la música y ella.

Toca con una perfecta combinación de energía, entusiasmo y delicadeza. Adam la ha seguido forzando el tempo que habían establecido en los ensayos y, cuando ella le cede el sitio que el piano reclama, se establece entre los dos instrumentos un juego de sutilezas, de engranajes, de íntima armonía que llega a envolver al auditorio. En el segundo movimiento, el *moderato* que Ravel concibe como un blues, el cambio de actitud de Irene se hace mucho más evidente; la música del compositor francés ya no es un lamento oculto como en días anteriores, ahora es pura transparencia, un coro de voces, un cántico entusiasta de dos instrumentos que se acoplan como si nunca hubieran hecho otra cosa que tocar juntos. Finalmente, en el *perpetuum mobile* esos dos instrumentos que el propio Ravel definió como incompatibles en esencia, se individualizan y se insertan el uno en el otro como si fueran la preciosa maquinaria de un reloj, dos agujas dando vueltas, cada una a su ritmo, pero moviéndose juntas, con la precisión de un artilugio mágico.

Al final de la primera parte, la Kleine Zaal estalla en aplausos. Irene y Adam están agotados.

Han salido a saludar cuatro veces antes del descanso. En el pasillo hay demasiada gente para poder relajarse; Irene no conoce a la mayor parte de esas personas que la felicitan afectuosamente, mientras intenta alcanzar la puerta del camerino. Deja que le estrechen la mano y que la besen cuando ve acercarse por el fondo del pasillo a Nicoleta Studeny.

—Has tocado bien —le dice su profesora escuetamente. Al encontrarse de nuevo frente a frente nota que algo no va como debiera—. Pero en mi opinión teníais que haber redondeado la actuación con Debussy. *El buey sobre el tejado* no va a estar a la altura de la primera parte.

Irene quiere decir algo pero no puede.

—Es una lástima que hayas obligado a Adam a tocar esa pieza de Milhaud —añade Nicoleta—. No hará justicia a su talento.

De pronto su alegría salta hecha añicos. Busca con la mirada a Ricardo pero no le ve. Siente unas repentinas ganas de llorar.

—Ni al tuyo tampoco —concluye secamente Nicoleta.

Irene nota crecer la angustia dentro de su joven pecho. Donde antes había euforia ahora solo hay un brusco desencanto. Y un inconfesable temor a que Nicoleta Studeny tenga razón.

Pasan los segundos, los minutos, como lustros. Bebe agua, se retoca los labios, intenta recobrar el aplomo, pero no recupera la compostura hasta que llega Ricardo y la abraza precipitadamente sin decir una palabra. Irene está temblando. Tiene que salir de nuevo antes de que pueda desconectar el motor que está en marcha dentro de su cabeza, antes incluso de que pueda preguntarle a Ricardo qué le ha parecido la interpretación.

Ahora están otra vez sobre la media luna del escenario. El gran órgano mudo extiende su benéfica influencia sobre ellos. Adam y ella son ahora el dúo Sweelinck y van a tocar la segunda parte de un concierto que está resultando un éxito, diga lo que diga su antigua profesora. En su fuero interno sabe que Nicoleta tiene razón, aunque sienta ese miedo repentino a haberse equivocado.

Desde su butaca Ricardo le hace un gesto levantando el pulgar. Ha vuelto a sentarse en la primera fila. Ya están tocando. *El buey sobre el tejado, fantasía cinematográfica sobre aires sudamericanos, Op. 58*, de Darius Milhaud, la obra que Nicoleta considera una pequeña fanfarria y que Ricardo elogió en Florencia como una de las más alegres y vitales del siglo xx.

Milhaud había compuesto la obra con la idea de que sirviera de acompañamiento musical a una película de Charles Chaplin, pero luego se estrenó en una versión orquestal para ballet que fue experimentando numerosas adaptaciones, incluyendo la concebida para violín y piano. En la partitura que Irene compró en Florencia se incorpora a la obra original una *cadenza* compuesta por otro amigo y cómplice de Milhaud, Arthur Honegger.

Adam e Irene tocan sin desfallecer este *perpetuum mobile* de aires carnavalescos. En más de una ocasión tiene la impresión de querer estar fuera del Concertgebouw. ¿Dónde? ¿En Río? ¿En Sao Paulo? ¿En una ciudad lejana y desconocida que se llama Antofagasta? Nuevamente percibe en algún lugar secreto de su cerebro la presencia de Chisán, su olor, sus ojos negros y rasgados que la miran con un destello burlón. Con la música que se expande por la sala se precipitan también un millón de sensaciones vertiginosas, al ritmo de las sambas recuerda la risa de su joven amigo, con los *matchiches* lo ve tapado hasta la boca con una gruesa bufanda, el pelo sacudido por el vendaval que llega del mar del Norte, y otra vez la risa, la despreocupación, el humo del hachís y la música de jazz. Tiene que hacer un esfuerzo para no escapar de la Kleine Zaal tras ese incompleto fantasma, intenta volver a la realidad, mira a Ricardo que está sentado en la primera fila y se esfuerza por interpretar lo mejor que puede esa música que Milhaud creó durante su estancia como secretario del embajador Paul Claudel en Brasil. Vuelven al estribillo una y otra vez. La viveza del piano de Adam la libera interiormente de Chisán, de la casa de Middellanstraat, de Nicoleta y de todo lo que representan.

Los últimos compases. Adam e Irene repiten el rondó con una flexibilidad que discurre sin altibajos. Hay algo burlesco, frenético y cómico en esta obra. Un aire de pantomima que le hace sonreír interiormente. Sabe que la sala entera sonrío con ella,

que la gente tiene deseos de saltar de sus asientos y que en este final de fiesta todo el mundo es feliz y desea bailar.

Fue esa noche. No pudo ser otra. Irene estaba descansando de sus píldoras anticonceptivas, pero cuando llegaron al hotel Ricardo y ella hicieron el amor sin ningún tipo de precaución. Al día siguiente, Ricardo volvió a Londres. Su abuela estaba muriéndose y él debía vigilar su herencia.

Han pasado dos años. Irene y Ricardo viven en Londres, con Candela. Ricardo ha conseguido un puesto como primer asistente de Stefano Giarre al frente de la Orquesta Sinfónica de Bournemouth. La relación que estableció con Giarre en la Accademia Chigiana, mientras era su profesor, y la mención de honor con la que terminó sus estudios en Siena le han abierto un prometedor camino que Ricardo recorre con la determinación de los que se saben predestinados al éxito. Viven en la vieja casa victoriana que Ricardo heredó de su abuela, la misma casa en la que había pasado su adolescencia, pero él casi nunca está allí, viaja constantemente con la orquesta mientras Irene y la niña se quedan en Londres.

Irene odia la ciudad. Detesta la casa, enorme, húmeda y desvencijada, una casa sombría que no huele a ellos, sino a otros habitantes anteriores, llena de escaleras estrechas y recovecos por los que Candela siempre está a punto de caer y en la que constantemente se rompen cosas, un picaporte, el casquillo de una lámpara, un rodapié carcomido o el cierre de una ventana. Odia tener que llevar a la niña al parque vecino cuando casi es de noche, porque en invierno anochece tan pronto que no le da tiempo a nada y tiene que elegir entre salir con la niña después de comer, cuando aún es de día, o dejarla dormir la siesta. Aborrece también el estrecho jardín de rosales espinosos y hojas secas que hay en la parte trasera de la casa, donde Ricardo insiste en que la niña puede jugar sin peligro. Algunas mañanas, Irene se sienta allí con Candela y contempla los muros cubiertos de hiedra y el columpio oxidado que el abuelo de Ricardo mandó instalar cuando él era pequeño. A veces, las gotas del rocío nocturno cubren la pequeña franja de césped hasta el mediodía y los pequeños zapatos de Candela se mojan desde la puntera hasta el empeine. Después de Siena todo se ha vuelto oscuro y decadente, sus vidas están contagiadas de una tristeza que Irene no había sentido antes, ni siquiera en Holanda. Piensa que a ese país orgulloso y remilgado le han extirpado de raíz la alegría y que en los dos años que lleva viviendo en Londres su propia felicidad y la de su hija corren peligro de extinguirse. Ni siquiera la suavidad de la primavera londinense, exenta de los rigores de Rotterdam, le devuelve el entusiasmo. Está secuestrada por su papel de madre mientras Ricardo va y viene a Bournemouth y viaja con la orquesta por todo el país. Por eso la carta de Armand Brunel, que ha recibido esa misma mañana, en la que Armand les insiste para que vayan a pasar unos días en San José, la llena de un repentino júbilo, como si la misiva trajera consigo el sol radiante del Mediterráneo. Ha acostado a Candela y espera ansiosa a que su marido regrese esa noche de Bournemouth. Es domingo. Giarre se ha puesto repentinamente enfermo y Ricardo lo ha sustituido al frente de la orquesta durante uno de los dos conciertos programados para el fin de semana. Es la primera vez que ocurre, hasta entonces Ricardo solo ha dirigido la orquesta por secciones, durante los ensayos. Ricardo llega eufórico, trae en las manos su debut como director y espera que Irene reciba la noticia como un regalo inesperado y la celebre con él. Ella, a su vez, también lo espera con el corazón palpitante. Sueña con la invitación que ha recibido, con volver a casa de Armand, con

el sol y la luz, las montañas ardientes y las noches en la terraza rodeados de amigos. No consigue transmitirle ese deseo con la intensidad que posee dentro de su cabeza. Él tampoco puede explicar lo que ha sentido al verse en el puesto de Giarre; están instalados en dimensiones distintas, suelos que se tambalean y se distancian. Se encuentran situados en diferentes planos, Ricardo arrullado por los aplausos y sepultado entre los vapores cálidos de su propio destino; Irene excitada ante la idea de escapar de Londres. Cada uno quiere contagiar al otro de su euforia. Se cruzan palabras precipitadas, ideas incompletas, hasta que ambos acumulan una serie de insatisfacciones mutuas, no consiguen entenderse y asumir lo que el otro siente en esos momentos, no logran comunicarse y eso abre una profunda crisis entre ellos. Esa noche Irene llorará en silencio y Ricardo se sentirá profundamente defraudado.

Será una semana extraña. El miércoles, Ricardo ha invitado a cenar a Stefano Giarre. Apenas tienen amigos desde que viven en Londres. Irene es feliz cuando Adam Fertig o Ana Galván hacen una escapada desde Holanda y van a visitarles. Por lo demás, el círculo de amistades de Ricardo parece haberse reducido al omnipresente Stefano Giarre. A Irene no acaba de caerle del todo bien. Es amable, correcto, pero mantiene una actitud excesivamente envarada y distante, Irene no ha conseguido conectar con él y a veces, cuando la niña y ella han acompañado a Ricardo durante una breve gira, ha creído percibir que estaba de más. En ocasiones ha pensado que es homosexual. No es la única que lo piensa, de hecho, Adam insinuó algo parecido cuando lo conoció, aquel día en que fueron en tren hasta Bournemouth para asistir a uno de los ensayos de la orquesta. En aquella ocasión, Adam le preguntó a Irene en voz baja:

—¿Crees que es gay?

Irene lo pensó un momento. Observó a Stefano en el podio, vestido con una elegante camisa de seda azul y un pantalón de raya impecable, el pelo pulcramente cortado a navaja y las manos empujando el aire hacia arriba, como una ardorosa soprano que estuviera cantando un aria.

—Es posible —respondió—. Pero a lo mejor solo es italiano.

Adam se rio durante un buen rato y a partir de ese día hicieron bromas constantes sobre el tema, lo que irritaba profundamente a Ricardo y a ella le hacía sentirse más frívola e ingeniosa de lo que realmente era.

Ha preparado un pollo marinado con especias y salsa de soja que va a saltear en una sartén china que compró en Harrods. Tiene previsto servirlo con arroz blanco, pasas y almendras tostadas. Candela tiene fiebre. Lleva todo el día llorando y dormitando y ella va de la habitación a la cocina como una máquina obediente, sin saber muy bien lo que hace. Entonces suena el teléfono y ella corre hacia el pasillo pensando que es Ricardo quien llama. Está tan agobiada que siente deseos de pedirle ayuda a gritos.

—¿Irene? ¿Eres tú? —Esa voz. Antigua, cálida, gozosamente reconocible—. Soy Chisán.

No es capaz de articular palabra. Siente que algo se está descolocando en algún sitio.

—Estoy en Londres —dice él—. Armando me ha dado tu teléfono. ¿Crees que podríamos vernos?

Hablan durante unos minutos mientras Candela llora a gritos al otro lado del pasillo. Finalmente, ella lo invita a cenar pensando de inmediato en la cara que pondrá Ricardo al verlo, pero afortunadamente él se excusa, le dice que está actuando en un club de jazz de Candem Town y quedan para el día siguiente.

Cuando llegan Stefano y Ricardo, está tan desorientada que no es capaz de controlar la situación como debiera. Debe preparar la mesa, saltar el pollo, las verduras y el arroz, a Candela le ha subido mucho la fiebre y se ve obligada a instalar la cuna en el salón para poder vigilarla. Nota el gesto de desagrado de Stefano ante ese caos doméstico cuando su marido y él llegan desde la apacible Bournemouth; percibe también la actitud profundamente contrariada de Ricardo, una actitud injusta por lo demás aunque ella misma se sienta torpe, desbordada e incomprendida, y por un instante tiene deseos de coger la puerta y dejarlos a todos allí, en esa casa que todavía no ha conseguido hacer suya.

Están tomando el postre cuando Stefano les habla de Sicilia. Candela se ha dormido por fin.

—Mi familia ha vivido durante generaciones en la isla. En el siglo pasado mis abuelos se trasladaron a Catania, pero para mí la auténtica casa familiar es la de Zafferana, un hermoso pueblo situado a los pies del Etna. ¿Habéis visto *Il Gattopardo*, de Visconti?

Ha encendido un puro y a Irene le recuerda de pronto a Burt Lancaster. Vio la película en un cine de Rotterdam con Chisán y ahora las imágenes de Visconti invaden el salón donde su pequeña hija duerme.

—Pues es tan real, tan idéntica a lo que algunas familias sicilianas hemos vivido en los últimos cien años, que casi se me saltaron las lágrimas cuando la estrenaron. Voy a verla cada vez que la reponen. Desde luego Sicilia tiene muy poco que ver con el resto de Italia. Vosotros, que habéis vivido en el norte, deberíais conocer Sicilia: Palermo, Modica, Ragusa, Caltagirone, Noto... Ciudades que duermen de espaldas al tiempo, guardando su historia en una prolongada siesta que desemboca en la eternidad.

Irene creyó entender lo que Stefano decía. Le pareció una hermosa definición para la avalancha de imágenes que poblaban desde hacía unos días su cerebro. Ella también tenía ese espacio mágico donde el tiempo se detiene. La casa de Armand, el cielo añil de los atardeceres y el sol volviéndolo todo desdeñosamente postergable.

—Y el mar... —prosiguió lentamente Stefano—. Los mares. Al norte el Tirreno, con las islas Eolias y los volcanes, siempre azul, profundo y misterioso. Al este Taormina, Siracusa y Naxos, sobre el mar Jónico, la tierra de los cíclopes. En el sur

los grandes templos olvidados, Agrigento, Selinunte... Y al oeste, el Mediterráneo, las ciudades sarracenas a las que llegaban los árabes desde el norte de África.

Los tres guardaron silencio. Irene estaba, de pronto, conmovida.

—Este año, cuando la orquesta actúe en Roma, pienso viajar a Sicilia para pasar allí al menos tres semanas. Lo he organizado todo para tener ese tiempo de descanso. ¿Por qué no venís los dos?

Oyó a Ricardo aceptar de inmediato la invitación. Y a partir de ese momento, las imágenes de la película de Visconti sepultaron definitivamente la casa de Armand, las playas de aguas transparentes y las noches de luna sobre la bahía, dejándolas sumidas en un irrealidad igual de ficticia e improbable. No iría aquel verano a San José, lo supo de inmediato.

Al día siguiente buscó una canguro para Candela, pero cuando la chica llegó para que ella pudiera acudir a su cita con Chisán, la niña ardía de fiebre. Tuvo que coger un taxi y acudir al Royal Candem Hospital con ella. Ricardo había salido a primera hora de la mañana para Leicester, donde iban a actuar el fin de semana. Estaba sola en Londres. Y se sintió más sola todavía cuando ingresaron a Candela para mantenerla en observación durante la noche y se quedó en la sala de espera de urgencias, con la mantita escocesa en la que había envuelto a la niña fuertemente apretada contra el pecho. La lana desprendía el cálido olor de su hija.

Hasta la mañana siguiente, cuando le dieron el alta, no pudo hablar con Ricardo. Tampoco pudo, ni siquiera lo intentó, localizar a Chisán. Imaginó que al no acudir a la cita él la llamaría, pero no fue así. Durante los días siguientes, mientras Ricardo iba y venía de Bournemouth, Irene permaneció al cuidado de Candela, las dos solas en aquella enorme casa, y el teléfono no sonó más que cuando llamaron sus padres.

La invitación de Stefano Giarre y la enfermedad de Candela fueron una nueva fuente de conflictos. Ricardo pretendía que los padres de Irene fueran a Londres para quedarse con la niña mientras ellos viajaban a Sicilia, pero Irene recordaba con espanto la experiencia de Siena.

—Además, ¿qué crees que pueden hacer mis padres aquí? ¿Qué pasa si la niña se pone mala? No hablan una palabra de inglés, no conocen la ciudad, ni las costumbres, no pueden ir a la compra, ni siquiera pueden pedir ayuda a un vecino. No pienso dejarles en esta casa que no da más que problemas y encima con una niña que acaba de salir del hospital.

Ricardo opinaba que ella estaba magnificando la situación.

—Exageras. Esta es una de las mejores zonas de Londres y, como has podido comprobar, aquí no dejan a nadie sin asistencia médica. Aunque sea extranjero. Y además Candela está perfectamente, solo ha tenido un pequeño catarro.

—¿Pequeño? Tenía cuarenta de fiebre.

—¿Acaso tiene fiebre ahora? A los niños les sube la temperatura de pronto y eso no quiere decir nada. Nada grave, al menos.

—Bueno, pues yo no pienso pedirles que vengán. Hazlo tú si quieres.

Sabía que Ricardo no lo haría por nada del mundo. Pero también sabía que la invitación de Stefano Giarre era muy importante para él.

—En todo caso, lo único que se me ocurre es que les llevemos a la niña a Madrid. En su casa pueden estar todos mucho mejor.

—Pues si eso es lo que quieres, tendrás que irte tú sola —apuntó Ricardo—. Ten en cuenta que yo no puedo disponer de un segundo hasta después de la actuación de Roma.

Irene viajó con Candela a Madrid y aprovechó la ocasión para pasar un par de semanas con sus padres. Fue una visita más larga de lo habitual y muy emotiva. Le enterneció el modo en que su padre miraba a la niña y la euforia de su madre, que la paseaba de casa en casa, mostrándola con orgullo a las vecinas. Ella misma se sintió reconfortada y menos sola que en Londres. Ni siquiera echaba de menos a Ricardo; quizá a veces, cuando al pasear por los barrios del centro mientras Candela dormía la siesta, veía algo ligado por cualquier motivo a su larga ausencia de la ciudad que le causaba una alborozada sorpresa. Entonces pensaba en él durante un segundo, mentalmente le mostraba lo que en ese momento le producía esa pequeña conmoción, pero luego su propia mente le devolvía la indiferencia o el desdén con el que Ricardo solía recibir esa clase de júbilos.

Por aquella época estaba excesivamente delgada. No se había vuelto a dejar crecer el pelo y lo llevaba ligeramente ondulado a la altura de los hombros. Ya no vestía con aquellas faldas de algodón indio. Los llamativos abrigos de piel bordada habían quedado condenados en el fondo del armario. Ahora era una mujer casada. Llevaba blusas camiseras y pantalones de pinzas que resaltaban su cintura, aunque le daban un aspecto demasiado serio y burgués.

Era Madrid en primavera. Suave, inestable, bulliciosa. Una ciudad de pícaros y diletantes, de comercios imprevistos y terrazas bajo las acacias; una ciudad en la que se podía pasear durante horas sin repetir escenario y sentarse casi en cualquier sitio. En la pulcra geografía de Londres, el lugar con el que en aquella época todos los jóvenes soñaban, había perdido la libertad de ir y venir a su antojo. En Madrid había recuperado algo muy importante para ella, que era hija única: la conciencia de pertenecer a un lugar, a una familia de verdad. Sus padres, que en los últimos cuatro años habían pasado a un plano secundario, en el que convivían junto al paragüero modernista y las escaleras de peldaños desgastados junto al olor a lejía y los sonidos reverberantes del patio, volvieron a tener el protagonismo inmediato de los afectos recuperados. Este inesperado regreso a su vida anterior le hizo mucho bien. Le devolvió la alegría y el bienestar emocional. Eran unas verdaderas vacaciones, un bucle que le permitía coger impulso para seguir deslizándose por la siguiente curva.

Quizá por eso, porque se sentía otra vez ella misma, pensó en Chisán más de una vez. Le habría gustado verlo, hablar sosegadamente con él, compartir confidencias y acaso confesarle que no era del todo feliz, que había algo que escapaba a su control. Chisán le habría aconsejado que se alejara de Ricardo. Y ella sabía que eso no era

posible. No obstante, intentó localizarle. Llamó a Armando a Rotterdam y le contó lo que había ocurrido cuando Candela se puso enferma y ella no pudo acudir a la cita con Chisán.

—¿Sabes dónde puedo localizarle? —preguntó consciente de que debía reparar aquel error.

Armando no lo sabía.

—Creo que actuaban en Bélgica o en Francia... También le oí decir algo de España, creo que pensaban ir a San Sebastián en julio o en septiembre, no sé. Estaba entusiasmado porque iba a coincidir con Gato Barbieri y Wynton Marsalis.

—¿Te dijo algo de mí? ¿Estaba enfadado conmigo?

—Me comentó que no tendría que haberte llamado.

Irene lo comprendió. Se sentía avergonzada y al mismo tiempo sabía que si pudiera hablar con él tendría la ocasión de redimirse. Pero también sabía que lo que a Chisán y a ella les separaba no era aquel frustrado encuentro, sino algo mucho más antiguo y profundo. Culpaba a Ricardo de haber tenido que renunciar a aquella amistad inocente y gratuita, aunque en su fuero interno supiera que Ricardo no era el único responsable, nunca le había pedido que dejara de ver a sus amigos, era ella la que había elegido lo único que podía elegir.

—Si hablas con él dile que me gustaría mucho verle.

Armando le prometió que lo haría. Y luego, a continuación, sucedió algo que le causó una enorme perturbación.

—Por cierto —dijo Armando despreocupadamente—, ¿sabés quién está ahora mismo en Londres?

—¿Quién?

—Tu amiga Ana Galván... Pensé que vos lo sabías.

—Ah, no. No tenía ni idea.

—Pues me dijo que se iba a alojar en tu casa. ¿No te lo contó Ricardo?

Ricardo no le había dicho una palabra. Habían hablado la noche anterior y él solo había comentado que tenía un par de días libres y que se iba a quedar descansando.

—Es que hace días que no hablo con él —mintió para ocultar su ofuscación.

—Bueno, yo me encontré con Ana hace una semana, más o menos. Ella ya sabía que vos estabas en Madrid.

¿Por qué tantas explicaciones? ¿Qué pretendía decirle Armando? Ricardo no le caía bien, Irene lo sabía perfectamente; no les caía bien a ninguno de sus viejos amigos de Rotterdam, pero ¿caso no se daba cuenta de que estaba siendo terriblemente cruel con ella?

—Quizá se olvidó —terció Armando, intentando reparar su indiscreción—. Vos sabés muy bien cómo es.

¿Cómo era? ¿Egocéntrico y orgulloso? ¿Incapaz de pensar que tenía que dar explicaciones de ciertas cosas?

—Está muy ocupado, ya sabes.

—Claro. Está subiendo como la espuma, ¿no es cierto?

Irene no respondió. Armando había sacado la artillería.

—Y vos, ¿qué? ¿Es que no pensás volver a actuar? Adam ha vuelto a quedarse sin violinista y está deseando hablar con vos. Te lo adelanto. No le vayás a decir que me he ido de la lengua, pero pensátele bien, eran un dúo musical increíble, fantástico, salían chispas de aquel escenario de Amsterdam. Ninguno de nosotros lo ha olvidado.

Irene estaba sumamente irritada. Se sentía tan furiosa que solo deseaba colgar el teléfono y encerrarse en su habitación. Armando se dio cuenta de que había metido la pata.

—Bueno, creo que ya hablé más de la cuenta. Si puedo localizar a Chisán le diré que intente ponerse en contacto con vos, ¿ok?

Esa noche no pudo dormir. Quería llamar a Ricardo, pero algo más fuerte que ella se lo impedía. Un miedo incomprensible a conocer la verdad, a no poder reaccionar de modo que su dignidad y su amor quedaran a salvo. Y al mismo tiempo, a pesar de ese temor, no podía dejar de pensar en Ricardo y en Ana ni un segundo. ¿Por qué ninguno de los dos le había dicho nada? No podía dejar de recordar el día en el que conoció a Ricardo, los ceniceros repletos de colillas y las botellas vacías en casa de Ana cuando ella se presentó un domingo por la mañana, aquella chica que se cubría con una sábana de flores, y luego la mano de la Tierna sobre el pecho desnudo de Ricardo... Empezó a atar cabos sueltos, y rescató del recuerdo aquella otra vez en que Ana y Ricardo desaparecieron cuando todos los demás iban a comer durante el descanso del concurso Van den Eynde. Y el concierto del Concertgebouw, cuando Ricardo se cambió de sitio para ir a sentarse junto a Ana. Ahora le viene a la memoria una escena, ella en el pasillo con Nicoleta Studeny, buscando desesperadamente a su marido entre aquella multitud de desconocidos. ¿Dónde estaba Ricardo? ¿Por qué no había acudido inmediatamente a los camerinos? Lo ve venir precipitadamente, atándose la chaqueta. Luego la abraza mientras ella tiembla. Entonces no se fijó, pero ahora cree recordar que él se comportó de un modo extraño, como si le pidiera perdón por algo o la estuviera consolando en silencio. ¿Por qué iba a consolarla si él no podía saber lo que le pasaba? Ricardo no había oído a Nicoleta reprocharle la elección de *El buey sobre el tejado*, no podía saber nada de su angustia y de su miedo, pero a pesar de todo la abrazó. Y en Italia, cuando Ana fue a Florencia, Ricardo se empeñó en que pasara unos días con ellos en Siena. Se puso muy pesado, prácticamente le obligó a hacer las maletas y él mismo se encargó de cambiar su vuelo de regreso a Holanda. ¿Desde cuándo le interesaban tanto sus amigos? Recuerda que Ana y Ricardo se quedaron más de una noche charlando y bebiendo en el salón mientras ella, confiada y somnolienta, se iba a la cama. ¿Qué había realmente entre los dos? ¿Desde cuándo duraba toda esa confusión?

Hacia las seis de la mañana miró el despertador por última vez. Había decidido no preguntar nada, esperar a ver qué pasaba. Si Ricardo le decía lo de Ana es que no

pasaba nada. Si lo callaba, no le quedaba más remedio que dar por buenas todas las sospechas.

Finalmente, se durmió. Eran las diez de la mañana cuando su madre la despertó.

—Te llaman por teléfono.

El corazón le dio un vuelco. Pensó que era Ricardo. Pero cuando cogió el auricular oyó la voz de Adam Fertig.

—¿Dónde estás? —le preguntó todavía aturdida.

—En Toulouse. Voy a alquilar un coche y pasaré unos días en San José, en casa de Armand. ¿Por qué no te animas? Puedo recogerte cuando pase por Madrid.

—No puedo, tengo que ir a Sicilia con Ricardo.

—¿A Sicilia? ¿Y qué demonios vas a hacer allí?

—Stefano nos ha invitado.

Adam se sorprendió.

—¿Giarre?... Uff... Menudo tostón.

—Es la casa de su familia. Un *palazzo* a los pies del Etna. Debe de ser muy bonito.

—Pero a ti no te apetece una mierda, ¿verdad?

Irene se rio. Cuando Adam se ponía venenoso resultaba irresistible.

—Bueno, pero tengo que ir. Ricardo no renunciaría a esa invitación por nada del mundo.

—Joder, Irene, ese tío te tiene esclavizada.

Era lo último que necesitaba oír. Los celos y la desconfianza todavía le roían el corazón.

—Creo que te has quedado de nuevo sin violinista —dijo un poco como revancha, un poco por cambiar de tema.

—¿Quién te lo ha dicho?

Recordó que le había prometido a Armando no descubrirle.

—Ya sabes que las noticias vuelan.

—Sí —respondió Adam con cierto sarcasmo—, ya lo dicen los chinos: no hay nada que viaje tan rápido como las malas noticias. Estoy hecho polvo. Ese capullo me ha dejado tirado en el peor momento.

—Pero ¿no era el hombre más maravilloso del mundo?

Adam soltó una carcajada rápida.

—Recuérdame que nunca vuelva a liarme con un tío que tenga menos de veinticinco años. Y que todas mis parejas musicales sean mujeres; por favor, dime que impedirás como sea que vuelva a mezclar el amor con la música.

—¿Amor? Creí que era solo sexo.

—Sexo, amor, qué más da... Todo es lo mismo.

Parecía realmente dolido.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en San José? —preguntó Irene.

Adam tardó unos segundos en responder.

—No lo sé. Quizá me quede todo el mes.

—Ojalá pudiera ir contigo. De verdad. No sabes lo que echo en falta el sol y la luz, el calor.

—Pues vente. ¿Qué se te ha perdido a ti en casa de Giarre?

—Nada, la verdad.

—Pues deja que vaya solo Ricardo. Y que se dedique a hacerle la pelota en condiciones a su jefe.

—Uff... No sé... —flaqueó Irene.

—Estaremos Armand, tú y yo, solos. Puedes traer a Candela.

Imaginó a su pequeña hija en la playa, corriendo contra las olas de la Calita.

—De verdad, no puedo —admitió de mala gana.

Adam pareció resignarse.

—¿Cuándo vuelves a Londres?

—El veinticinco.

—Pues entonces intentaré pasar por Madrid un par de días antes. Así al menos nos veremos y podremos charlar tranquilamente.

Quedaron así. Irene sabía que Adam no se había rendido y que intentaría convencerla para que volviera a tocar con él. No tenía ganas de afrontar ese desafío, veía mil problemas alrededor, Ricardo, la niña, sus temores secretos... Temía, sobre todo, la cadena de conflictos que eso podía provocar en su vida personal.

Desayunó y llevó a Candela a dar un largo paseo por el Retiro. Hacía calor. Se sentó en un banco, bajo un enorme castaño de Indias, con la silla de la niña a su lado, mientras pensaba obsesivamente en Ricardo y Ana. ¿Qué harían en esos momentos? Después de torturarse inútilmente durante casi dos horas, cuando volvía a casa de sus padres para dar la comida a la niña, paró junto a una cabina y llamó a Londres.

Ricardo parecía recién levantado.

—¿Qué haces? —le preguntó temerosa.

—Intentaba trabajar —contestó él con aquel tono que Irene conocía también, el que usaba con ella cuando algo le contrariaba.

—¿Te he interrumpido?

Ricardo reaccionó.

—No importa. —Su voz volvió a sonar conciliadora—. Estaba probando en el piano unos compases del concierto que vamos a dar en Roma.

—¿Qué pasa por ahí? ¿Hay alguna novedad?

—No, ninguna. ¿Por qué?

Irene se quedó paralizada. Ni una palabra de la supuesta visita de Ana.

—No sé, pensé que tendrías algo que contarme.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

—Si has visto a alguien conocido...

—Pues claro que he visto a alguien conocido —respondió Ricardo malhumorado—. A mucha gente. ¿Qué es lo que te pasa?

—A mí nada. ¿Qué te pasa a ti?

—Joder, Irene, no empecemos. Estoy harto de interrogatorios.

Irene empezaba a irritarse también.

—No te estoy interrogando. Pero a lo mejor debería hacerlo, ¿no crees?

—Bueno, mira, vamos a dejarlo. ¿Cómo está Candela? ¿Ha vuelto a constiparse?

—No, no ha vuelto a constiparse. Está perfectamente. Y ahora te dejo para que puedas seguir trabajando.

—Espera, no cuelgues.

Irene guardó silencio.

—Te echo de menos —dijo Ricardo conciliador—. Estoy deseando que vuelvas a casa.

—¿Sí? Pues a lo mejor me quedo hasta después de San Isidro.

—¡Qué dices! No podemos. Tenemos que estar en Roma el siete de mayo.

—Yo no. Eres tú el que tiene que estar en Roma. A mí no me necesitas para nada.

—No digas bobadas. Sabes que me vuelvo loco cuando no estás conmigo.

Quería preguntarle por Ana, pero no podía.

—Adam va a pasar por Madrid —dijo apenas sin pensar—. Y hemos quedado en vernos.

—¿Y qué quiere ese ahora?

—Quiere que vuelva a tocar con él. Su violinista le ha dejado.

—Eso se veía venir. Ese niño se estaba aprovechando de él de mala manera.

¿No pensarás aceptar?

—¿Por qué no? —preguntó desafiante—. Tiene firmadas dos actuaciones en la Konzerthaus de Viena.

Ah... Si el futuro no fuera inaccesible Irene habría podido ver en ese momento a Ricardo y a Akiko Onishi tocando a Dvořák y Ravel en esa misma sala.

—Irene, ¿te das cuenta de que tenemos una hija?

—Claro que me doy cuenta —dijo ella cada vez más irritada—. De que la tenemos. Los dos.

Ricardo suavizó un poco su tono, lo dulcificó como solía hacer tantas veces.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué te enfadas? Sabes que ahora mismo estoy haciendo un gran esfuerzo para situarme. Esto no va a durar siempre. Pronto tendremos una situación más desahogada y entonces los dos podremos dedicarnos a lo que queremos.

—Ya. ¿Y mientras tanto?

Ricardo adoptó un tono aún más risueño y conciliador. Su dulce acento canario emergió como un arma secreta.

—Ay, mi niña, si sabes que estoy loco por ti, que lo único que quiero es que seamos felices. —Luego su voz adquirió un matiz grave, más acorde con la importancia de lo que iba a confesar—: Mira, no quería decírtelo, pero me he

enterado de que Giarre está pensando en irse a Estados Unidos. ¿Sabes lo que eso significa?

Irene lo sabía. Ricardo podría sustituirlo al frente de la Sinfónica de Bournemouth.

—Es una oportunidad única, ¿te das cuenta? No se me presentará otra en mucho tiempo.

Irene también había cambiado de actitud. Sus celos y su desconfianza empezaron a remitir.

—Es solo un rumor —añadió cauteloso Ricardo—. Pero tengo que estar al pie del cañón. Ahora no puedo descuidarme.

—¿Cuándo crees que lo sabrás?

—Espero que Stefano me diga algo en Sicilia. Pero tienes que venir conmigo a Roma. Te necesito a mi lado.

—Está bien. Iré. Tú prepara bien el concierto y no te preocupes por nada.

Había vuelto a claudicar. Pero en el fondo no estaba haciendo otra cosa que lo que realmente deseaba. Sobre sus anhelos imprecisos, sus celos y su temor, se imponía el amor inquebrantable que sentía por él. No pudo dejar de reconocer que la historia de Ana, las dudas que Armando había sembrado en su corazón, no significaban apenas nada en comparación con las dulces palabras de Ricardo, con la satisfacción de que él la necesitara y con el modo implacable en que conseguía una vez tras otra vencer cualquier resistencia. Cuando la cuerda se aflojaba y ella avanzaba unos pasos en dirección contraria, Ricardo se las arreglaba para tensarla de nuevo y hacerla regresar. En esas ocasiones no se sentía humillada, ni prisionera. Simplemente sentía que él la estaba esperando con los brazos abiertos.

Adam encajó más o menos bien la nueva negativa de Irene. Le dolió, pero no fue capaz de reprochárselo.

—Si por lo menos pudieras venir unos días a casa de Armand... Lo pasaríamos tan bien...

No le hizo ninguno de sus comentarios de costumbre, esos sarcásticos ataques contra Ricardo que por habituales y recurrentes se habían convertido en inofensivos, y fue precisamente por eso por lo que Irene entendió que esta vez Adam estaba realmente dolido. Volvió a sentirse prisionera, avergonzada, atrapada en una almibarada tela de araña que no le permitía ser libre.

Cuando se despidió de Adam Fertig, deseando en secreto actuar con él en la Konzerthaus, o por lo menos pasar unos días en la suave quietud de San José, tuvo miedo de que el amor y el matrimonio la hubieran convertido en un ser sin vida propia, sin atributos individuales, en una especie de comfortable apéndice de Ricardo. Adam no lo dijo en ningún momento, pero ella se quedó dándole vueltas a esa desalentadora impresión.

Apenas quedaban tres días para que tuviera que regresar a Londres. Y esa misma noche, después de despedirse de Adam, Ricardo llamó de nuevo. Era tarde, sus padres ya se habían acostado y ella miraba distraídamente la televisión mientras trataba de alejar de sí un torbellino de malos pensamientos.

—Cariño, ha pasado algo.

Por un instante, Irene pensó en Ana Galván.

—No te va a gustar —añadió él—. Pero te aseguro que no he podido hacer nada.

El pecho se le llenó de agujas. Esperó a que él continuara.

—Giarre no irá a Sicilia. Tiene que viajar a Estados Unidos en cuanto acabe la actuación de Roma y quiere que vaya con él.

—¿A Estados Unidos? ¿Para qué?

—Verás —explicó Ricardo con cautela—. Stefano se está portando genial conmigo, lo del contrato con la Sinfónica de Bournemouth está prácticamente hecho.

Irene respiró aliviada.

—Pero eso es maravilloso, ¿no?

—Sí, claro. Pero hay algo más. Quiere que le acompañe a Cleveland porque allí estará también su representante. Ya sabes lo importante que es tener un buen agente. Stefano nos ha puesto en contacto, hemos hablado y puede que en breve surja algo realmente importante.

—¿En Norteamérica?

—No, no. En cualquier parte. La representante de Giarre trabaja con las mejores orquestas del mundo. Lleva a Giulini, Maazel, Abbado... A los mejores.

—¿A Karajan?

—No, Karajan no. Pero además está el tema discográfico. Eso es lo que verdaderamente da dinero, ya lo sabes. Si todo va bien y consigo que me represente, es cuestión de tiempo.

—¿Y por qué has dicho que no me iba a gustar? Me parece una noticia fabulosa.

—Bueno —titubeó Ricardo—, tengo que ir solo, ¿comprendes?

Irene se quedó en blanco durante unos segundos. Ni siquiera había pensado cuál era su papel en la nueva situación. Ricardo aprovechó su desconcierto para añadir:

—Así que he pensado que si realmente te apetece ir a casa de Armand puedes hacerlo. Creo que a la niña y a ti os sentarán bien unos días en la playa. Sobre todo ahora que no vamos a ir a Sicilia.

Irene luchaba con sentimientos ambiguos. Por un lado se sentía desplazada, por otro pensaba que Ricardo y ella formaban una única cosa, un cuerpo bicéfalo que le permitía celebrar el éxito de su marido como si fuera también el suyo. Era una buena noticia, es más, sentía que Ricardo traía a su vida el mundo al que ella había renunciado.

Todavía no era consciente. Al menos no del todo. Pero sobre una herida se abría otra. Sobre los celos, la desconfianza y los roces constantes se proyectaba ahora la sombra de un nuevo sentimiento: la envidia secreta y sin nombre.

También los acontecimientos se superponían de una forma que no parecía natural. Estaba en Madrid, en casa de sus padres, pensando, en principio, que se había retirado a una isla en la que no podía ser de ningún modo alcanzada por la vida real, refugiada en el pasado, en la niñez imposible, en el azogue del paragüero modernista y, sin embargo, todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para no permitir que se alejara. Las llamadas. Tenía que haberlas evitado. Pero ¿cómo? En ese constante timbre del teléfono residía el peligro, el cable electrificado que no la dejaba escapar. Armando, Adam Fertig, Ricardo... Y ahora Chisán.

Fue justo al día siguiente de su desconcertante conversación con Ricardo. Ni siquiera había podido pensar en lo que iba a hacer. Adam había salido para Almería la tarde anterior y si decidía ir a casa de Armand tendría que coger un tren o un avión e ir a las oficinas de Iberia para anular su vuelo a Londres. Y entonces, mientras intentaba que Candela se bebiera el vaso de leche sin derramarla, cosa que sucedía casi todos los días, volvió a sonar el teléfono.

Lo cogió su madre.

—Es para ti.

No tenía ganas de hablar con nadie y mucho menos con Ricardo. No quería más noticias, más sorpresas, más órdenes imprecisas que ella tendría que ejecutar.

—¿Quién es? —preguntó con evidente fastidio.

—Un tal Tisán o algo así. Se oye muy lejos.

El rostro de Irene se iluminó. Dejó a su madre con Candela y corrió al salón.

Era él. Armando le había dado su recado.

—Te oigo muy mal. ¿Dónde estás?

—No te lo vas a creer, pero estoy en tu calle —respondió él—. En la cabina que hay debajo de tu casa. Creo que si te asomas al balcón podrás verme.

Irene soltó el auricular y corrió hacia la ventana. Allí estaba su viejo amigo de Rotterdam, el pretendiente silencioso con el que había compartido algo que ya nunca se volvería a repetir. Chisán abrió la puerta de la cabina y se asomó. Estaba igual que siempre, con aquel aspecto suyo extraño y atemporal, aunque llevaba el pelo mucho más corto y vestía completamente de negro. Cuando Irene bajó y lo abrazó, notó que seguía siendo delgado y breve como un junco, como un adolescente que aún no ha alcanzado la plenitud.

Desayunaron juntos en un café cercano, sedientos de noticias mutuas, los ojos inquietos y desacostumbrados, la voz de él más segura que antes y su sonrisa menos frecuente. A Irene, a veces, cuando hablaba de su vida con Ricardo, le temblaba la voz.

—¿Dónde has estado durante todo este tiempo? —le preguntó nada más sentarse con un cariñoso tono de reproche—. Nadie sabía nada de ti.

—Volví a Chile. Llevaba intención de quedarme un tiempo, pero a los dos meses ya no aguantaba más.

—Te entiendo —dijo comprensiva—. Aunque me gusta mucho venir de vez en cuando, yo tampoco puedo imaginarme viviendo de nuevo en Madrid.

Chisán asintió. Los dos pertenecían a esa clase de personas que cambian de ciudad intentando huir de la niñez, a esa generación de jóvenes que se hicieron adultos con la misma velocidad con la que se estampaban los sellos en sus pasaportes.

—Luego estuve en París casi un año. Empecé a tocar con la banda y ahora vamos de aquí para allá... Si quieres que te diga la verdad, no sé muy bien dónde vivo.

—¿Alguna mujer?

Chisán la miró intensamente.

—Alguna, sí —reconoció—. Nada demasiado serio. O por lo menos nada definitivo.

Había cambiado. Se había convertido en un hombre hecho y derecho, cuya seguridad se adivinaba en sus gestos y en sus palabras. Irene sentía una inquietante curiosidad que se iba transformando en atracción.

Fueron caminando hasta el Retiro, lo cruzaron mientras se contaban cosas de París, de Siena, de Londres, y luego entraron en el Jardín Botánico. Lo acababan de abrir después de haber estado cerrado durante años.

—Cuando Armando me dijo que tú también estabas en Madrid me pareció una coincidencia asombrosa. A veces, qué pequeño es el mundo...

Se habían sentado en un banco, bajo los tilos. El aire tenía un suave olor dulzón.

—Actuamos durante toda esta semana en el Whisky Jazz —le explicó Chisán— y luego, a mediados de mayo, vamos a Barcelona. Entre un contrato y otro tenemos un par de semanas libres. ¿Cuándo tienes que volver a Londres?

—En principio, dentro de un par de días.

—¿El veinticinco? ¡Qué lástima! Me hubiera gustado que me enseñaras algo de España.

Irene lo pensó durante unos segundos.

—Puedo retrasar mi viaje.

Los ojos rasgados de Chisán se volvieron más oblicuos. Brillaban con aquel destello cómplice de antaño.

—¿De verdad?

Seguía irritada con Ricardo y de pronto aquella pequeña revancha le pareció bien.

—Intentaré cambiar el billete de avión. Podríamos ir a Toledo.

Recordó una noche en Rotterdam, la casa de Middellandstraat, los dos tumbados en la oscuridad de la habitación y la voz de él recitando un poema de Lorca.

—O a Córdoba —dijo mirándole a los ojos. Él le devolvió la mirada súbitamente emocionado. En su rostro oriental se dibujó una sonrisa cargada de alusiones. Por un momento, Irene pensó que la iba a besar. Pero no lo hizo. Simplemente le pasó un brazo por el hombro y la atrajo hacia sí. Irene se sintió de pronto insegura.

—Te he echado en falta —dijo Chisán.

No se miraban, pero seguían abrazados bajo los tilos.

—Yo también a ti —confesó ella—. Muchas veces.

Él volvió el rostro. La miraba con una repentina seriedad.

—¿Qué nos pasó?

Su boca, escondida ahora tras una escueta perilla negra, intentaba sonreír. Irene percibió cierta amargura.

—No sé —respondió apartándose un poco—. Tenemos esta vida, vamos de aquí para allá...

Ahora ella también sonreía con tristeza, como si nadie pudiera arreglar lo ocurrido.

—Bueno —exclamó Chisán apartando lentamente el brazo—, a mí me dolió tu boda, para qué voy a negarlo.

Irene no se atrevió a preguntar exactamente por qué. Él tampoco se aventuró a dar ninguna explicación. Se puso en pie y le tendió la mano.

—Pero ahora estamos aquí, juntos de nuevo —dijo risueño—. Y por fin voy a ir a Córdoba contigo.

Caminaron por entre los parterres rodeados de boj. En uno de los recodos, un lugar parecido al que ellos acababan de dejar, había una pareja sentada en un banco. Ella era pelirroja y llevaba un collar de perlas y una blusa de seda. Él parecía mucho más joven. Se besaban apasionadamente.

Chisán le hizo un gesto. Irene sonrió y se encogió de hombros.

—Te voy a llevar al Museo del Prado. Supongo que todavía no has ido, ¿verdad?

Recorrieron unas pocas salas, solo Goya y Velázquez, propuso Chisán, y luego, borrachos de imágenes, subieron por la calle Huertas hasta la plaza de Santa Ana. Irene llamó a sus padres desde el bar donde estaban tomando el aperitivo para avisarles de que no iba a comer. Su madre le dijo que Candela dormía la siesta, que no se preocupara. Pero notó la reticencia en la voz, aquella antigua presencia de algo

que había gobernado su niñez y que tenía mucho que ver con no transgredir ninguna de las costumbres que constituían el orden de aquella casa.

Aparentemente fue por eso por lo que rechazó la idea de acompañar a Chisán a su hotel.

—Está aquí mismo, prácticamente a la vuelta de la esquina —le había propuesto él mientras bebía tranquilo el último sorbo de café—. Descansamos un rato y luego nos vamos juntos al club.

—Imposible —respondió segura y un poco cortante—. Tengo que pasar por casa. Ya sabes, mis padres no acaban de entender que una mujer casada se vaya todo el día por ahí con un hombre que no es su marido. Esto no es Holanda.

Pero ese no era el único motivo. El verdadero motivo. No quería ir con él al hotel porque temía lo que pudiera pasar. Ya no eran los ingenuos adolescentes de Rotterdam. Ninguno de los dos. Ahora cualquier paso que dieran tenía menos posibilidades de rectificación.

Tendría que haberse quedado. Cuando iba hacia casa de sus padres pensaba una y otra vez en aquel viaje a Córdoba que había prometido en dos ocasiones y que había dejado de ser una bonita metáfora para convertirse en algo inquietante y real.

Se sentía fatal, enredada en algo que ella misma había provocado y que ahora no podía controlar. Pero nada más llegar le esperaba una nueva sorpresa. Debería haberlo visto en el espejo ovalado de la entrada; si se hubiera detenido un instante habría podido percibir las sombras que se cernían sobre su rostro presente, pero solo vio el reflejo de su imagen de siempre, una niña obediente que toca el violín.

—Ricardo llega esta noche —le informó precipitadamente su madre—. A las diez. Ha dicho que vayas a esperarle al aeropuerto.

—¿Qué?

Irene no entendía nada.

—Ha llamado esta mañana, nada más irte tú. Le he dicho que estabas con un tal Chisán, un amigo de Holanda, y hace dos horas ha vuelto a llamar para decir que venía a recogeros a Candela y a ti. Que prepares el equipaje.

—He suspendido el viaje a Estados Unidos.

Irene lo mira horrorizada mientras él saca el coche del Rent a Car del aeropuerto. Apenas ha tenido tiempo de llamar al hotel de Chisán y dejarle un recado con el recepcionista.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿No querías ir a Almería? —Irene lo conoce, está furioso, aunque finge que lo hace por complacerla—. Pues mañana mismo nos vamos los tres. Ya he hablado con Armand.

—¿Y el concierto de Roma?

—Al diablo el concierto de Roma, al diablo Sicilia... Y al diablo Giarre también.

—¿Qué ha pasado?

Ricardo no responde de inmediato. Irene teme que lo haya tirado todo por la borda.

—Creo que nos merecemos unas vacaciones. Todos. Hasta yo me las merezco, han sido unos meses horribles.

—Pero ¿no vas a ir a Roma?

—Tengo cinco días libres antes de los ensayos. Los pasaré con vosotras. Y luego, si quieres, puedes quedarte en San José con la niña. Vendré a buscaros después del concierto.

Era una locura, un viaje de Londres a Madrid, otro de Madrid a Almería, vuelta a Londres para estar en Roma la segunda semana de mayo. ¿Qué es lo que ha pasado? Irene teme preguntárselo. Teme encontrarse con la respuesta verdadera: he venido para arrancarte de los brazos de Chisán, antes de que vayas con él a Córdoba, antes de que... Ese pensamiento barre temporalmente los dolorosos rostros de la Tierna y de Ana Galván, la imagen de su marido tonteando con una periodista morena que venía de Melilla... Lo borra todo y solo deja en su lugar la cálida sensación de que él la quiere con una fuerza insospechada, es capaz de vender su Vuillaume, de cruzar medio mundo y venir a rescatarla cuando está a punto de perderla. Él la quiere.

En San José solo estaban Adam Fertig y Armand. El tiempo era bueno y todo el campo lucía un manto verde que tapizaba las colinas y los cerros con una explosión de plantas y pequeñas flores que Irene no conocía. Adam se alegró de verlos, esta vez incluso se mostró excepcionalmente amable con Ricardo.

—Armand está raro —les dijo mientras les ayudaba a instalarse—. No sé qué le pasa, desaparece a primera hora de la mañana y a veces no lo veo hasta la noche.

No era exactamente así. Seguramente Armand atravesaba una de esas crisis que le volvían especialmente taciturno, pero la llegada de Ricardo e Irene le hizo comportarse como el excelente anfitrión que era, incluso ante la inesperada presencia de Candela, que dificultaba mucho el tipo de actividades que Armand solía ofrecer a sus huéspedes. No obstante, Ricardo y él salieron con la barca un par de días al

amanecer, dejando que Adam e Irene pasaran la mañana en la playa, tostándose perezosamente al sol, mientras Candela jugaba a vaciar el mar con un cubo de plástico. Algunas tardes iban los tres solos a las calas de El Barronal, el escenario en el que Irene vislumbró por primera vez el atormentado pasado de su marido. «Mi padre murió un día de niebla, se tiró al agua desde un barco». En esa playa desierta, Ricardo jugaba todo el tiempo con Candela, buscaban cangrejos entre las rocas, hacían castillos de arena, se bañaban juntos y luego corrían por la orilla desnudos con el pelo enredado por el viento y el salitre. Irene se quedaba sentada en una esquina de la playa contemplando las olas y las pequeñas dunas onduladas que los barrones intentaban contener. No podía evitarlo, sentía que él la estaba reemplazando.

Fue la primera vez que sintió a Ricardo lejos: aunque dormían cada noche abrazados, a través del sueño cada uno intentaba alcanzar un mundo diferente.

Finalmente, los cinco días de vacaciones concluyeron.

—Te llamaré desde Londres —le dijo Ricardo al salir camino del aeropuerto de Almería—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte con el coche? Puedes devolverlo en Madrid.

Irene rechazó la idea.

—Volveremos en avión o en tren, no te preocupes.

No quería regresar a Madrid, solo deseaba permanecer en San José hasta que el frío y la desdicha que había acumulado en Londres se evaporaran.

San José sin él. Era un decorado sin sentido. Estaba triste y abatida, como cuando era muy joven y deambulaba sola por las calles de Rotterdam.

Adam se lo dijo una noche.

Se habían quedado solos en la terraza y él le puso una vieja chaqueta de Brunel sobre los hombros. Armand se había ido a dormir.

—No eres feliz.

Irene intentó explicarle que no le gustaba vivir en Londres. Adam la interrumpió.

—No eres feliz con él.

Irene se encogió sobre sí misma. Empezó a sentir un frío intenso y un inconfesable deseo de huir.

—Te veo cuando estás con Ricardo y no te reconozco; pareces rígida, acogotada. Ese tío te anula.

Irene protestó dolida.

—¿Tú qué sabes? No me pareces el más indicado para hablar de «relaciones amorosas».

Y subrayó sus últimas palabras con un tono tan hiriente que ella misma se asustó. Adam no quiso tenérselo en cuenta.

—Vamos, *darling*, no te pongas a la defensiva que nos conocemos. Pero ¿tú has visto cuando os despedíais? Sí parecía que llevarais casados dos mil años... Que si te dejo el coche, que si no te molestes, iremos en avión... Una mierda, te lo digo yo, una mierda.

Irene se echó a llorar. Adam se arrodilló junto a ella.

—Dime ahora mismo lo que ocurre, sé que pasa algo y que evitas hablar de ello conmigo.

Irene se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta de Armand.

—Creo que tiene un lío con Ana Galván.

—Vaya, así que era eso. Y claro, tú no se lo has preguntado.

—No, no quiero preguntarlo.

—¿Y se puede saber por qué?

Irene lo miró desvalida.

—Porque tengo miedo a la verdad. A que me diga que es cierto, a que la prefiera a ella...

—Pero ¿tú estás loca? —dijo Adam levantándose y abrazándola torpemente—. ¿Cómo va a preferir a esa boba sin ningún encanto? ¿Crees que tu marido es tonto?

Irene lo apartó empujándolo ligeramente.

—Pero no sabes lo peor. Yo he estado a punto de hacer lo mismo.

—¿Con quién? —exclamó Adam sacando a relucir su parte más frívola—. Eso sí que me parece un auténtico notición.

—No te rías de mí, por favor.

—Venga, dime quién es el afortunado y no me reiré, te lo prometo.

—¿Recuerdas a Chisán?

—¿Aquel que tocaba la trompeta con un grupo de jazz?

—Ese. Nos vimos en Madrid hace una semana.

—¿Y qué pasó? Cuéntamelo ahora mismo, no me tengas en ascuas.

—No pasó nada. Iba a irme con él a Córdoba, pero Ricardo se presentó de improviso y nos vinimos aquí.

—Vaya, vaya...

Adam se había vuelto a sentar al lado de Irene.

—¿Te arrepientes? —preguntó. Irene tardó más de la cuenta en contestar.

—No lo sé —dijo finalmente.

Adam giró su silla y se colocó enfrente, muy cerca.

—Eso significa que te arrepientes. O que te arrepentirás más tarde. Y que tendrás guardada una factura que nadie te podrá pagar.

—Entonces ¿qué quieres que haga?

—Lo mismo que hace él —respondió Adam Fertig evitando su mirada. Irene intuyó que había algo más.

—Tú sabes algo. —Cogió a Adam de la manga—. Dímelo, tú sabes algo. Por favor, Adam, dímelo.

—No es cosa mía.

Irene estaba fuera de sí.

—¿Qué es lo que sabes, Adam? Dime qué es lo que sabes. Ha sido Armando, ¿verdad? Armando te lo ha contado.

—Está bien —confesó él malhumorado—, sí, es cierto, tu querida amiga parece que toca algo más que el clarinete... Efectivamente ha estado en tu casa de Londres, se ha beneficiado a tu marido y anda contándolo por todo Rotterdam. Te juro que me parece una auténtica arpía.

Se quedó clavada en la silla. Las palabras de Adam habían caído sobre ella como una losa.

—Venga, querida, tienes que sobreponerte. Son todos unos canallas y tú no te lo mereces, pero ahora no te vengas abajo, por favor.

Irene había dejado de llorar. De pronto estaba furiosa... Se levantó bruscamente, se quitó la vieja chaqueta y fue al salón. Cogió el bolso y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas?

Adam parecía alarmado. Irene no contestó.

—Espera, te acompaño.

—No —dijo ella acariciando el rostro pecoso de aquel alemán que había entrado en su vida para acompañarla en un concurso y ahora era uno de sus mejores amigos—. Quédate aquí por si se despierta Candela. Voy a hacer una llamada.

Adam abrió los ojos asombrado.

—¿A Ricardo? No me parece buena idea, ahora no es el momento, querida.

—No voy a llamar a Ricardo, voy a llamar a Ana.

La furia. La misma que sentiría quince años más tarde en Viena y que la hizo sepultarse en cuatro largos años perdidos. Esa furia con la que en voz muy baja le dijo a Ana que no quería volver a verla, una voz áspera, contenida y grave que ya no sonaba como un oboe *d'amore*. Esa furia surgiría por primera vez en San José y terminaría en la casa de Armand Brunel. El mundo era inestable y redondo, como una vieja pelota empujada por las olas, y ella iba a recorrer el perímetro completo, iba a avanzar para, sin darse cuenta, regresar al mismo sitio.

Candela se repuso mucho más rápido de lo que Irene había calculado. Un mes más tarde, apenas se le notaban los puntos del labio o el moratón del pómulo. Dormía relativamente bien y había vuelto a tener apetito.

No pudieron ocultarle a Norma lo ocurrido y quizá por lástima, quizá por algún tipo de motivación más íntima, la profesora de Nicolás empezó a ir cada tarde a la casa para hacer un rato de compañía a Candela. Cuando cerraban la escuela, se acercaba con unos dulces, un libro o una película que había alquilado en el videoclub. Candela aceptaba su presencia con agrado y Nicolás rondaba a su alrededor como un gatito mimoso, pero a Irene las visitas diarias de Norma le producían un bienestar tan grande que a veces sentía deseos de abrazarla de puro agradecimiento.

Recuerda aquel día. El punto de inflexión con el que todo se paró en seco, como un motor que hubiera dejado de funcionar. Norma había venido más tarde que de

costumbre, casi al anochecer. Se disculpó por no traer nada; ningún detalle dijo, y se resistió aturdida cuando le pidieron que se quedase a cenar.

—Pero no... no quiero molestar... es muy tarde, solo vine por no parecer que me olvidaba. Es que estamos pintando la escuela, ¿viste?, vine sin darme siquiera una ducha...

Iba vestida con unos pantalones tailandeses de rayas azules que se doblaban por la cintura y una sencilla camiseta de tirantes. Irene había observado que nunca usaba sujetador. No era joven. No tanto como Candela, aunque a veces llevaban el mismo tipo de ropa. Pero al menos Norma no tenía tatuajes.

Irene le propuso que se duchara allí, pero Norma no accedió hasta que Nicolás se aferró a sus piernas enterrando la carita entre los pliegues del pantalón.

—Oh, está bien, me quedaré, pero tenés que dejarme ayudar a la abuelita en la cocina.

Candela se encargó de bañar a Nicolás y de darle la cena en el jardín, mientras Norma e Irene preparaban un plato de pasta.

—Si tenés anchoas y aceitunas puedo hacer una salsa siciliana antes de ducharme —propuso Norma—. Si sos capaz de aguantar el olor.

Se ahuecó la camiseta a la altura del pecho y, frunciendo los labios y la nariz, hizo un gesto de cómica repugnancia. Irene sonrió, la cogió del hombro y la atrajo hacia ella con un gesto de cálida complicidad. Le gustaba esa mujer. Era afable y cercana, muy cordial, pero sin rebasar nunca ese límite impreciso que separa la franqueza de la intromisión. Irene se sentía feliz por el hecho de que Candela y ella hubieran intimado. A veces las dejaba solas en el jardín, y cuando regresaba las encontraba bebiendo vino y charlando con las piernas cruzadas sobre la misma tumbona, muy cerca la una de la otra. La voz de Norma se podía oír desde la calle.

—Mi mamá preparaba esta salsa con alcaparras y aceitunas negras. Bien picante, al modo de Palermo.

—¿Eres de origen siciliano? —preguntó Irene.

Norma volvió la cabeza sorprendida. Estaba picando las anchoas con una tijera de cocina.

—¿Cómo lo sabés? ¿Es que se me notan los siglos de confinación femenina?

—Bueno —bromeó Irene—, la verdad es que no te pareces mucho a las mujeres sicilianas que conocí a mediados de los ochenta.

—Ah, qué bueno... ¿Estuviste en Sicilia? ¿Y te gustó?

—Sí. Al principio sí. Luego el viaje se convirtió en una especie de pesadilla.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—Nos atracaron. En Catania. Íbamos buscando la *autostrada* de Messina mi marido —inesperadamente Irene rectificó—, bueno, el padre de Candela y yo. Habíamos aceptado la invitación de un amigo para pasar unos días en su casa de Zafferana. ¿Sabes dónde está Zafferana Etnea?

—Creo que ahora mismo no. La familia de mi mamá procede del sur, de un pequeño pueblo que se llama Selinunte. Yo nunca estuve allí.

Irene abrió una botella de vino y sirvió dos copas.

—Sí, lo conozco. Recuerdo una espectacular puesta de sol con los templos griegos en lo alto y el mar de fondo. Es un lugar fascinante, puedes estar tranquila sobre tus orígenes.

Norma tomó su copa y ladeó la cabeza, dando a entender que no comprendía del todo las palabras de Irene.

—Quiero decir —aclaró Irene— que los griegos no son un mal ancestro, después de todo. Para las mujeres. Ya sabes, estaban Afrodita, Atenea, Safo... las Amazonas...

Norma enarcó las cejas. Irene había levantado su copa pero Norma esperó unos instantes hasta que pudo estar segura.

—¿Entonces lo sabés?

Esta vez no sonreía.

—Sí —dijo Irene—. Este pueblo es muy pequeño. Se sabe todo.

—¿Y?

—Me gusta verte en mi casa —respondió serenamente Irene—, me gusta verte con mi hija y me gusta verte jugar con mi nieto. Eso es todo.

Norma levantó entonces su copa y la acercó a la de Irene.

—Sos fantástica, lo digo en serio.

La salsa de tomate empezó a hervir violentamente.

—Ah, mirá que tonta. Por poco se quema.

Bajó el fuego y añadió un poco de vino blanco.

—Dentro de cinco minutos añado las anchoas, las aceitunas y me voy a duchar, te lo prometo. No tendrás que aguantar en la mesa a una lesbiana que huele como un picapedrero.

Al oír el murmullo de las risas, Candela se asomó a la puerta de la cocina.

—Vaya, ya veo que habéis montado la fiesta sin mí.

—Tomá una copa de este vino. Es realmente excelente.

Norma había cogido la botella y miraba la etiqueta.

—Bodegas Munar —leyó en voz alta—. ¿De dónde es?

—De la acera de enfrente —respondió con sorna Candela—. No, ahora no quiero vino, voy a darle la cena a Nicolás. Así nos dejará tranquilas.

Preparó una bandeja con jamón de york, leche y fruta. Irene y Norma la contemplaron en silencio mientras se movía por la cocina. También ella llevaba una camiseta de algodón sin sujetador y unos pantalones anchos. En el cuello desnudo, a la altura de la nuca, el tatuaje que le subía desde el brazo estaba cubierto por pequeñas gotas de sudor. Cuando salió, ajena seguramente a lo que las dos estaban pensando, se miraron en silencio hasta que Irene bajó los ojos y asintió, aceptando las cosas tal como eran.

La salsa estaba casi terminada. Norma se quitó el delantal y se sirvió un poco más de vino.

—Vos tocás el violín, me dijo Candela. Me contó que actuaste en muchos países, incluso en Japón.

—Hace siglos de eso —dijo Irene con naturalidad.

Le agradó pensar que su hija le hablaba a veces a Norma de su pasado como violinista.

—¿Por qué lo dejaste? Como profesión, quiero decir.

Odiaba esa pregunta. No por los que se la hacían, sino por ella misma, por las respuestas que se veía obligada a dar. Ninguna de esas respuestas era del todo verdadera.

—Es muy difícil mantener un matrimonio en el que los dos son músicos. Hay que viajar, hay que estudiar, ensayar, relacionarse. Hay que estar dedicado en cuerpo y alma a la música. Si tienes hijos, eso resulta prácticamente imposible.

Irene se dio cuenta de que había caído en la trampa de siempre. Exculparse ante los demás.

—¿Y tu marido, el papá de Candela, sí pudo dedicarse? Él es un famoso director de orquesta.

Irene se quedó pensativa durante unos segundos. Luego añadió:

—En nuestro pequeño reino de dos solo había espacio para uno. Y ese era él.

Norma asintió en silencio.

—Ah, los hombres... No lo tomés a mal, pero ¿no se ha casado ahora con una pianista?

—Sí. Y han tenido dos bebés recientemente.

Norma la miraba con interés. Irene sintió deseos de evitar el cauce que tomaba la conversación. No lo hizo. Al contrario. Afrontó la cuestión con aquella aparente calma suya que casi siempre enmascaraba un mar de contradicciones.

—Verás, no siempre tiene que ser un desastre —rectificó—. Hay gente capaz de sortear las dificultades. Yo no supe reivindicar mi espacio. No es culpa de nadie, solo mía.

—¿Culpa? ¿Qué culpa? Seguro que él no tuvo ninguna duda sobre lo que era lo primero.

—Pero yo podría haber reclamado el mismo derecho.

—Bueno, vos estás aquí, junto a Candela y Nicolás. Al menos a mí eso me parece mucho más importante que el mejor concierto del mundo.

Norma tenía razón. El tiempo había ido poniendo las cosas en su sitio. Poco a poco, el éxito, la fama y la elevada posición social de Ricardo habían dejado de presidir su vida, apenas significaban nada, ni siquiera el motor secreto que podía poner en marcha el resentimiento por haber sido abandonada.

—¿Sabes una cosa? —Se sirvió un poco más de vino. Norma tenía su copa medio llena—. Creo que en el fondo carecía de verdadera ambición —se oyó decir a sí

misma.

Era la primera vez que reconocía que el problema estaba en ella y no en las circunstancias. Era también la primera vez que, de una forma más o menos velada, no le echaba la culpa a Ricardo.

—Ah, ya... Sé lo que es eso. La vida te arrastra hacia una esquina y tú te dejás llevar, ¿verdad?

Lo pensó un momento.

—No es exactamente así. Si te digo la verdad, creo que abandoné en secreto, mucho antes de que comenzara la carrera. No perdí, ni me desviaron, simplemente no tenía verdadero interés en ganar.

Miró a Norma con curiosidad. ¿Por qué sentía constantemente la secreta necesidad de abrazarla? No era un hecho físico, no del todo. Era una necesidad moral. ¿De dónde provenía la certeza de que esa mujer casi desconocida era la única que podía ayudarles, la persona a la que podía entregar el testigo en aquella agotadora carrera sin relevos? Candela, el niño y ella estaban solos en San José, no tenían a nadie más. Bueno, también estaba Mateo, qué duda cabía. Pero no había vuelto a verlo desde que tuvo que salir precipitadamente para Granada y lo dejó plantado en aquella visita a la bodega que sin duda Mateo había preparado con esmero y que a lo mejor nunca más tenía ganas de repetir. Imaginaba que debía de sentirse molesto. O al menos escarmentado. Seguramente había descubierto que ella no era una persona libre, a su alrededor había un sinfín de problemas y obligaciones. Los hombres no suelen querer cargar con eso. Habían hablado varias veces por teléfono y, aunque Mateo se había mostrado comprensivo y se había ofrecido a venir a San José para estar con ella, solo para reconfortarla un poco había dicho, Irene prefirió no verlo y él se plegó a sus deseos sin ofrecer resistencia. No había sido capaz de verbalizar lo que le ocurría, una especie de desfallecimiento, de decepción, un cansancio tremendo que apenas estaba contenido por la necesidad de cuidar de su hija y de su nieto, aunque presentía que tarde o temprano acabaría por desmoronarse. Y entonces, no sabía muy bien por qué, le alegraba saber que Norma se encontraba cerca.

Fue aquel día. Cuando piensa en ello, ve de nuevo una imagen recurrente, una pelota de goma arrastrada por la marea. Las olas la han vuelto del revés y ahora se ve su interior amarillento y cuarteado, frágil, muy frágil. Cualquiera día se romperá en pedazos.

Mientras Norma se duchaba, Irene recibió aquella llamada que iba a pararle a todos la vida en seco. Sintió un vuelco en el estómago cuando vio el nombre de Sergio en la pantalla del móvil. En las últimas semanas había recibido más de cincuenta llamadas de su yerno. Nunca respondía y entonces tampoco lo hizo, pero aquel acoso interminable estaba a punto de sacarla de quicio. Apretó furiosa la tecla roja, y ya se disponía a desconectar el móvil cuando sonó de nuevo. Solo había un número en la pantalla. Un teléfono con prefijo de Madrid.

Pensó en Isabel, su socia. Estaban pendientes de una firma para que Irene le cediera definitivamente su parte en la empresa. Había decidido desvincularse totalmente de la escuela de música, venderle su parte a Isabel, que ya había encontrado una sustituta para las clases de violín, y quedarse durante una larga temporada en San José, con su hija y su nieto. No sabía muy bien hacia dónde estaba encaminando su vida, ni cuánto tiempo iba a durar aquello, pero no podía ni quería regresar a Madrid. Imaginó que la llamada podía ser de la notaría o del administrador. De haberlo pensado mejor habría caído en la cuenta de que no era la hora apropiada para ese tipo de llamadas.

Apretó la tecla verde de mala gana mientras sacaba del armario una fuente de cristal. Oyó una voz masculina, desconocida, que pronunciaba su nombre y luego un torrente de explicaciones que lentamente, según las iba comprendiendo, tratando de aislar de los detalles la magnitud del hecho principal, la hicieron derrumbarse sobre una silla.

Norma entró en la cocina con el pelo aún mojado y la encontró en aquel estado de paralización. Ni siquiera recordaba haber colgado el teléfono.

—¿Qué sucede? ¿Te encontrás mal?

Irene se retiró el pelo de la cara. La miró confundida, como si sintiera un enorme asombro o una inexplicable extrañeza al verla.

—Sergio está muerto —dijo con un hilo de voz.

Norma intentó comprender lo que acababa de oír.

—¿Sergio? ¿El papá de Nicolás?

—No saben si ha sido un suicidio o una sobredosis accidental.

Norma se quedó en silencio; también conmocionada. Arrastró una silla y se sentó junto a Irene. Le pasó una mano por el hombro y las dos permanecieron quietas, como esculpidas en piedra durante unos minutos.

—¿Cómo se lo vas a decir? —preguntó Norma.

—No lo sé, la verdad, no lo sé. Dicen que ha dejado una carta para ella.

—La va a destrozar, ¿no creés?

Entonces, como si alguien hubiera abierto una compuerta en su garganta, Irene estalló en sollozos.

—¡Por Dios!, ¡por Dios! —repetía una y otra vez sin saber muy bien lo que imploraba—. ¡Si solo tiene veinticinco años!

—¿Qué os pasa? —De pronto vieron a Candela en la puerta de la cocina. Nicolás estaba junto a ella—. Mamá... ¿Qué pasa?

Norma fue la primera en reaccionar. Se levantó mientras Candela permanecía rígida, temerosa, junto a la puerta. Norma se acercó a ella y la abrazó.

—¿Qué ha pasado? Por favor, decidme qué ha pasado.

Irene se levantó también. Solo veía los ojos suplicantes de su hija.

Oyó a Norma en segundo plano, como si estuviera muy lejos.

—Creo que será mejor que me lleve esta noche a Nicolás a mi casa. ¿Querés venir a dormir conmigo? —le preguntó al niño sin esperar respuesta de su madre o de su abuela—. Ya sabés que tengo un gatito. La otra vez jugaste mucho con él.

Irene asintió en silencio mientras trataba de contener la angustia de Candela, que las miraba a una y a otra suplicando que alguien le dijera lo que estaba ocurriendo.

Con una calma fingida, mientras sentía una oleada de pánico que escapaba de su pecho y le nublabla la vista, tomó a su hija por la cintura y la llevó hasta la silla donde ella misma había estado sentada. Candela no apartó los ojos de los suyos ni un segundo.

—Es Sergio, ¿verdad?

Esos ojos grandes y negros de Ricardo. Antes de que Irene pudiera responder, se cubrieron de lágrimas.

Se acaba de ir. Irene está sentada en el sofá de su casa de Madrid. Candela ha acompañado a su padre hasta la puerta. No pensó que el encuentro pudiera ser así, tan común, tan anodino, tan civilizado. Oye desde la puerta de entrada:

—Si me necesitas, ya sabes, estoy alojado en el Ritz.

Luego el ruido del ascensor y los pasos de Candela recorriendo de nuevo el pasillo.

Está más serena de lo que Irene habría podido esperar. De pronto parece otra persona, más estable y segura de sí misma. Lleva un sobrio pantalón vaquero, bajo de cadera y con los bolsillos traseros desplazados hacia un lado. Luego un fino jersey negro, un poco arrugado, que oculta sus brazos tatuados.

—¿Qué tal? —le pregunta a su madre sentándose junto a ella en el sofá.

—Bien —responde escuetamente Irene—. Normal.

Candela la interroga con la mirada.

—Demasiado normal —añade entonces Irene.

Cree que su hija la entiende. Acaba de ver a Ricardo después de cuatro años, después de los mellizos, después de Viena y de los abogados. Después de que el retorcido nudo que los unía se rompiera para siempre.

—¿Y tú? —pregunta ahora Irene—. ¿Cómo estás?

Candela se encoge de hombros y sus labios perfectos se estiran en una mueca que no consigue ser una sonrisa.

—Yo no me siento normal precisamente —responde con franqueza—. Pero tampoco estoy mal. No sé...

Ninguna de las dos tiene demasiadas ganas de hablar. Están agotadas. Por el entierro, por los encuentros imprevistos y por las noches sin dormir. Están viviendo todo juntas, a cada una le afecta de forma diferente, pero el efecto es el mismo: sienten que deben hacer un último esfuerzo.

—Tengo ganas de volver a San José —confiesa Candela, apurando el último sorbo del gin-tonic que se ha preparado unos minutos antes.

—Sí, yo también —responde Irene sin mirarla. Está contemplando distraídamente su casa, los cuadros que adornan las paredes, los muebles cubiertos por sábanas, las alfombras vueltas del revés... Por encima del cierre temporal, nota que la casa aún conserva los olores de cuando eran una familia—. Mateo me ha llamado otra vez esta tarde —dice a continuación—. Quiere acercarse a vernos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Candela se incorpora.

—Bien —responde—. Por mí de acuerdo. Yo he quedado para comer con papá.

Se levanta y busca algo en el bolso de tela que hay sobre el sofá de enfrente.

—Voy a llamar a Norma. Quiero hablar con Nicolás.

Irene la ve sacar el móvil. Se ha sentado en el brazo del sofá y espera pacientemente a que le respondan.

—No lo coge —dice después de unos minutos—. Habrán ido a la playa.

Por el bolso entreabierto asoma la carta que Sergio le escribió antes de morir. Irene la ha leído. No es exactamente una carta de despedida, ni siquiera contiene una explicación razonable sobre lo que luego le sucedió, pero en ella Sergio pedía perdón por enésima vez y, sin expresarlo abiertamente, Irene entendió, muy a su pesar, que reclamaba a gritos algún tipo de ayuda. Estaba tan confuso que no podía asumir lo que le había hecho a Candela, pero hacia la mitad, como si de repente hubiera recuperado temporalmente la razón, decía que Nicolás y ella estarían mucho mejor si él desapareciera de sus vidas. Luego volvía a suplicar una y otra vez, se lamentaba y desesperaba, prometía, juraba y amenazaba, todo sin solución de continuidad. Era la carta de una mente trastornada, la de un paranoico. No se lo había llegado a decir a su hija, pero Irene tenía la certeza de que Sergio se había metido en el cuerpo aquel cóctel de efedrina y diazepam no para alcanzar el nirvana, sino para terminar con todo de la única forma que era capaz de hacerlo.

El caso es que su muerte les había afectado a madre e hija de forma diferente, y mientras permanecían sentadas en aquel salón de una casa en la que ninguna de las dos tenía ganas de vivir, esperaban una indicación imprecisa que les permitiera rehacer sus vidas.

—Me gustaría vender esta casa —dijo Irene sin levantar la vista, como si hablara consigo misma.

Candela había sacado la carta del bolso.

—Pues hazlo —dijo con una sorprendente determinación.

Irene levantó la vista y vio que su hija estaba rompiendo la carta en pequeños trozos.

No dijo nada. Le acercó un cenicero de plata a través de la mesa y Candela arrojó en él lo que quedaba de la carta.

—No quiero que Nicolás pueda leerla algún día.

Esa noche se acostaron juntas en la misma cama, como cuando Candela era pequeña y su padre estaba de viaje. Irene tardó mucho en dormirse. Sentía a su hija despierta también, silenciosa e inmóvil, cada una abrumada por sus propios pensamientos y sin poder conciliar el sueño.

Irene pensó una y otra vez en Ricardo; intentaba digerir el encuentro en el cementerio de Colmenar, el modo en que él llegó al vestíbulo abarrotado y las buscó sin detenerse, con un rápido vistazo que le pasó por encima sin ningún síntoma de reconocimiento, fue un instante, una fracción de segundo, una decepción que le hizo sentirse invisible, hasta que él detuvo la búsqueda y volvió los ojos de nuevo, reconociéndola por fin al lado de una mujer que ni siquiera sabía quién era, y avanzó con aquella determinación arrolladora a la que nadie podía oponerse, mientras al mismo tiempo buscaba con la vista a Candela.

Había envejecido. El cabello cobrizo se había vuelto algo más gris y escaso, y estaba considerablemente más delgado. Los ojos negros tenían ahora un cerco oscuro,

aunque seguían siendo vivos y ágiles, como los de un *pointer*.

Se besaron de forma precipitada, apenas con un hola, cómo estás, e inmediatamente, sin que pudieran decir nada más, él se apartó para ir al encuentro de Candela. Irene vio cómo su hija se precipitaba en sus brazos y se echaba a llorar. Muchos ojos contemplaban la escena. Y luego oyó preguntar quién era aquel hombre y a alguien que explicaba en voz baja: es el padre de la chica, creo que es un famoso director de orquesta.

Era extraño verlo allí, en el cementerio, al otro lado de la multitud, su brazo alrededor del hombro de Candela, llevándola camino del nicho en el que iban a encerrar a Sergio para siempre.

¿Qué hacían los tres allí? ¿Por qué estúpida razón su familia se había congregado junto a la tumba de alguien por el que no sentían otra cosa que odio? Quizá Candela... Ella era la única que podía exhibir su dolor frente a los padres destrozados, los hermanos y los primos, los amigos de chupas de cuero y melenas sucias, las vecinas murmuradoras y los rostros apesadumbrados. Ellos no. Ricardo e Irene estaban allí para acompañar a Candela, para protegerla de algún modo en un acto que secretamente era una verdadera liberación. Irene se mantuvo al margen, en la última fila de aquel círculo de gente que se santiguaba, pero Ricardo llevó a Candela al pie del nicho, frente a la familia que les lanzaba destellos de rencor, y la hizo permanecer allí, aguantando las miradas de todos los que creían que Sergio se había suicidado por su culpa, hasta que empezaron a cubrir el nicho con una capa de cemento.

La gente empezó a dispersarse. Irene se quedó quieta en su sitio, contemplando indiferente cómo el círculo del duelo se abría hasta romperse en una serie de pequeños grupos que se saludaban entre sí y formaban un tapón al final de los nichos. Habría querido salir corriendo, volando más bien, como la cigüeña que pasó sobre el cementerio con sus alas pesadas y fue a posarse en el nido lejano de una torre eléctrica. Pero no podía moverse. Hasta que sintió una mano que se posaba en su hombro y tiraba de ella.

—Vamos.

Era Ricardo que, sin soltar a Candela, la rodeó con el brazo y las llevó a las dos en silencio hacia el parking.

En el camino se toparon con la madre de Sergio. Su rostro derrotado y doliente adquirió al mirarlos un destello de odio. Por un momento, Irene tuvo miedo. De esas miradas, de esos pensamientos invisibles que transformaron a su hija de víctima en verdugo. Temió que los reproches se le pegaran a la ropa y los siguieran hasta el coche, hasta el tiempo que quedaba por venir.

—Voy a despedir a mi taxi y os llevaré a casa.

Irene le entregó las llaves y se sentó en el asiento trasero. Ricardo conducía como si nunca hubiera abandonado Madrid. Entraron en la Castellana por la carretera de Colmenar y luego tomaron Marqués de Riscal hasta la esquina con Monte Esquinza.

—¿Dónde tienes el mando?

—En la guantera de la izquierda.

Ricardo aparcó el coche en el garaje y les abrió la puerta, primero a ella y luego a Candela. Parecía que el tiempo se hubiera detenido en un algún punto impreciso del pasado. Irene sintió un vértigo extraño. Eran los mismos de siempre, haciendo los mismos gestos cotidianos, aunque su aspecto externo hubiera cambiado. Candela había crecido, era de pronto una mujer, Ricardo tenía el pelo cubierto de canas y ella... Cuando salieron del ascensor, Irene abrió la puerta y pasó delante. Ricardo seguía manteniendo la misma actitud protectora y Candela se dejaba cuidar sin ofrecer resistencia.

—¿Tienes café?

Lo miró directamente a los ojos por primera vez. Se había dejado caer sobre el sofá cubierto por una sábana, a sabiendas de que eso a él le desagradaba, nunca podía aceptar que las cosas no estuvieran perfectas, pero aquella era ahora su casa y la sábana la había puesto antes de salir corriendo hacia Almería con su hija y con su nieto, cuando nadie más estuvo dispuesto a hacer nada, y no iba a quitarla por más que él contemplara el salón con esa mirada de censura mal disimulada.

—Supongo que sí —respondió sin esforzarse—. Mira en la cocina.

—Ya voy yo.

Candela se levantó y los dejó a solas.

—Papá solo, ¿verdad? —preguntó desde la cocina—. Mamá, ¿tú no prefieres un té?

Se quitó los zapatos de tacón y recogió las piernas en el sofá, bajo la falda negra. Ricardo se había sentado en un sillón de cuero que había a su lado. Antes había retirado cuidadosamente la sábana que lo cubría.

—Te veo bien.

Irene asintió.

—Gracias.

Ricardo estaba inclinado hacia ella, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas. Irene estuvo en un tris de soltar una carcajada inoportuna, porque al verlo tan cerca pensó que tenía la nariz mucho más grande de lo que ella recordaba, de hecho había oído en la televisión que la nariz y las orejas siguen creciendo a lo largo de la vida, pero no se rio, simplemente le respondió con fría cortesía.

—¿Y a ti cómo te va la paternidad? ¿Estás contento?

Ricardo hizo un gesto ambiguo con las manos.

—Dos al mismo tiempo es un lío. No te puedes imaginar.

Luego se recostó ampliamente sobre el respaldo.

—Menos mal que es la madre la que se ocupa de todo. Ya sabes que yo no tengo ni un minuto libre.

—Claro —admitió Irene con sorna—. Nicolás ya tiene tres años y a pesar de todo exige una atención constante.

Ricardo cayó en la cuenta de que no había preguntado siquiera por su nieto.

—¿Cómo está? ¿Se lo habéis dicho?

—No, no. De ningún modo. Apenas habla de su padre.

Ricardo volvió a echarse hacia delante.

—Dime una cosa ahora que no está Candela. ¿Ese niño ha presenciado alguna escena que no debía?

Irene lo miró con indignación. Bajó la voz.

—Pues claro que ha presenciado algo que no debía. Por ejemplo, ha presenciado cómo le partían la cara a su madre.

Ricardo escondió el rostro entre las manos. Luego se retiró el pelo hacia atrás en un gesto que a Irene le resultaba sumamente familiar.

—Menos mal que ya ha acabado todo —dijo bajando también la voz.

Candela entró con la bandeja. Irene sirvió el café y el té, mientras Candela se preparaba una tónica con un chorro de ginebra.

—¿Y ahora qué pensáis hacer? —preguntó Ricardo—. ¿Vais a volver a Madrid?

Candela e Irene se miraron. Ninguna de las dos respondió.

—Bueno, bueno —reaccionó Ricardo—, hay tiempo para pensar en eso. Creo que ahora os vendrá bien descansar, así que voy a dejaros. ¿Quedamos mañana para comer?

Irene no supo si la invitación iba dirigida a las dos o solo a Candela. Realmente le importaba bien poco, así que no se molestó en aclararlo. Luego se despidieron con la misma amable indiferencia con la que se habían saludado en el cementerio y él se fue.

Ahora que no tiene que guardar la compostura piensa en el olor de Ricardo cuando se acercó a besarla. Seguía usando la misma colonia de siempre. Y en el contacto de su abrazo cuando las llevaba a las dos camino del parking. En lo segura que volvió a sentirse por un momento. La mirada de la madre de Sergio la sacudió desde los umbrales del sueño sin que pudiera resultar una verdadera amenaza.

Y luego volvió a soñar con Sicilia. Como otras veces.

Soñar despierta. Desde la vigilia en la que todo está permitido.

Ve la casa de Giarre, en Zafferana. Un viejo *palazzo* rodeado de un parque. Grandes árboles centenarios. El olor a siglos, a colchones de lana, a ratones... Una cama alta y estrecha, con dosel, sábanas de hilo antiguas, ligeramente almidonadas, la hermana de Stefano, hermosa, distinguida, distante... Y las criadas de ojos maliciosos que le entregan la ropa recién planchada.

Luego ve la carretera de Messina, en las afueras de Catania. Ricardo e Irene vuelven de Ragusa en el coche de Stefano, que ha tenido que atender unos asuntos de la finca y no ha podido acompañarles. Es septiembre, pero todavía hace mucho calor.

No lo ha olvidado, no ha olvidado lo de Ana, todavía no. Ricardo y ella soportan como pueden la primera crisis seria de su matrimonio, siguen juntos por pura inercia, por Candela y por los compromisos de Ricardo, que no les dejan tiempo para pensar, pero a veces es tan evidente que se odian...

Y que se aman...

Las dos cosas.

Se han perdido. Irene lleva el mapa abierto sobre las rodillas, pero no consigue encontrar la dirección de Messina y, de pronto, se internan en un barrio lleno de talleres y tiendas miserables. Hay puestos de recambios al aire libre y una muchedumbre de peatones que cruzan la calzada por cualquier sitio. Los otros coches les pitan y les adelantan con maniobras que en Londres les costarían la cárcel, las motos pasan a ambos lados del Fiat y les obligan constantemente a frenar. Ricardo está furioso, le grita alterado que busque en el mapa; ella no puede ver nada, no hay carteles, ni nombres de calles, no hay nada que pueda identificar. Y entonces ve a un joven demacrado que se cruza con su Vespa delante del coche. Parece que se va a caer. Ricardo maldice una vez más. Irene ve que el motorista tuerce la rueda delantera contra el morro del automóvil y que se apoya en el capó. Y entonces alguien abre su puerta. Irene mira al otro hombre con súbita esperanza, cree que les va a ayudar. El hombre se agacha y extiende las manos. ¿Por qué no se da cuenta de lo que quiere? Un tercer hombre mete la cabeza por la puerta entreabierta, casi siente su aliento en la cara, abre el seguro de la parte de atrás y su bolso de Loewe vuela por los aires. Todos sus documentos van en ese bolso, el pasaporte, el carnet de conducir, la tarjeta médica, hasta el billete de regreso... Y entonces, antes de que ella pueda reaccionar, ve que Ricardo se desprende del cinturón, abre la puerta y corre por la acera atestada detrás de los ladrones. Ahora ella también sale del coche, se pone las manos sobre la cara mientras ve que su marido forcejea con uno de los cacos, el que lleva el bolso, mientras el otro corre unos pasos por delante, hasta que se da la vuelta y golpea a Ricardo con el codo en plena cara, y entonces entre los dos tiran de la correa del bolso pero aun así no consiguen arrebatárselo. El joven demacrado que los obligó a detenerse ha desaparecido con su vespa.

El Fiat está abandonado en plena calzada con las puertas abiertas. La gente se arremolina a su alrededor. Los miran con lástima y una mujer vestida de riguroso negro le pone a Ricardo un pañuelo en la nariz. De pronto, se dan cuenta de que el coche de Stefano se aleja acelerando ruidosamente y se mete por la primera calle a la derecha.

—Mamá, ¿estás dormida?

—No.

Candela se dio la vuelta en la cama.

—Papá estaba nervioso.

Irene también se volvió.

—¿Tú crees? —dijo colocándose boca arriba.

—Se le notaba.

—Bueno, es lógico.

—A mí me ha gustado que viniera. Me ha hecho sentir muy bien. Toda esa gente que nos miraba... Parecía que él me iba a salvar.

Irene se vuelve hacia su hija y le acaricia suavemente la cara. Tiene la misma piel que Ricardo, el mismo tacto aterciopelado y mate. Casi huele como él.

—Me alegro, tesoro. Al fin y al cabo es tu padre. Y lo va a seguir siendo pase lo que pase.

Tiene ganas de confesarle que ella también se sintió protegida, siempre, durante toda su vida en común, porque era fácil dejar que Ricardo adoptase ese papel, era cómodo, a cambio solo tenía que ir dos pasos por detrás... Si no estuviera tan cansada le contaría a Candela cómo una vez en Sicilia se enfrentó a unos ladrones y recuperó su bolso. Y que eso les hizo acercarse de nuevo, enterrar los rumores que circulaban por Rotterdam, los viajes a Córdoba y toda esa rivalidad ridícula e infantil en la que habían vivido hasta entonces.

Permanecen en silencio, una junto a la otra, compartiendo el mismo aire. Apenas se mueven cuando escuchan el pipipipi de un mensaje lejano.

—Es tu móvil —dice Candela.

—Sí —responde Irene sin cambiar de posición.

—¿No lo coges?

—No, ahora no. Será Mateo.

Candela se arropa con la colcha y se cubre hasta el cuello. Luego vuelve a acurrucarse junto a su madre, muy cerca, de modo que el aire que expide le llega a Irene directamente a la nariz.

—¿Te gusta?

Irene tarda en responder.

—Creo que sí.

—¿Y por qué estás tan pasiva?

—No sé. Me da pereza.

—¿Pereza o miedo?

—Las dos cosas, supongo.

—Ya...

Vuelve a pensar en Ricardo, en el modo en que había conseguido dominar la situación en el cementerio. Y luego en las palabras de Candela: «A mí me ha gustado que viniera, me ha hecho sentir muy bien».

¿Hasta cuándo iba a durar aquella secreta dependencia, el deseo de que él las protegiera, las salvara de la hostilidad?

—¿Sabes una cosa? —le dice a su hija—. Me gustaría recuperar un paraguero que había en casa de mis padres.

—¿En la entrada? —pregunta extrañada Candela—. Ya me acuerdo. Era viejo.

—Sí. Pero a mí me gustaba mucho.

—¿Y qué hiciste con él cuando murieron los abuelos?

—Se lo regalamos a una vecina.

—Vaya... A lo mejor todavía lo tiene.

—Bueno, no he vuelto por la casa, ni siquiera sé si sigue viviendo allí.

Se queda pensativa, fantaseando con la posibilidad de ir al viejo domicilio de sus padres en busca del paragüero. De pronto, recuerda el descomunal esfuerzo que hizo durante años para recuperar el Vuillaume de Ricardo.

—Mamá... ¿Qué vamos a hacer ahora?

Irene tarda en responder.

—No sé, lo que nos apetezca... Fíjate, creo que me siento libre por primera vez en mi vida.

—¿Libre? ¿Qué quieres decir?

—Que no lo he sido nunca —responde Irene—. Que hasta hoy no me había dado cuenta de que las cosas nunca han dependido solamente de mí.

Candela pensó en lo que su madre acababa de decir.

—Supongo que a mí me va a pasar algo parecido tarde o temprano, ¿no crees?

—Claro, ahora no tenemos a nadie que tire de nosotras hacia atrás. Ningún hombre...

—Sí —repitió Candela con amargura—. Ningún hombre.

Mateo la llevó a comer a un restaurante italiano que había en la esquina de la calle Génova. Ella pidió un *carpaccio* y él un plato de pasta con ragut. Mateo eligió el vino, un *nero d'Avola*, que según dijo era una variedad típica siciliana que se estaba imponiendo en el mercado internacional.

—La gente se cansa de beber siempre riojas o riberas. Ahora mismo hay una auténtica revolución en el mercado de los vinos. En Italia, la *syrah* y la *nero d'Avola* están compitiendo con la *sangiovese* e incluso con la *cabernet*.

Irene recordó aquel Brunello de 1940 que Ricardo había comprado en Montalcino.

—*Sangiovese grosso* —repitió con marcado acento italiano—, la sangre de Júpiter...

Mateo la miró con admiración.

—Vaya, eres un pozo de sorpresas. ¿Conoces los vinos italianos?

—He vivido en Siena —respondió con sencillez—. Si pasas una temporada en la Toscana es imposible no conocer los vinos, la fruta, las variedades de pasta, los embutidos... Es como en España, la mitad del tiempo te lo pasas hablando de lo que has comido o lo que vas a comer.

—Sí, es cierto —rio divertido Mateo—. ¿Recuerdas cuando detuvieron a Roldán? Todo el país estaba pendiente de la captura en Laos, del dinero que había desaparecido... Y el día que ingresa en prisión, todos los telediarios abrieron con la noticia de que había comido macarrones. Una amiga venezolana, que pasaba unos días en casa, estaba asombrada porque decía que los españoles en la sobremesa de una comida siempre hablan de lo que van a comer al día siguiente. Y es cierto, pero parece que no solamente pasa aquí.

—En Italia es igual o peor, te lo aseguro.

—Sí, me lo imagino, porque además ellos llevan años potenciando los productos autóctonos. Son los reyes de la denominación de origen. ¿Sabes que los aceiteros de la Toscana compran en España aceite de Tarragona o de Aragón y luego lo etiquetan como italiano?

—Bueno, creo que eso pasa en todos los sitios. Incluso con el vino...

—Es cierto, completamente cierto. Pero te aseguro que no tiene ningún interés hacer vino con uvas que no has criado tú. Y eso que a veces hay sorpresas... ¿Recuerdas el Oliana que tomamos cuando viniste a comer?

—Era excelente.

—Es lo que llamamos un vino especial, no es un crianza, ni un reserva, pero por una serie de circunstancias extraordinarias se convierte en único. En su caso fue la sequía de 2003, un año rarísimo. El invierno fue muy frío y con abundantes lluvias, las heladas respetaron la totalidad de nuestras viñas, la floración se adelantó y, cuando parecía que íbamos a tener una cosecha excepcional, llegó el verano más caluroso de los últimos cincuenta años, unas temperaturas extremas que adelantaron la maduración y dejaron los racimos en la mitad. Tuvimos que empezar la vendimia a

mediados de agosto. Y luego empezó a llover... Perdimos el cuarenta por ciento de la cosecha. Cuando pensábamos que tendríamos que vender la uva para alcohol, probamos el vino y vimos que no solo era bueno, sino que había salido mejor que muchos reservas. Y ahí está, convertido en eso que ahora llaman «vino de autor».

Irene había acabado el *carpaccio*. Mateo tenía su plato intacto.

—Creo que debo callarme —dijo avergonzado—. Cuando hablo de vinos no me doy cuenta de lo pesado que me pongo.

—En absoluto —protestó Irene—. Me interesa y me gusta, nunca había pensado en la cantidad de esfuerzo y dedicación que hay detrás de una botella de vino.

—Pues ya ves, a veces incluso es la casualidad la que interviene en la producción.

—Bueno, esto un italiano jamás lo reconocería. Diría que es un vino de argumento, elaborado en pequeñas partidas de alta calidad y cuidados extremos...

Mateo soltó una rápida carcajada y la miró con una mezcla de admiración y complicidad.

—Bueno, bueno, en cierto modo es así... No todo lo dejamos al azar. Tengo que confesarte que, al ver la calidad del vino, nuestros enólogos han destinado uno de los viñedos a reproducir artificialmente las condiciones de 2003. Hemos puesto en marcha una producción de dos mil botellas anuales. Y va bien.

Por primera vez guardaron silencio. Irene apuró su copa y Mateo terminó los *tagliatelle*, que se habían quedado fríos.

—Deberías venir un fin de semana a la bodega. Creo que lo pasarías bien.

—Estoy segura.

—Pero ahora no es el momento, ¿verdad?

—No, no puedo dejar a Candela sola.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor de lo que cabía esperar. Ahora está comiendo con su padre.

—¿Y Nicolás?

—No sabe nada. Lo hemos dejado en San José con una amiga, por eso tenemos que volver cuanto antes.

Mateo hizo una seña al camarero.

—¿Quieres que tomemos el café en mi casa? —propuso Irene—. Está aquí al lado y no quisiera que Candela llegara y se encontrara la casa vacía.

—Claro, por mí encantado, pero no quiero estorbar...

—No te preocupes, creo que tiene ganas de conocerte.

En la calle hacía calor. Mateo llevaba una camisa de rayas azules remangada hasta medio brazo. Irene lo encontró inesperadamente atractivo. No se parecía en nada a Ricardo, no era tan alto ni tan arrogante, tenía menos empaque, pero resultaba mucho más cercano y en cierto modo más varonil. A Irene le daba la impresión de que su mente había encontrado el camino para adaptarse al terreno en el que vivía y que era capaz de hacerlo con la misma pericia que utilizaba en el cultivo de las viñas.

Entonces sí retiró las sábanas de los sofás.

—Perdona el aspecto de la casa. Llevaba meses cerrada.

Mateo se había quedado a unos pasos del arco que separaba el comedor del salón. Irene retiró también la sábana que cubría el mueble bar. Era un espectacular modelo de caoba y aluminio, de estilo art déco. Irene lo abrió. En la estantería del cuerpo central había una veintena de botellas.

—Mira a ver qué te apetece beber mientras yo preparo el café. Aquí están los vasos y las copas.

Abrió también las dos puertas laterales y dejó la cristalería a la vista. Las paredes interiores estaban cubiertas de espejos. Mateo no la obedeció. Fue tras ella a la cocina.

—Mejor te ayudo con el café. No sé si me conviene una copa.

Irene echó agua en la cafetera express, puso el café en el filtro y colocó dos pequeñas tazas bajo la boca de salida.

—Pareces cansada —dijo Mateo mirándola con ternura.

Ella sonrió con tristeza.

—Supongo que lo estoy. Han sido unos meses muy difíciles.

Se había apoyado en la encimera y parecía a punto de echarse a llorar.

Mateo no se acercó todavía.

—Me gustaría poder consolarte —dijo muy serio. Irene apartó la mirada.

—Pues hazlo —concedió en voz baja.

Él se acercó, le acarició brevemente el pelo y la abrazó sin decir una palabra más. Irene recostó la cabeza en su hombro y escuchó cómo la cafetera empezaba a pitar. Luego oyó las voces que avanzaban por el pasillo.

—Hola —dijo Candela asomándose a la puerta de la cocina. Interrogó a su madre con los ojos.

Ricardo estaba detrás de ella. Irene cruzó una fugaz mirada con su exmarido y luego intentó controlar la situación.

—Estamos haciendo café.

Mateo se había retirado hasta la mesa central y permanecía tranquilo, con las manos en los bolsillos. Ricardo tenía el ceño fruncido.

—Mateo ha venido a darte el pésame —le dijo Irene a su hija.

Candela se acercó a la mesa.

—Gracias —dijo tendiéndole la mano. Él se la estrechó con seguridad.

—Pasa, Ricardo —Irene intentó hacer un esfuerzo por normalizar la situación—, te quiero presentar a Mateo Munar. Vive en la casa de Armand Brunel, ¿recuerdas? En San José.

Los dos hombres se estrecharon fríamente la mano. Ricardo pronunció un gélido «ah, ¿sí?», que más que una pregunta parecía una clara muestra de indiferencia.

—Es Ricardo Betancourt, mi exmarido —dijo Irene a pesar de que no hacía ninguna falta aclararlo—. El padre de Candela —añadió.

Hubo un momento de tensión, como si nadie se atreviera a hablar. El gesto huraño de Ricardo llenó la cocina de un antiguo malestar. Irene empezó a sentir la irritación de antaño, la que con el paso del tiempo había conseguido encerrar en el cuaderno de agravios.

—Gracias por el vino —dijo de pronto Candela. Todos la miraron aliviados—. Era muy bueno —añadió.

Y luego, acercándose cariñosamente a su madre, la cogió de la mano y sonrió con picardía.

—Mi madre y yo nos bebimos las dos botellas en una sola noche.

Irene miró de soslayo a Ricardo. Parecía sumamente incómodo.

—Bueno, creo que eso voy a tomármelo como un cumplido —agradeció serenamente Mateo.

—Fue una noche muy divertida, la verdad —añadió Candela sin perder la sonrisa—. Una noche especial.

Irene recordó una fuente de filloas, el cielo estrellado y el rumor del mar a lo lejos. También recordó, como en una ráfaga, las palabras que le había dicho a Candela: «A tu padre y a mí se nos había acabado el tiempo de estar juntos. Cada pareja tiene un tiempo para ser feliz y un tiempo para ser desgraciada. Nosotros habíamos agotado los dos».

—Todavía deben de quedarnos unas cuarenta o cincuenta botellas en reserva —propuso Mateo gratamente sorprendido por la actitud de Candela—, así que cuando quieras tener otra noche especial, no tienes más que decírmelo.

Candela asintió con un gesto que venía a decir, de acuerdo, te tomo la palabra.

Parecía que iban a volver a quedarse en esa incómoda actitud en la que nadie era capaz de tomar una decisión sobre cómo comportarse, cuando Mateo se dirigió a Ricardo con la mano extendida.

—Bueno, un placer. —Y luego, mirando a Irene—: Ahora creo que debo irme.

Irene asintió. Mateo se acercó entonces a Candela dispuesto a estrecharle la mano, pero ella le ofreció ambas mejillas.

—Nos veremos pronto.

—Eso espero —añadió él.

Irene lo acompañó a la puerta. En el vestíbulo se miraron a los ojos. Irene hizo un gesto de disculpa. Él le cogió suavemente la mano.

—Es una chica estupenda. Se nota nada más verla.

Irene se lo agradeció. Volvió a pensar en lo fáciles que eran las cosas con él, en cómo encajaba todo, incluso el sufrimiento o la inquietud, y en el modo en que conseguía hacer que se sintiera bien, tranquilamente, sin alharacas, promesas o aspavientos; de hecho, era como si la llegada de Mateo Munar hubiera traído la normalidad a su vida.

—Espera, tengo que darte algo —le dijo cuando ya había abierto la puerta y él se disponía a salir.

Volvió al cabo de un par de minutos con un libro.

Era de Eduardo Vidal, el escritor que había conocido en casa de Armand Brunel hace más de veinte años. Señaló el marcapáginas que asomaba por el lomo y le dijo:

—Creo que te gustará leer el capítulo en el que habla de Armand. Te lo he señalado.

Mateo cogió el libro y leyó en voz alta el título:

—*La mitad de una sombra*. Parece sugerente.

—Es un pasaje un poco misógino, la verdad —explicó Irene—, en mi opinión no refleja cómo era realmente Armand, porque verás que el escritor se permite la licencia de cambiar ciertas cosas, por ejemplo al describir la casa donde se supone que vive Armand y los motivos por los que vino a España.

—Vaya, así que sale mi casa en este libro. ¿Qué es? ¿Una autobiografía?

—Algo así, tiene forma de novela, pero los personajes llevan nombres reales; no sé, es un libro curioso, sobre todo si conoces a alguna de esas personas.

—Está bien, pues lo leeré encantado.

La puerta seguía entreabierta, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a despedirse.

—¿Cuándo volvéis a San José? —preguntó Mateo.

—Lo antes posible. Seguramente mañana mismo.

—Yo no podré ir hasta dentro de quince días. Tengo que hacer un viaje para comprar nuevas barricas. Pero te llamaré.

Irene asintió en silencio.

—Si no te importa —añadió no obstante Mateo.

—Cuando quieras —dijo ella—. Siempre es un placer hablar contigo.

Mateo se acercó, le acarició el óvalo de la cara suavemente y la besó en la frente.

Mientras cerraba la puerta, Irene pensó que todavía tenía en San José los discos que había grabado para él.

Mateo llegó a Ossa de Montiel cuando empezaba a oscurecer. La bodega estaba cerrada y uno de los camiones permanecía aparcado en el patio, junto a la puerta metálica de la nave. Subió hasta la primera planta, donde tenía un pequeño apartamento en el que vivía desde su separación.

Escuchó los mensajes del contestador y vio que su hijo mayor le había llamado desde Noruega, donde había pasado los últimos cuatro meses con una beca. Decía que iba a quedarse quince días más para conocer el norte del país. Mateo hizo un gesto de resignación. Eso significaba más dinero, estaba seguro. Puso el aire acondicionado y comprobó que la asistenta le había dejado la cena en la nevera. Después se duchó, se puso una camiseta vieja y un pantalón de pijama y se instaló en el sofá con el libro que Irene le había dado.

Leyó primero rápidamente, sin especial interés. Pero a mitad del capítulo dejó el libro sobre la mesa, abrió una botella de vino y volvió a leer desde el principio.

Aprovecho la ocasión y viajo por carretera. Clara se queda con la niña en Madrid y yo me dirijo a la casa de Armand Brunel en el sur.

Junto al mar.

Armand vive desde hace años en un paraje desértico, lleno de piedras, escorpiones y chumberas, que la gente llama La Boca del Moro. Una pequeña montaña arenosa separa su casa del mar. Es un día de primavera. Cuando llego Armand me espera junto a la entrada. A su lado hay un perro de caza, delgado y nervioso, que corretea a lo largo del camino. Nos abrazamos. Vamos a tener una conversación que recordaré años más tarde.

También siento el calor del sol y la suave brisa del mar.

No pienso en nada más.

Nos sentamos en el jardín, debajo de un árbol, y bebemos vino blanco. Armand ha construido con sus propias manos un techado de brezo entre pino y pino. El resultado es confortable, porque protege del calor sofocante y crea una suave penumbra desde la que se puede contemplar el campo bañado por el fuerte sol de mediodía y, a un lado de la montaña de arena, el mar tranquilo y azul. Hay jazmines y buganvillas plantadas contra la pared blanca de la casa. Hay también un curioso parterre con geranios y rocalla y un enorme hibiscus que deja el suelo salpicado de flores color grana. A la derecha, en uno de los costados de la casa, se ve el huerto. Armand lo muestra con orgullo. Tomateras, pepinos y un retorcido laberinto de calabazas. Me siento bien. Me gusta el sitio. Me gusta Armand.

Vive en este desierto salado. Solo. Libre. Con su huerto, sus flores de primavera, con sus libros y los perros.

—Son buenos cazadores —me dice—. El año pasado, en Las Presillas, cobraron cuarenta y dos piezas.

Luego acaricia el lomo blanco de un *pointer*, me sirve otro vaso de vino y suelta una carcajada de satisfacción.

Es un hombre fuerte, de poderosas espaldas y músculos tensos. Debe de pasar de los cincuenta años, pero su cuerpo aún no ha sido diezmado por la vejez. Cuando yo tenga esa misma edad, estaré intentando apartarla a manotazos mientras mi mujer y mi hija se alejan para siempre. Es curioso el futuro. Curioso saber que existe, que un día de diciembre podré recordar todo esto, la casa de Armand en el sur y su rostro, su verdadera imagen, contemplados desde la distancia que me aparta del suelo, que podré describir a Armand, cada uno de sus rasgos, su voz, la expresión inolvidable con la que maldice a las mujeres, todo lo que se me había extraviado en el almacén del tiempo. Sí, Armand regresa tal y como era entonces, tal y como ahora mismo, en este milagroso presente que parece eterno, sigue siendo. Tiene el pelo gris y largo, la boca grande, expresiva, el cuello ancho y las manos enormes.

Mateo deja de nuevo el libro sobre la mesa y bebe en silencio. Su cabeza está llena de imágenes. Él también ahora ve el rostro inconfundible de Armand Brunel, no en ese paraje salvaje en el que la novela lo sitúa, sino en el real, porque Brunel no vivía en el

campo, no tenía un huerto, ni perros de caza; la realidad era mucho menos romántica. Mateo recuerda cuando vio el cartel en aquella casa que su mujer y él siempre habían envidiado, un cartel de SE VENDE, rotulado a mano sobre un cartón blanco y cubierto por un plástico, sin teléfono... Pasaron un día y otro ante la casa, hasta que Lola se empeñó en llamar.

Allí estaba él, un gigante de pelo blanco con acento francés, huraño y malhumorado. Les enseñó de mala gana la casa. Y cuando Lola le preguntó por qué la vendía, respondió escuetamente:

—Me marcho de España.

—Ah... ¿Vuelve a su país?

Lola era terriblemente persistente. No había nada que la detuviera cuando se empeñaba en saber algo.

—No —respondió Brunel—. No vuelvo a mi país.

Estaban bajando al sótano por el interior de la casa. Habían visto el salón, las cinco habitaciones y un estudio enorme que había en la primera planta. Lola se había entretenido mirando detalladamente el salón y los dormitorios, y en el estudio debió de sentirse un poco abochornada porque apenas pasó de la puerta. Mateo vio que el ordenador estaba encendido y él también tuvo la impresión de que habían invadido la intimidad de aquel hombre que les precedía por las escaleras sin decir una palabra.

Armand Brunel abrió la puerta que daba a la cochera. La barca, una menorquina de cuatro metros de eslora, estaba colocada en el centro, sin toldilla. Brunel fue hacia la puerta del embarcadero y la levantó.

—Usted es francés, ¿verdad? —insistió Lola.

Él la miró de soslayo y ni siquiera contestó. Lola se volvió hacia Mateo con un gesto de fastidio. Luego salió a las rocas caminando con precaución sobre las gastadas traviesas del embarcadero.

—¿Vende también la barca? —preguntó Mateo echando un vistazo al interior—. Es una menorquina, ¿no?

Lola se había alejado hasta el final de la pasarela y miraba la casa desde allí.

—La barca, los muebles, todo lo que han visto —respondió Brunel plantándose frente a la puerta, de espaldas a Mateo, con las manos en los bolsillos de su raído pantalón.

Recuerda la escena, era extraña, incómoda. Parecía que estuvieran intentando arrebatarle algo que él se negaba a soltar.

Mateo cierra por un momento el libro y piensa en Irene. Le gustaría hablar ahora mismo con ella. De pronto, quiere compartir estas inesperadas imágenes rescatadas de un depósito en el que ni siquiera sabía que estaban. Brunel de espaldas, contra la luz, Lola al fondo del pequeño embarcadero, diminuta y molesta, el olor de los aparejos que hay en el suelo de la cochera y esa barca en la que una vez salieron con Nicolás a ver delfines... No acierta a saber por qué necesita hablar con ella, quizá solo quiere deshacerse de algo que no sabe muy bien qué es.

Mira el reloj y piensa que, seguramente, es demasiado tarde. No se atreve a llamar. Piensa que quizá sea mejor así y sigue leyendo, mientras sus propias imágenes se confunden con las de un novelista al que no conoce de nada y que se llama Eduardo Vidal.

Armand es escritor. Cuando se instaló en España había recorrido medio mundo, había escrito una docena de novelas que se tradujeron a varios idiomas y representaba, para mí que tan solo era un aprendiz lleno de ilusiones y proyectos, el tipo de escritor que siempre había deseado ser. Pero Armand y yo no tenemos nada que ver. Él es un buscador, explora el espacio exterior, mientras yo me pierdo en el laberinto de mis pesares, un inútil recorrido por el interior de mis vísceras que no conduce a ninguna parte.

Armand lleva la aventura pegada al costado, como yo llevo el temor.

Recuerdo que llegó a España a mediados de los sesenta. Vino a una partida de caza en Andalucía y se instaló inmediatamente cerca de la costa. Compró la casa, un pequeño barco, y desde entonces ha regresado a su país en una sola ocasión: para firmar los papeles del divorcio que su segunda mujer había pedido después de la singular separación. Ese día hablamos de ello con arrogancia masculina. Si pudiera intervenir le diría que los dos estábamos entonces equivocados. Pero no puedo. Simplemente le escucho y asiento con desgana.

—Mis mujeres me cuestan casi la mitad de mis derechos de autor, pero sin ellas vivo como me da la gana. Las mujeres, amigo Eduardo, nos parecen indispensables, pero a veces no son más que una molestia. Cuando uno se las quita de encima, respira por fin. Nunca se sabe lo que una mujer es en nuestra vida, hasta que desaparece.

Luego suelta una sonora carcajada y golpea la mesa con la mano.

—Pero, chico —me dice con ese español contagiado de acentos sureños—, tienen un gran poder. Sí señor. Las mujeres embrujan, se te meten en el alma y te emboban. Y te digo una cosa, las jóvenes son las peores. Estoy escribiendo sobre eso. Sobre la pasión de los hombres cuando están cerca de la vejez, cuando de pronto miran hacia atrás y, zas, atrapan un cuerpo joven con la pretensión de huir de su propia edad. Creo que es un proceso que tiene algo de destructivo, aniquilador.

—¿Contra uno mismo? —pregunto visiblemente impresionado.

—Sí, cualquier hombre entrado en años sabe que la mujer joven le exigirá, le obligará, aunque sea la dulzura en persona. Le pondrá al filo de sus posibilidades y le hará caer. Creo que los hombres insatisfechos, los que se arrepienten de la vida que han llevado, los que quieren una nueva oportunidad para revivir, son los únicos capaces de tomar ese camino. Es un camino sin retorno. Mírame. En los últimos tres años no he estado con una mujer. La última vez me enredaron, te lo juro, y faltó poco para que la cosa pasara a mayores. Era una morena preciosa, muy joven por cierto, una chica que trabajaba en la fábrica de harinas. Me sentaba en el bar del cruce a verla pasar por las tardes, cuando finalizaba la jornada; tenía un cuerpo vivo que hablaba por sí solo, se cimbreaba como las serpientes y temblaba como las alondras, yo estaba fascinado por su cuerpo y por sus ojos, negros, agudos como agujijones. Ese contemplarla día a día, sin haber cruzado nunca una palabra, me gustaba. Creo que la mirada es el arma más poderosa de las mujeres. El silencio, su mejor aliado. Luego la traje a esta casa, el encanto se desvaneció al tenerla siempre al alcance de la mano... Y empezó a hablar y a hablar... Oye, no había forma de que callara. Estuvo a punto de terminar conmigo. No podía trabajar, siempre la tenía alrededor, como las moscas, y acabé por pedirle que se fuera. Una mujer joven es un peligro, te lo digo yo. Creen que pueden hacer de ti lo que quieran, que eres viejo y por lo tanto estúpido. Solo cuando la perdí de vista, me di cuenta de que esto, sin mujeres, es el paraíso.

Armand extiende el brazo sobre la casa, la montaña y el pequeño trozo de mar que contemplamos. Luego se pone repentinamente serio.

—Las mujeres ocupan ahora otra dimensión —añade. En su voz se percibe una nota de aspereza—. Me rindo. Desisto de entenderlas. Ellas en su mundo y yo en el mío. Podemos ser amigos, colegas, cualquier cosa menos amantes. Y he de decirte que esta decisión de prescindir de ellas me ha costado mucho, pero también me ha devuelto la paz. Nunca conseguí una buena relación con ninguna de mis mujeres, incluso creo que la idea de la mujer en sí misma me altera profundamente. He llegado a la conclusión de que, en el fondo de todo, es un problema existencial que se agrava con el paso de los años y que escapa totalmente de mi capacidad de razonar. Ahora bien, si decido establecer una línea divisoria entre su mundo y el mío, todo el problema desaparece. Una simple cuestión filosófica, si quieres. Leibniz decía que una cosa puede ocurrir o no ocurrir, y las dos son igualmente ciertas, pues lo que deriva de lo posible no es lo imposible, sino lo imposible, una mezcla híbrida y completa que deja siempre a salvo la verdad, pero en mundos diversos, separados y sin ninguna vinculación previsible. Las mujeres y yo somos lo que Leibniz llama sujetos imposibles, vivimos

en distintos departamentos de una pirámide de cristal. Nuestros intereses circulan de forma paralela, pero no creo que vuelvan a cruzarse. A veces pienso que somos de distinta especie.

Luego, nos quedamos en silencio, oímos el fantástico silencio que envuelve La Boca del Moro, y yo presiento en esa quietud la presencia de un animal herido. No soy yo, no es Armand, no sé quién es. Pero resulta desgarrador.

Mateo pensó en lo que acababa de leer. «Una cosa puede ocurrir o no ocurrir, y las dos son igualmente ciertas...». En circunstancias normales no habría estado en absoluto de acuerdo. Él era economista. Y esas divagaciones filosóficas nunca habían ocupado demasiado espacio en su existencia: había estudiado, había encontrado un buen trabajo, se había casado y luego lo había dejado todo y había empezado de nuevo, solo, sin Lola. La casa de Armand Brunel era ahora la suya. Y al leer aquellas páginas recordaba el modo apresurado y arbitrario con el que cerraron el trato.

Brunel permanecía de espaldas, contra la luz. Su corpulencia se recortaba sobre el horizonte.

—¿Cuánto pide por la casa? —preguntó más por mera curiosidad que por auténtico interés.

Brunel se volvió. Lola avanzaba dando traspiés hacia ellos.

—¿Cuánto puede ofrecer usted?

Mateo se quedó sorprendido. La casa le gustaba, y mucho, pero no estaba preparado para iniciar una negociación.

—Ahora mismo podría disponer de unos quince millones.

Lola había entrado en la cochera a tiempo de escuchar la propuesta. Le lanzó una mirada asesina.

—Deme dieciocho y es suya. Los tres que le faltan puede pagármelos dentro de tres meses.

Cuando salieron de la casa Lola le montó una bronca descomunal.

—Pero ¿no has visto que está dispuesto a vender a cualquier precio? Si ni siquiera has regateado...

A ella no le gustaba realmente la casa, nunca se encontró cómoda allí. Cuando iban a pasar el verano, Lola se ponía histérica con los arreglos, el mantenimiento, la limpieza... Se precipitaba ella sola en una situación de estrés que acababa ahogándolos a todos en una cadena interminable de discusiones familiares.

¿Qué hubiera ocurrido de no haberse decidido en un momento de arrebato? ¿Qué fue lo que le hizo comportarse así, de ese modo inconsciente y precipitado, realmente impropio de él? Ahora lo sabe. Fue Brunel, algo que Mateo no entendió entonces y que al leer la novela de Eduardo Vidal, comprendía claramente. Su seguridad aplastante y contagiosa, que extirpaba de raíz cualquier duda posible, la extraña percepción de que aquel viejo de pelo blanco sabía lo que había que hacer: mirar hacia el mar con las manos en los bolsillos y seguir adelante. Porque daba igual si te

equivocabas o no, daba igual... «Una cosa puede ocurrir o no ocurrir, y las dos son igualmente ciertas...».

Pensó detenidamente en todo aquello. ¿Qué habría pasado si no hubiera visto cada verano y cada fin de semana que iban a San José la cara menos amable de Lola, su mezquindad, su histeria, su incapacidad de disfrutar de la vida? Recordaba la ilusión con la que él reparaba la barca durante el invierno, pintaba el casco, cambiaba los ánodos, desmontaba el avispero del intercambiador de calor para limpiarlo en profundidad, y cuando llegaba la primavera, sacaba la barca, colocaba la toldilla y se llevaba a los niños a navegar por la costa. Lola nunca iba con ellos. Decía que el barco era incómodo, que no tenía cubierta para poder tomar el sol y que el olor a gasolina la mareaba. ¿Qué hubiera ocurrido sin esas discusiones constantes por la casa, el barco y todo lo que para Mateo significaban? ¿Se habrían separado? Seguramente... Tarde o temprano... Luego vino el tema de la bodega. Una aventura en la que ella no quiso participar. Sus vidas ya se habían dissociado, aunque ninguno de los dos se atrevió a decirlo hasta que fue inevitable. No había nada que desearan hacer juntos. También él llegó a pensar que Lola y él eran de distinta especie. «Nuestros intereses circulan de forma paralela, pero no creo que vuelvan a cruzarse».

Piensa en lo que podría haber sido su vida. No ha comprado la casa. Sigue viviendo en Madrid y pasando su único mes de vacaciones cada año en un hotel distinto, en un lugar distinto... Si no se hubiera hecho cargo de la bodega... No tendría esa gratificante sensación de continuidad, de que las cosas pueden permanecer en el tiempo. No podría coger el coche y escapar de vez en cuando hacia la costa, ni contemplar apaciblemente el mar mientras toma un segundo café y lee los periódicos del día... No habría conocido a esa mujer que toca el violín en los días de lluvia.

Se ve, no obstante, viviendo su otra vida, la que podía haber sido su vida si no hubiera aceptado hacerse cargo de la bodega, si Lola no le hubiera pedido la separación... Esa otra realidad le esperaba y de pronto, por algo que todavía no entiende muy bien, se dio la vuelta y empezó a vivir por el extremo opuesto, ya no iba a ser más ese economista que se ponía el traje cada mañana y esperaba la jubilación para poder atender sus sueños. Sí, también eso es cierto. En cierto modo es cierto. Forma parte de él... «Una cosa puede ocurrir o no ocurrir, y las dos son igualmente ciertas...».

Mateo dejó el libro sobre la mesa y miró el reloj. Eran casi las doce. Dudó, pero finalmente le mandó un mensaje a Irene preguntando si todavía estaba despierta. Ella respondió inmediatamente con una llamada.

Hablaron durante más de una hora. Cada uno en el silencio individual de su noche, pero unidos por un creciente murmullo de confidencias que jamás se habrían dicho de estar frente a frente.

Cuando se levantó al día siguiente, después de haber dormido menos de seis horas, Mateo se sintió hambriento y de un humor excelente. No había cenado, así que se preparó un buen desayuno y bajó a la bodega.

—Necesito que envíes seis botellas de Oliana Especial a esta dirección de Almería —le dijo a la chica que llevaba la oficina—. Pero no lo hagas hasta dentro de un par de días. Mándalas a la atención de Candela.

Escribió una nota: «Aquí te envío tres noches especiales para que las vivas con tu madre. Cuídala mucho, ella sí que es especial».

Luego entró por la puerta trasera en el túnel de barricas. La sala tenía forma de bóveda, con paredes de grueso tamaño construidas en roca natural. Estaban empezando a vaciar las primeras barricas.

—¿Qué tal? —preguntó al técnico.

—Parece que bien, la merma es aceptable. Para ser nuevas no han perdido mucho, entre cinco y seis litros.

Mateo observó cómo se hacía el trasiego. El vino se iba pasando de las barricas superiores a las de abajo, lentamente, para no remover los residuos de las paredes. Vaciarían esas barricas, las lavarían con agua caliente, las cepillarían con esmero y las llenarían de nuevo durante otros cuatro meses.

—¿Qué oscilación de temperatura hemos tenido?

—Durante los últimos cuatro meses, la idónea, ligeramente por encima de los cinco grados. La microoxidación habrá sido lenta y bastante homogénea.

—En abril y mayo no ha hecho mucho calor, pero me preocupa el último mes. Quizá tendríamos que haber trasegado hace quince días.

—No creo que haya problema. Al principio del encubado hemos tenido temperatura ambiente de nueve y diez grados en el túnel. Si todo sale como espero, la absorción de oxígeno a través de las duelas habrá producido una estabilización natural. El vino ha tenido que tomar oxígeno y luego, al alcanzar los quince grados, el oxígeno se habrá disuelto y ya sabes lo que eso significa.

Mateo lo sabía, un vino más maduro y estable.

—¿Y la humedad?

—Aceptable, setenta por ciento, ahí sí que no podemos hacer nada de momento.

—Estupendo. ¿Has hecho la cata?

—Todavía no, te estaba esperando.

—Puedes empezar si quieres, yo vuelvo en cinco minutos. Tengo que hacer una llamada.

Mateo salió del túnel por la parte delantera. Uno de los operarios estaba subido en lo alto de los depósitos. Le saludó con la mano. Llamó a Irene.

—Quería hablar contigo antes de que salieras de viaje. ¿Has dormido bien?

Irene le dijo que estaban haciendo las maletas y que pensaban salir para Almería en una hora.

—He pensado en lo que me dijiste anoche.

Irene hizo un esfuerzo por recordar. Habían hablado de tantas cosas...

—Cuando dudabas de si habías hecho lo correcto —aclaró Mateo—. Hubo un momento en el que pensé que te arrepentías.

Irene supo de inmediato a qué se refería. Le había confesado a Mateo que a veces pensaba que había sido un error separarse de Ricardo, que el precio era demasiado alto... Se preguntaba si el sufrimiento de Candela, incluso el suyo propio, merecían la pena, si no habría sido mejor quedarse todos como estaban.

—Durante estos cuatro años —le había dicho en un arranque de sinceridad—, solo he tenido la impresión de ir perdiendo cosas, una tras otra, que me extirpaban partes de mí misma y que no podía rellenar el hueco.

—Te voy a contar una cosa que te va a gustar —dijo Mateo—. Es sobre el vino.

Se apartó para dejar espacio a un camión que hacía una complicada maniobra frente al almacén.

—Verás —continuó—, estamos vaciando las barricas. Cuando se hace el encubado se llenan hasta arriba, se tapan herméticamente con un tapón de silicona y se dejan en reposo. Las de hoy han estado cuatro meses en roble francés.

El camión se había atravesado longitudinalmente intentando situar la parte trasera junto a la puerta del almacén. Mateo se alejó hacia la verja de entrada para evitar el ruido.

—Bueno, pues cuando las abrimos para hacer el trasiego, encontramos que cada barrica ha perdido unos cinco litros de vino que se han evaporado a través de los poros de la madera. A esa merma la llaman en la región francesa de Cognac «la parte de los ángeles», y los ingleses «*the angel's share*», un impuesto que hay que pagar al cielo en el proceso de envejecimiento. Se supone que es la parte que los ángeles se han bebido porque el vino, el coñac, o el brandy son realmente buenos.

Había salido a la carretera y caminaba lentamente por el arcén. Un hombre pasó en bicicleta por el carril opuesto.

—Creo que es lo mismo que pasa cuando te separas y cambias radicalmente de vida: si queremos vino en lugar de mosto hay que sacrificar una parte. Es un simple impuesto natural, tiene una explicación lógica. El tiempo que se invierte en el cambio, esos cuatro años que te han hecho perder cinco litros de un líquido que no era nada, simple uva exprimida, se pueden convertir en una preciosa inversión, porque cuando acabe tu proceso de reposo tendrás a cambio la complejidad aromática de la madera, que se habrá fundido con los aromas propios del vino, y puedes obtener un resultado final más intenso, estable y maduro.

Dejó que ella reaccionara mientras daba la vuelta y regresaba a la bodega. Irene encontró muy poética la explicación, pero no dijo que estuviera de acuerdo. Mateo añadió entonces:

—Ahora bien, el vino no se puede quedar más tiempo del necesario en la barrica, porque entonces los taninos ásperos de la madera terminarán por derrotar a los aromas originales del vino. Hay que saber airearlo y cambiarlo a tiempo.

Irene entendió lo que él quería decir. Estaba suficientemente claro.

No volvieron a verse hasta un par de semanas después. Tal y como estaba previsto, Candela e Irene habían vuelto a San José y Ricardo voló a Japón, donde al parecer estaban su mujer y sus hijos. Esa vez no tuvo que vender ningún violín para costearse el viaje.

Cuando Mateo e Irene volvieron a encontrarse, muchas cosas habían cambiado. Incluso el propio pueblo. Había empezado la temporada de verano y las calles y las playas de San José estaban atestadas de turistas. Mateo llegó el viernes y esa misma noche Irene lo invitó a cenar. También invitó a Norma.

Ahora estaba preparando la cena y se disponía a montar la mesa en el pequeño jardín donde Candela y Norma habían encendido velas contra los mosquitos.

—Y vos la animás, ¿no es cierto?

Candela y Norma hablaban a media voz, apoyadas en la barandilla. Mateo aún no había llegado.

—Mi madre se lo merece, ¿sabes? Ha estado muy sola durante todos estos años.

Irene llevaba en la mano un mantel y cuatro servilletas. Se paró en seco al oírlas.

—¿Cuánto tiempo hace que se divorció?

—No me refiero a eso. Lleva sola desde mucho antes. Mi padre estaba siempre viajando, y cuando venía a casa solo quería desconectar, olvidarse de todo. A veces se encerraba en su estudio durante horas y solo salía para comer, justo cuando estaba la comida en la mesa.

—¿Y vos? ¿Cómo vivías eso?

Candela hizo una pausa demasiado larga. A Irene se le nubló la vista.

—Yo no me daba cuenta de nada. Me parecía normal. Pero ahora creo que ella era muy infeliz, por eso quiero que le vaya bien si ese tío le gusta. Parece majo. Nos ha mandado una caja con seis botellas de vino.

Irene salió al jardín y extendió el mantel sobre la mesa intentando comportarse con naturalidad. Pero fue Norma la que rompió el hielo.

—Hablabamos de tu novio.

Irene protestó.

—No es mi novio, ni mucho menos.

Candela y Norma sonrieron a la vez.

—Bueno, pues a ver si esta noche conseguimos que lo sea —dijo Candela mientras cogía las servilletas y las colocaba sobre el mantel.

No fue tan fácil, pero casi. De aquella cena en la que se habló de música y vino, de Argentina y de Borges, de la España que Irene había abandonado cuando apenas era una niña y a la que había regresado cuando Candela ya tenía once años, salieron una serie de planes encadenados que fueron celebrados con la misma velocidad con la que se vaciaban las copas del vino que Mateo había llevado para la cena. Los planes empezaron con una jornada de navegación por la costa almeriense, hasta la cala de San Pedro, siguieron con una invitación de Norma para probar su asado de tira, y concluyeron con el compromiso de visitar la bodega durante un fin de semana al que

Mateo puso fecha concreta, arrancando a las tres mujeres la promesa formal de que ninguna fallaría. Por parte de Irene, no había otro plan mejor que la secreta esperanza de un verano lleno de noches largas y cálidas como aquella.

—Nosotras nos vamos a tomar una copa al puerto.

Irene lanzó una mirada de interrogación a su hija. Intentó saber si Norma y ella se habían puesto de acuerdo para dejarlos solos, pero Candela debió de entender algo distinto:

—No te preocupes, mamá, que volveré en un par de horas —respondió con formalidad.

Estaba sorprendida por el comportamiento de Candela. Por un segundo, mientras la veía reaccionar de aquel modo despreocupado y dócil, pensó que Sergio no había existido nunca, que los años de rebeldía e incomunicación eran solo una pesadilla, un sueño del que por fin todos habían despertado. En su fuero interno atribuyó el cambio a la presencia de Norma, a su alegre espontaneidad y a su contagioso sentido común.

Las acompañó hasta la puerta. Candela se estaba pintando los ojos en el espejo de la entrada. Norma se acercó a Irene y le dijo en voz baja:

—Es un tío bárbaro. No le dejés escapar.

Candela añadió mirándolas a través del espejo:

—¿A que hacen buena pareja?

Irene las mandó callar con un gesto. Tenía miedo de que Mateo las oyera.

—Vale, vale, ya nos vamos.

Cuando cerraba la puerta vio el rostro de su hija vuelto hacia ella y la sonrisa de complicidad que le lanzó desde la acera.

Regresó al jardín. Mateo había apagado la farola de pie y había acercado una mesa con la botella y dos copas a las tumbonas que ahora estaban sumidas en una confortable penumbra.

—Ven —le dijo en cuanto oyó sus pasos en la gravilla—. Túmbate aquí conmigo. Verás qué espectáculo.

Irene le obedeció. Las velas que rodeaban la mesa seguían lanzando llamaradas intermitentes, sacudidas por repentinos golpes de brisa. El aire olía a jazmín.

—Fíjate qué cielo. Hace años que no veía tantas estrellas.

Irene levantó el cuello en una postura algo incómoda. Sobre su cabeza, el firmamento estaba decorado con una infinita gama de constelaciones, pequeñas, lejanas, misteriosas...

—¿Ahí es donde están los ángeles que se bebieron mis cuatro años? —preguntó señalando el cielo.

Mateo se rio con la ocurrencia. Luego se volvió hacia ella.

—Es posible —dijo repentinamente serio—. Pero si estás dispuesta a hacer el trasiego, puedo ofrecerte una remesa de barricas nuevas. Son bastante buenas.

Irene también lo miró. Las tumbonas estaban muy cerca.

—El mejor roble de Alliers, tostado medio plus, duelas de corte hendido y grano fino —recitó Mateo consciente de lo que estaba ofreciendo—. No sé si serán adecuadas para ti.

Irene volvió la vista hacia el techo estrellado.

—¿Qué pasa si nos equivocamos?

Mateo seguía mirándola atentamente.

—Recuerda lo que fui capaz de hacer con la cosecha de 2003, me estoy especializando en casos difíciles.

Ella volvió a mirarle. Sonreía emocionada.

—Además, ¿qué pasa? —añadió Mateo sonriendo también—, si no podemos conseguir un gran reserva, haremos un crianza. Es un vino excelente para beber a diario. Al fin y al cabo se trata de eso, ¿no?... de conseguir un poco de felicidad cada día.

Un par de horas más tarde regresó Candela y los encontró en la misma posición, hablando en voz baja con las copas de vino vacías. Irene se levantó y le dijo a su hija:

—Te estábamos esperando. Me voy a casa de Mateo.

Candela no pareció sorprendida. Mateo se había incorporado también y llevaba las copas a la cocina. Irene y su hija se miraron. Entonces Candela abrazó a su madre y le dijo al oído:

—Suerte.

La Konzerthaus de Viena, Akiko Onishi y sus mellizos se iban alejando definitivamente.

Hoy cumple treinta y dos años. La calefacción se ha roto y ha tenido que pasar toda la mañana con el técnico comprobando los radiadores y la caldera del sótano. Ricardo llega por la noche de Bournemouth, ha reservado una mesa en su restaurante preferido, pero ella está tan cansada que no quiere salir de casa. Piden comida india y Ricardo enciende unos viejos candelabros de plata que Irene detesta. Está agotada, molesta, irritada. Luego él saca una botella de Moët Chandon y un sobre atado con un lazo rojo.

—Es tu regalo —le dice.

Lo abre. Dentro hay una serie de fotografías. No lo entiende, son imágenes de una casa, la fachada de piedra blanca con balcones y miradores, habitaciones vacías, un pasillo, arcos de paso, la cocina antigua, fea y mal amueblada, y luego una placa de esas que ponen en las calles de Madrid, calle de Monte Esquinza...

No lo entiende.

—Es tu regalo —repite Ricardo.

Cree que alguien se ha vuelto loco, quizá ella por imaginar tantas veces que regresaban a Madrid.

—¿Me has comprado una casa? —pregunta con miedo—. ¿Una casa en Madrid? Ricardo asiente satisfecho.

—He dado la entrada con el dinero que me pagaron por la grabación.

La mira sonriente, esperando su reacción. Irene está agarrotada, no puede decir ni hacer nada, contempla las fotos una y otra vez.

—Pero bueno... Di algo. ¿Te gusta?

—¿Dónde está? ¿En qué zona?

—Mira la foto de la placa —dice él, visiblemente orgulloso de su puesta en escena—. En la calle Monte Esquinza, en el distrito de Chamberí, entre Zurbano y Fortuny.

Irene intenta situarse. Hace catorce años que no vive en Madrid.

—Es una calle preciosa, un buen barrio, cerca de la calle Génova y a un paso de la Castellana.

Irene vuelve a mirar las fotos. No sabe qué decir.

—Tiene cuatro habitaciones, un salón muy grande y un comedor. Necesita algunas reformas, pero la vamos a dejar preciosa. Y eso no es lo mejor...

Ricardo le coge una mano. Parece a punto de hacer una declaración de amor.

—He puesto esta casa en venta. Nos vamos de Londres.

Irene no puede creerlo.

—¿A Madrid?

Él afirma varias veces con la cabeza.

—He firmado un contrato de seis meses como director invitado de la Sinfónica de Cleveland. Mientras estemos allí haremos la reforma. Y luego nos instalaremos definitivamente en España. Eso era lo que querías, ¿no?

—Pero entonces ¿nos vamos a Estados Unidos?

—Solo durante unos meses.

Irene intenta digerir toda esa avalancha imprevista de proyectos.

—¿Y Candela? Tendrá que dejar su colegio.

—Claro que tendrá que dejarlo, pero no creo que eso sea ningún problema, tiene casi once años y habla perfectamente inglés. Mejor que español, por cierto.

—Pero no acabará el curso.

—Y qué más da eso. Piensa que cuando lleguemos a Madrid tendrá que adaptarse a los planes de estudios españoles, seguramente no serán iguales que los ingleses... Pero ¿por qué estamos hablando de eso ahora? Es tu cumpleaños y quiero saber si el regalo te gusta.

Por fin reacciona. Se arroja en sus brazos.

—Claro que me gusta. Pero casi no me lo puedo creer.

Tiene la cabeza llena de imágenes. España... el ruido, el sol, las voces... Las escaleras de madera de la casa de sus padres y el viento arrastrando las dunas en la cala de El Barronal...

Piensa también en el traslado, en qué muebles se llevará... Piensa que tendrá que despedir a la asistenta y que tendrá que buscar un colegio para Candela... Y piensa además, con una tristeza que a ella misma le sorprende, que deberá despedirse de Douglas y Helen, sus únicos amigos ingleses. Han seguido viéndose desde que se conocieron en casa de Armand y, aunque los separan algunos años, Helen se ha convertido en su mejor amiga y confidente. Quedan para comer una vez al mes y, en primavera, Ricardo y ella los visitan en la casa que tienen en Wetherden.

Cuando Ricardo y ella hacen el amor esa noche recuerda la primera vez que Helen y ella hablaron. «Tienes un cuerpo precioso, no deberías ocultarlo», le había dicho en una de las dunas de El Barronal. Y ella se desnudó y se quedó tumbada al sol intentando hacer suya esa idea. Hace mucho que no se siente así, orgullosa de su cuerpo. Sabe que tiene una figura elegante y adecuada, sabe vestirse, arreglarse el cabello todavía rubio y sano, sin tintes, pero cuando se mira en el espejo del baño se siente extraña, como si su cuerpo verdadero la hubiera abandonado. Está delgada, pero eso no es suficiente. Este país se le ha metido debajo de la piel como uno de esos insectos de los que a veces Douglas habla, como un gusano nocivo que va taladrando y secando su sensualidad mediterránea.

—Por cierto, mañana me quedaré todo el día en casa —dice Ricardo cuando está a punto de apagar la luz—. Vendrá una persona a trabajar conmigo, se llama Fanny Zóbel. La he contratado como secretaria personal, yo ya no puedo con todo este jaleo.

Esa noche Irene tarda mucho en dormirse. Piensa en Madrid, en cómo será su vida allí. Intenta con todas sus fuerzas extraer recuerdos y sensaciones que le ayuden a hacerse una idea, pero solo encuentra fotogramas dispersos, cinco castañas asadas sobre su mano infantil, calientes y oscuras, sucias, una plazoleta con tilos en el Jardín Botánico, Chisán a su lado, adulto, seguro y repentinamente peligroso... el aeropuerto de Barajas que ha llegado a conocer como si fuera su casa... y luego,

emergiendo sobre todo el resto, poderosas y vivas como siempre, las imágenes del Cabo, las noches cálidas y los días luminosos de San José, la casa de Armand, llena de amigos que se alejan... Al llegar allí todo se evapora, se desvanece, se va... Revive una vez más la llamada que Adam Fertig le hizo desde Rotterdam hace un par de semanas.

—No te lo vas a creer. Acabo de enterarme de que Armand Brunel se marcha de España. Ha vendido la casa.

En esos momentos Irene siente que hay una etapa de su vida que se acaba. Ya está. La intensa década de sus veinte años desaparece sin más. Todos son adultos, tienen obligaciones, necesidades, compran y venden casas...

¿Por qué le pilla todo por sorpresa? ¿En qué mundo vive? ¿Es que nadie puede quedarse quieto? Helen le había prestado últimamente un libro sobre Lillian Hellman y le había subrayado una frase: «Las personas cambian y generalmente se olvidan de comunicar dicho cambio a los demás»... Se sentía profundamente irritada y esta vez no era con Ricardo.

Intentó imaginar quién sería el desconocido que había comprado la casa de Armand Brunel.

Al final fue Fanny Zóbel la que le ayudó a encontrar el Vuillaume. Después de cinco años preguntando a unos y a otros, fue Fanny la que lo consiguió.

Ha llegado noviembre. El cielo está lleno de gaviotas que planean silenciosamente por encima de los barcos.

Llevan tres meses viviendo en Nueva York. La casa de Madrid permanece temporalmente cerrada.

Ricardo va a cumplir cuarenta años en esa ciudad descomunal y fría, en ese mundo lleno de luces de neón, dinero y velocidad. Es todavía joven para su profesión pero cada día está más cerca del objetivo. Irene no sabe cuál es ese objetivo. Acaso él tampoco lo sabe. Han vivido en Cleveland, han estrenado la casa de Monte Esquinza, Candela ha pasado cuatro años en un colegio de Madrid... Adam Fertig ha muerto de sida.

Irene lleva dos meses preparando una gran fiesta de cumpleaños, pero aún no tiene el regalo. Él le había regalado una casa cuando cumplió treinta y dos años y ella busca desesperadamente algo especial, que esté en consonancia con esa casa y pueda emocionar a un hombre que lo tiene casi todo.

Habla con Fanny mientras espera a Ricardo para ir juntos a comer. Al principio pensó que Ricardo y ella no iban a congeniar, porque aparentemente no tenía una sola de las cualidades que Ricardo exigía, era bajita, seca, malhumorada y, sobre todo, insólitamente fea, con unos rasgos primitivos que hablaban de su origen tagalo. Pero también era dura como el pedernal, activa, segura de sí misma y se movía con soltura en un mundo de nuevas tecnologías que a Irene le resultaba extremadamente peculiar:

internet, el correo electrónico, una cosa llamada Lycos y ordenadores portátiles desde los que se podía enviar un fax. Ricardo dependía de ella en cuerpo y alma.

Por indicación de Irene, Fanny ha contratado la sala Seville del Hotel Carlton, en Madison Avenue. Catorce mesas redondas con capacidad para ochenta y cuatro personas. Han encargado un cóctel y una cena con música en vivo, solo un piano, aunque Irene ha exigido que el pianista sea lo suficientemente bueno como para no desentonar con los famosos músicos que asistirán a la celebración.

Fanny y ella se han sentado en la pequeña sala de reuniones. El nuevo despacho de Ricardo está situado en la calle 94, en la planta veintisiete de un edificio del Upper West Side. Desde la enorme ventana que cubre dos paredes se ve la franja verde de Riverside Park y el río Hudson.

Fanny tiene abierto su ordenador portátil y le explica a Irene las condiciones económicas del hotel. Le enseña en la pantalla un croquis de la distribución de las mesas. Irene está sorprendida.

—Un día de estos tendré que ponerme a aprender yo también todo eso de internet —le confiesa un poco abochornada.

Fanny la mira por encima de sus gafas.

—El mundo avanza deprisa —le dice sin la más mínima comprensión.

—¿Puedes buscar cualquier cosa?

—Depende —responde Fanny secamente.

—Un regalo original, por ejemplo. Algo que tenga que ver con la música.

—¿Un instrumento, una partitura, una batuta?

Se ha puesto a teclear en su ordenador con energía. Irene mira el río Hudson y la costa lejana de Nueva Jersey.

—Un violín.

Teclea sin mirarla. Irene teme que no haya oído.

—Un Vuillaume de 1864 —recalca—. Llevo años buscándolo.

Fanny levanta la vista. Su pelo lacio le cae sobre la frente.

—¿Un violín concreto? —pregunta interesada.

Irene le explica que era del abuelo de Ricardo y que él lo vendió en los años setenta.

—Para venir a declararse a Japón —dice tímidamente, sabiendo que eso ablandará la actitud de Fanny Zóbel—. Yo estaba actuando con la Filarmónica de Rotterdam y él vendió el violín para costearse el viaje.

Fanny hace una mueca, no es exactamente una sonrisa, pero se le parece.

—Necesito datos, el fabricante y el año ya lo tenemos, ahora necesito el color, las características particulares, si las tiene, a quién fue vendido...

Irene le dice todo lo que ella sabe. Y luego se va a comer con su marido pensando que lo que intenta es prácticamente imposible.

Están sentados en un ruidoso restaurante asiático de Broadway con la 77th. Ricardo ha estrechado la mano del dueño, que le manda sus humildes saludos para la

señora Fanny. Comen *dim sum*, sopa de limoncillos y un curry de verduras que Irene encuentra demasiado fuerte. Apenas hablan. Irene está pensando en sus cosas y Ricardo en las suyas. Y de pronto él dice:

—He pensado que es hora de volver a Madrid. ¿Qué te parece?

Él sabe muy bien lo que ella opina.

—¿Cuándo? —le pregunta sin más.

—No sé, quizá dentro de un par de meses. Después de Navidad.

Fue ese día. El día en que decidieron sin discusiones cómo iba a ser su vida a partir de entonces. Irene y Candela se quedarían en Madrid, en la casa familiar, y Ricardo mantendría la oficina de Nueva York y acaso un pequeño apartamento en Londres para poder moverse por el mundo con la libertad de los que lo tienen todo resuelto. No hubo necesidad de negociar, nadie tuvo que convencer al otro, por fin habían llegado a un punto en el que ambos estaban de acuerdo.

Tres días más tarde, Irene recibe una llamada de Fanny. Ha llevado a Candela al colegio y ha vuelto a casa en un taxi. Tiene un montón de llamadas a las que responder.

—He encontrado el violín —le suelta Fanny a bocajarro.

—¿El Vuillaume? ¿Estás segura?

—Bueno, eso tendrás que decidirlo tú. Desde luego es un Vuillaume de 1864. El propietario dice que tiene una inscripción en latín alrededor del aro.

Irene está asombrada. Fanny le pide que vaya lo antes posible a ver las fotos.

—Si es el que queremos habrá que darse prisa. Está en un anticuario de Londres y nos lo tendrían que enviar antes del día del cumpleaños, ¿no?

Esa vez no coge un taxi, cruza a pie Amsterdam Avenue y en diez minutos está en el despacho donde Fanny la espera excepcionalmente sonriente. Irene ve las fotos en el ordenador y reconoce sin esfuerzo el violín. La inscripción del aro se lee perfectamente: «*Viva fvi in silvis dvm mortva dvlce cano*». Irene recuerda a un Ricardo joven y radiante, en aquel café de Rotterdam, explicándole lo que esa frase en latín quería decir: «Viva fui en la selva mientras muerta dulcemente canto».

—Se refiere a la madera, ¿sabes? —le había dicho aquel chico de suave acento canario, mientras ella le admiraba secretamente.

—Cómpralo —le dice a Fanny sacando su tarjeta de crédito—. Cómpralo te pidan lo que te pidan.

Todavía puede recordar el rostro de Ricardo cuando se lo entregó antes de la fiesta. Lo había embalado en una caja larga y lo había atado con un gran lazo azul. Ricardo lo miró confuso, como si no fuera capaz de reconocerlo, y luego recobró por un momento el rostro de antes, el que Irene amaba, el rostro de un muchacho lleno de entusiasmo que era capaz de prometer la luna y, lo que es más difícil aún, convencerte de que la conseguiría.

Habían fondeado la barca a unos cien metros de la playa. En la cala de San Pedro había grupos de gente cerca de la orilla y dos tiendas de campaña montadas a lo lejos, junto a la pared de rocas calcinadas por el sol. Al fondo de la ensenada, junto a unas palmeras, se distinguía la torre cilíndrica del viejo castillo y más a la derecha las ruinas de un pequeño caserío deshabitado.

Norma se quitó la camiseta y sin esperar a nadie se tiró al agua. Llevaba los senos al aire. La vieron desaparecer bajo el agua y luego salir a la superficie lanzando un grito de entusiasmo. Candela le preguntó al niño:

—¿Quieres bañarte con Norma?

Nicolás se agarró a la pierna desnuda de su madre. Llevaba uno de esos flotadores de láminas que imitan a los chalecos salvavidas.

—No, contigo.

—Vale, pues nos tiramos juntos.

A Nicolás la idea de arrojarse al agua desde esa altura no le gustó en absoluto. Mateo acudió en su ayuda.

—Tírate tú primero —le propuso a Candela—. Yo te lo daré desde la popa.

Cogió al niño en brazos y esperó a que Candela emergiera de su zambullida. Irene le contempló mientras intentaba negociar pacientemente con Nicolás, que se agarraba a su cuello sin querer soltarse, y luego le vio bajar sonriendo satisfecho por la escalerilla, sujetando al niño contra su pecho con la otra mano.

Irene siguió distraída el vuelo de una gaviota que se volvió invisible al alcanzar la franja rocosa de la orilla. Los cerros que protegían la ensenada tenían un tono oscuro, casi negro, que desaparecía de pronto al empezar la superficie desnuda de los acantilados. Debajo de esa línea escarpada, el mar mostraba un intenso color azul. Mateo había puesto a Nicolás en el agua y jugaba con él. Empezaba a hacer mucho calor.

—Mirad bien, que puede haber medusas —gritó Mateo.

Candela y Norma se acercaron con rápidas brazadas. Irene se sentó a estribor y contempló el transparente fondo marino en el que solo vio arena y bancos de algas. Intentaba no pensar en el día anterior, pero no podía evitarlo, treinta y dos horas que empezaban en aquel dormitorio que antes había sido el estudio de Armand. Sintió que su fantasma estaba presente mientras Mateo la desnudaba, la brisa del mar entraba por el amplio ventanal abierto, caliente y húmeda como la respiración de un viejo amigo, y el olor y las voces que creía haber olvidado emergieron como una gran ola que llegaba de la bahía e invadía la estancia... Hasta que él dejó de tocar su ropa y le rozó la piel. Entonces solo pudo pensar en las manos de Mateo, firmes y lentas, demorándose hasta la exasperación, y luego en el deseo, un latigazo imprevisto, olvidado, su propio cuerpo despertando a un placer que hacía años no sentía...

Los ve alborotar en el agua y no siente el más mínimo deseo de ir con ellos. Desde el barco parecen una gran familia divirtiéndose en una mañana de domingo.

Mateo y ella durmieron hasta el mediodía. Se despertó cohibida en la cama bañada por la luz que entraba desde el mar, un resplandor excesivo que le hizo temer el aspecto de su cuerpo desnudo. Había soñado con Adam, un sueño inquietante en el que lo veía con un esmoquin blanco sentado junto al piano. Al fondo de ese sueño se oía un lejano toque de trompeta, como un lamento, un grito nostálgico. Sentía una congoja que le apretaba el corazón. Mateo la retuvo cuando intentaba levantarse con cuidado para no despertarle. Ven aquí, le dijo atrayéndola hacia sus brazos; ven conmigo, repitió, y ella se dejó abrazar dócilmente mientras la luz dejaba de importarle y el olor de Mateo barría todos los recuerdos anteriores.

—Ven —oyó de nuevo—, báñate con nosotros.

Esa palabra, «ven», esa palabra...

Norma y Candela se habían alejado nadando hacia la playa. Desde el barco vio cómo alcanzaban la orilla y se desplomaban juntas sobre la arena mojada. Mateo intentaba convencerla para que se diera un baño. No le apetecía, todavía no...

Eran casi las dos de la tarde cuando Mateo se levantó y preparó café. Irene aprovechó para llamar a su hija.

—¡No me digas que te acabas de levantar! —exclamó Candela al oír su voz.

—Pues realmente no —dijo tímidamente Irene—. Todavía estoy en la cama.

Candela empezó a hacer todo tipo de preguntas sin ningún pudor y ella se resistió a contestar, entre risas y protestas a media voz, hasta que tuvo que recordarle que la madre era ella.

—Ni se te ocurra venir por casa —le ordenó su hija a pesar de la advertencia—. Quédate todo el día con él. Nicolás y yo nos vamos a comer a casa de Norma.

Sobre la espadaña blanca de una iglesia, el cielo añil del atardecer y la luna, incompleta y casi transparente, asomando por la playa. Mateo la llevó al Cabo de Gata, ese poblado construido junto a las salinas y la almadraba al que había ido tantas veces con Armand a comprar pescado. Era una tarde serena, apacible, de una extraña y vertiginosa tranquilidad. Caminaron por las callejuelas humildes y vacías, contagiados de aquel silencio lleno de olores a comino y cúrcuma. Algunas casas estaban coronadas por cúpulas que se recortaban sobre el añil del cielo con la irrealidad de uno de esos belenes a los que les ponen papel de plata azul. Azules también las ventanas, con bolsas llenas de agua para espantar a las moscas, blanco el sol, sin fuerza, perdiéndose detrás de unos montes de apariencia abrasada, blanca la sal atrapada en las cubetas de las salinas y blanca la cal de las paredes que desembocan inevitablemente en el mar. Irene recordó lo que una vez le había oído decir a Douglas: al fin y al cabo África estaba al otro lado.

Se sentaron en una taberna cuya parte trasera daba al mar. Había varias mesas metálicas cubiertas de polvo y salitre. A escasos metros, media docena de barcas de diferente tamaño permanecían varadas en un destartado cementerio marino.

Hablaron de Ricardo y de Lola, de sus respectivos matrimonios, mientras la luz se iba haciendo cada vez más débil y el mar cada vez más gris. Hablaron, cómo no, de

esa irritante y penosa sensación de escozor en la conciencia que es el desamor. Cuando Mateo le explicó cómo se había sentido en los últimos años de su vida con Lola, Irene le entendió. Pero cuando quiso hablar de su pasado no fue capaz de hacerlo de forma coherente.

—¿Sabes una cosa? —le dijo pensativa a Mateo—. No puedo recordar nuestra vida... no sé cómo llamarla... doméstica, nuestra vida familiar. Recuerdo sobre todo los viajes, veo imágenes dispersas de Holanda, Siena, Cleveland, Nueva York... Pero cuando pienso en algo estable, solo puedo pensar en este lugar. Es... no sabría cómo explicarlo... el sitio donde me encontraba con mis amigos, donde era feliz... donde volvía siempre. Durante años he sentido que esta era mi verdadera casa.

—Bueno, es comprensible, pero quizá lo has sublimado —aventuró Mateo mientras contemplaba el torreón anclado en la arena con sus cuatro torretas cilíndricas—. Porque la vida aquí no es fácil. Nunca lo ha sido. Este es un sitio para venir y marcharse, un pequeño paraíso natural anclado en el tiempo en el que nos resulta fácil descansar.

Irene pensó en lo que acababa de oír. Ella también contempló la figura del torreón que emergía a contraluz. Justo encima de la torre principal la luna se había vuelto más luminosa, más intensa, ocupando el cielo de cobalto y absorbiendo todo el blanco de la tierra.

—Creo que tienes razón —confesó recordando su conversación con Norma mientras preparaban aquella salsa siciliana que nadie probó—. Empiezo a pensar que hay demasiadas cosas que no son exactamente como siempre había creído.

Mateo asintió en silencio.

—A veces tengo ganas de llamar a Ricardo y decirle... no sé... que me perdone. O que le perdono... Realmente lo que quiero es cerrar de una vez mi cuaderno de agravios, ya no quiero seguir cargando con él.

—Sí, creo que te entiendo... El rencor es un sentimiento que agota. A veces es mucho mejor ceder, total qué más da quién tenga razón, nadie es completamente inocente o completamente culpable... Al final hay que admitir que las responsabilidades pueden ser compartidas, es mucho más sano.

Irene pensó que Mateo estaba en lo cierto. Estaba cansada de todo aquello. La pelota de goma volvía una y otra vez a la orilla y ella no deseaba verla más.

Esa misma noche, cuando Mateo la dejó en casa después de haber pasado las últimas veinticuatro horas juntos, se instaló en el jardín, en una de aquellas tumbonas en las que habían tejido su primer encuentro amoroso la noche anterior. Candela y Nicolás se habían acostado. La casa estaba en silencio y el aire volvía a oler a jazmín. Hizo un cálculo rápido: si en España eran casi las dos de la mañana, en Tokio debían de ser las diez más o menos. Y en Nueva York las ocho de la tarde. Fue a por el móvil y llamó a Ricardo.

—Dime, Irene, ¿ocurre algo? ¿Estáis todos bien?

El tono preocupado de Ricardo le dio ánimos para seguir adelante.

—Sí, muy bien, no te preocupes. Esta vez no ocurre nada malo, pero no sé si te pillo en buen momento. ¿Puedes hablar?

—Sí, sí, tranquila. Estaba revisando una partitura.

—Quería preguntarte una cosa. Te parecerá una tontería...

—Adelante.

—¿Conservas todavía el Vuillaume?

Ricardo se quedó en silencio durante unos segundos. Luego respondió amablemente:

—Claro, claro que lo conservo. Fue un regalo maravilloso. —Y luego añadió—: Siempre que lo toco me trae muy buenos recuerdos.

Irene intentó no pensar en Viena. No era para eso para lo que le había llamado.

—Porque hubo muy buenos momentos, ¿verdad? —La voz le tembló ligeramente—. Entre nosotros, quiero decir.

—Sí que los hubo —respondió Ricardo con la misma amabilidad. No parecía tener tanta prisa como en otras ocasiones, incluso se diría que no estaba nada inclinado a cortar la conversación—. Pero dime una cosa, ¿por qué me lo preguntas ahora precisamente?

—No sé... Siento que los voy perdiendo, los buenos recuerdos, he estado tan resentida durante todo este tiempo que me parece que he sacrificado todo lo bueno que hubo entre nosotros...

Irene se ahogó con sus propias palabras. Ricardo se dio cuenta de que lo estaba pasando mal y dejó que se repusiera.

—Recuerdo tu nariz ensangrentada en aquella acera de Catania y lo que nos reímos cuando nos dimos cuenta de que nos habían robado el coche de Giarre...

Al otro lado de la línea se oyó una risa sonora, algo que sonaba irreverentemente cómplice.

—Y los domingos de Siena, cuando salíamos a comer por los pueblos de la Toscana... Y la vez que le trajiste desde Berlín un pato amarillo a Candela en el bolsillo de la chaqueta...

Aquello se le estaba yendo de las manos.

—Pero no consigo recordar lo que me dijiste en aquel hotel de Japón, cuando vendiste el violín de tu abuelo para venir a buscarme. No consigo ver tu rostro, ni oír tus palabras.

Ricardo respiró profundamente.

—Te pedí que te casaras conmigo... Irene, ¿te encuentras bien?

Ella también tomó aire. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Sí, estoy bien. Es solo que...

¿Cómo podía explicárselo? ¿Acaso lo entendía ella misma?

—Quiero empezar de nuevo, ¿sabes? He conocido a alguien... Pero tengo mucho miedo.

Por fin lo había dicho. Pero, ¿qué estaba haciendo? ¿Es que acaso necesitaba que él le diera su visto bueno?

—¿A qué tienes miedo? —preguntó pacientemente Ricardo.

—A estar demasiado maltrecha, creo. A que el resentimiento me haya destruido.

—Ya.

—Por eso intento acordarme de cuando éramos felices... Por eso intento que me digas que lo fuimos.

Ricardo se tomó un tiempo antes de responder. Luego habló con una voz profunda y seria, como si pensara en voz alta.

—Yo te quise como no he querido nunca a nadie. Eras la chica más fascinante del mundo, tenías belleza, talento, misterio... Me dejaste embrujado en cuanto te vi.

Irene suspiró. Necesitaba soltar el aire que había contenido durante parte de la conversación.

—Pero empezamos mal —prosiguió Ricardo—. Se nos clavó una espina y nunca nos la pudimos arrancar.

Irene pensó en la Tierna. Ahora todo aquello le parecía un juego de niños.

—No tengas miedo —dijo a continuación Ricardo. Su voz sonaba tan cálida y cercana que Irene sintió como si la abrazara—. No tienes por qué tenerlo. La segunda vez uno no comete necesariamente los mismos errores.

Seguramente estaba pensando en Akiko Onishi y en él mismo. A Irene se le esfumó de golpe el bienestar que había sentido un minuto antes.

—Por cierto —dijo Ricardo a continuación—, ¿ese hombre del que hablas es el que estaba el otro día en tu casa?

—Sí.

—Parece un tipo tranquilo.

—Lo es. Oye, Ricardo, perdona todo esto, creo que te estoy molestando y que no debía haberte llamado.

—En absoluto, me ha encantado hablar contigo. De verdad.

Volvió a sentir esa sensación amistosa, pero no quería seguir hablando con él. Todavía había demasiadas cosas que podían herirla. Ya se habían despedido cuando Ricardo añadió:

—Espera, Irene, no cuelgues. Siempre he querido preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Te acostaste con Chisán?

Irene se quedó helada.

—¿Cuándo? —acertó a decir.

—Alguna vez. Mi pregunta es si te acostaste con él alguna vez.

—Nunca, te lo aseguro —respondió Irene—. Y si quieres que te diga la verdad, creo que tampoco lo habría hecho si no hubieras aparecido tú.

—Vaya, es una auténtica lástima.

—No te entiendo. ¿Por qué es una lástima?

—Porque esa es la espina a la que me he referido antes. Siempre viví con la sospecha de que entre Chisán y tú había algo especial, algo que yo no podía controlar. Constantemente soñaba que me abandonabas por él. Y eso me hacía mucho daño y me alejaba de ti.

Fue muy rápido. Irene sintió una ráfaga de ira al pensar en el modo en el que él enmascaraba sus infidelidades para centrar el problema en ella, en una supuesta traición que realmente nunca había cometido. Pero con la misma rapidez se recordó abrazada a Armand Brunel una noche de luna llena y la ira dejó paso a algo que antes nunca había sentido por Ricardo: compasión. Por primera vez creyó entenderle. En la mente de Ricardo la Tierna, Ana Galván y todas las que debió de haber después eran una forma de revancha, una manera absurda de vengarse por el dolor que producen los celos y los temores inconfesables. Quizá era eso. Miedo a que lo abandonaran. Recordó la voz de Ricardo, enterrada entre la niebla, un día muy lejano en la playa de El Barronal. «Mi padre murió un día de niebla, se tiró al agua desde un barco». Era la voz desesperada de un niño al que le aterra sentirse solo.

Y entonces, también en ese breve instante que siguió a las palabras de Ricardo, se dio cuenta de algo que era importante. Sus motivos. Sus propios motivos. De pronto dejó de verse como una mujer abandonada y se dio cuenta de que había sido ella, solo ella, la que finalmente había tenido la valentía de encender la luz del cuarto oscuro donde dormían las sospechas, la que había descorrido la cortina y abierto todas las puertas. Lo hizo cuando viajó a Viena y se presentó en la platea de la Konzerthaus, cuando harta de la mascarada en la que habían convertido sus vidas decidió que aquello tenía que terminar. Y lo había hecho porque no era feliz, porque la verdad había desaparecido de su vida y ya no sentía por Ricardo otra cosa que un rencor sordo y sucio. Lo había hecho porque su corazón estaba retorcido y enfangado.

Se despidieron por fin. Cuando Ricardo le dijo cuídate mucho, ella le respondió tú también. Los dos parecían sinceros.

Mateo y Nicolás han subido de nuevo al barco. Irene los ve sonrientes y felices.

—Aquí te traigo a este lobo marino —bromeó Mateo mientras dejaba al niño junto a Irene—. Se va a achicharrar los hombros como no le pongas rápido crema protectora.

Irene le quita el flotador y le cubre con una densa capa de crema. Norma y Candela bracean juntas hacia el barco, dos cabezas que salen al unísono del agua y cuatro brazos que aparecen y desaparecen como si fueran un equipo de natación sincronizada.

Mateo espera a que suban para poner en marcha el motor.

—Vámonos deprisa —grita desde el timón—, que he encargado una paella en el puerto.

Entonces, mientras el viento le golpea la cara y el ruido del motor ahoga cualquier posible conversación, Irene vuelve a recordar esa noche de hace muchos años, la última que pasó en casa de Armand Brunel.

Adam se ha ido, visiblemente preocupado por el estado de Irene, después de intentar una y otra vez convencerla para que actúen juntos en la Konzerthaus de Viena. No ha habido manera de conseguirlo. Adam sabe que está destrozada por la aventura de Ricardo con Ana Galván, pero no puede hacer nada, ni siquiera insinuar que lo mejor sería que se separaran. En el fondo le parece que su amiga está atrapada en algo que no tiene solución.

Irene se queda en San José, con Candela y con Armand. Los tres solos. Es una situación nueva, extraña, que durará casi un mes, hasta el comienzo del verano. Salen a navegar, cocinan juntos y beben en la quietud de la noche hasta altas horas de la madrugada. No hablan de lo que le ocurre a Irene, ni de esas intempestivas llamadas que ella recibe constantemente tras la marcha de Adam Fertig. Armand la ha visto llorar a escondidas, pero no quiere entrometerse, hasta que una noche es ella la que le pide ayuda de forma desesperada. Ocurre, no es un sueño ni una fantasía, pero nadie lo sabrá nunca.

Hay un enorme silencio en la casa. Irene oye los latidos de su corazón, golpeando con fuerza, amplificados hasta la extenuación. Siente que puede morir en ese instante.

Se levanta, ni siquiera mira a su hija que duerme atravesada en la cama, abandona su habitación y avanza por el pasillo hacia la habitación donde duerme Armand. Lo ve desnudo sobre la cama. Su boca está entreabierta y ronca intermitentemente, los brazos parecen flácidos, sin músculo; por un instante a Irene le parece tan viejo y vulnerable que ella misma se da miedo. Pero se acerca aún más, se sienta en un borde de la cama, y entonces Armand abre los ojos lentamente, no parece sorprendido, la mira como si ella siempre hubiera estado allí, en el silencio de la noche y bañada por esa luna llena que se ve a través de la ventana.

—Abrázame, por favor —dice Irene.

Armand la coge por los hombros y la atrae hacia sí. Permanecen unos minutos en silencio, ella con la cabeza recostada en el hueco de su hombro mientras piensa en Córdoba y en Chisán.

—No lo hagas —dice Armand cuando ella intenta acariciarle sin demasiada convicción—. Mañana te arrepentirás.

No hablan más, nadie dice una sola palabra, pero permanecen despiertos y abrazados, casi como si fueran padre e hija. Por la mañana, cuando la luz del amanecer invade la habitación, Irene se levanta silenciosamente, hace las maletas y se va de San José con su hija. Esa será la última vez que vea a Armand Brunel.

En la escollera hay un hombre tomando el sol. La barca enfilea hacia la bocana del puerto y pasa lentamente ante una baliza que tiene encendida la luz verde. Cuando Mateo detiene el motor frente al muelle, el silencio los deja perplejos por un instante, como si despertaran a la vez de un sueño muy largo.

—¿Sabes una cosa, Nicolás?

El niño y ella avanzan por el dique exterior. Las drizas de un pequeño velero emiten un sonido metálico.

—¿Qué? —pregunta el niño muy serio.

Candela y Norma se han adelantado y esperan junto a la puerta del restaurante.

—Creo que todos vamos a ser felices —responde Irene mirando al frente.

De pronto recordó el paragüero de casa de sus padres. Extendió la mano y cogió la de Nicolás. Estaba ligeramente sudada.

—Sí —oye decir solemnemente a su nieto.

Y casi sin darse cuenta, cada uno apretó la mano del otro.